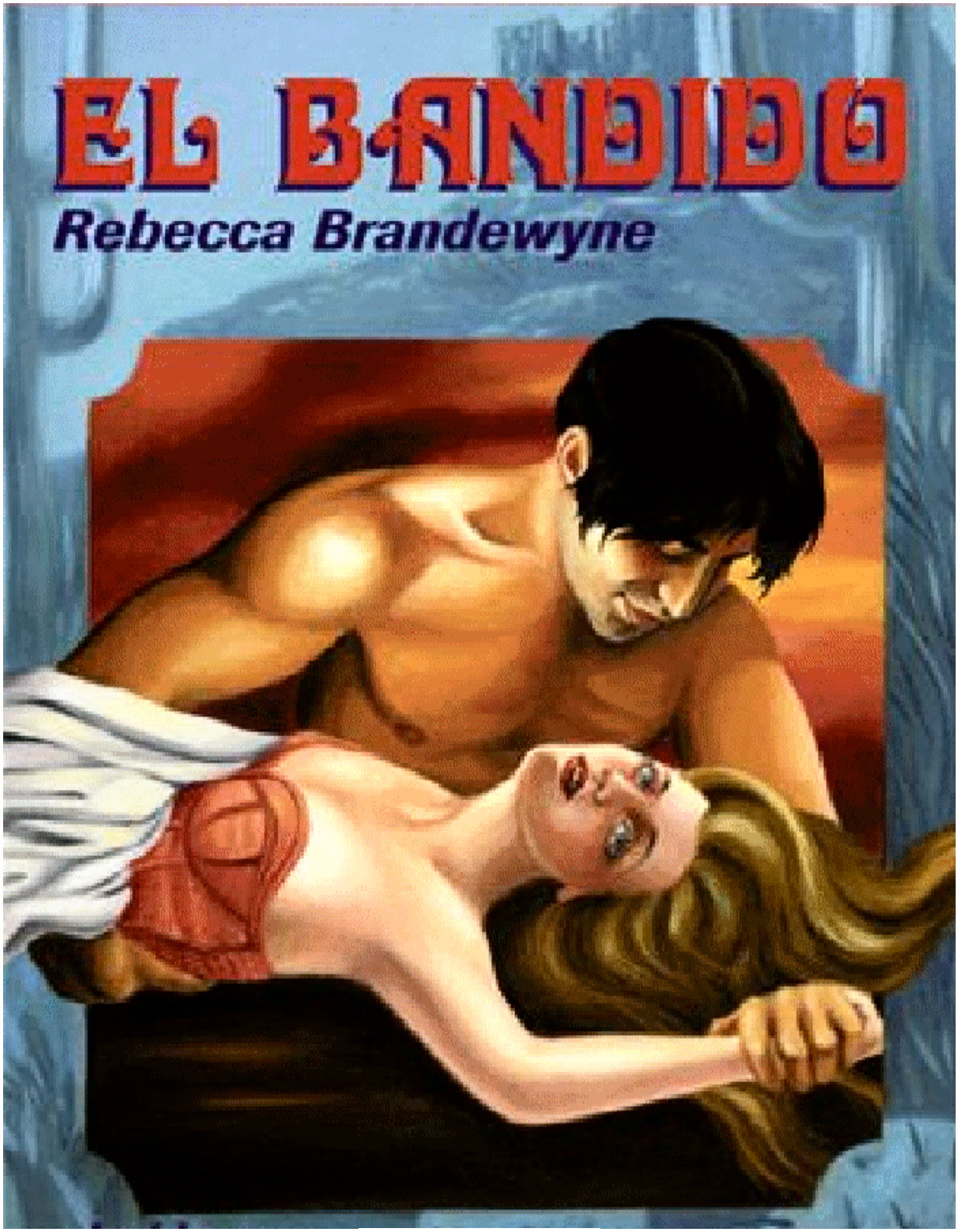
El bandido
Rebecca Brandewyne



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

EN TEXAS:
Noble Winthrop, ranchero
Su nieta: Araminta
Frank Hobart, ranchero
Elizabeth Hobart, esposa de Frank
Los hijos de los anteriores: Judd y Velvet

EN MEXICO: Rigo del Castillo, revolucionario
Pancho Villa, revolucionario

EL BANDIDO

Un bandido cabalgó y cabalgó, *olé, sí, sí*,
por el turbio y caudaloso río Grande, *olé, sí, sí;*
un cuchillo y una pistola en la cadera,
para secuestrar a la novia *gringa* cabalgó
¡Ole, sí, sí, olé!

Un bandido fue de cortejo y qué es lo que encontró,
olé, sí, sí,
los dulces lazos de seda que atan, *olé, sí, sí;*
el cuerpo y el corazón, y se entrecruzan de tal modo
que vuelven a un hombre completamente loco
¡Ole, sí, sí, olé!

Un bandido fue a la guerra y peleó, *olé, sí, sí,*
durante muchas noches largas y fatigosas, *olé, sí, sí;*
Él y Villa «deshacían entuertos»
mientras la *gringa* bailaba a la luz del fuego.
¡Olé, sí, sí, olé!

Un bandido fue a explorar y qué es lo que encontró,
olé, sí, sí:
una *gringa* de ojos verdes y cabello de oro, *olé, sí, sí*;
Él era audaz, ella era dulce,
Los amantes se encuentran, los corazones se unen.
¡olé, sí, sí, olé!

PRÓLOGO

EL SECUESTRO DE LA NOVIA GRINGA

Sierra Afta, Texas, 1913

Al principio confundieron los disparos con fuegos artificiales.

Se trataba de un error natural, pensaría Araminta más tarde, mucho más tarde, cuando se hubiera recuperado de la conmoción inicial y empezara a notar en su interior una furia profunda y un miedo más intenso que el sentido durante la noche de bodas, el acontecimiento que se celebraba con los fuegos artificiales. En un primer momento, sin embargo, cuando tenía la cabeza dolorida y los sentidos embotados por la tristeza y el exceso de champán, ella, al igual que todas las personas reunidas en Sierra Alta, el rancho de su abuelo Noble Winthrop, prestó poca atención a las brillantes explosiones que iluminaron el cielo nocturno.

En ningún momento había dejado de sonreír: durante la ceremonia, que había tenido lugar en el patio bajo un blanco toldo que ofrecía una escasa protección contra los abrasadores rayos del sol veraniego; durante la bulliciosa barbacoa organizada a continuación, que había durado hasta que el calor obligó a las damas a retirarse a los frescos dormitorios de estuco (donde se habían soltado los corsés y se habían echado a descansar), y a los caballeros a buscar la sombra de los amplios pórticos (donde abundaban las bebidas y los cigarros), y durante toda una noche de paseos, baile y alborozo. La sonrisa que había lucido, educada y artificial, parecía estar grabada en su cara de forma indeleble. Araminta, la infeliz novia, se hallaba agotada y deseaba con ardiente fervor que ese día llegara a su fin para darse un baño y acostarse. Sin embargo, continuaba con su frágil simulacro de alegría para retrasar cuanto le fuera posible el momento en que tuviera que acompañar a su marido al dormitorio. Y es que el solo pensamiento de todo lo que le aguardaba aún aquella noche la llenaba de angustia. En un momento de vacilación, la sonrisa estuvo a punto de desaparecer de sus labios, pero enseguida se recompuso y enmascaró una vez más sus verdaderos sentimientos. En silencio, pero con fervor, rezó para que se produjera un milagro que la librara de las indeseadas atenciones de su marido. Sin embargo, cuando el milagro tuvo lugar inesperadamente, fue sacudida por la misma conmoción que durante tanto tiempo había temido sentir con motivo de su noche de bodas.

Porque los sonidos que atravesaban el aire de la noche no eran ya de los fuegos artificiales, sino los producidos por las detonaciones de pistolas y granadas. Eso al menos le quedó claro cuando el criado mejicano irrumpió

de improviso en el lujoso salón de baile. Allí se habían reunido los invitados a la boda para asistir al cotillón y para contemplar los fuegos artificiales desde el pórtico que había a lo largo de una de las paredes y al cual se accedía por varias puertaventanas de doble hoja. Mientras el criado, presa del miedo, balbuceaba algo, los fuegos artificiales seguían chisporroteando y extinguiéndose. La orquesta se vio interrumpida en medio de un vals y, con varias notas discordantes, fue dejando de tocar hasta que quedó en silencio. Algo confusos, los invitados que, aún no habían visto u oído al nervioso criado miraron alrededor en actitud interrogativa, preguntándose qué estaría pasando. Otros, que sin duda estaban más ebrios que los demás y no se habían enterado de que algo extraño sucedía, hicieron caso omiso de la inoportuna interrupción. Uno de ellos contó un chiste con el estridente tono de un borracho, y aquí y allá se oyeron risotadas y comentarios al respecto; otro pidió que la orquesta reanudara el vals. Fue entonces cuando Noble Winthrop se acercó al estrado donde se encontraban los músicos y reclamó en voz alta y autoritaria la atención de todos los presentes. Sin embargo, cuando se disponía a hablar, una ráfaga de balas golpeó la larga fila de columnas del pórtico, picándolas y rociando el salón y a los invitados de fragmentos de adobe y plomo. El bullicio se convirtió en chillidos de terror. La aterrorizada flor y nata de la sociedad se metamorfoseo en una manada de bestias que empujaban y pisoteaban lo que- fuese para huir de la amenaza que se cernía sobre ellas desde la oscuridad exterior.

Araminta, aturdida e incrédula, tardó en asimilar que su noche de bodas, que había esperado con algo más que la recatada aprensión de una novia, se había convertido de pronto en una pesadilla muy diferente. Cruelmente abandonada por su poco caballerosa pareja, permaneció como clavada en el centro del salón de baile mientras el caos se arremolinaba alrededor de ella como si se tratase de un viento del norte que, entre gemidos, sacudiera a un árbol solitario. Las cosas estaban sucediendo con una rapidez tan extraordinaria que no dejaba de resultarle extraño. Para ella, todo daba la sensación de estar moviéndose a cámara lenta, los márgenes de aquella enloquecida escena emborronados como los de una viñeta. Aquello no podía estar ocurriendo, pensó asombrada. El siglo XIX, una época de indios salvajes, proscritos merodeadores, pistoleros profesionales y turbulentas guerras de caballería, había pasado a la historia. Estaban en 1913. Nadie atacaba ranchos, y mucho menos Sierra Alta. Aquello no podía ser verdad y aun así, por alguna razón, lo era.

La conciencia del peligro que corría le llegó de repente cuando, tras ser zarandeada con violencia de lado a lado, se vio arrastrada por la desquiciada y aterradora estampida que se había producido para abandonar el salón. Araminta se daba cuenta, sólo de manera vaga, de lo que tenía delante: los persistentes disparos y los lanzamientos de granadas; las ráfagas de rifle y carabina que, tardíamente, los hombres de su abuelo habían comenzado a disparar a modo de respuesta; los golpes producidos por a unas botas y el metálico ruido de espuelas mejicanas; las sombrías formas que cruzaban apresuradas el patio en dirección al pórtico y el salón; los apremiantes gritos y los chillidos de dolor y muerte de los cuales el viento de la noche se hacía eco. En cuanto avistó a los intrusos, Araminta se sintió atenazada por el pánico y tuvo la sensación de que la boca se le llenaba de algodón; comenzó

a transpirar por cada uno de sus poros y el sudor empapó los encajes que adornaban su traje de novia color oro-champán. La larguísima cola que se deslizaba desde la cintura para abajo hasta arrastrar por el suelo detrás de ella se le enroscó a las piernas y le impidió la huida. Con uno de los tacones pisó el borde de la falda. Se oyó el ruido producido por la tela al desgarrarse. Trastabilló y, perdiendo el equilibrio, cayó sobre sus rodillas empujada por la masa de invitados que se abalanzaba hacia el exterior. Sintió como si el corazón se le hubiera subido a la garganta y sofocó un grito de terror. ¡Iban a pisotearla! En un gesto inútil, levantó los brazos para protegerse del aluvión de cuerpos que se le echaba encima.

Por encima de la cacofonía producida por el tumulto, alguien alzó la voz y gritó su nombre con fuerza: « ¡Araminta!», mientras una mano, grande y poderosa, se abría paso por entre la multitud, se cerraba en torno a su muñeca como si de una esposa de hierro se tratara y tiraba de ella para alzarla del suelo. Al darse cuenta de que se había salvado por los pelos, Araminta tuvo uña profunda sensación de alivio, y apenas sintió dolor. Su marido, sin embargo, había estado a punto de desencajarle el hombro y de partirle alguna costilla al echársela sin miramientos sobre su fornido hombro. Empleando los puños y los codos, él se abrió paso entre el gentío y cruzó el salón a toda velocidad, llevándose a Araminta como si fuese un saco de harina de treinta kilos. Por primera vez en el transcurso del día, agradeció la fuerza y envergadura de toro que tenía su marido.

Por entre su larga melena rubia, que se le había soltado durante el tumulto, pudo ver cómo una horda de hombres que no conocía -unos bandoleros mejicanos- irrumpía por las puertas vidrieras armados hasta los dientes con todo tipo de objetos contundentes: rifles, carabinas, escopetas, pistolas, machetes, cuchillos y cananas llenas de cartuchos cruzándoles el pecho. Horrorizada, vio también que los forajidos, al ganar la entrada, abrían fuego en dirección al salón de baile, apuntando por encima de las cabezas de los invitados -algo que Araminta agradeció, pero que no comprendió-, e incrementando así el pánico y el estruendo. Aunque nadie murió, todo se llenó de fragmentos de escayola y cristal, y las dos enormes arañas iluminadas por un millar de velas fueron acribilladas a balazos. Poco después, uno de los pesados cordones de seda de que colgaban las arañas recibió un disparo, se partió en dos y una de las bellas arañas cayó al suelo con estrépito, donde se hizo añicos, lanzando velas y trozos de cristal en todas direcciones. Por suerte, nadie se encontraba debajo en aquel momento. Varias personas, sin embargo, golpearon sin darse cuenta unas velas encendidas, que fueron a chocar contra la pared empapelada contigua al pórtico. El fuego prendió enseguida en las cortinas de brocado que cubrían como cascadas doradas cada una de las puertas vidrieras y, en cuestión de segundos, todo el salón de baile pareció un infierno. Las lenguas de fuego que subían por las cortinas se reflejaban en los espejos que cubrían la pared, de enfrente. De pronto, los bandoleros volvieron a disparar sus armas. Los espejos se resquebrajaron y cayeron hechos mil pedazos al pulido suelo como si &e fuego líquido se tratase. Temiendo, que el fuego se propagara al resto del edificio, algunos de los invitados y criados más valientes corrieron al amparo del humo que inundaba la habitación para arrancar las cortinas y tratar de apagarlas a pisotones.

A Araminta la cabeza le daba vueltas. Mientras se balanceaba sobre la espalda de su marido como si de una muñeca de trapo se tratara e intentaba protegerse del humo tapándose nariz y boca con una mano, tenía la sensación de que el salón de baile no dejaba de dar vueltas como enloquecido. Cerró sus llorosos ojos verdes para evitar el picor del humo: tosía y tenía el estómago descompuesto. Finalmente, su marido salió del salón y entró en el gran vestíbulo que rodeaba la imponente hacienda de adobe; aliviada, Araminta aspiró aire fresco.

En cuanto se hubo extinguido el fuego, las invitadas subieron a trompicones por la monumental escalen para esconderse en sus dormitorios respectivos mientras los hombres comenzaban a coger las armas y cajas de munición que el capataz, Clem McCabe, y otros trabajadores del rancho, estaban sacando de las vitrinas que había en el estudio de Noble Winthrop. Su abuelo, observó Araminta aturdida, se hallaba en medio del gran vestíbulo, indignado, maldiciendo a voz en grito y dando órdenes a diestro y siniestro. Sin apenas mirarla para asegurarse de que se encontraba bien, su marido la dejó con gesto brusco al pie de la escalera.

-Sube a tu dormitorio -le ordenó-. Echa la llave y no abras la puerta si no soy yo.

Ella asintió con expresión de pasmo: estaba pálida y tenía los ojos abiertos de par en par por la agitación. Aunque le habría gustado oír una palabra de aliento o ver un gesto de consuelo, su marido se había alejado ya, rifle en mano, hacia la enorme puerta principal de la hacienda, decorada con relieves de madera. Era la esposa de uno de los hombres más importantes de Texas, por lo que él esperaba que se comportara como tal, es decir, con valentía y obediencia. Cuando le perdió de vista, Araminta tuvo la seguridad de que cualquier pensamiento que su marido le hubiera dedicado habría sido borrado por su deseo de venganza. El pensaría que el ataque a

Sierra Alta -el día de su boda precisamente- era un insulto al que habría que dar una respuesta tan rápida y contundente como fuese posible. A sabiendas de la crueldad de que su marido era capaz, Araminta se estremeció por un instante. La banda de forajidos que se había atrevido a asaltar el soberano dominio de su abuelo no en lo único que le infundía miedo. Se recogió la falda y subió por la escalen corriendo, al recordar con retraso sus obligaciones para con los invitados. Llamó a todas las puertas que daban al pasillo asegurándose de que al menos las damas se encontraban-bien parapetadas en sus dormitorios.

En cuanto entró en el suyo, Araminta cerró la sólida puerta de golpe y giró la llave en la cerradura. Temblando, se apoyó contra la madera por un momento y trató de recuperar el aliento, dando gracias por la acogedora oscuridad de la habitación. La única luz que había era el reflejo plateado de la luna que entraba por la puerta vidriera del balcón. Araminta oyó entonces la escalada de tiros y explosiones que subía hasta ella y corrió a atisbar por encima de la balaustrada de madera del balcón toscamente labrada.

Abajo, el caos y la violencia habían invadido la noche. Las llamas del sinfín de antorchas encendidas en honor de su boda parpadeaban al viento, poniendo de relieve las irregulares sombras de los *bandoleros* y los hombres de su abuelo mientras intercambiaban disparos y granadas desde el refugio del pórtico y los cobertizos. El fuego de la batalla iluminaba la oscuridad y el cáustico humo formaba volutas que flotaban a la deriva en el viento. Araminta vio que varios cuerpos yacían en el suelo y que los hombres heridos intentaban, lenta pero desesperadamente, ponerse a cubierto. Se estremeció al ver el espectáculo y se preguntó cuántos de ellos no sobrevivirían.

Más tranquila gracias a la relativa seguridad de su dormitorio, se preguntó qué razón les había impulsado a atacar Sierra Alta. La mayoría de los mejicanos que hacían incursiones por la frontera eran bandidos o ladrones de ganado incapaces de organizar un ataque, tan directo y agresivo como aquél, a un rancho. Sin embargo, su abuelo y su marido eran hombres ricos y poderosos, y tenían muchos enemigos que les guardaban rencor. Por ello, quizá los forajidos fuesen en realidad mercenarios contratados por alguien que, con el paso de los años, habría acabado, con razón o sin ella, por enemistarse con su abuelo o incluso con su marido. Pero ¿por qué habrían elegido para vengarse aquella noche y no otra, el día de su boda y con la casa llena de invitados, muchos de los cuales eran tan ricos e influyentes como su abuelo y su marido?

Una ráfaga de balas pasó silbando cerca, peligrosamente cerca, de Araminta y la arrancó de su ensimismamiento. En ese momento cayó en la cuenta de lo expuesta que se encontraba en el balcón. ¡Qué estúpida había sido al salir! De inmediato se retiró al interior de su dormitorio, cerró la puerta vidriera y, con dificultad, pasó la falleba de latón, alarmada cuando los montantes de la puerta principal empezaron a traquetear de repente como si toda la casa estuviese a punto de derrumbarse. Oyó entonces varios golpetazos, ruido de madera contra madera, que sonaban abajo y comprendió que los bandoleros debían de estar cargando contra la puerta principal. Se preguntó por qué, si habían ganado ya la entrada por el salón de baile; en ese momento incluso estarían recorriendo los pasillos, cometiendo asesinatos y haciendo estragos.

Aunque Araminta no era cobarde, nunca había sido tan consciente de su feminidad ni se había sentido tan vulnerable como en ese momento, acurrucada en el interior de su dormitorio. Temerosa de que la violaran y asesinaran, lamentó no tener una pistola o incluso un cuchillo a mano. Por desgracia, lo único de que disponía era de una pesada palmatoria de latón. Habría de apañárselas con ella. Cogió la improvisada arma, sacó la llave de la puerta y se arrodilló para mirar por el agujero de la cerradura. El pasillo parecía vacío. Sin embargo, atenazada por el miedo, no se atrevió a abrir la puerta. En silencio y con determinación, se reprendió a sí misma en un intento de hacer acopio de valor ¿Y si alguien necesitaba ayuda?

Aunque parezca extraño, Araminta no sentía inquietud por su abuelo o su marido. El temor reverencial que se tenía en Texas a los dos hombres era tal que cualquiera habría pensado en su invencibilidad. La idea de que uno

de ellos fuera derrotado resultaba inconcebible. No obstante, debía tener en cuenta a los invitados y a los criados, ya que, mientras no se estableciera en el rancho de su marido, seguía siendo la señora de la casa de su abuelo. Era su obligación, se dijo, ocuparse de aquellas personas de las cuales ella en responsable.

Araminta estaba tan absorta en su lucha interior que no oyó unos sigilosos pasos de botas en el balcón. De repente, una de las hojas de la puertaventana se rompió y estalló como si fuese una bomba. Sofocando un grito, giró sobre sus rodillas y vio a dos bandidos mejicanos en el balcón. Uno de ellos estaba quitando con la culata de su pistola los fragmentos de cristal que aún quedaban en la ventana para meter la mano y abrir la falleba. ¡Los bandidos estarían en su dormitorio en cuestión de segundos! Torpemente, Araminta se dio cuenta de que la palmatoria no le serviría de mucha protección contra ellos; así pues, la lanzó con toda su fuerza hacia el balcón y golpeó la mano que estaba buscando a tientas la falleba. El forajido farfulló una maldición y retiró la mano herida mientras miraba con expresión malévola a Araminta desde la ventana. Araminta no se entretuvo más y se volvió hacia la puerta. ¡La llave! ¿Dónde estaba la llave? La había cogido y dejado en... Frenética, comenzó a buscar a su alrededor cuando la falleba de la puerta vidriera se abrió con un fuerte chasquido. Sus dedos dieron con la llave en el preciso momento en que los bandoleros irrumpían en la habitación. Con un grito de terror, Araminta alzó el brazo, metió la llave en el agujero de la cerradura y con fuerza la hizo girar. Se puso en pie de un salto, abrió la puerta y salió corriendo de la habitación.

A su espalda, oyó los sordos pasos de las botas y el ruido metálico de las espuelas mejicanas cuando los dos hombres la persiguieron por el pasillo. Casi podía sentir el calor de su fatigosa respiración cerca de su nuca. Era consciente de que no tenía muchas posibilidades de zafarse de ellos, y más aún con la traba que le suponía su falda de novia. Las lágrimas empezaron a bañar sus mejillas. Ni siquiera le quedaba aliento para lanzar un grito en demanda de auxilio.

Sacando fuerzas de flaqueza, Araminta logró llegar hasta la escalera principal. Jadeante y temblorosa, bajó por ella dando traspiés, pero se detuvo en seco cuando vio que la puerta principal cedía a la carga de los bandidos que se encontraban en el exterior de la casa. Gritando victoriosos, irrumpieron en el vestíbulo y le cerraron la única vía de escape que tenía. Detrás de ellos, bajo el arco del portal, apareció un magnífico semental negro cubierto de espuma. Iba montado por un hombre apuesto, de mirada audaz y una tez tan oscura como el mismo animal. Por un instante, jinete y caballo se detuvieron en el umbral, él tratando de controlar a su excitada montura en medio del encarnizado combate que se desarrollaba a su alrededor mientras el caballo relinchaba y resoplaba, reculando y saltando, mientras golpeaba estrepitosamente con sus herraduras las baldosas de terracota del enorme vestíbulo. Entonces, gritando a los bandoleros y levantando su rifle en el aire en señal de triunfo, el hombre espoleó al semental y se abalanzó sobre el tumulto.

Tras quitarse de en medio sin problemas a tres posibles atacantes, se detuvo y alzó la mirada al rellano. Ella seguía a petrificada. Con el rostro oculto bajo el ala de su gran sombrero negro de cinta plateada, el hombre clavo la mirada de sus brillantes ojos castaños en los enormes y asustados ojos verdes de Araminta. En ese momento, ella tuvo la sensación de que todo lo que la rodeaba se desvanecía. Aguzó sus sentidos para fijarse con mayor detenimiento en el hombre, y en ese momento comprendió el propósito del bárbaro asalto que habían llevado a cabo los forajidos contra el rancho Sierra Alta. Con estudiada lentitud, y sin dejar de mirarla, el jinete curvó sus sensuales labios y esbozó una sonrisa sardónica que hizo palidecer a Araminta mientras un escalofrío le recorría la espalda. El hombre lanzó entonces un grito lleno de fiereza y picó espuelas a su cabalgadura. El semental, buscando un camino, se lanzó escaleras arriba en dirección a Araminta, la cual, desesperada, se volvió para echar a correr, pero se encontró con los bandidos que habían entrado en su dormitorio, que se hallaban en el primer piso esperándola y cerrándole el paso hacia la libertad. No había salida. No tenía a dónde ir; ni siquiera disponía de un objeto con que defenderse. Todo lo que podía hacer era quedarse en el rellano y aguardar a que el hombre a caballo llegase junto a ella.

Cuando el jinete se inclinó para cogerla, Araminta creyó ver que su expresión, cruel y burlona, se atemperaba con una mirada de admiración y arrepentimiento. Esa mirada, sin embargo, desapareció al instante y Araminta concluyó que había sido producto de su imaginación o de los juegos de luces y sombras que proyectaban las velas, ya que, después de todo, el hombre siguió adelante con su propósito. Su brazo izquierdo atenazó la esbelta cintura de Araminta, como si de una cinta de hierro se tratara, la alzó en el aire y la depositó con ademán firme delante de él sobre la montura, haciendo caso omiso de la salvaje resistencia que ella le oponía golpeándole ciegamente en la cabeza y los hombros. Cansado de su lucha, él la abrazó con más fuerza, de tal manera que casi le cortó la respiración, y puso fin a su inútil resistencia. El hombre murmuró algo en español que ella no entendió y se echó a reír suavemente junto a su oído; el tibio aliento del hombre le produjo un estremecimiento de miedo al tiempo que una extraña excitación, que le hizo sentir asco y vergüenza.

-¡*Vámonos*! -gritó con voz ronca a sus hombres y un movimiento perentorio con el rifle-. *¡Vámonos, compadres! ¡Montad vuestros caballos! ¡Cabalguemos!*

Al cabo de unos segundos habían salido de la casa y se encontraban galopando en la oscuridad por el duro camino que llevaba a la salida del rancho. El fresco aire de la noche secaba las lágrimas de Araminta y desordenaba salvajemente su larga cabellera rubia. Mientras se alejaban de Sierra Alta, el brazo del forajido la sujetaba con fuerza, apretándola contra sí, anunciando amenazador una mayor intimidad. Una estrella fugaz pasó por encima sus cabezas cruzando el cielo ennegrecido por el humo como si de una bala plateada se tratase. Era un mal presagio que Araminta comprendió de inmediato.

Iba a pasar su noche de bodas con el peor enemigo de su marido.

Librodot

PRIMERA PARTE

EL BANDIDO

1

Las llanuras, Texas, 1912

Cuando miró las onduladas llanuras por la ventanilla, Araminta Winthrop, que hasta hacía poco había estado en la ciudad de Nueva York, no supo si lamentaba o se alegraba de que el tren en que viajaba se dirigiera hacia el oeste y no al este. Aún no estaba segura de que hubiera tomado la decisión adecuada con respecto al telegrama de su abuelo. Por enésima vez desde que comenzara el viaje, sacó de su bolso de mano el sencillo sobre y leyó de nuevo la única hoja de papel que contenía. El tono era tan cordial como el que se podía transmitir en un telegrama -no cabía esperar mucha palabrería en un texto de tal naturaleza- y las razones que su abuelo aducía para animarle a que se reuniera con él en Texas eran, desde luego, aceptables. No obstante, Araminta seguía sin quitarse de encima la incordiante duda que la acosaba.

Su abuelo, Noble Winthrop, era un rico terrateniente y un magnate de la ganadería. Se trataba de uno de los hombres más ricos y poderosos del estado de Texas y su influencia se extendía hasta la capital del país. Ella era todavía una niña la última vez que lo vio y estaba conmocionada por la tristeza, por lo cual lo recordaba vagamente. Aun así, el miedo y el odio que sus borrosos recuerdos le inspiraban eran tan nítidos y reales que le parecían casi tangibles. Le recordaba como un hombre de altura imponente, con una coronilla calva rodeada de cabello corto y canoso, cejas y bigote igualmente canos, nariz aguileña y ojos de un gris tan oscuro como el metal de una pistola, y tan fieros y penetrantes como los de un águila. Aunque jamás le habían gustado los niños, no cabía duda de que si hubiera tenido un nieto, habría sido objeto de su atención e, incluso, de su afecto. Sin embargo, su theta, en cada momento que se le recordara, sólo se había ganado rechazo y desprecio. Araminta se sentía agradecida de que él apenas le hubiera hecho caso y, consciente de su carácter irascible, había puesto especial cuidado en no cruzársele en su camino.

El más vivo recuerdo que guardaba de su abuelo era del día en que él y su único hijo, Preston, el padre de Araminta, discutieron por última vez. Elia, que entonces sólo contaba siete años, no comprendió la terrible discusión que llegó a sus oídos. Lo único que supo, cuando acabaron, que su padre hizo el equipaje, les cogió a ella y a su madre y, como un huracán,

se las llevó de Sierra Alta jurando que nunca regresaría por allí. Sólo al cabo de muchos años, Araminta entendió las amargas palabras que se habían cruzado entre padre e hijo ese crucial día. Comprendió que su madre no había podido tener más hijos, truncando así la ferviente esperanza que abrigaba Noble Winthrop de fundar una dinastía a través de su hijo. Incluso en ese momento, al cerrar los ojos por el cansancio, oía aún el eco de la horrorosa disputa que había tenido lugar entre padre e hijo, y se estremecía como si todavía fuese una niña.

«Debería haber repudiado a tu madre o haberme divorciado de ella cuando me enteré de que no podía tener más hijos, Preston. ¡Malditas sean todas las mujeres pálidas y de caderas estrechas! ¡No valen para criar hijos! Intenté decírtelo cuando te casaste con Katherine, pero no me hiciste caso, ¡no, señor! Creías que lo sabías todo» y «No cometas el mismo error que yo cometí, hijo. No te conviertas en un mártir por una mujer. Al final, lo único que hacen es despreciarte por ello» y « ¡Por todos los santos! ¿Eres tonto o qué? ¡De noche, todos los gatos son pardos!», fueron sólo algunas de las insultantes frases que Noble espetó a su hijo aquel día. Pero Preston Winthrop amaba a su mujer y se negó tajantemente a abandonarla, así pues, prefirió verse desterrado de Sierra Alta y desheredado por haber desbaratado los planes de su tiránico padre.

Consciente de que el vengador brazo de su padre llegaba muy lejos, Preston llevó a su pequeña familia lo más lejos posible de Texas, a Nueva York. Disponía de la pequeña herencia que su difunta madre le había dejado, de la cual su padre no le podía privar legalmente, y unas referencias lo bastante buenas como para que las puertas que se habrían mantenido cerradas para otras personas se le abrieran con facilidad. No le faltaba la astucia de su padre y, al cabo de un tiempo, Preston prosperó gracias a las numerosas participaciones e inversiones que había realizado en varias empresas. Al fin, llegó el día en que fue dueño de su fortuna propia y no tuvo que escatimar nada a sus queridas esposa e hija. Por ello, y pese a que la idea de que Noble tramara algo para vengarse de su hijo pudiera ser de vez en cuando motivo de inquietud, la familia gozaba de una buena posición económica, era feliz y se mantenía muy unida. Fue entonces cuando, de improviso, ocurrió la tragedia. Una noche que salían de una fiesta, sus padres encontraron la muerte en un accidente de ascensor y Araminta se convirtió en una huérfana a los doce años de edad. Por si la conmoción sufrida por la niña no fuera bastante, pronto se enteró por medio de su abuelo y un grupo de caballeros y agentes que la visitaron en Nueva York que casi todos los bienes de su padre habían sido hipotecados como garantía subsidiaria para hacer frente a varios préstamos comerciales que fueron reclamados en cuanto murió. Cuando todos los asuntos financieros de Preston Winthrop estuvieron resueltos a la satisfacción de banqueros, inversores, accionistas, abogados y asesores fiscales, Araminta se encontró casi sin dinero y dependiendo su mantenimiento del abuelo, convertido en su tutor legal.

Sumida en el aturdimiento y la tristeza, Araminta tuvo una profunda sensación de alivio cuando en vez de insistir en que volviera a Sierra Alta con él, Noble la matriculó en la Escuela Femenina de la señorita Standish,

un internado de elite en la zona alta de Nueva York. A pesar del benevolente trato que, aunque rudo, su abuelo le había dado, todavía le parecía una persona aterradora. Por añadidura, Araminta no podía evitar responsabilizarlo de la muerte de sus padres. Lo odiaba, y no quería oír hablar de él nunca mis.

El deseo le fue concedido en parte, ya que su abuelo no la visitó ni una sola vez durante todo el tiempo que pasó en el internado. De todas formas, todos los años recibía regalos el día de Navidad y el de su cumpleaños, seleccionados, sin duda, por el eficaz secretario de su abuelo, el señor Gideon. Aparte de eso, su abuelo no mostraba, según había observado, verdadero interés por ella, algo por lo que se sentía sumamente agradecida. Lo que no sabía era que su abuelo había ordenado a sus profesores y a los agentes que él tenía en Nueva York que le enviaran cada trimestre unos informes detallados sobre ella. Aun así, de vez en cuando, pero sobre todo durante las vacaciones, Araminta se indignaba, mal que le pesara, y no dejaba de pensar que su abuelo debía prestarle algo de atención, por poca que fuera. Por muy horrible que le resultara, él seguía siendo un familiar suyo, y la muchachita se sentía sola y poco querida en el internado.

Cuando se hubo graduado, Araminta se dio cuenta de que ella era en buena medida la responsable de la desdicha que había sufrido en la escuela. Como consecuencia de la tristeza e indefensión sentidas tras la muerte de sus padres, se había aislado construyendo un muro que la separase de las muchachas que trataban de ofrecerle su amistad. Aunque no le faltaba carácter, también era tímida y reticente, por lo que pasado un tiempo vaciló en mostrarse más abierta, al no saber con certeza cómo tenía que combatir la reputación de persona esnob, fría y distante que, sin serlo en realidad, se había ganado. Enojada y herida por el ridículo al que la exponían sus compañeras y por el rencoroso desprecio con que respondían a sus indecisas propuestas, volvió, llena de orgullo, a encerrarse en sí misma, se dedicó al estudio y obtuvo las mejores notas de su clase, lo cual, por desgracia, no le sirvió más que para ganarse una mayor antipatía por parte de las demás muchachas. Trató de convencerse de que no le importaba, pero lo cierto fue que el día de la entrega de títulos, Araminta se sintió muy feliz de abandonar la Escuela Femenina de la señorita Standish para establecerse en Nueva York, el único lugar que había llegado a considerar como su verdadero hogar.

Su decisión, aunque loable, resultaba temeraria para una joven que apenas había cumplido los dieciocho años. Además, la había tomado sin el conocimiento, aprobación o apoyo de su abuelo, dispuesta como estaba a cortar para siempre el lazo que les unía en vez de obedecer la arrogante orden de volver a Sierra Alta que había recibido tras la finalización de sus estudios de secundaria. Era una persona adulta, se dijo Araminta. El había cumplido ya el deber que tenía para con ella. Nada le debía y nada quería recibir de él. Como su padre había hecho, se abriría camino en el mundo por sí sola. Sus asignaturas fuertes en los estudios habían sido lenguaje y dibujo, y había decidido servirse de dichas habilidades para hacerse un nombre como periodista profesional. Sin embargo, en 1912, en una época en que cualquier dama digna de su título no daba golpe, las mujeres que sí lo

hacían eran explotadas -de más de una manera por los hombres, pragmáticos y faltos de escrúpulos, que controlaban industrias, correos y telégrafos, periódicos y revistas.

El sexo, la belleza y la juventud de Araminta trabajaron contra ella desde un principio. Sola, desprotegida y desesperada por encontrar un trabajo, resultaba un blanco fácil para los bribones, de los cuales en Nueva York había más de la cuerna. «Si la señorita Winthrop quisiera pasar al almacén, podríamos llegar a un acuerdo que, sin duda, beneficiaría a las dos panes.» Ingenua, la primera vez que se presentó para un puesto de trabajo, Araminta se tragó esa engañosa frase. Durante la mayor parte de su corta vida, había estado, a efectos prácticos, totalmente protegida de las duras realidades del mundo, primero por sus padres y más tarde por el internado. Además, le habían enseñado a creer y confiar en la bondad, la amabilidad y la honestidad innata de los hombres. Su abuelo, cuando pensaba en él, le parecía una anomalía, un monstruo de la naturaleza deformado por algún elemento desconocido. Sin embargo, si se sentía caritativa y temerosa de Dios, Araminta decidía que se trataba de una persona de quien debía tener lástima y a la cual había que perdonar en vez de despreciar.

Aún no había pasado por la crueldad que supone la pérdida de las ilusiones; tan sólo había sufrido una herida que, aunque grave, ya estaba curada, y cuya única secuela era una leve tristeza y el aturdimiento que sentía cuando pensaba en la cicatriz. Sin embargo, esto no se daba con frecuencia, puesto que Araminta poseía la capacidad de reacción propia de la juventud así como el apoyo de una fe innata y una discreta valentía, las cuales alentaban la convicción de que el bien triunfa siempre sobre el mal.

Apenas si pudo escapar con la virtud intacta de aquel almacén de la «calle de los periódicos». Los lascivos y violentos requerimientos de que fue objeto le hicieron sentir miedo y asco. Con todo, tras la sensación de repulsa, ultraje y espanto, continuó su obstinada búsqueda sin intimidarse. El hombre que la había atacado era un canalla, un sinvergüenza que carecía de decencia y de moral. No volvería a tratar gente de esa calaña. Al cabo de varias semanas comprendió con amargura que todas las promesas de empleo eran igual de hipócritas; ningún hombre la tomaría en serio como periodista. Las manos escurridizas, las proposiciones audaces, las groserías, las miradas impúdicas y, como algo excepcional, el consejo bienintencionado pero desalentador que tuvo que soportar durante su búsqueda de trabajo terminaron por convencerla de aquella hipocresía y de la naturaleza baja y desaprensiva de todos los hombres.

También la ciudad de Nueva York contribuyó a que Araminta se librara al fin de las anteojeras que llevaba puestas. No se trataba en absoluto de la ciudad que había visto de pequeña desde el seguro y resplandeciente interior de la mansión y el coche de su padre, sino que era un terrorífico lugar atestado de gente en el cual se mezclaban el peligro, el infortunio, la pobreza y la hambruna. Aunque Araminta había atesorado hasta el último céntimo que su abuelo le había enviado al internado todos los trimestres, sus ahorros fueron menguando a una velocidad alarmante mientras insistía en su búsqueda de un trabajo justo.

Así pues, se vio obligada a aceptar un puesto de oficinista en un pequeño diario, el *Record*, cuyo editor, un irlandés de gran corazón llamado Liam O'Grady, se compadeció de ella y la contrató para trabajos de poca importancia tales como hacer recados, ir por café o afilar lápices. A veces, también se encargaba de atender los anuncios clasificados o de corregir pruebas. A partir del tercer mes, Liam empezó a permitirle que diera rienda suelta a su sueño de periodista y le pidió que escribiera un par de artículos conos semanales de carácter refinado sobre moda, alimentación y frivolidades en general para la sección femenina del periódico. Por todo ello, Araminta ganaba siete dólares a la semana, que era lo único que Liam podía permitirse. En una época en que una persona media ganaba menos de quince dólares a la semana por setenta horas de trabajo, y mucha gente estaba desempleada, Araminta no podía quejarse. Aun así, a veces no tenía suficiente con eso para sus escasos gastos, por lo que se veía obligada a recurrir a lo poco que le quedaba de los ahorros, una circunstancia que le daba pánico.

La ruinosa casa en que vivía pertenecía a un usurero que, irónicamente, se movía en los mismos círculos que Preston y Katherine Winthrop, si bien la habitación que había alquilado a Araminta era más pequeña que el armario de la mansión de su padre en que guardaba la ropa. Aunque la violencia le repugnaba, Araminta, impulsada por necesidades acuciantes, enseguida supo defenderse, tanto física como verbalmente, de la chusma que rondaba por los barrios bajos de Nueva York. Siempre llevaba en el bolso un pesado pisapapeles y un sólido paraguas colgado del brazo, que le servían para disuadir a cualquier canalla que se atreviese a abordarla; tras golpear; temerosa aunque resuelta, a un par de bribones con su contundente bolso y pinchar a otro con la punta del paraguas, al menos la mayoría de los hombres de su vecindario comenzó a apartarse de su camino. Araminta sacaba el máximo provecho de los sencillos y resistentes vestidos que su abuelo había considerado adecuados para una joven señorita de la Escuela Femenina de la señorita Standish. Recalcaba la falta de atractivo de éstos y tratando de menoscabar su propio aspecto se recogía con. austeridad su larga melena rubia en un austero moño, llevaba un sombrero viejo y desastrado de ala ancha y mantenía una actitud distante y modesta cuando cogía el tranvía que la llevaba hasta Printing House Square, en el barrio norte de Park Row, lugar donde se encontraban casi todos los periódicos de la ciudad. Estas precauciones suponían una garantía más para que nadie la molesten, excepción hecha de los inevitables mendigos que había en cada esquina, los cuales se hallaban en una situación más desamparada incluso que la de ella. Araminta sabía que Nueva York era el hogar de algunos de los hombres más ricos y poderosos de la nación, pero que también hervía de masas de personas oprimidas e indigentes. Una gran mayoría de ellos eran inmigrantes cuyas formas de vida en Estados Unidos, el país de la libertad y las oportunidades, no habían hecho sino empeorar en relación a las que tenían en sus países, de cuyas desgracias habían huido desesperados. Además estaban los negros, liberados por el norte hacía poco más de medio siglo, a los cuales habían abandonado luego a su suene de la forma más cruel para que se las arreglaran con su ignorancia y sus propios medios, por muy inadecuados que éstos fueran.

Araminta se esmeró tanto por no llamar la atención o buscar la ayuda de cualquiera de los viejos amigos de sus padres que los agentes de su abuelo tardaron varios meses en localizarla. Durante ese tiempo, el furioso Noble Winthrop pasó de maldecirla con vehemencia a preocuparse ante la posibilidad de que hubiese muerto, perdiéndola para siempre. De haber sido así, su mayor deseo se habría desvanecido en el aire una vez más. Siempre había considerado a las mujeres como seres subordinados a los hombres cuya única función en la tierra era la de satisfacer los deseos de éstos y engendrar herederos. De ahí que tras la muerte de su hijo se hubiera olvidado por completo de la existencia de Araminta. Sin embargo, al ocuparse de los funerales de sus padres y de los planes sobre su futuro, Noble tuvo ocasión de verla de nuevo y se dio cuenta de que, a la edad de doce años, ya prometía convenirse en una mujer de belleza arrebatadora. Por primera vez, se le ocurrió que, después de todo, Araminta podría serle útil. Su ahijado, Judd Hobart, necesitaría una esposa al cabo de pocos años; para entonces, si el incipiente plan de Noble daba fruto, Araminta estaría ya en edad madura para la recogida. Con la promesa de su considerable fortuna se convertiría en una mujer deseada por cualquier hombre con un mínimo de sangre en las venas y codicia en el alma. Así, mediante su ahijado y su nieta, el sueño que Noble abrigaba de fundar una dinastía se haría realidad al fin. Sólo necesitaría paciencia y esperar a que Araminta creciera y, mientras tanto, dejar caer de vez en cuando alguna sutil insinuación a la familia Hobart.

Nunca se le ocurrió, sin embargo, que Araminta tuviera el atrevimiento de resistirse a su orden de que volviera a Texas tras la graduación en la Escuela Femenina de la señorita Standish, y se escapan antes de que los dos mercenarios que había enviado al internado para que la llevaran a casa llegaran a Nueva York. A pesar de todo, sentía cierta admiración ante el valor y la firmeza que su nieta mostraba, y su interés por ella creció. Así pues, al igual que su padre, ¿se atrevía a rebelarse contra él? La idea no le desagradaba del todo, puesto que su ahijado, Judd, prefería las potras fogosas a las dóciles. De todas formas, Araminta debía comprender que, por mucho que luchara, acabaría siendo embridada, ensillada, dominada y, tarde o temprano, montada como cualquier otra mujer.

Cuando los detectives hallaron por fin el rastro de su nieta y le informaron sobre su paradero y de las actividades que llevaba a cabo, Noble adivinó que la orden de que fuera a casa y el haber dado por sentado que obedecería habían sido los motivos, que la habían impulsado a escapar. El amor y la lealtad de su nieta estaban con sus difuntos padres. Esa, y no otra, era la razón por la cual nunca volvería a Sierra Alta por voluntad propia, a menos que se le cerraran las demás salidas. Incapaz de darse por vencido, Noble se propuso eliminar de inmediato dichas alternativas. Si Araminta quería desafiarle, pronto descubriría que se enfrentaba a un digno contrincante.

Los antecedentes y asuntos de Liam O'Grady fueron objeto de una minuciosa investigación. Una noche, poco después de que se dieran por concluidas todas las indagaciones necesarias, los agentes de Noble

telefonearon a Liam. En el transcurso de la entrevista con el editor del *Record* le insinuaron con toda cortesía la conveniencia de que prescindiera de los servicios de Araminta Winthrop. Sin concederle demasiada importancia, en apariencia, hicieron alusión a cienos datos relacionados con el editor: afición a la bebida, numerosas deudas de juego, indiscreciones con prostitutas de toda clase y cieno grado de amistad con determinados personajes indeseables. También se dejó entrever que, aparte de resultar embarazoso para el editor, sería un desastre para el periódico que los anunciantes se enterasen de su «pintoresca» vida privada. Con tal información, era casi seguro que tomarían la prudente decisión de irse con sus negocios a otra parte, por temor a verse envueltos en algún escándalo. Liam se indignó, pero no era ningún tonto y, aunque lo sentía por Araminta, tenía una mujer y cuatro hijos que mantener. Le dio la carta de despido a la mañana siguiente, incapaz de mirada a los ojos. El argumento que farfulló -que había realizado un «trabajo insatisfactorio» y que su actitud había sido la propia de una «sufragista»- le sonó poco convincente incluso a él, y no le quedó más remedio que confiar en que algún día lo perdonara.

Araminta se quedó anonadada. Consideraba a Liam no sólo como un benefactor paternal, sino como un amigo. No entendía su repentino cambio de opinión: ¿qué había hecho para enojarle? Sin embargo, comprendió que por mucho que discutiera o rogara, nada le haría cambiar de postura. Conmocionada, recogió con tristeza sus pertenencias y abandonó la sede del periódico dando traspiés. Vagó sin rumbo por las calles de la ciudad durante horas, hasta que al fin tomó el camino de la casa en que vivía. Cuando llegó, el encargado le hizo saber que el alquiler de la pensión había subido. La cantidad semanal que tendría que pagar a partir de ese día era exorbitante. Sofocó un grito, desconcertada; aunque tuviese trabajo, no sabría cómo reunir ese dinero.

Tras el giro que habían tomado los acontecimientos, Araminta se hundió en un pozo de desesperación. Sabía que tenía pocas probabilidades de encontrar trabajo en otro periódico. Un empleo como institutriz supondría moverse en los mismos círculos de la sociedad que trataba de evitar. Le atormentaba la idea de rebajarse a buscar la caridad de los amigos y conocidos de sus padres. Por tanto, siendo realista, el único recurso que tenía eran las fábricas, esos infiernos en que las mujeres trabajaban un mínimo de doce horas al día seis días a la semana, envejecían prematuramente y morían poco después de perder la juventud. O las insalubres condiciones de trabajo dañaban sus pulmones, y minaban sus fuerzas, o las monstruosas máquinas con que trabajaban les atrapaban el cabello, cualquier miembro o la falda y arrastraban a las desventuradas víctimas al interior de la trituradora masa de martilleantes bielas y ruedas demoledoras. Araminta no quería ni pensar en las mujeres que se vendían noche a noche en los burdeles y en las esquinas de las calles, exponiéndose a todo tipo de salvajadas y enfermedades.

Al cabo de unos días, cuando estaba a punto de que la desahuciaran de la pensión, llegó el telegrama de su abuelo. Se sentía disgustado porque sabía que ella había preferido Nueva York a Texas, leyó Araminta. Pero era un anciano y estaba solo. Sólo se tenían el uno al otro en la familia y le

parecía descabellado que no se comportaran como tales. Había que olvidar el pasado. Si Araminta reconsiderase su primera decisión con respecto a hacer de Sierra Alta su hogar, Noble la recibiría con los brazos abiertos. Con la leve esperanza de que viniera, había hecho una orden de pago a su nombre en la cuenta bancaria que tenía en Nueva York. La suma bastaría para, el billete de un vagón privado en el tren, cualquier gasto que le surgiera durante el viaje y las correspondientes necesidades. En aquel momento, Araminta pensó que el telegrama de su abuelo le había llegado como llovido del cielo.

En el vagón privado del tren que la llevaba al oeste, seguía preguntándose cómo habría averiguado Noble su lugar de residencia, y pensó en la extraña coincidencia que suponía haber recibido el telegrama poco después de que se hubiese quedado sin trabajo y de que le subieran el alquiler de la habitación. Evidentemente, su abuelo debía de haber contratado a unos detectives para que la localizaran. ¿Habría adivinado que ella no volvería por voluntad propia a Sierra Alta? ¿Habría planeado él que la despidieran del *Record* y le aumentaran el alquiler para que se sintiera obligada a acatar sus deseos? Recordó de qué forma había mantenido Liam la mirada baja, clavada en los zapatos, como si estuviese mintiendo o se sintiera avergonzado de sí mismo, mientras le decía que, sencillamente, no estaba «funcionando» en el periódico. ¿Le habían coaccionado de algún modo para que prescindiera de ella? Y la habitación... Por los otros huéspedes se había enterado de que el único alquiler que habían aumentado era el suyo. Además, no se le escapaba que su abuelo no le hubiera ofrecido su ayuda económica cuando residía en Nueva York y que su generosidad dependía de que ella se reuniese con él en Texas. Ahora bien, ¿qué le importaba lo que ocurriera con ella?

Aunque no dejaba de ser cieno que él no había faltado a su deber para con ella tras la muerte de sus padres, también era verdad que durante todos esos años no se había preocupado por conocerla. Las canas que le había mandado por su cumpleaños y las fiestas navideñas, escuetas y artificiales, no contenían una sola palabra de cariño. Sospechar, entonces, que el responsable de los apuros en que de pronto se había visto envuelta era él parecía una locura que no tenía ni pies ni cabeza. ¿Qué motivo le habría impulsado a llegar a tales extremos para conseguir su vuelta a Sierra Alta? Ninguno en realidad, pensó Araminta. Era un anciano. Quizá su única intención fuera enmendar el pasado para así asegurarse de que cuando muriera podría presentarse ante el Creador con la conciencia tranquila. Lo oportuno del telegrama, por extraño que pareciera, debía ser un capricho del destino. Supuso que tal vez había dado rienda suelta a su imaginación y veía sombras donde no las había.

Araminta sabía que los meses que había vivido en Nueva York habían repercutido en su aspecto. Había pasado hambre a menudo, perdiendo peso por ello. Amoratadas bolsas de agotamiento había bajo sus ojos como consecuencia de lo mal que había dormido en la habitación. A pesar de las reservas que abrigaba sobre su abuelo, si había de ser honesta, tenía que admitir que, en ese momento, la idea de alimentarse bien, estar al cuidado de todos los criados de una casa y sentirse segura en la cama por la noche tenía un innegable atractivo. Pese al hecho de que su intento por

Librodot

independizarse había acabado en un estrepitoso fracaso y a la sensación que tenía de que volver a Sierra Alta era una especie de traición a la memoria de sus padres, en su fuero interno sabía que estaría contenta de no tener que levantarse a las cuatro de la madrugada y prepararse para otro largo y penoso día en Nueva York.

Dejó escapar un profundo suspiro y abandonó su ensimismamiento y la contemplación de las ondulantes llanuras. La suerte estaba echada. Carecía de importancia cómo había ocurrido todo: ya había tomado la decisión y no iba a volverse atrás. Pronto, el tren se detendría en la estación de El Paso, donde su abuelo la estaría aguardando.

2

Entre chirridos y sacudidas, el tren en que Araminta viajaba fue frenando hasta detenerse en la estación de El Paso. Por un momento, sin embargo, se quedó sentada y siguió mirando por la ventanilla, esperando que el repentino aceleramiento de su corazón se apaciguara. El largo viaje había llegado a su fin y, aun así, no podía evitar tener la sensación de que su futuro estaba a punto de comenzar. La perspectiva la emocionaba e intranquilizaba a la vez. No se había sentido así ni siquiera cuando dejó el internado tras la graduación para trasladarse a Nueva York. De hecho, sus pocos meses de independencia le parecían ahora irreales, como si fuesen una pesadilla.

Cogió sus pertenencias y bajó al andén buscando a su abuelo con la mirada. Pero no lo vio. En su lugar apareció su secretario, el señor Gideon, a quien recordaba haber visto al lado de su abuelo cuando éste había ido a Nueva York por la muerte de sus padres. Araminta no sabía si sentirse aliviada o indignada por el hecho de que su abuelo no hubiera acudido a recogerla. Si en realidad sintiese algo por ella, habría estado allí sin falta. Pero ella no debía juzgarle con tanta rapidez, se recordó con firmeza. Quería que la relación empezara con buen pie y tal vez él tuviese una buena razón para no acudir a la estación. De todas formas, Araminta había hecho acopio de fuerzas para presentarse ante su abuelo, y dado que ahora la ocasión había quedado postergada, tendría que hallar la forma de mantener la entereza durante el largo trayecto hasta Sierra Alta.

-¿Cómo está, señor Gideon? -Araminta tendió su enguantada mano al secretario.

-Señorita Winthrop, qué detalle tan agradable que se acuerde de mi nombre -contestó él, claramente halagado, mientras se estrechaban la mano.

Aunque el señor Gideon llevaba muchos años al servicio de Noble Winthrop, Araminta no sabía todavía si Gideon era su nombre de pila o su apellido. Su abuelo le llamaba Gideon. Era un hombre silencioso y elegante, aunque algo gris, que no habría cumplido los cuarenta hacía mucho, pensó Araminta. Sin embargo, a pesar de tener un aspecto poco atractivo, sus azules ojos poseían un brillo que denotaba no sólo amabilidad, sino también inteligencia. Araminta sabía además que su abuelo le tenía en gran estima. Le señaló sus baúles de cuero, que ya habían sido descargados del tren y se hallaban en el andén, y el señor Gideon encargó a un mozo que se ocupara de ellos. Salieron a la calle, donde estaba aparcado el gran automóvil de Noble Winthrop, con la capota bajada y el negro chasis brillando como azabache al sol. Mientras el mozo cargaba el equipaje en el maletero, el secretario ayudó a Araminta a sentarse en el asiento delantero, donde se ajustó el abrigo al cuerpo para no llenarse de polvo. Después se pusieron en camino.

El Paso se extendía sobre una de las vertientes del monte Franklin, debajo de un estrecho desfiladero del cual surgía el río Grande procedente de los espolones más meridionales de las montañas Rocosas. El desfiladero daba nombre a la ciudad, El Paso del Norte, aunque se la conocía simplemente como El Paso. Se trataba de una ciudad tumultuosa, con diez mil habitantes y cuatro vías de ferrocarril. Las amplias y polvorientas calles hervían de automóviles, caballos y coches; por las aceras pululaba una multitud de blancos, mejicanos e indios, principalmente, aunque Araminta también acertó a ver algún negro. A pesar de la mezcla de razas y culturas, El Paso tenía ambiente mejicano. Casi todos los edificios eran de adobe y su estilo, semejante a las apretujadas casas de Ciudad Juárez, la ciudad hermana de El Paso, que quedaba al otro lado del río. El gran río separaba Estados Unidos de México y, a causa de sus meandros, había dado lugar a acaloradas disputas fronterizas en el transcurso de los años.

Era de color siena y el barro le daba un aire tranquilo. Aun así, cuando lo vio por entre los árboles y los edificios, Araminta pensó que el río tenía un aspecto tentador y sintió envidia de los niños de piel morena que se bañaban en la orilla. Un sol propio de un veranillo de San Martín resplandecía sobre su cabeza en el infinito cielo turquesa. Era un día caluroso y, aunque el aire era seco, el vestido que llevaba del viaje estaba húmedo por la transpiración. No se encontraba cómoda: tenía calor y se sentía pegajosa. Por eso, y a pesar de que significase un nuevo retraso, Araminta se alegró cuando el señor Gideon le informó que, por orden de su abuelo, había hecho los preparativos necesarios para que pudiera refrescarse y almorzar en un hotel local antes de emprender el último tramo del viaje hasta Sierra Alta, el gran rancho que Noble Winthrop tenía al sureste de El Paso. Tras abrir su sombrilla para protegerse de la deslumbrante luz del sol, Araminta, llena de interés, siguió observando con detenimiento la ciudad mientras el señor Gideon conducía con destreza el automóvil por las atestadas calles, al tiempo que le indicaba las vistas y tocaba la bocina de vez en cuando a un burro o un carro demasiado lento. Apenas se acordaba de la ciudad de su infancia, tenía la sensación de que la veía por vez primera. Era muy diferente a Nueva York y a lo que estaba familiarizada. La arquitectura y la cultura mejicanas le

daban un aire extranjero que la intrigaba y hacía que se sintiera como si hubiese entrado en un mundo diferente.

Llegaron por fin al hotel, un edificio de adobe encalado, pequeño pero elegante, que tenía dos plantas, tejado de tejas rojas, vistosos balcones de hierro forjado negro y un amplio pórtico que proyectaba una gran sombra. El vestíbulo era espacioso, con las paredes blancas y un suelo de madera oscura que brillaba con un bruñido de cera de abeja y cubierto de alfombras mejicanas. Del techo colgaban varias arañas con globos de cristal blancos. Una monumental escalera que ascendía hasta la segunda planta dominaba el centro del vestíbulo, rodeándola, había un acogedor conjunto de sillas y sofás tapizados y varias mesas cubiertas de cestas de sauce y tiestos de latón llenos de plantas. Mientras el señor Gideon se ocupaba de pedir la llave de la suite en recepción, Araminta cerró la sombrilla, se quitó los guantes y paseó ociosamente por el vestíbulo contemplando el lugar donde se encontraba.

Era evidente que se trataba de un hotel popular los huéspedes iban y venían, muchos de ellos por el pasillo que conducía al restaurante y por el que le llegaban los apetitosos olores de tortitas y frijoles. Los aromas hicieron que se estremeciera de emoción al traerle a la memoria su imagen de pequeña: estaba sentada en la cocina de Sierra Alta observando como la cariñosa Teresa, la cocinera, sonreía y cantaba mientras preparaba, con su habilidad de siempre, unas sabrosas enchiladas picantes y otros platos mejicanos. A veces, la rolliza cocinera permitía que ella le echara una mano con la masa o la salsa. De repente, el recuerdo le hizo comprender que, en realidad, estaba deseando volver al rancho de su abuelo, un lugar donde, como acababa de darse cuenta, al menos no se había sentido tan triste y extraña. Allí, a pesar del gran dominio ejercido por su abuelo, había pasado momentos felices en la compañía de sus padres, Teresa y otros criados. Al menos, Sierra Alta le resultaba familiar: en aquel lugar se había sentido en casa, algo que no podía decir de

Nueva York No había vivido en la gran ciudad; sólo había estado en ella. El futuro que le habría esperado hubiese sido en realidad tan desolador como el de las pobres mujeres que trabajaban en las fábricas o que se prostituían, mujeres que no tenían la menor esperanza de salir adelante en la vida.

Araminta dejó los guantes sobre una mesa exquisitamente tallada adosada a la pared bajo un gran espejo de marco dorado y, por un instante, examinó su imagen con mirada crítica. No se había dado cuenta hasta ese momento de la delgada que se había quedado, de lo demacrada que se la veía bajo el velo de su sombrero, de lo extraordinariamente saltones que resultaban sus ojos verdes en contraste con la pálida tez y los angulosos pómulos. El sano tono sonrosado de sus mejillas -fruto del aire fresco y el ejercicio del internado- había desaparecido. El constante cansancio con que había vivido en Nueva York no le había permitido prestar mucha atención a su aspecto. Y eso la consternaba, puesto que, más que cualquier otra cosa, aquello demostraría a su abuelo que el intento por independizarse había supuesto un estrepitoso fracaso y que su telegrama, de hecho, le había

llegado como llovido del cielo. Había confiado en que podría ocultarle todo eso decidida como estaba a comenzar la relación de igual a igual en la medida de lo posible. Tras ajustarse el sombrero y poner unos mechones de su cabello en su sitio -esfuerzos que apenas consiguieron mejorar su aspecto cansado-, se alejó del espejo mordiéndose el labio inferior para que dejara de temblar.

Lo que su abuelo despreciaba por encima de todo era la timidez y la debilidad, se recordó a sí misma con severidad. De nada valdría que apareciera ante él como una encogida y mustia mojigata. De repente, el hecho de verse obligada a hacer acopio de valentía le pareció una tarea titánica.

-Sus guantes, *señorita*. -En un principio, sumida en sus preocupaciones, Araminta no oyó 'a la persona que, con una voz queda y sedosa, se había dirigido a ella. Sólo cuando el hombre le habló por segunda vez se dio cuenta de su presencia-. *¿Señorita?*

Araminta se quedó sin habla. Y es que se trataba, sin lugar a dudas, del hombre más guapo que jamás había visto. Alto -varios centímetros por encima del metro ochenta- y ágil, pero de constitución fuerte, su cuerpo transmitía la elegancia, la flexibilidad salvaje y el magnetismo animal y amenazador de una pantera. Su ancho tórax se estrechaba como un cono hasta acabar en un abdomen plano y firme y en unos musculosos muslos. Llevaba un ajustado traje negro de corte español -chaquetilla corta en vez de la convencional largar- y una exquisita camisa de batista con ribetes de encaje en cuello y puños que, más que ocultar, resaltaban su cuerpo. No lucía muchas joyas -un sello en la mano derecha y un reloj de bolsillo-, pero las que llevaba eran de plata maciza y excelente diseño. Todo su aspecto evidenciaba refinamiento y riqueza.

Tenía el cabello negro y brillante como la obsidiana, y lo llevaba peinado hacia atrás en gruesas ondas. Su felino semblante, oscuro como el bronce, era duro e impasible igual que roca labrada. No sólo el color de la piel, sino también su fina nariz aguileña y sus angulosos pómulos revelaban su ascendencia española. Saltaba a la vista que su sangre apenas se había mezclado con la de los indios, con los cuales muchos de los colonizadores españoles habían ido casándose a lo largo de los años Parecía un grande de España, dueño y señor de cuanto le rodeaba. Si su boca, carnosa y cínica, denotaba una existencia disoluta y fatigosa, su orgulloso y aristocrático porte y la segura y arrogante expresión de su rostro eran indicios de un hombre acostumbrado a exigir y conseguir lo que quería. Araminta se estremeció sólo de pensarlo. Supuso que los nervios de acero que debía de poseer serían innatos en vez de adquiridos, y, por ello, resultarían mucho más fuertes e implacables que sus equivalentes desarrollados. Contrariar a ese hombre debía ser peligroso, mortal incluso.

Sin embargo, lo que realmente la dejó clavada donde estaba fueron los ojos. Hundidos bajo unas abundantes cejas negras y ribeteados con unas espesas pestañas, sus ojos castaños brillaban como el cuarzo y resultaban igual de insondables. Con los párpados entornados, ella examinó con una

mirada audaz aunque caballerosa. Eso hizo que ella se arrebolara y sintiera un alarmante revuelo en el corazón. ¡Pero bueno!, la estaba mirando como si supiese el aspecto que tendría si estuviese desnuda. Era indecente, humillante. ¿Cómo se atrevía? ¡Qué hombre tan descarado! Le recordaba a los hombres de la «calle de los periódicos» y se dispuso a enfrentarse a él físicamente. Sin embargo, algo le dijo que si actuaba guiada por el impulso, aquel hombre no sólo rechazaría su ataque con facilidad, sino que además le parecería realmente divertido. La idea la enojó aún más. Se habría dado la vuelta y se hubiera alejado indignada si no hubiese caído en la cuenta de que el hombre tenía sus guantes en la mano. Claro. Los había dejado sobre la mesa que había bajo el espejo y, afligida como estaba, se había olvidado de cogerlos.

Enfadada y confusa, Araminta casi le arrebató los guantes de la mano. Sin embargo, cuando la rozó con la suya, un repentino e inexplicable temblor le sacudió el cuerpo, como si un rayo acabara de caer sobre ella. Tenía la piel muy caliente y parecía desprender electricidad. Los dedos, aunque largos y delgados, se flexionaban con la fuerza de una espada de acero toledano. La idea le hizo cobrar conciencia de su propia fragilidad. Se sentía incómoda. ¡Maldito hombre! ¿Por qué seguía mirándola de aquella manera tan desvergonzada e irritante? Sus verdes ojos empezaron a echar chispas. Araminta alzó la barbilla y se irguió con determinación. No iba a permitir que un hombre tan arrogante como ése la intimidara.

-*Gracias, señor* -dijo con frialdad. Las palabras en español, que recordaba de su infancia, salieron de los labios por sí solas. Con un gesto seco le dio las gracias. Sin embargo, la manera inconsciente como retorció los guantes al hablar puso de manifiesto su intranquilidad, algo que la atenta mirada del hombre no dejó de observar.

Una burlona sonrisa se dibujó en los labios masculinos como si se tratase de una broma que sólo él entendía. Araminta notó que el rubor de sus mejillas se transformaba en llameante sonrojo. Cada vez se sentía más humillada. No entendía por qué ese hombre ejercía un efecto tan perturbador en ella. Era algo irracional. Se trataba de un extraño, alguien a quien, desde luego, no deseaba conocer. La aparición del señor Gideon la confirmó en su idea. El secretario de su abuelo frunció el ceño en un gesto desaprobador cuando vio el sonrojo de Araminta y al hombre que lo había causado. Tras saludar a éste con un lacónico gesto, se volvió hacia Araminta.

-Le ruego me disculpe por haberla hecho esperar, señorita Winthrop -dijo-. Por desgracia ha habido un ligero retraso en recepción, una pequeña confusión con respecto a su suite que me he visto en la necesidad de remediar. Espero que ello no le haya supuesto ninguna... molestia.

-No. Este... caballero acaba de devolverme los guantes. Los había olvidado en un descuido. -Araminta no había pasado por alto que el señor Gideon no había identificado al hombre y tampoco se lo había presentado. Se notaba cierta tensión entre ellos. Era evidente que se conocían y que no mantenían una relación muy cordial-. Bien, gracias otra vez, señor -

murmuro apresuradamente con la intención de evitar cualquier problema-. Señor Gideon, estoy cansada y hambrienta, así que le agradecería que me mostrara mi habitación. Me gustaría refrescarme y luego almorzar, tal y como usted había prometido.

-Sí, desde luego, señorita Winthrop. Por aquí, si hace el favor. -Tras hacer otro gesto al hombre, el secretario la cogió educadamente del brazo.

Mientras se alejaban, Araminta acertó a ver un brillo terrible, inflexible y peligroso en los ojos del hombre antes de que volviera a dirigirle una sardónica sonrisa, golpeara los tacones al estilo militar y le hiciera una suave y cortés reverencia. Subieron por la escalera y sin tener que mirar por encima del pasamanos, supo que el otro seguía mirándola.

-Señorita Winthrop -dijo el señor Gideon cuando llegaron al rellano de la segunda planta y comenzaron a andar por el pasillo en que estaba su suite-, por lo general no me tomaría la libertad de darle un consejo que usted no me hubiera solicitado antes. Sin embargo, en este caso, creo que estoy en la obligación de hacerlo. Sería preferible que usted... eh, ejem... no mencionase a su abuelo el encuentro que ha tenido con el general Del Castillo...

-¿General Del Castillo? -lo interrumpió Araminta sorprendida. Pensó que ese hombre, que tendría poco más de treinta años, sería demasiado joven para ostentar un rango tan alto-. ¿Es oficial del ejército?

-No, se trata de un guerrillero, un revolucionario, y como tal, no es más que un bandido, un forajido. Se ha rebelado contra el gobierno de su país y contra su ejército, los federales. Es más, por razones que no he llegado a conocer y sobre las cuales, por tanto, no puedo informarle, es un enemigo de su abuelo y de los Hobart. Es posible que usted se acuerde de ellos. Son amigos íntimos de su abuelo y dueños del Chaparral, el rancho vecino al Sierra Alta. Esta es la razón por la cual le aconsejo que evite hablar a su abuelo de este encuentro con el general. Rigo del Castillo no es la clase de persona que usted deba conocer, y no cabe duda de que su abuelo se enojaría si supiera que el general la ha abordado, por muy inocente y casual que haya sido todo.

-Me hago cargo de su advertencia, señor Gideon. No me gustaría molestar a mi abuelo, sobre todo en este momento. No le diré nada, lo prometo.

Ya habían llegado a la suite. El secretario introdujo la llave en el ojo de la cerradura, abrió la puerta y se apartó para dejar paso a Araminta al espacioso salón, elegantemente amueblado al estilo mejicano. El señor Gideon cruzó la estancia y abrió la doble puerta que daba al dormitorio, también de gran tamaño. Cuando se hubo asegurado de que el equipaje de Araminta se encontraba allí y que el baño estaba preparado, la dejó diciendo que regresaría al cabo de una hora para acompañarla a almorzar al restaurante del hotel.

En cuanto el señor Gideon la dejó sola, Araminta se quitó rápidamente la ropa, polvorienta tras el viaje por las áridas llanuras de Texas, y se metió agradecida en la humeante agua que casi rebosaba de la bañera de porcelana. Con una pastilla de jabón con olor a gardenia empezó a frotarse generosamente, disfrutando de la placentera sensación que comenzó a invadir su cuerpo. Hacía siglos que no se bañaba en condiciones. En su habitación de Nueva York había tenido que arreglárselas con una vieja y agrietada jofaina de porcelana. Tal vez por eso, sin embargo, se sintiera cohibida e incluso algo avergonzada. Su abuelo había autorizado al señor Gideon para que alquilara una suite por una tarde nada más con el único propósito de que se refrescan y descansara un rato después de su largo viaje. Parecía un verdadero despilfarro, el colmo de una pecaminosa complacencia de la que sólo los más pudientes disfrutaban. Pero, claro, su abuelo era rico, uno los hombres más ricos de Texas y quizá de todo el país, y su influencia se extendía por todas partes. Sólo eso era razón suficiente para que estuviera envuelto en un aire de magnificencia, que unido a su vigoroso carácter y la fiereza de su aspecto, lo convertía en un hombre a quien sus iguales era difícil que contrariaran. Sin embargo, la perspectiva de despenar la ira de Noble Winthrop no había arredrado en ningún caso a Rigo del Castillo, el cual habría adivinado que Araminta pertenecía a la familia de Noble Winthrop por su nombre y la compañía del señor Gideon.

Araminta cerró los ojos y se sumergió aún más en el agua, recordando la insolente mirada del general, entonces sintió que todo su cuerpo se encendía. ¡Pero bueno!, no era un caballero, pensó. El señor Gideon había hecho muy bien al no presentárselo; en efecto: una señorita decente no podía reconocer que conocía a un hombre como aquél. Sin embargo, la imagen del general, alto, moreno y guapo, volvió a su mente y sintió de nuevo ese extraño e incomprensible temblor que le había recorrido el cuerpo al tocarle la mano. Estaba desconcertada. No alcanzaba a comprender cómo un hombre tan desagradable y descarado tenía un efecto tan perturbador sobre ella. El viaje debía de haberla fatigado mucho más de lo que creía. Tal vez su abuelo había previsto que lo estaría, y ésa era la razón por la que había hecho los preparativos para que descansara y almorzara antes de continuar su viaje a Sierra Alta. De ser así, se trataba de un detalle muy considerado que jamás habría esperado de él. Cabía la posibilidad de que la edad le hubiera cambiado y suavizado su carácter. Aunque si eso fuese cieno, el señor Gideon no habría sentido la necesidad de aconsejarle que no mencionara a su abuelo el encuentro con Rigo del Castillo.

Con curiosidad, Araminta se preguntó por qué los dos hombres estarían enemistados; entonces recordó el porte del general, la determinación que había en su gesto, la fuerza de acero de sus dedos, y se estremeció. No, Rigo del Castillo no era la clase de hombre que se amedrentaría ante su abuelo; de hecho, supuso, sería todo lo contrario: de esos hombres que sentían una gran satisfacción atacando y derrotando a sus adversarios. Tal vez, pensó Araminta, supiera quién era ella antes incluso de abordarla. En ese caso, quizá tuviese algún motivo oculto para acercársele, y los guantes hubieran sido sólo una excusa conveniente. Al observarla con ese descaro, tal vez trataba de provocarla y así forzar un enfrentamiento con su abuelo.

Araminta decidió que mantendría la promesa que había hecho al señor Gideon y no diría nada al anciano. No tenía sentido empezar la relación con mal pie. Además, no deseaba servir a Rigo del Castillo de peón, fuera cual fuese el juego que estaba jugando. Con esa determinación, Araminta acabó de bañarse y se secó vigorosamente con una toalla. Se sentía rejuvenecida. Se puso ropa limpia, y luego se cepilló su larga melena rubia hasta que la hizo brillar como el oro; entonces recogió sus cabellos, como era habitual en ella, en un recatado moño. Para terminar de arreglarse, se empolvó ligeramente la cara y se puso unas gotas de perfume de gardenia detrás de las orejas y en las muñecas. En ese preciso momento, el señor Gideon llegó para acompañarla al restaurante.

Cuando se dirigían hacia la escalera para bajar al vestíbulo, Araminta oyó que se abría una puerta de otra suite detrás de ellos y volvió a mirar. Allí estaba Rigo del Castillo, abrazando y besando con pasión a una mujer morena cuyos rasgos no pudo distinguir con claridad. Al verles, Araminta se sonrojó como la grana y volvió de nuevo hacia adelante. Por desgracia, sin embargo, el general había dejado ya de besar a su acompañante y, tras alzar los ojos, la había visto en el momento en que Araminta clavaba su mirada en él y la mujer, que había ocultado la cara en el pecho masculino. Rigo la observó por encima de la cabeza de la mujer y esbozó una lenta sonrisa burlona. Entonces, sin apartar su mirada de Araminta, se inclinó con lentitud para volver a besar de nuevo a la mujer. Araminta sintió cómo su corazón se desbocaba. Aceleró el paso y tropezó. Cuando trataba de recuperar el equilibrio, oyó que la risa de Rigo del Castillo, queda y socarrona, resonaba en sus oídos.

3

Tras disfrutar de un sabroso almuerzo en el restaurante del hotel, durante el cual había podido comprobar que el paladar no había perdido nada de su anterior aprecio por la cocina mejicana, Araminta había regresado a la suite para echarse una siesta reparadora. La mezcla de nerviosismo y emoción, y el traqueteo de las ruedas del tren sobre las vías le habían impedido dormir bien durante su largo viaje desde Nueva York. Agotada, se quedó dormida a los pocos minutos de haberse soltado el corsé y haberse acostado en la blanda cama de plumas del dormitorio. La suave brisa que soplaba por las ventanas abiertas procedente del río Grande y los ruidos amortiguados que llegaban de la calle habían surtido el efecto de una dulce canción de cuna. La llamada del señor Gideon, al cabo de una hora, la despertó.

Una vez más se encontraba sentada junto a él en el automóvil de su abuelo devorando con la vista el paisaje que se veía a lo largo del desigual

camino que llevaba a Sierra Alta. Se había olvidado de lo vasta y majestuosa que era esa tierra, tan diferente de Nueva York con la densidad de sus compactos edificios apretados. En Texas, los espacios abiertos se dilataban interminables hasta perderse entre riscos y montañas. Kilómetro tras kilómetro, las ondulantes llanuras del oeste se extendían de forma ininterrumpida ante ella mostrando una gama de colores que iba del ocre más pálido al pardo más oscuro de la arena y del típico verde de la pradera al tono dorado con que el veranillo de San Martín había teñido la hierba. Aquí y allá se veían diferentes tipos de cactos que se agarraban insolentes a las grandes extensiones de dunas: el cactos barril (con sus afiladas espinas y sus florecillas de colores cuyas tonalidades iban desde el amarillo pálido hasta el oscuro púrpura), garambuyos, nopales, chollas, pitahayas. Muchos de ellos vivían entre las rocas, sus rosetones casi sin espinas con flores blancas, doradas, amarillas, magenta...; así como la reina de la noche, la cabeza senil, el peyote y las abundantes chumberas. Las agaves, con sus carnosas hojas verdes extendidas sobre el suelo. Sus primas, las lyucas, más altas y orgullosas, como soldados marchando a la batalla recortándose contra el desnudo horizonte. Grupos de artemisas, con gran número de ramas y sus hojas en forma de cuña, lanzaban un brillo plateado por entre los espinosos paloverdes, los enmarañados chaparros y los alquitranados arbustos de creosota. Alguna que otra planta rodadora aparecía inerte en el lugar al cual había sido arrastrada por el viento de la pradera al principio de la primavera. Las estrechas hojas verde oliva de los mezquites se curvaban quebradizas en los extremos. Sus densas guirnaldas de flores color crema se veían ya marchitas, mientras que sus racimos de frijoles colgaban lánguidos al calor del sol, a pesar de que éste había superado ya el cenit y comenzaba su lento descenso hacia el oeste. Incluso los pocos álamos de corteza plateada que se balanceaban tristemente sobre las riberas de los turbios ríos y las corrientes de agua parecían tener sed.

Aquella tierra, dura y salvaje, había supuesto la grandeza de algunos y la perdición de muchos, pensó Araminta. Sólo sobrevivían los más fuertes, e incluso éstos tenían que luchar para salir adelante. Al observar la tierra que se extendía en todas las direcciones, se sintió pequeña en comparación: pequeña y humilde. Aun así, aquel paisaje alegraba su corazón, lo llenaba de alborozo. Allí, a diferencia de Nueva York, un hombre podía respirar y vivir libre y salvaje bajo el cielo infinito. En aquel lugar, uno tenía la sensación de hallarse en el mismo hueco de la mano de Dios. El paisaje estimulaba algo en su interior que se encontraba vivo y próximo a la tierra; por primera vez se preguntó cómo podía haber abandonado su padre este lugar. Empezó a sentirse como si estuviese volviendo a casa, sentimiento que aumentó poco después cuando divisó la hacienda de su abuelo (el centro de las sesenta mil hectáreas que formaban Sierra Alta), un magnífico edificio de dos plantas construido con adobe encalado que brillaba a la luz del sol como si fuese nácar, una gema perfecta para el salvaje entorno en que estaba montada. El tejado era de un color arcilloso, y sus pesadas puertas de madera, al igual que las contraventanas y los balcones, tenían el tono siena de los ríos. El rancho de su abuelo se extendía alrededor de la hacienda hasta perderse de vista. A lo lejos, las montañas se elevaban como centinelas vigilando sus soberanos dominios. En un movimiento inconsciente, Araminta se inclinó para ver la hacienda con mayor claridad por entre las nubes de polvo que las

ruedas del automóvil levantaban. Con una mano agarraba la sombrilla y con la otra se aferraba al parabrisas para no perder el equilibrio por un bache o una roca. Caballos, caravanas, manadas de reses y, desde hacía muy poco tiempo, automóviles, habían ido formando el camino en el transcurso de los años. Araminta había salido del rancho cuando sólo era una niña y volvía hecha una mujer. Ella había cambiado: ¿de qué manera habría cambiado el rancho durante esos años? Porque a pesar de que pudiera llevarle a engaño el hecho de que la cada tuviera el aspecto que ella recordaba, no por ello el tiempo había dejado de pasar.

Por fin, el señor Gideon detuvo el coche delante de la puerta principal. Teresa estaba allí, tan rolliza y cariñosa como siempre. Sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes, que brillaban en contraste con su rostro moreno, y abrió los brazos para dar la bienvenida a Araminta. Esta salió del automóvil gritando « ¡Teresa! ¡Teresa!» y corrió hacia la cocinera, que la abrazó.

-¡Oh, señorita Araminta, me parece imposible que sea usted! -exclamó Teresa mientras movía la cabeza, afectuosa, y examinaba a la mujer en que se había convertido la niña que ella recordaba-. Usted no en más que una *muchacha* la última vez que la vi y ahora es toda una mujer, una fina dama y *muy bonita* además. ¡Ay! La conmoción que va a crear en el rancho... Bienvenida a casa, bienvenida a casa. Pase a la hacienda. Le tengo preparadas unas *sopaipas*, que son su plato favorito, ¿verdad? Las tengo en el horno para que estén tiernas y calentitas. ¡Oh, señorita Araminta, qué bien que haya vuelto! Ha estado fuera demasiado tiempo.

Entre piropos y regañinas, Teresa condujo a la joven al interior de la casa. Allí, por fin, vio a su abuelo. Este se encontraba delante de la puerta de su estudio, que daba al gran vestíbulo. Por un momento observó con aire crítico la escena que tenía ante sí. Frunció sus pobladas cejas blancas y apoyándose pesadamente en su hermoso bastón de Malaca, se acercó a Araminta.

Sus palabras de bienvenida sonaron como un gruñido arisco.

-¿Así que eres tú la causante de este alboroto? Ya iba siendo hora de que llegaras, a todo esto. Empezaba a pensar que Gideon había ido a parar a alguna zanja con mi coche nuevo. La velocidad que le corresponde es la de una tartana tirada por un potro. ¿No es eso cieno, Gideon?

-Sí, es cieno, señor Winthrop -murmuró el secretario con afabilidad. El señor Gideon, pensó Araminta, solía aceptar siempre los malhumorados insultos de su abuelo, sobre todo porque rara vez iban dirigidos a él personalmente. Noble Winthrop tenía la costumbre de despreciar a todo el mundo por igual.

-Muy bien, a ver qué aspecto tienes, muchacha -continuó su abuelo sin mirar a su secretario al cual prestó tanta atención como si no hubiera hablado-. Estás tan pálida y frágil como un sauce, aunque supongo que era de esperar, viniendo de Nueva York, donde las casas están tan pegadas las

unas a las otras que no se puede respirar un soplo de aire fresco o ver un rayo de sol como es debido. Has tomado una buena decisión al volver a Texas. Aquí, un hombre puede escupir por la puerta trasera de su casa sin tener que preocuparse de si ensuciará el soportal del vecino. Tampoco tienes mucha carne sobre los huesos. Pero bueno, supongo que Teresa se encargará de que engordes enseguida. Debería tenerla alimentando a las reses: estarían listas para el mercado en la mitad de tiempo. Se ha pasado los tres últimos días en la cocina, pero no te creas que me he llevado un bocado a la boca. No, señor: ni eso. Si no hubieras venido, muchacha, me temo que podría haber acabado muerto de hambre -dijo mordaz mientras fulminaba a Teresa con la mirada.

Por fin, alargó el brazo y cogió a su nieta de la mano. Araminta se quedó sorprendida al comprobar que, en cieno modo, su abuelo estaba tan nervioso como ella por el encuentro, aunque jamás lo habría admitido. Impulsiva, dio un paso adelante y lo besó en la curtida mejilla. Le había sorprendido, de eso estaba segura, porque abrió los oscuros ojos de par en par y la miró con mayor fiereza que antes.

-Desde luego, un viento fuerte no se llevaría por delante a un hombre como tú, abuelo -observó con sequedad, consciente de que cualquier intento por contemporizar no haría más que enfurecerle-. En realidad, si uno se fija bien en ti, diría que tienes aspecto de estar animado y en buena forma.

Era la pura verdad, porque aunque la gota le daba molestias y le obligaba a utilizar un bastón, por lo demás Noble Winthrop estaba muy bien a pesar de la edad que tenía. Aunque algo encorvado por los años, seguía siendo más alto que la media. Tenía una constitución fuerte, espaldas anchas, pecho enorme y piernas largas y nervudas. Algunas personas afirmaban que de joven era capaz de desnucar a un novillo. Viéndole, Araminta no encontraba razones para ponerlo en duda. Su gran mano parecía un brazalete de hierro en torno a la de ella. Tenía que evitar esbozar una mueca de dolor, algo sospechó, que su abuelo no pasaría por alto. Él aumentó la presión sobre los dedos de su nieta antes de soltárselos, tras lo cual solté un leve bufido de sorpresa y displicente aprobación: había pasado la primera prueba. Sin embargo, Araminta no tenía la menor duda de que habría otras. Noble Winthrop creía firmemente que las personas debían probar su valía y despreciaba a quienes no estaban a la altura que él exigía.

-Bueno, ¿se puede saber qué hacemos aquí plantados? -rugió de repente-. Teresa, ¿has dicho que tienes el horno lleno de *sopaipas* o he oído mal?

-Sí, *patrón.*

-Pues, venga, ve por ellas. Llévalas a mi estudio con una cafetera de café caliente. Y que esté bien fuerte, no me hagas ese aguachirle dulzón que tanto os gusta a las mujeres. Mi nieta es una Winthrop y le gusta el café, ¿verdad, Araminta? -Sin darle ocasión a que respondiera, estiró el brazo para que ella se apoyara en él y la condujo a su estudio-. Por aquí, muchacha. Tú y yo tenemos que recuperar el tiempo, hablar de muchas

cosas. ¿Y qué mejor momento que el presente para ponernos manos a la obra? En este mundo, un hombre no sale adelante si espera sentado a que el día transcurra. No te olvides de eso, ¿me oyes?

Araminta asintió, con cuidado de llevar el lento paso de su abuelo conforme cruzaban el vestíbulo. A pesar de los años que habían pasado, el estudio estaba igual que la última vez que lo vio. Los muebles todavía estaban tapizados con el cuero color vino y las variopintas telas que ella recordaba. La habitación seguía dominada por el gigantesco escritorio de roble y la silla giratoria de Noble Winthrop. Sobre la chimenea colgaba un enorme retrato de su abuela Victoria. Hacía mucho tiempo de su muerte, pero el aspecto que había tenido de joven quedó reflejado de forma imperecedera en el lienzo. Ver de nuevo ese cuadro después de tanto tiempo hizo que Araminta se diera cuenta de que ella era la viva imagen de su abuela.

-Te pareces mucho a ella -observó su abuelo como si hubiese leído su pensamiento-. Victoria tenía la belleza de una rosa, pero, por desgracia, también tenía sus defectos. Le faltaba resistencia, y acabó por marchitarse y morir aquí en Texas. Confiemos en que estés hecha de un material fuerte, a pesar de tu aspecto, muchacha. Tú y yo somos los últimos Winthrop, y aunque mis enemigos dicen que no les haré el favor de morir, no soy inmortal. Me temo que no me queda mucho tiempo y, sin embargo, no le temo a la muerte. Llevo demasiado tiempo conviviendo con ella. Cuando llegué a Texas, esta tierra resultaba tan salvaje y peligrosa como un potro sin domar. La muerte era el pan nuestro de cada día y llegaba sin avisar. Tuve que hacer frente a indios, mejicanos, escorpiones, serpientes de cascabel tan grandes como mi brazo, vendavales, inundaciones, enfermedades y heridas que te hubiesen hecho perder el sentido nada más verlas. Fueron muchas las veces que tuve que beber el jugo de un cacto o el agua embarrada que había en una huella, y no me quejé, porque, déjame que te diga algo: en aquel entonces, el hombre que no aprendía a andarse con cuidado y a -arreglárselas con lo que tenía a su disposición acababa siendo pasto de los buitres y de él no quedaban más que los huesos. Yo empecé sin nada; pero con sangre, sudor y agallas construí Sierra Alta y la convertí en lo que ves ahora: uno de los ranchos de ganado más condenadamente grandes de todo el estado de Texas... ¡qué diablos!, de todo el maldito país. Mi esperanza era tener una buena camada de hijos fuertes que pudieran quedárselo todo y continuaran con el trabajo de toda una vida, manteniendo el nombre y el patrimonio de los Winthrop. Pero... las cosas no salieron como yo había planeado. Ahora tú eres todo lo que me queda: un suspiro de mujer que todavía tiene la leche en los labios y que de la vida sabe tanto como de limpiar estiércol.

-No estoy de acuerdo con la opinión que tienes de mí, abuelo -se atrevió a decir Araminta, sosteniendo la penetrante mirada del anciano y pasando por alto la brusquedad de sus palabras, que sospechaba que había utilizado para indignarla-. Yo también he pasado apuros y he conocido el sufrimiento y la muerte. Nueva York, a su manera, es tan salvaje y peligroso como Texas y, aun así, he sobrevivido.

-Mmm... -masculló como si no le hubiese impresionado. En ese momento, Teresa apareció con una bandeja de plata de ley llena de *sopaipas*, una cafetera, también de plata de ley, y dos tazas de porcelana de Sèvres con sus correspondientes platillos, platos y servilletas. El abuelo hizo una señal a Araminta para que se sentara en el sofá, delante del cual había una mesa de té de madera satinada ricamente tallada, y le preguntó con toda tranquilidad-: ¿Harás los honores, verdad?

-Si así lo deseas, abuelo, lo haré -respondió ella con más confianza de la que sentía en realidad.

Obediente, sirvió el café y dos *sopaipas* en cada plato y se levantó para dar uno ellos a su abuelo, que se había sentado en un cómodo sillón orejero delante de ella. Volvió al sofá, aliviada de que a pesar del temblor de sus manos, hubiera logrado llevar a cabo sus deberes como anfitriona con garbo y sin ocasionar algún desastre.

-Bueno, ya veo que al menos te enseñaron parte de las artes femeninas en el internado al que fuiste. -Con apetito, pues era aficionado a los dulces, su abuelo mordió uno de los buñuelos con miel y, tras soplar el café para enfriarlo, tomó un buen trago de la taza-. Es una satisfacción ver que el dinero que me costó mandarte allí ha sido una buena inversión. No soporto el despilfarro; es de estúpidos y conduce invariablemente a la penuria y, por último, a la ruina. -Se interrumpió, pero al cabo de unos segundos reanudó su monólogo-. Ya basta de palabrería. Tenemos que conocernos, Araminta. Aunque pertenecemos a la misma familia, casi nada sabemos el uno del otro. Con esto no quiero negar que buena parte de la culpa sea mía. Nunca me han gustado mucho los niños y, con sinceridad, después de la muerte de tus padres, pensé que te encontrarías mejor en la escuela, al cuidado de otras mujeres, que aquí, bajo la tutela de un viejo vaquero como yo. Además, tenía la impresión de que yo no era muy de tu agrado, muchacha, y tal vez en tu fuero interno tuvieras razones para ello, tras haber visto que tu padre y yo nos habíamos separado con cajas destempladas y que nunca llegamos a reconciliarnos. Con todo, hemos de intentar concentrarnos en el futuro que vamos a compartir. Lo pasado, pasado. Ni tú ni yo tenemos a nadie más en el mundo y, al fin y al cabo, la sangre es lo que cuenta. Si tu padre estuviese vivo, habría acabado por entenderlo.

La siguiente hora en compañía de su abuelo transcurrió en un ambiente de cordialidad. Sin embargo, al cabo de ese tiempo, la opinión que Araminta tenía de su abuelo no era menos contradictoria que antes. Creía que le comprendía mejor, aunque habría sido incapaz de decir si le gustaba. Lo admiraba por todo lo que había alcanzado en su vida. Sin embargo, resultaba evidente que, durante el ascenso hacia la cumbre, había pasado cruelmente por encima de otras personas e incluso las había quitado de en medio sin compasión a fin de proseguir su avance. Por mucha fama y riqueza que tuviera, se trataba de un anciano amargado que se había quedado solo, de eso estaba segura, aunque parecía que a su avanzada edad no sólo se había dado cuenta de la situación sino que también había empezado a sentir afecto por ella, y además tenía la intención de mejorar las relaciones, Araminta seguía dudando.

No pasó por alto el hecho de que no le había dado la bienvenida a Sierra Alta, ni tampoco, por mucho que dijera que sólo se tenían el uno al otro, de que jamás había dado muestras de un verdadero cariño por ella. Con todo, ella recibiría una considerable cantidad de dinero de su abuelo cada mes, y, él había insistido con generosidad en que cambiara todo su vestuario, puesto que «esos vulgares trapos de colegiala que llevas no te valdrán de nada si quieres causar una buena impresión en la sociedad del oeste de Texas». También le había dicho que eligiera de los establos el caballo que quisiera, exceptuando, como es natural, su propio caballo. Por supuesto, había de considerar Sierra Alta como su propia casa y si deseaba alguna cosa, sólo tenía que decírselo a él o a los criados.

Sin embargo, cuando se atrevió a mencionarle su deseo de ejercer como periodista, levantó la mano y la cortó en seco para, a continuación, afirmar tajante que una nieta suya no haría algo tan vulgar e impropio de una dama como trabajar y meterse en un asunto de hombres. Los únicos papeles apropiados que una mujer de su posición podía desempeñar eran los de anfitriona, debutante, esposa, madre y benefactora en iglesias y obras de caridad, y ella no querría desprestigiar el nombre de los Winthrop haciendo lo contrario. Al decir estas palabras, la expresión de su abuelo fue tan severa que Araminta se cuidó de llevarle la contraria, sintiendo instintivamente que con ello no haría más que irritarle y no le valdría para nada. A pesar de ello, en su Mero interno había decidido ya que no cedería con mansedumbre a sus inflexibles exigencias y expectativas y que buscaría la manera de llevar a cabo sus sueños.

Con todo, y pese a su determinación, se vio obligada a admitir que no sabía si aquello sería posible en ese momento. Tal vez con tiempo, por muy improbable que pareciese entonces, consiguiera hacerle cambiar de opinión, porque en caso contrario, no le quedaría más remedio que buscar otra alternativa. Entretanto, establecerse en el rancho, ir conociendo a su abuelo, descansar y recuperar las fuerzas parecían un desafío más que suficiente.

Como ya no tenía que preocuparse de su seguridad física, Araminta sufrió entonces el profundo agotamiento que suele acompañar a un período de tensión, cuando el cuerpo y la mente son obligados a funcionar por encima sus posibilidades. Por tanto, después de la cena, se retiro a su habitación aduciendo que se sentía cansada por el largo viaje. Su abuelo la acompañó a la planta de arriba, pues también se quería acostar, incapaz de mantenerse levantado hasta altas horas de la noche como hacía antes. Cuando llegaron a su suite, Araminta vio que le habían dado la que ocupaba antiguamente, la misma que le habían dado cuando, a los seis años, abandonara el cuarto de los niños. Como todo lo demás en Sierra Alta, el cuarto de estar y el dormitorio tenían el mismo aspecto que cuando se había ido. Parecía como si con la marcha de su hijo, el anciano hubiese perdido interés por la hacienda y no se hubiera animado a modernizarla. Ni siquiera se había preocupado de volver a decorarla o de instalar gas o luz eléctrica, algo que podía permitirse sin duda alguna. De todas formas, el hecho de que se hubiera comprado un automóvil la llevó a pensar que ése no sería el caso del resto del rancho. Con todo, al echar una ojeada a su suite, Noble debió

de caer en la cuenta de que la decoración resultaba excesivamente sencilla e impropia para una mujer madura.

-Supongo -dijo después de un carraspeo- que querrás cambiar estas habitaciones y amueblarlas a tu gusto. ¡Pero qué diablos...! Puestas así las cosas, un arreglo le vendría bien a toda la condenada casa. Hace tiempo que no pienso en diversiones; pero ahora que estás aquí, me ocuparé de que te presentes en la sociedad tejana como es debido... Voy a organizar una fiesta tan elegante que todos se reconcomerán de envidia. ¡Se les van a saltar los ojos de las órbitas! Y me imagino que todos los galanes empezarán a aparecer por aquí como moscas a la miel en cuanto los solteros cotizados entre el río Grande y el Sabinas te hayan puesto la vista encima. Vamos, que pronto estaremos recibiendo tantas invitaciones para barbacoas y fiestas que la cabeza acabará dándote vueltas. Y, claro, tendremos que corresponder. Hablaré con Gideon a primera hora de la mañana. El sabe qué nos hace falta y te dirá las tiendas en las cuales tienes que comprar o hacer encargos si las de El Paso no te convencen. Y escucha: no te preocupes por lo que cueste todo eso. No quiero que se diga que los Winthrop escatiman el dinero. No me importa pagar si luego merece la pena. Así pues, ya puedes empezar, ¿de acuerdo?

Sin que ella tuviera tiempo para responder, le dio las buenas noches con un gesto y se marchó cojeando por el pasillo en dirección a la suite principal. Araminta, ensimismada, lo miró mientras se alejaba, y, al cabo de unos segundos, cerró la puerta en silencio. Cuando empezaba a prepararse para meterse en la cama, vio que sus baúles estaban en la habitación, vacíos. Su ropa había sido planchar y colgada en el armario; la ropa interior doblada y guardada en los cajones de la cómoda, y el espejo de plata, el cepillo y el peine- de marfil que había heredado de su madre estaban sobre la coqueta. Su pequeña y preciada colección de libros, la mayor parte de los cuales había pertenecido a su padre, se encontraba sobre la cómoda. En la mecedora habían dejado su muñeca favorita de cuando era niña. Aunque estaba ajada por el uso y el paso de los años, Araminta se había sentido incapaz de tirarla a la basura. Mientras miraba sus pocas pertenencias, de repente se dio cuenta de que representaban todo lo que había sido su vida hasta ese momento; entonces, sus ojos se llenaron de lágrimas. Todas las esperanzas que abrigaba al salir del colegio habían quedado truncadas. Aceptarlo era un trago muy amargo; sobre todo ahora que sabía la clase de futuro que su abuelo le tenía preparado. Era evidente que pensaba casarla con uno de los vástagos de cualquier magnate de la agricultura y la ganadería de Texas, y casi seguro que ya había decidido los candidatos idóneos.

Nada más pensarlo, Araminta se echó a temblar. No tenía nada en contra del matrimonio. De hecho, una parte de ella ansiaba un marido e hijos. Lo que le inquietaba y desagradaba era el empeño que su abuelo mostraba en seguir adelante con su plan. Parecía como si ella fuese una novilla que hubiera que subastar al mejor postor. Estaba claro que su abuelo consideraba el matrimonio como una operación comercial: una fusión, idea que ella no sólo no compartía, sino que detestaba. Sus padres se habían amado de tal forma que, para permanecer juntos, habían sacrificado

Librodot

todo lo que tenían, incluso Sierra Alta, el patrimonio de Preston Winthrop. Habiendo crecido rodeada por un amor tan profundo y duradero, Araminta sabía en su fuero interno que en lo referente al matrimonio, para su consternación, su abuelo ni siquiera le había preguntado cuáles eran sus sentimientos al respecto. Resultaba evidente que no le importaba en absoluto; lo único que esperaba de ella era que obedeciera sus órdenes. La idea de que eso también incluyera casarse con un hombre a quien no amaba ni amaría era espantoso, como lo era el saber que su abuelo jamás había dudado en utilizar su posición y su dinero como armas arrojadizas contra aquellos que se interpusieran en su camino, sin exceptuar a su propio hijo. ¿Por qué habría de ser ella una acepción entonces?

Araminta se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por la imaginación al pensar acerca de su abuelo, su matrimonio y su futuro, cuando ni siquiera había visto a un hombre que pudiera ser considerado como posible pretendiente. En cuanto esta idea pasó por su cabeza, recordó a Rigo del Castillo, su risa, queda y socarrona, y la sensación que producía su piel al rozarla, parecida a la electricidad producida por la vigorosa fricción del cepillo sobre su cabello rubio, que luego recogía en una única trenza para evitar que se enredase durante la noche. Al recordar al general, se miró con el ceño fruncido en el espejo de la coqueta, molesta porque su imagen siguiera haciendo acto de presencia en su mente a pesar de que el encuentro duró unos pocos minutos. Era muy guapo, admitió a su pesar, de una manera peligrosa, oscura y diabólica que despertaba algo primitivo y telúrico en su interior. Entendía a la perfección que, pese a su reputación de libertino y rebelde -o tal vez gracias a ello-, ciertas mujeres, como la morena del hotel, lo encontraran atractivo. A ella, desde luego, no se lo parecía, se dijo tranquilizadora. Lo que, a su pesar, hacía que sintiera curiosidad por el general, que la intrigara, era que él y su abuelo fuesen tan enemigos, por la razón que fuera. La información significaba poder, así pues, sería interesante saber qué tipo de hombre se había enfrentado a su abuelo y había logrado salir incólume. Suponía que habría pocos hombres que lo hubieran conseguido. Incluso su padre había temido al amplio y vengativo poder de Noble Winthrop. Y con razón, pensó Araminta.

Su abuelo seguía siendo un arrogante autócrata, como siempre. Tras la conversación de aquel día, estaba convencida de que no era amor, sino orgullo y vanidad lo que le había impulsado a pedirle que volviera al rancho. La necesitaba para no ser un rey sin heredero. Araminta era el último de los Winthrop, el último de la estirpe. Su abuelo, un egomaníaco, no podía soportar la idea de que, pasado un tiempo de su muerte, su nombre desaparecería. Aun así, Araminta no tenía más remedio que admitir el hecho de que heredar el rancho y, con él, todo el dinero que jamás pudiera necesitar, no era una perspectiva desagradable, sobre todo después de las penurias que había sufrido en Nueva York. Desde luego, se trataba de un programa lo bastante tentador como para que cualquier joven se sintiera animada a complacer a su abuelo y a aceptar el futuro que éste había planeado para ella, un futuro que, en realidad, respondía con exactitud al ideal de casi todas las mujeres. ¿En qué se equivocaba aspirando a algo más que eso? Al recordar el grato calor que irradiaba el amor que había entre sus padres, supo que ahí estaba la respuesta a su pregunta, y que además, su

abuelo nunca comprendería sus anhelos. El diría que se dejara de tonterías, que sólo eran insensateces románticas.

Dejando escapar un suspiro, se inclinó y apagó la lámpara, se deslizó en la preciosa cama que dominaba el centro del dormitorio y se tapó. Por la puertaventana que daba al balcón, la fresca brisa de la noche, tan grata después de un día caluroso como el que había pasado, entraba en la habitación hinchando las cortinas con suavidad. Acostada en un dormitorio y una cama tan familiares, Araminta se sintió una niña de nuevo y mientras pensaba en sus padres y en las infelices vueltas que su vida había dado, un profundo sentimiento de soledad y tristeza se apoderó de ella. A lo lejos, oyó el ulular de un búho y el chillido de un halcón. Un lobo o un coyote solitario aulló entonces a la luna; era un quejido obsesionante, que sonaba a desamparo y parecía ser el eco de sus propios sentimientos. «Auuuu. Au, au, au. Auuuu.» Los ojos se le llenaron de lágrimas. Hundió el rostro en la almohada para ahogar los sollozos y se quedó dormida.

4

Los días de Araminta en el rancho no tardaron en convenirse en una rutina tan llena de ocupaciones que le quedaba poco tiempo para pensar de nuevo en las angustiosas ideas que la atormentaron la primera noche en Sierra Alta. Había elegido un caballo de los establos, una bonita yegua ruana, la *Rosa del Desierto*, con largas crines de color crema. Aunque ya no tenía que madrugar, se levantaba todas las mañanas al alba y se iba a explorar la gran extensión del rancho. Cuanto más veía de esa tierra, más cerca se sentía de ella. Era como si la tuviese metida en los huesos y en la sangre. Le daba fuerza y consuelo, una paz interior y un sosiego que jamás había conocido. Empezó a comprender qué había atraído a su abuelo de aquella dura tierra, qué le había ayudado a soportar un lugar tan poco acogedor y que requería tanto esfuerzo. Tenía una belleza sencilla y salvaje que había que reclamar y conquistar, pero nunca domar; una tierra en que el brillo y el calor del sol resultaban excesivos bajo él infinito cielo turquesa, en que las oscuras nubes aparecían en el horizonte como salidas de la nada y rompían de repente a llover con furia, lanzando rayos y encendiendo un extraño fuego azul entre los cuernos de las reses; una tierra en que los fieros vientos soplaban desde el norte y ponían en danza cortantes demonios de polvo. Para Araminta era como un estimulante desafío. Estaba segura de que no había nada en el mundo comparable a la sensación que producía galopar, salvajemente y sin ataduras, por los extensos y ondulados valles y recibiendo el desenfrenado viento en el rostro y notando el alocado movimiento del cabello. Era lo más parecido a la sensación de volar que uno podía experimentar sin despegarse de la tierra.

Con todo, en ningún momento se olvidaba de los peligros de la región y siempre llevaba consigo el rifle y la pistola que su abuelo le había dado insistiendo en que aprendiera a utilizarlos. Como tenía buena puntería y una mano firme, con la práctica no tardó en mostrarse bastante buena con las armas. Las herramientas que ella prefería, sin embargo, eran los cuadernos de dibujo y los lienzos, los carboncillos, las acuarelas y los óleos, que nunca se olvidaba de cargaren las alforjas. A menudo se detenía y descabalgaba para descansar en una roca escarpada o en una colina cubierta de hierba, sacaba el estuche de madera que contenía sus utensilios de pintora y se ensimismaba en el dibujo o la pintura sin apenas percatarse del paso del tiempo. Mediante hábiles trazos de lápiz o pincel, montañas y riscos, mesetas y valles iban cobrando forma sobre el papel o el lienzo. Paulatinamente fue añadiendo dibujos de las manadas de reses que vagaban por el campo y de los vaqueros del rancho trabajando en los corrales y en la dehesa. Cuando decidió añadirles palabras, empezó a surgir la historia de Sierra Alta, la historia del mismísimo Oeste. Araminta, sin embargo, guardaba esto en secreto, lo atesoraba en su estuche de artista de igual manen que guardaba en su corazón el sueño de ser periodista.

Tras su excursión diaria, volvía a la hacienda para desayunar con su abuelo, quien advertía con buenos ojos no sólo que su theta no era una dormilona, sino que el ejercicio de las excursiones la fortalecía y comenzaba a devolver el color a sus mejillas. Esto era un motivo de alegría para Noble pues cuando vio el aspecto vulgar y enfermizo de su nieta el día de su llegada a Sierra Alta, perdió la ilusión de que pudiera llamar la atención de su ahijado, Judd Hobart.

Tras el desayuno, Araminta se reunía con el señor Gideon en una salita, donde éste le aconsejaba sobre lo que le hacía falta para renovar la casa, y acerca de los vestidos que ella misma necesitaría para las reuniones de anfitriona durante las próximas semanas. En cuanto terminaban las largas listas, el señor Gideon la llevaba a El Paso, donde la acompañaba a las mejores tiendas. Aquello que no conseguían allí, lo pedían a San Luis, Chicago o Nueva York, o incluso a Europa si era necesario. Guiándose por los modelos de las revistas, Araminta fue seleccionando vestidos para bailes y ocasiones especiales en tiendas como Worth, de París. Durante aquellas salidas y correrías, Araminta se maravilló de los vastos conocimientos del señor Gideon sobre temas tan dispares como telas, muebles, vestidos o joyas, y se dio cuenta de que esa habilidad para acumular información le había convertido en una persona imprescindible para su abuelo.

Llegó por fin el día en que colgó el último cuadro en la pared y el último vestido en su armario, y su abuelo decidió que tanto ella como la hacienda estaban listas para que las viera la sociedad del oeste de Texas. Se enviaron invitaciones a todas partes; se hicieron encargos a proveedores, floristas y músicos; se decoró con el mayor lujo el salón de baile para la fiesta de sociedad o fandango, nombre que recibía en el suroeste. Consciente de que el blanco hacía que pareciese más pálida, Araminta decidió llevar para la ocasión un vestido de seda de un tono rosa intenso que recordaba el cielo del amanecer tejano y daba a su bella piel, bronceada por el sol, un dorado brillo rosa. El vestido tenía unas primorosas mangas cortas que dejaban sus

hombros al descubierto mientras el escote, en forma de corazón, hacía resaltar sus lozanos y generosos senos. De la banda que le ceñía la cintura caía una falda acampanada con un remate de volantes. Su doncella, Carmen, le peinó la larga melena rubia en una cascada de tirabuzones trenzados con cintas y diminutas flores de seda rosas. Un chal con flecos también rosas, guantes, bolso de ruano y zapatos a juego completaban el conjunto. Unos diamantes, regalo de Noble, le brillaban en las orejas, alrededor del cuello y de una de sus muñecas. Cuando se miró en el espejo de cuerpo entero que había en uno de los rincones de su dormitorio, Araminta se dio cuenta de lo bella que era. Si no hubiese sido por la idea de que lo único que había impulsado a su abuelo a organizar el *fandango* era presentarla a los solteros más cotizados del oeste de Texas, el acontecimiento de aquella noche la habría llenado de emoción. Dada la situación, lo único que esperaba de su abuelo era que mostrara un mínimo de discreción y comedimiento en cuanto a su condición de soltera, en vez de anunciarlo a todo el mundo sin morderse la lengua, algo que, con una inquietante certeza, le veía muy capaz de hacer.

Cuando se reunió con él al pie de la escalera, Noble sonrió pletórico e hizo un gesto de aprobación, lo cual, por desgracia, le dio el-aspecto taimado y satisfecho de alguien que hubiera cometido un crimen quedando sin castigo.

-Muchacha, estás tan bella como la magnífica yegua que cogiste de los establos. ¿Y qué decir de la hacienda? La has dejado como un palacio. Jamás habría pensado que este lugar pudiera tener un aspecto tan condenadamente bueno, te lo aseguro. -Noble asintió satisfecho mientras admiraba el gusto con que estaba decorado el gran vestíbulo. Araminta, con su talento de artista para las formas y los colores, lo había adornado como el resto de la casa, con los vivos tonos del desierto: rojizos y dorados, el verde cacto, azul turquesa y rosa pardo, todos ellos con contrastes más oscuros de ocre, marrón y siena.

-Tienes clase, Araminta, clase y estilo. Ni una sola de las potras de este maldito establo puede compararse contigo, y está mal que yo lo diga. Sería de tontos no verlo. Si los potros de por aquí no se pelean por ponerse a tu lado antes de que acabe la noche me sentiré profundamente decepcionado. -Frotándose las manos, el abuelo se echó a reír de gozo ante esa perspectiva. Estaba tan animado que a Araminta no le habría sorprendido si hubiese tirado su bastón y se hubiese puesto a bailar una giga.

-Gracias, abuelo -dijo con satisfacción a pesar de que la idea de ser el origen de una pelea no le producía más que inquietud. Además, ya conocía a su abuelo lo -bastante bien como para saber que la admiración que le mostraba no era más que una forma de vanidad. El hecho de que ella fuera un motivo de orgullo para el nombre de los Winthrop, Sierra Alta, y él mismo era, en realidad, un cumplido que se estaba dirigiendo a sí mismo. Indudablemente, su abuelo pensaba que la mejora que habían experimentado tanto su aspecto como el de la hacienda se debía a él por completo, y que ella nada había tenido que ver en cualquiera de los dos casos.

Librodot

El ruido producido por automóviles, caballos y carruajes al detenerse delante de la casa sacó a Araminta de su ensimismamiento. Los invitados habían empezado a llegar. Sánchez, el mayordomo, apareció silencioso en el gran vestíbulo, como si hubiese salido de la nada, se dirigió hacia la puerta principal y la abrió de par en par. De la parte trasera de la casa empezaron a llegar las voces de los demás criados, que se apresuraban para ultimar los preparativos, así como las notas de la orquesta, que en cuanto los instrumentos estuvieron afinados, comenzó a tocar una animada melodía.

Las paredes encaladas de la hacienda brillaban como nácar merced a la luz de la luna y de las rojas llamas que lanzaban las parpadeantes antorchas en el exterior del edificio. A través de los cristales de las ventanas salía a raudales la luz del sinfín de lámparas de aceite y los cientos de velas encendidas en las arañas de cristal. Conforme los invitados iban entrando por el gran vestíbulo en dirección a la sala -en el que se habían colocado mesas de juego con tapetes verdes- y al salón de baile, la casa empezó a llenarse del bullicio de charlas, risas y música. Por las puertaventanas que daban al pórtico salía el ruido del jolgorio para perderse en la oscuridad y mezclarse armoniosamente con los lastimeros gritos de las criaturas de la noche, el aullido distante de coyotes y lobos y los lejanos chillidos de los pájaros nocturnos. En el interior de la hacienda, el suave tintineo producido por el choque del cazo de la ponchera y las botellas de licor con los vasos de cristal al ser llenados una y otra vez de limonada y otras bebidas más fuertes se mezclaba con las voces de los criados mejicanos que se aseguraban de que los invitados tenían todo lo que necesitaban.

Las largas mesas cubiertas con manteles de hilo blanco que había al fondo del salón de baile se quejaban bajo el peso de sus cargas: vistosas fuentes de plata rebosantes de carne de vaca, jamón y pollo que hablan sido asados a fuego lento en una barbacoa; *enchiladas, tamales, frijoles* y otras especialidades mejicanas que se mantenían calientes gracias a los quemadores de keroseno que había bajo unas elegantes bandejas de plata, una gran sopera, también de plata, y llena de chile con carne todavía hirviendo; tazones de cristal con diversos tipos de ensaladas y sus respectivas salsas, guarniciones de maíz y otros condimentos; platos de humeantes *tortillas* y bandejas llenas de bizcochos tan calientes que la mantequilla se derretía sobre ellos. Había además postres de todo tipo: tentadoras tartas de chocolate y yema sobre torres de cristal; platillos con hojaldre de melocotón y pastel de manzana espolvoreados con canela; una magnífica selección de *sopaipas*, tartaletas y pastas para acompañar el gran tazón de helado de vainilla sólido que había a su lado.

Las puertas se abrían suavemente sobre sus lubricadas bisagras y una interminable procesión de criados entraba y salía de la cocina, unos transportando bandejas cargadas de entremeses y otros deliciosos platos para reponer los que ya hablan sido vaciados, y otros llevándose pilas de platos sucios. Ninguno de ellos derramó el licor o empujó a un invitado que se encontrara en la pista de baile. Y es que el nivel que Noble Winthrop exigía era tan alto que habla llegado a convenirse en legendario, y aquellos

criados y trabajadores que no le satisfacían no duraban mucho en Sierra Alta.

Con una bandeja de plata llena de copas de whisky y mezcal, uno de los criados se dirigió discretamente hacia la nube azul de humo que salía por las puertas de la sala. Algunos de los caballeros que estaban demasiado cansados para bailar o mezclarse con los miembros del bello sexo se habían congregado alrededor de las mesas de juego y se entretenían jugando al póquer o al faraón con las fichas que se habían distribuido con anterioridad. Otros se habían agrupado en el pórtico con una copa de licor en la mano y fumaban puros habanos mientras discutían sobre temas inaceptables para los oídos de las damas. En un rincón del salón de baile habla varias señoras sentadas que intercambiaban con avidez cotilleos y noticias de última hora al tiempo que apartaban pacientes con las manos el humo que les llegaba desde la sala y el pórtico.

Mientras que entre las mujeres los temas de conversación más populares eran las recetas de cocina y la moda; nacimientos, fallecimientos, noviazgos y aventuras amorosas, entre los hombres, el tema preferido era la guerra. Estados Unidos había enviado a la infantería de marina a Honduras, Cuba y Nicaragua a fin de proteger los intereses de la nación en dichos países y la revolución mexicana se estaba desarrollando en puntos muy cercanos a Texas. Tras dar la bienvenida al último invitado, Noble y Araminta comenzaron a moverse entre la multitud y ella pudo oír retazos de conversaciones que le resultaban fascinantes, referencias a las incursiones en busca de ganado y caballos que había sufrido no sólo Sierra Alta sino también los ranchos vecinos a lo largo del río Grande. Alguien observó que la brutal guerra civil que estaba teniendo lugar al sur de la frontera permitía amasar toda una fortuna gracias al contrabando de armas y a otros medios. Araminta pensó que dichos medios serían, en el mejor de los casos, despreciables y, en el peor, ilegales. En más de una ocasión oyó que se relacionaba el nombre de Rigo del Castillo con el robo y contrabando de armas y, llena de curiosidad, se preguntó si esas actividades tendrían algo que ver con la disputa entre su abuelo y el general. Araminta sabía que su abuelo no se tomaría el robo de sus reses y caballos a la ligera.

Sin embargo, antes de que pudiera enterarse de más cosas, Noble la llevó casi a rastras hasta el salón de baile, donde enseguida se vio rodeada de un corrillo de jóvenes deseosos de que incluyera sus nombres en su carné de baile. Con la misma rapidez se vio rescatada de la aglomeración por el más guapo y audaz de todos, el ahijado de su abuelo, Judd Hobart, quien, arrogante, quitó de en medio a los demás a empellones y la condujo a la pista de baile sin pedirle permiso.

-No creo haber tenido el placer de oír que me invitara a bailar, señor Hobart -le espetó con aspereza, lanzado chispas por los ojos. Su comportamiento le había parecido tan irritante como el de Rigo del Castillo. Era indignante el atrevimiento que había demostrado al no molestarse en pedirle su permiso antes de sacarla a la pista. Judd, sin embargo, se limitaba a sonreír.

-Eso es porque no te he preguntado, Araminta, como bien sabes. Cuando decido apartar de la manada a una preciosa potra para grabarle mi marca, hinco las espuelas y lanzo el lazo al cuello. No me quedo parado como esos pasmarotes que esperan a que los demás rancheros se muevan para hacerlo ellos. Si algo he aprendido en esta vida es a no adarme con rodeos. Los primeros en desenfundar..., son los hombres que sobreviven y prosperan en el oeste. Sí, señor. En este mundo, un hombre tiene que hacerse con lo que quiere antes de que llegue otro y se lo arrebate.

De sus palabras se deducía que ella era lo que quería. Araminta se quedó atónita ante el descaro y el tono inequívocamente posesivo de aquellas palabras. ¿Cómo se atrevía? ¡Pero, bueno!, ¡si ni siquiera lo conocía!

-Tampoco le he dado permiso para que me tutee, señor Hobart. -Araminta tuvo que abreviar de la indignación que sentía ante aquella audacia. Sin embargo, para su mayor consternación, Judd se limito a reírse de ella en vez de comportarse como hubiera sido de esperar.

-Vamos, Araminta, no querrás que haya formalismos entre nosotros. Te conozco desde que eras tan pequeña como un saltamontes, por mucho que hayan pasado más de diez años desde la última vez que te vi, que es algo que no he dejado de lamentar, te lo aseguro. -La observó impúdicamente, logrando que Araminta enrojeciera, comenzara a temblar y bajara la vista.

Sin saber cómo hacer frente a sus requerimientos, se mordió el labio inferior. Era cierto que había conocido a Judd durante su infancia, aunque no muy bien, porque ya entonces él era un hombre maduro del que le separaban quince años. No habían tenido nada en común y, desde luego, como ella no era más que una niña, jamás habían alternado. A pesar de todo, al dar la bienvenida a los invitados, lo había reconocido. Aparte de ser un hombre difícil de olvidar, que se había visto envuelto en un escándalo bastante sonado, Araminta recordó vagamente relacionado con una mujer, un asunto que, sin embargo, los Hobart habían acallado de inmediato gracias a su poder, y nunca se había aclarado.

Sólo el tamaño de Judd era ya excepcional. Su altura era superior a la de la mayoría de los hombres y su peso rebasaba los noventa kilos, todo hueso fuerte y músculo macizo, sin pizca de grasa. Sus hombros, cuello y pecho eran fornidos y voluminosos como los de un toro. Su melena, abundante y leonina, era de un color castaño parecido al del tabaco y tenía unos mechones dorados que recordaban a los tonos de un veranillo de San Martín. La llevaba pulcramente peinada hacia atrás, dejando al descubierto un bronceado y curtido rostro que mostraba las inequívocas señales de una vida disoluta. Bajo sus cejas, casi blancas por el sol, se abrían unos ojos del mismo tono turquesa claro del cielo del suroeste. Entre sus pestañas oscuras, aquellos ojos, que brillaban con la dureza de una gema, la observaban con detenimiento, calibrando sus mejores atributos como si ella estuviese a la venta y él fuese un posible comprador. Resultaba casi más insultante que la manera en que Rigo del Castillo la había examinado, pensó indignada y deseando darle una bofetada que le borrase esa sonrisa llena de aplomo que lucía en sus sensuales labios.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Judd respiró profundamente y endureció el gesto. La cogió con más fuerza y, sin dejar de guiarla con gran habilidad por la pista de baile, la atrajo hacia sí como si quisiese acabar de exasperarla. La proximidad resultaba molesta. Si hubiese sido capaz, Araminta se habría zafado de él y lo habría abandonado en medio de la pista. Pero las manos de él parecían grilletes, y la sujetaban como si estuviese encadenada. En ese momento supo que cualquier intento por desembarazarse de él no sólo sería infructuoso, sino que él se divertiría con eso. Por consiguiente, Araminta soportó sus desagradables atenciones en un gélido silencio, que él pasó por alto tan alegre, sin dejar de sonreír. La joven rogó que la música cesara pronto.

Sin embargo, el alivio que sintió cuando la orquesta terminó la pieza no duró mucho puesto que Judd, en vez de soltarla, la enganchó del brazo y la condujo por el pórtico hacia el exterior. Si no armaba un escándalo, Araminta no sabía de qué manera le sería posible librarse de él. No había pensado que en Sierra Alta le haría falta llevar un pisapapeles en el bolso de mano. Sin embargo, en esos momentos echaba de menos el medio de defensa que había utilizado en los barrios bajos de Nueva York.

Imaginó con gran deleite que daba un sonoro golpe a Judd en el cráneo y lo dejaba inconsciente. La imagen de su pesada caída, como un toro desnucado, le hizo sonreír para sus adentros y apostó a que entonces no sería tan descarado y presuntuoso.

Aun así, no pudo evitar soltar un suspiro. Se daba cuenta de que los hombres de Texas no eran muy distintos de los que había en los almacenes de la «calle de los periódicos» de Nueva York, sólo que los tejanos eran menos taimados y su grosería resultaba más directa. Pensar que su abuelo quería que se casara con uno de estos estúpidos la acongojaba. Ella tenía muy poco en común con los hombres que la habían rodeado aquella noche, y menos aún con Judd. Representaba todo lo que despreciaba en un hombre: un carácter vulgar y dominante; el hecho de que diera por sentado que ella se sentiría atraída por su persona y halagada por sus atenciones; que hiciera caso omiso a sus sentimientos e ideas, dando así a entender que compartía la convicción de su abuelo de que el lugar que correspondía a las mujeres estaba bajo la bota del hombre. La idea de casarse con Judd y de verse sometida a él hizo que sintiera un estremecimiento. Tanto los recuerdos de la infancia como la impresión que le estaba dando en esos momentos la llevaban a creer que Judd no dudaría en pisotear a cualquiera con tal de hacerla su mujer. Como si de ese modo la protegiera de él, Araminta se arropó con el chal.

-¿Frío? -preguntó Judd enarcando una ceja.

-Un poco. Si no le importa, me gustaría regresar al salón de baile ahora.

-Pero es que sí me importa, Araminta. Un salón atestado de gente no es el lugar más indicado para reanudar nuestra amistad, ¿no crees? -La pregunta era sólo retórica, porque sin esperar a que contestara, añadió-:

Además, si regresamos adentro, esos tipos no tardarán en volver a rodearte como lobos alrededor de una oveja lista para la matanza. Entonces me vería obligado a romperles la cabeza para protegerte, y no creas que me importaría hacerlo. De hecho, me encantaría, pero estoy seguro de que armaría tal alboroto que acabaría por echar a perder tu bonito fandango y me temo que eso no te gustaría lo más mínimo, Araminta.

Mientras hablaba, Judd no dejaba de sonreír. Sin embargo, su sonrisa no logró penetrar los ojos entornados de Araminta, que había adivinado una amenaza de hierro tras sus palabras de terciopelo. Estaba segura de que Judd, por un afán puramente perverso, era muy capaz de provocar una pelea de ese tipo, y de que un simple puñetazo encendería los ánimos de los agresivos galanes (que, sin lugar a dudas, a esas alturas ya estarían ebrios) y daría lugar a una de las violentas y desaforadas refriegas por las que Texas se había cobrado su triste fama. A su pesar, y con una mueca de contrariedad, Araminta asintió con la cabeza.

-Tiene razón. No me gustaría en absoluto, y a mi abuelo, tampoco. -El contenido de sus palabras era claro: si Judd quería librar un duelo con ella, pronto se daría cuenta de que no era un contrincante débil.

-Yo no lo aseguraría tan categórica si estuviese en tu lugar -replicó él afable y sin que le intimidara la idea de que con un alboroto pudiera provocar la ira de su abuelo-. A Noble le gusta una buena pelea tanto como a cualquier hombre hecho y derecho que tenga un mínimo de valor. Además, como estaría, por supuesto, defendiendo el honor de su nieta, no creo que le molestara un intercambio de puñetazos. Noble me tiene mucho aprecio. Si a eso añadimos que soy su ahijado, se puede decir que Sierra Alta es como mi segunda basa. Entro y salgo de aquí tanto como quiero, y no sé por qué tengo la sensación de que, de ahora en adelante, voy a pasar por aquí con mucha más frecuencia que antes, ¿sabes a qué me refiero? -La miró de hito en hito.

-Me da la impresión de que usted da muchas cosas por supuestas, señor Hobart -repuso con frialdad mientras trataba infructuosamente de librarse de su mano.

-Judd. Mis amigos me llaman Judd. Desde el momento en que te he visto en el vestíbulo de Sierra Alta he sabido que íbamos a convertirnos en grandes amigos, Araminta. Llevo mucho tiempo esperando esto, esperando a que crecieras y volvieras a casa. Ahora que por fin lo has hecho, bueno, ¡maldita sea...! Comprenderás que me sienta algo impaciente, ¿no?

Araminta pensó que debería sentirse halagada por sus palabras. Sin embargo, no le sonaban sinceras. Judd jamás le había prestado atención cuando ella era pequeña, y tampoco visitado ni escrito durante todos los años que había vivido en Nueva York. No le cabía ninguna duda, por tanto, de que su repentino interés en ella tenía más que ver con sus planes sobre Sierra Alta que con el hecho de que la quisiera. Se dio cuenta de que sería una tonta romántica si esperaba que un hombre se sintiera atraído sólo por ella y no por la posición y la riqueza de su abuelo.

Sin inmutarse por la glacial falta de interés y las altaneras respuestas de Araminta, Judd la llevó por los exuberantes jardines. Estaban discretamente distribuidos en cenadores con bancos de adobe encalado y celosías de madera blanca a las cuales se agarraban abundantes plantas trepadoras. Habían sido cultivados y regados con esmero. El aire fresco de la noche susurraba apacible entre los árboles y se impregnaba de una dulce fragancia vegetal sólo comparable con el intenso perfume que despedían las flores tardías que llenaban el patio. Los jardines habían sido plantados años atrás por la primera mujer de Noble, Victoria, y su nuera, Katherine. Araminta se maravillaba de que su abuelo se hubiera preocupado de cuidar los jardines, ya que le parecía una afición demasiado extravagante para un hombre como él. Con todo, le alegraba que lo hubiera hecho, porque desde su regreso al rancho, ella había pasado muchas horas en el jardín cuidando los árboles y las flores y dibujando y pintando a la sombra, lejos de los calientes rayos del sol de la tarde.

El ruido y la música del salón de baile fueron convirtiéndose en un murmullo de fondo conforme se adentraban en la oscuridad, que sólo la luz de la luna y de las lámparas rompía, ya se podían oír los ruidos propios de la noche: la llamada de las criaturas salvajes que acechaban en los valles y correteaban por el monte bajo; el ruido de sapos, langostas y grillos; el suspiro del viento, que, por alguna razón, siempre hablaba con una voz diferente a la caída de la tarde. Entre los arbustos que bordeaban el muro de adobe encalado que delimitaba el patio brillaban las luciérnagas; y al lado de la negra puerta de hierro forjado había una solitaria mujer con la mirada fija en el lejano horizonte, donde los relámpagos teñían el cielo de carmesí, rosa y oro y los truenos retumbaban. Había algo que le resultaba familiar en aquella mujer que las sombras envolvían, algo en la inclinación de su morena cabeza... Araminta se dio cuenta entonces de que se trataba de la mujer que había visto abrazada a Rigo del Castillo en el hotel de El Paso.

-¡Velvet! -exclamó Judd vivamente. Tanto el tono de su voz como el nombre que había pronunciado sorprendieron a Araminta. Sin embargo, antes de que la mujer se volviera con un gesto brusco y la luz de la luna descubriera su bello semblante, supo que se trataba de la hermana de Judd-. ¿Qué haces aquí fuera?

-Tenía tanto calor dentro que he salido para respirar un poco de aire fresco. Iba a entrar a buscarte porque he oído explosiones y he visto fuego. ¡Oh, Judd, es el Chaparral! -Velvet se puso pálida, los enormes ojos, rodeados de largas pestañas y color turquesa, como los de su hermano, llenos de miedo.

Araminta comprendió entonces que no eran relámpagos, sino el Chaparral, que estaba ardiendo. Y no eran truenos, sino explosiones de armas lo que resonaba amenazador en el susurrante viento de la noche.

5

-Ve y avisa a papá, Velvet. -Judd tenía la vista clavada en el Chaparral. La expresión de su cara era de consternación.- Dile también que he ido para allá a ver cómo van las cosas. Aunque el cielo está iluminado como un cuatro de julio, el incendio no parece serio. Si lo fuese, Ty Danner nos habría informado. Como no lo ha hecho, me imagino que sólo habrá sido algún cobertizo, no creo que se trate de la casa o del campo. Dios no lo quiera. Con lo seco que ha sido el verano, un incendio en los pastos sería el peor de los desastres.

A pesar de que todavía era muy joven cuando había abandonado Texas con sus padres, Araminta sabía que Judd decía la verdad. Tras haber estado apuesta al calor del sol, la hierba de la pradera, si entraba en contacto con el fuego, prendía como la yesca. El fuego se propagaba como un reguero de pólvora y consumía hectáreas de terreno antes de que pudiera ser controlado. Araminta esperaba que Judd tuviera razón y que el fuego fuera de poca importancia. Con todo, aunque sólo fuera un cobertizo lo que estuviera ardiendo, los trabajadores del rancho que trataban de apagarlo necesitarían que alguien les curase-las quemaduras y las heridas. Además tendrían hambre y sed cuando acabaran su tarea. Quizá ella pudiera servirles de ayuda.

-Voy contigo -dijo a Judd. Este se habla lanzado en dirección a su hacienda con tanta prisa que Araminta y Velvet tenían que hacer esfuerzos para no rezagarse-. Todas las estudiantes del internado tuvimos que hacer turnos para ayudar en la enfermería, por eso sé algo de primeros auxilios.

-Gracias. Tal vez nos hagas falta -repuso él.

El comportamiento que estaba teniendo Judd no tenía nada que ver con la arbitrariedad con que la había tratado momentos antes. Ahora no había tiempo para bromas: procedía como un hombre frío, sensato y resolutivo; un hombre con quien contar en un momento de crisis, pensó Araminta algo sorprendida. Habla estado a punto de tomarle por un molesto fanfarrón. Ahora comprendía, sin embargo, que su primera impresión la había engañado. Pudiera ser, pensó, que su abuelo estuviera velando por sus intereses al querer que Judd fuera su marido. Tal vez la opinión que tenía sobre los dos hombres fuese demasiado severa y tuviera que reconsiderarla.

En cuanto fue informado sobre el incendio del Chaparral, Noble dio su aprobación a Araminta para que acompañara a Judd. Aunque el fandango había sido organizado en su honor, los críticos acontecimientos que estaban teniendo lugar en ese momento en el rancho de los Hobart tenían prioridad. Noble estaba de acuerdo en que Araminta debía echar una mano a Judd si podía. Caso de que éste viese que la situación era mucho más seria de lo que había supuesto, mandaría a alguien a la fiesta para que informara a su padre y a Noble. Los tres acordaron que, mientras tanto, no tenía sentido

suspender el fandango, que se encontraba en todo su apogeo. No iban a aguar la fiesta a los invitados por culpa de un simple cobertizo en llamas. Además, no era la primera vez que ocurría un incidente de este tipo, provocados, según se sospechaba, por bandidos mejicanos que dirigía el desalmado general Rigo del Castillo.

Un criado llevó el automóvil de Judd delante de la casa. Se trataba de un resplandeciente coche rojo. Tenía la capota bajada. Tras comprobar que Araminta estaba bien segura en su asiento, Judd se sentó junto a ella y pisó el acelerador. Las ruedas levantaron una nube de polvo y grava y el automóvil se lanzó a una velocidad vertiginosa por el camino que llevaba hasta el Chaparral. A Araminta le resultó tan estimulante como cuando volaba a caballo por el campo. El fresco viento de la noche desordenó su cabello y tiñó sus mejillas de un atractivo tono rosado. Su desarreglada belleza no pasó en absoluto desapercibida a Judd, quien pensó que ése sería el aspecto que tendría después si hicieran el amor. Nada más verla en el gran vestíbulo de Sierra Alta había decidido que sería suya y de nadie más. No sólo se trataba de una mujer atractiva, además era la forzosa heredera de Sierra Alta. De lo contrario, Noble Winthrop no le habría invitado a su casa.

Judd contaba desde hacía años con que, siendo el ahijado de Noble, heredaría Sierra Alta además del Chaparral, por lo que ya había planeado cómo uniría las dos propiedades para formar el rancho más grande de todo el país. No sólo se veía a sí mismo como un gran ganadero y terrateniente, sino como una deidad, como un ser casi omnipotente, dueño y señor de sus vastos dominios. No estaba dispuesto a que su sueño se desvaneciera porque, como parecía, Noble se hubiera ablandado con la edad y comenzara a sentir un inesperado cariño por Araminta. Incluso si hubiese sido una mujer desagradable, fea y gorda como una vaca peluda, Judd se habría casado con ella para adueñarse de Sierra Alta. El hecho de que tuviera una belleza clásica y seductoramente voluptuosa era una ventaja añadida. Encantadora al igual que reservada, Araminta era el epítome de la mujer de hielo, pensó Judd, que esperaba que el calor viril de un hombre la derritiera. El estaba decidido a ser ese hombre. Sólo el peligro de que el Chaparral acaban convertido en cenizas le impedía llevarla a algún lugar apartado donde hacerla suya seduciéndola o, si fuese necesario, forzándola, aunque ella no se habría resistido mucho tiempo, pensó con suficiencia. Después de lo ocurrido, no le quedaría más remedio que casarse con él. Ni se le pasó por la imaginación que en vez de hacer eso, ella podría denunciarlo y revelaría la verdad. Tendría la deshonra de la joven en sus manos, por lo que ésta se mantendría callada y sumisa, al igual que habían hecho otras muchas mujeres con anterioridad. Todas ellas se habían comportado como amantes obedientes y leales, de la misma forma en que ella se comportaría: como una esposa obediente y leal.

Feliz en su inconsciencia, Araminta seguía sentada a su lado, disfrutando del sencillo placer del paseo en coche y tratando al mismo tiempo de imaginarse la situación en el Chaparral y las heridas que habrían sufrido los trabajadores que requirieran cuidados médicos. Esperaba que nada grave les hubiera ocurrido, porque no se sentía capaz de enfrentarse a tal responsabilidad. Por suene, cuando llegaron al Chaparral vio que había

Librodot

sucedido lo que Judd había supuesto: sólo se había incendiado uno de los cobertizos. El propósito del incendio, por lo visto, había sido distraer a los trabajadores que se encontraban en el rancho mientras los forajidos se llevaban varios caballos de los corrales. Lo que Araminta había oído a lo lejos habían sido los disparos que lOs vaqueros habían hecho sobre los bandoleros. De todas formas, la banda de mejicanos había desaparecido ya. Entre gritos y disparos, habían salido al galope para perderse en la oscuridad, llevándose consigo algunos de los mejores caballos de crianza que había en el rancho.

A su pesar, no pudo evitar cierta admiración por la calma y autoridad con que Judd se hizo cargo de la situación, preguntando primero a Ty Danner, el capataz del Chaparral, qué había sucedido y dando luego órdenes a diestro y siniestro para restituir el orden. Por un lado organizó de inmediato los esfuerzos, precipitados y faltos de coordinación, que se estaban realizando para apagar las llamas; por otro, todas las mujeres de la hacienda fueron puestas a disposición de Araminta.

En medio de la nube de humo y cenizas, tres trabajadores trataban de rescatar a un hombre que había quedado atrapado bajo una viga de madera en llamas que había caído del techo del cobertizo. Al verlos forcejeando con la viga, Judd soltó una maldición. ¡Malditos idiota! Estaban perdiendo un tiempo precioso con aquella viga. ¿Por qué no estaban persiguiendo a los forajidos para recuperar los caballos robados? Un solo caballo era mucho más valioso e importante que un trabajador que costaba treinta dólares al mes. Exasperado, apartó con brusquedad a los tres hombres y, entre gruñidos, levantó la viga y la dejó caer a un lado, liberando así al hombre sin ayuda de nadie. Al observar su gesto, Araminta se quedó maravillada ante su fuerza y por el hecho de que arriesgara su vida para salvar a un hombre desvalido. Si no lo hubiese visto por sí misma, no habría atribuido esa generosidad a Judd. No podía pasarlo por alto. Evidentemente, la pobre opinión que se había formado de él era inmerecida. Entonces corrió a su lado.

-Oh, Judd, ¿te encuentras bien? -le preguntó Araminta con inquietud mientras él se frotaba vigorosamente los brazos. Las mangas de su chaqueta habían quedado chamuscadas en las zonas que habían entrado en contacto con la viga en llamas. Era muy probable que Judd estuviera quemado-. Quítate la chaqueta y déjame ver si te has hecho daño.

-No, estoy bien. Supongo que se me habrá levantado un poco la piel, pero estaría bueno que me tuviera que parar por un par de malditas ampollas cuando hay tanto trabajo que hacer -insistió Judd mientras sacudía los últimos rescoldos de la chaqueta-. Tengo que apagar este fuego y recuperar los caballos. Además, seguro que hay otros con heridas más graves que las mías, Araminta. Atiéndelos por mí, ¿quieres? Maldita sea, no tengo tiempo de jugar a las enfermeras.

-Muy bien... si estas seguro.

-Estoy seguro -dijo él con una sonrisa de ánimo-, pero te agradezco que te preocupes.

-¡Pues claro que me preocupo: podías haber muerto! -exclamó ella-. Has sido muy valiente. Salvar la vida de ese hombre arriesgando la tuya ha sido algo muy noble.

-¡Bah! No tiene importancia, en serio -afirmó Judd con lo que esperaba que fuese un tono justo de humildad-. Forma parte del trabajo de cada día. Sam es un buen trabajador y no me gustaría perderlo. -En realidad, Judd pensaba que Sam era un verdadero estúpido por haber permanecido quieto como un pasmarote cuando la viga en llamas se le vino encima-. Espero que no se haya hecho daño.

Conmovida por aquel detalle, Araminta se volvió al trabajador que Judd acababa de salvar. Aunque Sam se había magullado gravemente las espinillas, Araminta tenía la seguridad de que no se había roto el hueso. Con los medicamentos que había en la hacienda, Araminta y otras mujeres vendaron las heridas y curaron las quemaduras, cortes y rozaduras que los demás trabajadores del rancho habían sufrido. Mientras tanto, los otros criados prepararon comida y bebidas para los hombres que estaban luchando contra el fuego.

El incendio no tardó en ser extinguido gracias a la trinchera que habían cavado apresuradamente rodeando el cobertizo, para que las llamas no se extendieran, y a los cubos de agua que había traído un grupo de personas formando una cadena a ese propósito. Cuando el chamuscado edificio de adobe y madera ardía en rescoldos, Judd se detuvo para evaluar la situación. Aunque había significado una pérdida innecesaria, el cobertizo podía ser reemplazado por otro. Algo muy distinto era, sin embargo, el asunto de los caballos robados. Obviamente, los caballos de crianza de primera clase no eran tan fáciles de conseguir como los ladrillos de adobe y la madera. Judd reunió a algunos de los mejores trabajadores del rancho con Ty Danner al frente y les dio instrucciones para que cogieran las armas y provisiones y salieran en busca de los bandidos y de los caballos robados. Judd pensó con amargura que a esa hora habría pocas posibilidades de que los trabajadores alcanzaran a los forajidos, porque éstos se hallarían ya al otro lado de la frontera. A pesar de todo, tenían que intentar recuperar los caballos.

-¡Malditos sean esos bandidos mejicanos! -Judd estaba rojo de ira-. En un año han entrado media docena de veces en el Chaparral. Es extraordinario que esos cerdos siempre sepan con exactitud cuándo han de dar el golpe. Empiezo a creer que Del Castillo tiene espías entre mis propios hombres, aunque nunca me han dado razones para dudar de la lealtad de ninguno de ellos.

-Entonces, ¿el general es el verdadero responsable de todos los ataques a los ranchos que hay a lo largo de la frontera? Si tú y los demás rancheros sabéis eso, Judd, ¿por qué no lo demandáis? ¿Por qué no lo arrestan?

preguntó Araminta mientras enrollaba lentamente una venda que no había necesitado utilizar.

-Carecemos de pruebas definitivas, sólo tenemos sospechas. He de admitir que ese canalla es muy listo, pero tarde o temprano cometerá un error y será nuestro. -Saltaba a la vista que Judd disfrutaba sólo con pensarlo y así lo confirmaron sus siguientes palabras-: Cómo deseo que llegue ese día aunque, de todas formas, la horca no es suficiente con gente de esa calaña. No sólo es un campesino, un ladrón y un asesino, por mucho que ahora se haga pasar por un grande de España respetable. La única razón por la que le abren las puertas de cienos salones de México y Texas es porque, según parece, tiene una fortuna tan grande como el rescate de un rey. Yo apostaría lo que fuese porque no la ha acumulado de forma honrada.

-¿De verdad piensas que es un asesino? ¿No matan también los soldados? Con ese criterio, también podríamos llamarlos criminales a ellos.

Por un breve instante, Judd apretó los labios, irritado. Aquella indicación fue como si quisiera contradecirle.

-Cierto -repuso-, pero disparar a tus enemigos en tiempo de guerra es una cosa y asesinar a tu esposa a sangre fría, otra muy distinta, y eso es lo que se comenta por ahí que ha hecho. Una acusación, podría añadir, que Del Castillo nunca se ha tomado la molestia de negar, por lo que supongo que será cierta.

Araminta se estremeció al oír las palabras de Judd. Desde luego, Rigo del Castillo se merecía la reputación que tenía. Que semejante hombre pudiera moverse a sus anchas y hacer estragos en las propiedades de los esforzados rancheros le parecía algo espantoso. Y si era cieno que el general había matado a su esposa, ¿cómo era posible que una mujer se sintiera segura en su presencia o lo invitara a esos salones que Judd había hecho referencia? Estaba claro, entonces, que se había equivocado al pensar que era Velvet Hobart la mujer que había visto con Rigo del Castillo. Sin embargo, a causa de la confusión e incertidumbre que sentía sobre la identidad de la mujer del hotel de El Paso, Araminta no le mencioné el asunto a Judd. Velvet era su hermana, por lo que no se tomaría a la ligera una acusación tan terrible. Además, ella no tenía intención de complicar el asunto que, para empezar, no le atañía.

Judd cambió de conversación mientras acompañaba a Araminta hacia el coche y le ayudaba a entrar en él.

-Aunque no esté bien que yo lo diga, hemos formado un buen equipo esta noche. Me gustan las mujeres que conservan la serenidad en una situación de crisis.

-Me alegro de haber podido ayudar -respondió ella. Por alguna razón, el ver cómo Judd salvaba a un trabajador sin ayuda de nadie y su forma de controlar una situación peligrosa como aquella le había obligado a cambiar la opinión que se había hecho de él previamente.

En cuanto llegaron a Sierra Alta, corrió a su habitación para quitarse el vestido manchado. Con la ayuda de Carmen, su doncella, Araminta estuvo presentable en poco tiempo y volvió abajo justo a tiempo para la cena que se servía en el comedor. Judd le estaba esperando al pie de la escalera para acompañarla. Araminta le meneé la cabeza, pero no pudo evitar una sonrisa.

-¿No cree que ya me ha monopolizado bastante esta noche, señor Hobart? -le preguntó con cieno desenfado.

-Así que volvemos a las formalidades, ¿eh? -Judd dejó escapar un suave chasquido de pesar-. Y yo que pensaba que íbamos camino de convenimos en buenos amigos. Por todos los diablos, Araminta, si hay otro hombre aquí con quien te gustaría cenar, dímelo y me haré a un lado. De no ser así, me causará un verdadero placer hacer los honores.

Al oír semejante invitación, Araminta no supo cómo negarse a aceptarla. Además, por mucho que el sentido común se lo desaconsejara fue incapaz de no sentirse halagada. Jamás la habían cortejado con anterioridad. Tomando el brazo que le ofrecía, Araminta permitió a Judd que la condujera hasta el comedor. Después de todo, pensó, tal vez llegara a gustarle un hombre de Texas.

6

Si hubiese habido otro hombre interesado en ella, un hombre en el cual ella hubiera estado interesada también, Araminta supo que no habría tenido la menor posibilidad, vista la implacable y decidida persecución de que Judd la hacía objeto. Tras la noche del fandango, no pasó ni una semana sin que la telefoneara en varias ocasiones, aunque sólo fuera para dar un paseo a caballo por la dehesa. Mientras que su abuelo aceptaba las visitas de Judd con evidentes muestras de aprobación, Araminta seguía teniendo sentimientos encontrados sobre él. La actitud de la joven no carecía de cierta vanidad femenina y de un secreto e intenso afán de ser amada y aceptada. Por ello, fue recibiendo las atenciones de Judd cada vez con mayor agrado. El coqueteaba con ella y la halagaba de manera escandalosa, haciéndole reír a pesar del sonrojo que le producía su descaro. Aunque su fanfarronería era innegable, Judd no era ningún tonto. Su audacia nacía de una autoridad y perspicacia en los negocios que rivalizaba con la del propio Noble. Con todo, Araminta tenía la molesta sospecha de que, al igual que su abuelo, Judd poseía una naturaleza inflexible, despiadada y vengativa que podía convertirle en un enemigo mortal e implacable. El respeto que Judd imponía en Texas estaba teñido de miedo, lo cual confirmaba los rumores en torno a su vivo genio y a la rapidez con que acudía a los puños para dirimir una disputa. A menudo, había oído a alguien utilizar la clásica frase «de tal palo

Librodot

tal astilla» referida a él, y no tardó en descubrir que el «palo» no era el padre de Judd sino su propio abuelo, que era padrino del joven. Entonces supo que al mostrarse Preston, el hijo de Noble, poco dispuesto a seguir los pasos de Noble Winthrop, Judd había pasado a ocupar su lugar por voluntad propia. Tampoco tardó mucho Araminta en comprender que si Sierra Alta y el Chaparral se unieran, el resultado sería el rancho más grande y rico de todo el país, perspectiva que un hombre como Judd difícilmente pasaría por alto. En más de una ocasión se preguntó si la insistencia que le demostraba como pretendiente sería la misma si ella no fuese la única heredera que, quedaba a Noble Winthrop. Araminta se sintió profundamente dolida al pensar que la respuesta a su pregunta era negativa.

Por tanto, aunque no rechazaba sus invitaciones, Araminta no permitía que Judd la anonadara, como era su intención. Así pues, lo mantendría a distancia, con lo cual, sin querer, terminaba por sacarlo de sus casillas y azuzaba las crecientes llantas de su deseo. Mediante insinuaciones, Judd le había dado a entender que la consideraba suya, y que no vería con buenos ojos que cualquiera de sus admiradores le hiciera la corte. Aunque un par de ellos se habían sentido tentados de ello -con el único objetivo de poner un pincho bajo la silla de montar de Judd-, el mismo Noble, con palabras tajantes y bien elegidas, había dejado bien claro que no vería con buenos ojos que cualquiera de ellos se convirtiera en esposo de su nieta. De ese modo, tras haberse quedado sin competidores, Judd se encontró con que la persona que le impedía alcanzar su objetivo era la misma Araminta. En su frustración, la habría seducido o se habría impuesto a ella de no ser porque Noble le había advenido seriamente que esperaba de él que cortejara a su nieta como en debido.

-No permitiré que ningún escándalo manche el nombre de los Winthrop o las faldas de mi nieta, Judd -le había avisado Noble durante una velada en Sierra Alta mientras servía brandy en un par de copas de cristal.

Los dos hombres se habían retirado al estudio de Noble para beber y fumar después de una cena tardía en que Judd era el único invitado. Al oír el consejo de Noble, Judd, que por lo general hacía bajar la mirada a la mayoría de los hombres, se inquietó y tuvo que apartar la suya como si examinara el puro que acababa de encender. Tras apagar la cerilla de una sacudida, dio una fuerte chupada al cigarro y expulsó el humo formando una nube gris en el aire.

-Te aseguro que no sé a lo que te refieres, Noble. -A pesar de que su tono fue cuidadosamente despreocupado, no engañó a su padrino.

-¡Eh! -le espetó el anciano mientras le tendía una de las copas-. ¡No te atrevas a hablarme como si yo fuese un pasmarote estúpido! Frank no ha sido el único que ha tenido que soltar dinero durante todos estos años para tapar tus aventuras y evitar que acabaras con tu bonita cara en la cárcel, por no decir con tu cuello en la horca. Que nunca se te olvide esto, ¿me oyes, muchacho?

-Sí, señor.

Librodot

-Más te vale, ¡por todos los demonios! -Frunciendo el ceño, Noble se interrumpió por un instante y, tras beber un trago de su brandy, continuó.-: Maldita sea, Judd. No tengo nada en contra de que andes sembrando tu avena silvestre por ahí. Al fin y al cabo, cualquier hombre hecho y derecho tiene sus necesidades. No creas que no lo entiendo, pero ¡por todos los santos!, si quieres jugar duro, suelta parte de esa sana lujuria animal que te quema dentro con las criadas y las prostitutas, muchacho. Se les paga para que soporten esos puñeteros cuentos. Lo dan por hecho y, bueno, algunas putas disfrutan con ello. Además, a nadie le importa un carajo lo que les ocurra. Si no te lo he dicho mil veces, no te lo he dicho ninguna, Judd: no te metas en líos con las damas. Porque, de lo contrario, un día de éstos alguien a quien no le haga gracia que un zorro se lo haya estado pasando en grande dentro de su gallinero te soltará un tiro y cortará tu cola como trofeo.

Recordando estas palabras, Judd soltó un profundo suspiro e hizo una señal al camarero para que le sirviera otro whisky. ¿Quién hubiera esperado que a esas alturas Noble acabaría teniendo escrúpulos, al menos en lo tocante a su theta? Puestas así las cosas, ¿por qué se había empeñado en que ella volviera a Texas? Seguramente empezaba a estar senil. Judd contaba desde hacía años con que Noble le diera Sierra Alta. Ahora que Araminta había entrado en escena, parecía poco probable que eso ocurriera, a menos que se casan con ella y la llevara a la cama lo antes posible. Cuanto más tiempo permaneciera soltera, más posibilidades había de que se fijara en otro hombre y él se quedara sin Sierra Alta. No le hacía gracia. No llevaba aguantando el colérico humor y la caprichosa testarudez de su padrino todos esos años para que una mujer, por muy bella y cautivadora que fuese, viniera a quitarle el rancho. El hecho de que Araminta siguiera resistiéndose con obstinación a sus requerimientos era como una bofetada a su vanidad y su orgullo. Con el mayor de los esfuerzos controló su ira y la miró desde el otro lado de la mesa del restaurante de El Paso a donde la había invitado a almorzar ese mediodía.

Debido al calor que hacía, Araminta había decidido sentarse en el exterior, a la sombra del soportal. A pesar del arisco ensimismamiento en que se había sumido, Judd tuvo que admitir que estaba muy atractiva. Si él hubiese tenido una naturaleza más romántica, la habría comparado con una rosa cubierta de rocío. Durante las últimas semanas, el sol había teñido su blanca piel de rosa y oro, y, ahora, un leve brillo de transpiración cubría su rostro. Aunque eso era señal del sofocante calor que estaba sufriendo, Judd pensó que, con todo, Araminta tenía un aire tan fresco y remoto como la dama de hielo con la que mentalmente había acabado por identificarla. Sintió entonces más deseos que nunca de poder derretirse con ella y descubrir si en realidad había fuego debajo de aquella capa de hielo. Se le pasó por la cabeza quitarle el sombrero de flores de la cabeza y arrancarle el vestido verde pálido que lucía, la imaginó desnuda, luchando debajo de él, el cabello suelto y desordenado, la cabeza echada hacia atrás y sus lozanos y generosos senos temblando con cada gemido; eso era todo lo que podía hacer para calmarse y no arrastrarla por la calle hasta el hotel más cercano y hacer con ella lo que se le antojara. No le importaba casarse con ella, más aún si esto significaba quedarse con Sierra Alta. Lo que le molestaba de

verdad era que le diese esperanzas y luego lo dejan con las ganas, igual que si fuese un colegial enamorado como un tonto de una colegiala. Ese en el juego que, en su opinión, Araminta estaba jugando con él.

Araminta, por su parte, se habría sorprendido y escandalizado si se hubiese enterado de las ideas que tenía Judd en la cabeza. No las compartía, de hecho, ni se le hubiese ocurrido tenerlas. En realidad, a pesar de que para ella resultaba evidente el deseo de su abuelo de que se casan con Judd, Araminta quería asegurarse por completo de que se trataba del hombre adecuado antes de comprometerse a pasar el resto de su vida con él. Sin embargo, no veía cómo conseguiría algo así cuando ningún otro galán la había cortejado. No le cabía duda de que su abuelo y Judd habían conspirado para impedir que cualquier otro hombre la pretendiera. Eso la indignaba, a pesar de que, en realidad, tampoco había conocido a nadie aún que ella hubiese querido que la cortejara. Le molestaba el hecho de que, sin mostrar consideración por lo que ella pudiera opinar, le quitaran la libertad de elegir y se tomaran decisiones que le correspondía a ella tomar. Nadie la arrastraría hasta el altar; ida por propia voluntad o, en caso contrario, no iría.

Debido a las quejumbrosas alusiones que su abuelo hacía acerca de que el Creador lo llamaría en cualquier momento ante su presencia, Araminta sospechaba que aún le quedaba mucha vida por delante, por lo que no tenía prisa por entregarse a Judd. De hecho, siempre que éste la presionaba, recordaba con tal viveza y desagrado a los canallas de la «calle de los periódicos» de Nueva York que a veces llegaba a pensar que, en el fondo, lo odiaba. Luego se sentía culpable, pensaba en la injusticia que cometía con él: Judd no era peor que el resto de los hombres del oeste de Texas, sin exceptuar a su abuelo. Araminta decidía entonces que tenía que tratar de ser más receptiva con él, algo que, sin darse cuenta, la hacía parecer ambigua. Como tenía una experiencia muy limitada con los hombres, no comprendía que su actitud irritaba e inflamaba los ánimos. Lo único que notaba era el conflicto de emociones que se daba en el interior de Judd, conflicto parecido al que ella, en su confusión, también sentía. Cuando sus padres murieron, ella sólo tenía doce años, por lo que se había aferrado con tesón al recuerdo de ese cuento de hadas, de ese amor que había surgido entre ellos como un rayo entre el cielo y la tierra. De ahí que ansiara algo mucho más profundo que lo que Judd le ofrecía. Pese a las ardientes palabras que a veces le susurraba al oído cuando paseaban por el jardín a la luz de la luna y a los apasionados besos que le obligaba a aceptar antes de que ella, confusa y temblorosa, se despidiera, él no la amaba. Tan sólo la quería, de la misma manera que quería Sierra Alta. Era algo que el instinto le decía y la clave de la poca disposición de ánimo que tenía para convenirse en su esposa.

Ahogando un suspiro por el deprimente giro dado por sus pensamientos, Araminta se puso en pie. Con anterioridad había dicho a Judd que debía hacer algunas compras tras el almuerzo, lo cual no era más que una mentira conveniente, puesto que sabía que a Judd no le interesaban lo más mínimo. Además, ella no quería que la acompañara y supiera el verdadero propósito del recado que necesitaba hacer en El Paso.

Estaba segura de que, si él lo supiera, se opondría con la misma vehemencia que habría expresado su abuelo. Tal y como esperaba, Judd le respondió que debía ocuparse de una serie de asuntos. Tras citarse con él una hora más tarde en el mismo sitio, Araminta se alejó fingiendo la misma calma que habría mostrado si no hubiese tenido mejor plan que ir de compras, e incluso se detuvo a propósito delante de un escaparate pan ver un vestido. En cuanto supo con certeza que Judd ya no la veía, se olvidó del despreocupado paseo y echó a correr en dirección a la oficina de correos, su verdadero destino. Al ir con tanta prisa y con la cabeza vuelta, no vio al hombre que entraba en correos hasta que fue demasiado tarde y chocó contra él.

Aturdida, dio un paso en falso y perdió el equilibrio, cayéndosele la cartera de cuero negra y los guantes que llevaba. La rápida reacción del hombre, sin embargo, impidió que diera con su cuerpo en el suelo. La agarró con sus fuertes brazos y, por un instante, la apretó con firmeza contra su fuerte pecho. Araminta sintió de repente como si una corriente eléctrica la atravesase: el vello del cuello se le erizó y los latidos de su corazón se aceleraron. El cuerpo del hombre, estilizado y musculoso, desprendía calor. Su camisa de batista, recién almidonada, despedía un agradable aroma que se mezclaba con otras fragancias que emanaban de su suave piel morena: sándalo, mezcal, humo de puro y su propio olor masculino. Los dedos de sus manos, delgados pero fuertes, la sujetaban con firmeza. Entonces, el hombre la apartó de sí con suavidad. Araminta alzó la vista y se quedó atónita. Su respiración se volvió apresurada.

-Volvemos a encontrarnos, señorita Winthrop -dijo Rigo del Castillo con profunda voz y pausado acento español. Todavía la tenía entre sus brazos, impidiéndole así que escapara-. Qué maravillosa sorpresa. Pero... estoy olvidando los buenos modales, ¿verdad? Aún no nos han presentado de una manen formal. Me llamo Rigo del Castillo, a su servicio. -Como hiciera la otra vez, dio un elegante golpe con los tacones al estilo militar y se inclinó levemente, al tiempo que deslizaba los dedos por el brazo de Araminta y le cogía la mano para, galante, llevársela hasta su boca y besarla.

Ella sintió otro inexplicable escalofrío cuando los labios del hombre rozaron su piel y tuvo el impulso de apartar la mano. Sin embargo, como si leyera su pensamiento, él le apretó los dedos y se lo impidió.

-Confío en que no haya sufrido percance alguno como resultado de nuestro inesperado encuentro -dijo él.

-Nnno, no, en absoluto -tartamudeó Araminta, sonrojándose al oír que su voz sonaba como la de una tímida colegiala. ¡Maldito hombre! ¿Por qué tenía que ser tan guapo? No era justo que un hombre con tan mala fama fuera tan atractivo-. Estoy..., estoy bien, gracias.

-Me alegro. -Soltándola al fin, el general se inclinó para recoger sus cosas-. Parece que tiene la costumbre de perder los guantes -comentó burlón al dárselos. Araminta los cogió junto a la carpeta y se puso todo bajo el

brazo-. ¿Dónde está su temible perro guardián, el señor Gideon? ¿Ya no se ocupa de usted? ¿No la ha acompañado a la ciudad?

-No, no ha venido. Y no es mi perro guardián. -Aquella idea le resultó divertida-. Soy perfectamente capaz de arreglármelas por mí misma, se lo aseguro.

-¿De veras? -Enarcó una diabólica ceja-. Entonces, ¿se encuentra sola en El Paso?

-No -replicó con sequedad.

-En ese caso, no debo entretenerla. -Del Castillo había apartado ligeramente la mirada, por lo que Araminta no pudo leer sus pensamientos. Aun así, le dio la impresión de que su respuesta, por alguna razón, le había irritado, puesto que enseguida endureció el gesto y esbozó una sonrisa sardónica. Entonces abrió la puerta-. Usted primero, señorita Winthrop.

Araminta se sintió aliviada al hallarse dentro del edificio. No quería seguir hablando con el general en la calle, donde Judd podía verles en cualquier momento. Con su carácter irascible y la profunda animadversión que sentía hacia Del Castillo, seguramente habría armado un alboroto. Además, se acordaba de la advertencia que el señor Gideon le había hecho y no quería que algún transeúnte les viera y se lo contara a su abuelo.

-Buenas tardes, general. -Movió la cabeza a modo de despedida, pero no le dio la mano, un descuido deliberado que no se le pasó por alto. Por un instante, la miró con atención, endureció el gesto y apretó los labios. Araminta se echó a temblar al ver su expresión amenazadora.

-*Señorita*. -El tono que empleó ridiculizó la palabra.

A duras penas, ella le dio la espalda y se acercó al mostrador, donde, de la cartera comprada pocos días antes, sacó el sobre que había preparado la noche anterior en la intimidad de su dormitorio. Se trataba de un artículo que había escrito de la vida en Sierra Alta y de tres dibujos que había hecho al carboncillo. En vez de referirse al rancho por su nombre, había escrito la historia de tal forma que fuera una descripción general de la vida en un rancho. No quería que su abuelo se enterara de que intentaba hacerse un nombre como periodista y le saboteara la carrera antes incluso de que hubiera empezado. Por esa razón había firmado el artículo con el seudónimo A. K. Munroe, que correspondía a las iniciales de su nombre de pila, Araminta Katherine, y al apellido de soltera de su madre. Iba a mandar el sobre a Liam O'Grady, del *Record* de Nueva York, a quien también había escrito una breve carta. Aunque en ella no revelaba la identidad de A. K. Munroe, esperaba que Liam la adivinara.

Araminta sacó del bolso de mano el dinero necesario para pagar el envío y, consciente de la proximidad de Rigo del Castillo, informó en voz baja al encargado que deseaba contratar un apanado de correos a nombre de A. K. Munroe. Como el encargado, al igual que todos los habitantes del oeste de

Texas, sabía muy bien que era la nieta de Noble Winthrop, Araminta no pudo evitar el nerviosismo y el sonrojo al hablar, como si se sintiese culpable de algún crimen y estuviera a punto de ser detenida. La situación no mejoró cuando el encargado la miró con curiosidad por encima de sus pequeñas gafas de alambre. Seguramente se imaginaba que el apartado era en realidad para ella.

-A. K. Munroe. No conozco a nadie con ese nombre por esta zona. ¿Se trata de una amiga suya, señorita Winthrop? -preguntó con cierta insistencia el encargado, un hombre delgado y pequeño con una voz que correspondía a su aspecto.

-No creo que sea asunto de su incumbencia, ¿verdad, Pimby? -dijo amable Rigo del Castillo, pero sin ocultar cierta dureza en el tono. Tras oír la conversación, Rigo se había colocado al lado de Araminta y, sin una disculpa por entrometerse en sus asuntos, se había apoyado contra el mostrador y había clavado la vista en Pimby, el encargado. Este palideció, tragó saliva y se pasó el dedo por el blanco cuello almidonado de la camisa como si le apretase-. Esta cliente quiere un apartado postal para A. K. Munroe. ¿A qué espera entonces? Déselo, pronto. Ah, y en boca cerrada no entran moscas. ¿*Comprende*?

-Sí, general. Enseguida, general.

Sin más rodeos, el encargado asignó a Araminta un apanado postal con el nombre falso que ella le había dado. Fue un gran alivio para ella. El asunto se había resuelto sin mayor problema y el silencio de Pimby parecía estar garantizado. Sin embargo, también se sentía molesta, puesto que ahora tenía una obligación con Rigo del Castillo. Estaba claro que no le habría resultado tan fácil conseguir el apartado de correos sin su intervención. Tal vez ni siquiera eso. Y todo había ocurrido después de que ella lo insultara negándose a darle la mano. ¿Por qué habría intervenido en su favor?, se preguntó. ¿Cómo era posible que se comportara así después de haberle tratado con tanta grosería? Seguramente habría adivinado que iba a hacer algo que disgustaría mucho a su abuelo, y eso le habría animado a ayudarla. Con todo, aunque el móvil que había impulsado al general a realizar ese gesto no fuese noble precisamente, Araminta pensó que, por mucho que le pesara, debía darle las gracias.

-Quiero..., quiero agradecerle lo que ha hecho -dijo cuando él se volvió del mostrador tras haber resuelto el asunto que le había llevado a correos.

-*De nada* -repuso Del Castillo encogiéndose de hombros con toda naturalidad-. Este es el deber de un hombre, ¿no cree? Salir siempre en defensa de una dama en apuros. De todas formas, he de admitir que tengo curiosidad por saber el motivo de tener un apartado de correos con seudónimo.

-Dios mío, ¿resulta tan obvio? -Hubo un tono de tristeza en su voz-. Me lo temía. Le... le aseguro que no se trata de nada más peligroso que... que de un artículo que he escrito para un periódico. No quiero que... que mi abuelo

Librodot

se entere de ello -le explicó Araminta. Se habría arrancado la lengua por ser tan sincera. Aun así, le parecía muy poco probable que el general informara a su abuelo sobre lo que había hecho.

-Ah... ya veo. Si dudo mucho que Noble vea con buenos ojos que su nieta es algo más que una sencilla florecita...

-...que no pega ni golpe.

-*Señorita*, es tan aguda como bella. Resulta un verdadero alivio conocer a una mujer como usted. Son pocas las de su clase, y es difícil encontrarlas, se lo aseguro. -Su voz sonaba cálida, suave y dulce como la miel en sus oídos. La miraba con unos ojos insondables, seductores, como si quisiese hipnotizarla. Araminta tuvo la sensación de que se estaba ahogando en ellos.

¿Cómo era posible que fuese tan atractivo, tan encantador y, al mismo tiempo, tan letal? ¿Había asesinado realmente a su mujer? Seguro que no. Seguro que las historias que se contaban de él debían ser embustes. Pero, entonces, ¿por qué había accedido Pimby a sus deseos con tanta rapidez? Ella había visto miedo en los ojos del empleado; como si el hombre hubiese visto un enorme gato salvaje en vez de una persona. Era la misma clase de mirada que había observado en los rostros de las personas que se amedrentaban ante la ira de su abuelo. Sin embargo, a diferencia de éste, que gritaba y sacudía el puño cuando se enfurecía, Rigo del Castillo ni había levantado la voz ni hecho un solo gesto amenazador. Por lo visto, la mala reputación del general bastaba para inspirar miedo; así pues, seguramente las historias tendrían algo de fundamento y serían merecidas. Araminta se estremeció al pensar en ello. No debía permitir que la fascinación que aquel hombre ejercía se apoderara de ella. Según todos los chismes, era un criminal impenitente, un hombre que había asesinado a su propia mujer a sangre fría y atacado todos los ranchos a lo largo del río Grande, en los cuales se había dedicado a robar, saquear, incendiar y matar. No debía permitirse el lujo de olvidar todo aquello, por mucho que Del Castillo la adulara y, muy en contra de su voluntad, la atrajera.

-Debo... debo irme -musitó sin aliento, como si hubiese estado corriendo mucho tiempo-. Gracias de nuevo. -Sin esperar su respuesta, salió con paso rápido de la oficina de correos. Tuvo la sensación de que él se había quedado parado donde estaba, mirándola con atención hasta el momento en que desapareciera.

Aquella noche, Araminta soñó, y en su sueño, un diablo a caballo aparecía en medio de una tormenta de polvo, la cogía en brazos y se la llevaba a su casa del infierno. Cuando le miraba el rostro, veía el de Rigo del Castillo.

7

El largo veranillo de San Martín dio por fin paso al otoño. Los días empezaron a refrescar, dejando atrás el bochorno y dando lugar a una tibieza dorada que, no sólo era soportable, sino que resultaba de lo más grata. Cuando el viento procedente de las montañas soplaba por los pastos, llevaba consigo la frescura de las cimas y el perfume húmedo del río Grande en vez del aliento sofocante de llanuras y desiertos. Las flores salvajes del otoño comenzaban a florecer entre las altas hierbas de los pastos, y las hojas de los árboles fueron tiñéndose del color de los riscos. Sólo el cielo permanecía invariable, tan turquesa como las piedras que los indios denominaban pedazos de firmamento.

Aunque Araminta no creía en ella, la romántica leyenda acerca de que las turquesas habían caído del cielo estimulaba su imaginación, de ahí que se esforzara por conseguir el tono azul exacto en el lienzo que estaba pintando. Aquella mañana había preferido el óleo a la acuarela, de manera que podía permitirse el lujo de tardar el tiempo que quisiera e incluso de hacer correcciones, por mucho que su profesora de arte del internado lo hubiera desaprobado. De todas formas, Araminta no cometía muchos errores, acostumbrada como estaba al ritmo que exigía la acuarela, que era la técnica que ella prefería por ser más delicada y etérea. Con todo, la escena que tenía en mente en ese momento parecía requerir la riqueza del óleo.

Como Judd la monopolizaba todo lo que podía, Araminta había decidido seguir con su costumbre de salir a cabalgar al amanecer para disponer de algo de tiempo para sí misma. Aunque en un primer momento su abuelo había insistido en que algún trabajador del rancho la acompañara, ella se las había apañado para que no fuera así y Noble, a su pesar, había tenido que resignarse a dar gusto a su capricho. Para que estuviera tranquilo, Araminta siempre dejaba una nota en el rancho indicando la dirección en que había salido, de forma que si no volvía en un tiempo prudencial, su abuelo tenía una referencia para comenzar la búsqueda. No obstante, Noble seguía intranquilo con respecto a su seguridad, hasta el punto de comportarse de una manera excesivamente protectora, en opinión de Araminta. Lo que ella no sabía con certeza, sin embargo, era si su abuelo lo hacía porque le disgustaba su actitud independiente o porque había acabado por tomarle afecto. Le agradaba pensar que se trataba de esto último, a pesar de lo cual no podía evitar la sensación de que terminaría por agobiarse si no disponía de unas horas para estar sola, pintar, meditar y soñar.

Estaba acostumbrada a la soledad, y la necesitaba del mismo modo que las flores necesitan agua. En el rancho tenía la impresión de que, nunca estaba sola. Incluso cuando su abuelo y Judd se ausentaban, los criados, todos ellos mejicanos, permanecían siempre en el trasfondo, al tanto de cualquier cosa que le faltara. Con el poco español que hablaba, le resultaba difícil hacerles entender que no tenían que estar a sus pies, como si perteneciera a la realeza. Ellos, sin embargo, tenían ese concepto o, al

Librodot

menos, el concepto de realeza que se pudiera tener en el oeste de Texas. Araminta sabía que muchos de ellos, como Teresa, le guardaban afecto desde que era una niña, por lo que pedirles que la dejaran sola les habría herido y desconcertado. En consecuencia, toleraba la presencia de los criados consciente de que sus atenciones nacían del amor, la amabilidad y el deseo de complacerla, y de que sería muy ingrato y grosero por su parte rechazar lo que le ofrecían.

Por todo ello, ahora disfrutaba de la soledad, sin prestar atención al paso del tiempo o a lo que la rodeaba. Sólo se fijaba en aquello que quería reflejar en el lienzo, y lo hacía desde todos los ángulos y con un ojo crítico pero experto. Aquél era un buen cuadro, tal vez el mejor que había pintado hasta ese momento. Mostraba el despuntar del alba en el horizonte; el rosa, el oro y el azul se mezclaban con los cambiantes colores de los álamos y los mezquites que bordeaban la ribera del arroyuelo en que se encontraba. Los rayos del sol brillaban por entre las ramas de los árboles, moteando el agua del riachuelo como si su superficie estuviese cubierta de un sinfín de piedras preciosas. La interminable pradera quedaba atrás: la luz del sol brillaba de tal forma sobre la alta hierba que ésta parecía estar en llamas. A fin de poder captarlo con la mayor fidelidad posible, lo primero que había pintado había sido el amanecer. Como ya tenía la esencia de paisaje sobre el lienzo, podía terminar lo que le quedaba sin apresurarse. Araminta decidió hacer una pausa para comer al aire libre el desayuno que llevaba en una cesta.

Tarareando en voz baja, dejó el pincel y la paleta y se inclinó para lavarse la cara y las manos en el arroyuelo. Se frotó el brazo izquierdo para limpiarse las manchas de pintura que se había hecho con la paleta sin darse cuenta: el agua estaba fría y resultaba agradable al contacto con la piel. Cuando por fin se incorporó y se secó los ojos, vio a Rigo del Castillo en el otro lado del riachuelo montado en un enorme semental negro. ¡Parecía el mismísimo Satán! Araminta se asustó, pues no le había oído llegar. Se preguntó si le haría daño. Al fin y al cabo, era el odiado enemigo de su abuelo y de Judd. Sintió el impulso de salir corriendo, pero al ir ella a pie y él a caballo, no tardaría en darle alcance si quisiese. Sin embargo, aunque, al menos por el momento, no había forma de escapar de él, Araminta comenzó a retroceder cautelosamente en dirección a su yegua.

-¿Qué está haciendo aquí? ¿De dónde ha salido? -le preguntó con brusquedad.

Rigo se echó a reír.

-Mi querida señorita Winthrop, no me mire como si tuviera cuernos y rabo. Ya sé que tengo cierta reputación de diablo, pero, ¿de verdad cree usted que tengo poderes para materializarme de la nada?

-No, claro que no -respondió Araminta, molesta porque se burlara de ella. Parecía como si pudiese leer su pensamiento y quisiera aprovecharse del temor que sentía-. Me ha asustado por un momento, eso ha sido todo. No le había visto llegar.

-¿Tal vez porque estaba concentrada lavándose? -aventuré mientras picaba espuelas a su caballo para que cruzara el arroyo. Tras detenerse entre Araminta y la yegua, y cortar así su vía de escape, el general descabalgó y esbozó una sonrisa-. Le pido disculpas por haberla asustado, *señorita*. No era mi intención, se lo aseguro. A mí, como a usted, también me gustan los paseos al amanecer. La he visto por casualidad y me he tomado la libertad de acercarme...

-A Sierra Alta y sin ser invitado. Ha entrado sin permiso en una finca privada, ¿lo sabía? ¿Se comporta siempre de una forma tan atrevida, general?

-En realidad, no he entrado en Sierra Alta hasta que he cruzado el arroyo, que marca la frontera entre el rancho de su abuelo y... el mío. Mi rancho, el Casa Blanca, no es tan grande como Sierra Alta, desde luego, aunque cuando estoy en Texas, me siento como en casa. Pero, respondiendo a su pregunta, *sí* cuando me apetece, me comporto con bastante atrevimiento, como sin duda ya le habrán dicho.

Araminta no había previsto tal franqueza. De un hombre con una reputación tan sórdida como la suya, sólo esperaba oír mentiras o, cuando menos, algún comentario hipócrita. Su honestidad le había sorprendido tanto como el hecho de que el terreno colindante al de su abuelo perteneciera a Del Castillo. Nadie se lo había mencionado hasta el momento. Sin embargo, no se atrevía a bajar la guardia pese a la actitud sincera y amistosa del general.

-¿Y cómo sabe que me gusta cabalgar por la mañana? -preguntó en tono cortante.

-Procuro enterarme de todo sobre mis enemigos.

A diferencia de las otras respuestas, ésta la alarmó. Por primera vez maldijo la testarudez que había mostrado al no aceptar la protección que su abuelo le había sugerido. Se dio cuenta de que había cometido una estupidez. Ella y el general se encontraban totalmente aislados en el valle. Si de pronto la atacara, nadie oiría sus gritos. Estaría por completo a su merced. Tenía el rifle en la funda de la yegua, y la pistola, colgada del cinturón en el borrén de la silla de montar. Del Castillo se encontraba todavía entre ella y la yegua, por lo que parecía poco probable que pudiera llegar hasta el animal antes de que él la alcanzara. El único medio de defensa que tenía a mano era un pequeño cuchillo casi sin filo que utilizaba para pintar al óleo. No se trataba precisamente de un arma letal, pensó. Hasta que él no hizo referencia a sus «enemigos», ella no creyó que le hiciera daño. A pesar de todo lo que había oído acerca de él, Araminta no temía que llegara al punto de matarla o siquiera a atacarla y, sin embargo, sentía miedo.

-¿Así que me considera uno... uno de sus enemigos? -preguntó vacilante.

Librodot

-Por el momento, no. Pero, veamos, señorita, es imposible que haya estado viviendo todos estos meses en Sierra Alta y no se haya enterado de la hostilidad que su abuelo y, sobre todo, Judd Hobart sienten hacia mí. Les encantaría yerme colgado de una horca.

-¿Y qué espera? -En el mismo momento en el que pronunciaba esas audaces palabras, Araminta se arrepintió de tener una lengua tan viva y descarada. No era nada inteligente provocar a un hombre como ése, y más aún cuando no tenía nada que le permitiera defenderse de él-. ¿Acaso no se dedica usted a robar sus caballos y reses, a desvalijar e incendiar...?

-Y desde su punto de vista, ése es un delito terrible, ¿verdad? -la interrumpió el general bruscamente sin aceptar o rechazar las acusaciones-. ¿Qué me dice entonces de su abuelo y otros de su estilo, hombres como Frank y Judd Hobart, que engordan y se enriquecen a costa de la mismísima sangre del pueblo de México? ¿O tal vez prefiere pasar por alto ese delito, señorita, porque es el que le da el dinero para comprarse los bonitos vestidos que se pone y la buena comida que se lleva a la boca? Contésteme a eso, si le es posible.

-No..., no sé a qué se refiere... -tartamudeó Araminta estremeciéndose.

-¿No lo sabe? -Su voz tembló de ira, pero al cabo de un momento se suavizó. La repentina rabia que había mostrado pareció extinguirse, aunque era evidente que en su fuero interno seguía alterado-. No, tal vez no lo sepa. -Señaló el cuadro que ella tenía sobre el caballete.- Una pintura muy bella, señorita. Si tuviese más perspicacia, tal vez habría pintado una obra maestra, como los cuadros de Corot. Seguro que conoce sus bocetos y pinturas al óleo, ¿verdad? -le preguntó sin dejar de sorprenderla con sus conocimientos de arte-. Son muy apreciados por la sensación de libertad que inspiran y la nitidez de sus colores, precisamente las cualidades que se ven en este cuadro. Sin embargo, señorita, su vista es tan limitada como la de un caballo con anteojeras. Usted sólo ve la belleza de la tierra, pero no su fealdad inherente. -Se inclinó y cogió un puñado de barro de la ribera del río. Entonces, antes de que Araminta se diese cuenta de sus intenciones, Rigo la agarró y le restregó violentamente el barro por las manos; Araminta se puso a temblar, a un mismo tiempo, de miedo y de emoción; la extraña y perversa emoción que le había producido sentir su fuerza-. Esto es lo que hay debajo de la superficie de la tierra, señorita Winthrop. ¡Abra los ojos para verlo! ¡Suciedad! La suciedad que producen la pobreza, el hambre, la enfermedad y todas las demás adversidades que azotan al pueblo de México. Pero, claro, ¿qué puede saber sobre todo esto una rica y elegante gringa como usted? -El general la soltó mirándola burlón. Araminta tragó saliva y se arrodilló para lavarse las manos con gestos contenidos, como si no sólo quisiera limpiarse el barro, sino también la intensa sensación que el contacto con sus manos le había producido-. Muy poco, tan poco como lo que sabe acerca del poder inherente a un buen cuadro, tan poco como lo que dice que sabe sobre las inmorales actividades de su abuelo, los Hobart y otros de su calaña.

-¿Y qué actividades son ésas? -Araminta levantó la cabeza orgullosa. Se sentía indignada y herida porque, además de interrumpirla cuando estaba a

solas, el general la había insultado, sin que ella hubiera hecho nada para ganarse su desprecio.

Decidida a no darle la satisfacción de que viera que la había herido, se incorporó y, haciendo acopio de toda su valentía, le dio la espalda. Tal vez si no le hacía caso, se iría. Si hubiese querido hacerle daño, ya se lo habría hecho, de eso estaba segura. Realizando un gran esfuerzo por parecer tranquila, comenzó a preparar el desayuno. Cogió el mantel de cuadros rojos que cubría la cesta y lo extendió sobre la hierba, luego puso encima lo que llevaba para desayunar. Las manos le temblaban y sus movimientos eran torpes. Para su consternación, vio que Del Castillo no había comprendido la indirecta y no se movía.

-Su abuelo, los Hobart y varias personas más están pasando armas y provisiones a los federales y los rurales, armas con las cuales el ejército y la policía están asesinando al pueblo mejicano, señorita, un pueblo al que sólo le queda la esperanza de seguir adelante y que se defiende por desesperación. Pero, cómo he dicho, ¿qué puede saber usted sobre la pobreza y el hambre?

-Mucho más de lo que usted sabe sobre mí, eso es obvio, puesto que he sufrido ambas cosas. -Su voz se llenó de una discreta dignidad-. Si no sabe eso, general, su servicio de información es bastante deficiente. Así que, ¿por qué habría de creerme yo las historias que me cuenta sobre mi abuelo?, incluso si son verdad. -.Araminta recordó con inquietud los retazos de información que había acertado a oír en el *fandango*-, los federales y los rurales representan al gobierno legítimo de México y, por tanto, no creo que ayudarles constituya un delito. Son sus revolucionarios, sus maderistas, zapatistas, orozquistas, vazquistas y demás los que han empezado esta guerra civil y, por ello, los responsables de las muertes que ha habido entre la gente llana.

-Por favor, *señorita* -la reprendió Del Castillo, agachándose con gracia para sentarse a su lado sobre el mantel de cuadros rojos-, como periodista en ciernes, usted más que nadie debería saber que se debe desconfiar de lo que cuentan los periódicos. Están llenos de mentiras y de verdades a medias, de opiniones sesgadas que sólo buscan reflejar las opiniones de los editores y de los anunciantes más poderosos, *¿no es cieno?*

Enarcando una ceja, Rigo del Castillo esperó a que le desmintiera, algo que no ocurrió, porque, en su fuero interno, ella sabía que el general tenía razón. De hecho, ésa era una de las principales razones por las que deseaba convenirse en periodista; para escribir la verdad, y no las falsedades, que era la práctica que estaba entonces en boga en el mundo editorial.

-Porfirio Díaz era un dictador a quien no le importaba nada el pueblo llano -prosiguió el general-, y ahora, la persona que lo ha depuesto y ocupado su lugar, Francisco Madero, ha decidido hacer lo mismo. En Ciudad de México, *señorita*, se suele decir que «fuera de Ciudad de México, todo es Cuautitlán». Y es que, en México, cuando uno no es de la capital, sino de provincias, no vale nada. -Del Castillo se calló por un momento y se

quedó mirando el desayuno que Araminta había servido sobre el mantel. Entonces, haciendo un explícito gesto con la mano, prosiguió-: Toda esta comida es sólo para usted, *señorita*. ¿Sabe que una familia campesina de México puede vivir con esto durante días, e incluso durante una semana entera?

Araminta miró los apetitosos bocados que tenía delante y se sintió súbitamente horrorizada. Hasta ese momento no se había dado cuenta de la cantidad de comida que había llevado. Con las prisas por me, había cogido todo lo que tenía a mano y lo había metido en la cesta. Ahora le daba la impresión de que había suficiente comida para alimentar a un regimiento: una pila de tortitas, dos pedazos de carne y de queso de un tamaño considerable, gran variedad de fruta, una ración de frijoles, un par de *sopaipas*, mantequilla, la inevitable salsa y una jarra de leche fría. Aquella mañana se había guiado por los ojos más que por el estómago, pensó consternada. No debía sorprenderle que el general la mirase con desprecio. Seguro que la consideraba una glotona o una derrochadora.

-Es evidente que he traído más de lo que puedo comer yo sola -admitió ruborizándose. Ojalá no hubiera abierto la cesta en su presencia. Sin saber qué hacer, preguntó sin mucha confianza-: ¿Le gustaría..., le gustaría desayunar conmigo, general?

-Rigo. Todos mis amigos me llaman Rigo.

-Pero yo pensaba..., pensaba que, a causa de mi abuelo, usted me consideraba su enemiga.

-¿Es eso lo que usted desea, *señorita*?

-No. Me imagino que usted sería un adversario imponente, general.

-*Sí*, de hecho lo soy. Pero no se preocupe, porque si llegase a convertirme en su adversario, yo mismo me ocuparía de decírselo. Se lo juro. -Hablaba con tanta vehemencia que Araminta se persuadió de su honestidad y sintió un escalofrío al pensar que algún día pudiera declararse su enemigo.

Era la mañana más extraña, estremecedora y, de alguna manera, emocionante que Araminta había pasado en toda su vida, a pesar de que seguía teniendo la sensación de que estaba jugando con fuego. No dejaba de repetirse que no debía estar a solas con él, y más aún en un lugar tan apartado. Sabía que Rigo era un revolucionario y, con toda seguridad, también un bandido. Incluso podía haber matado a su esposa a sangre fría, aunque no se atrevía a preguntárselo. Sin embargo, estando en su compañía, le resultaba cada vez más difícil dar crédito a estas historias. A medida que hablaban, fue descubriendo que el general tenía una mente clara e ingeniosa, y que, gracias a todo lo que había viajado, sus conocimientos eran muy amplios. Por primera vez desde que abandonara el internado, Araminta tenía ocasión de hablar con alguien de su mismo nivel de inteligencia, ingenio y cultura, y pese a que su abuelo sufriría un ataque al corazón si se enterase de lo que estaba ocurriendo en ese momento, se

sentía incapaz de separarse de Rigo. Viéndole medio echado sobre el mantel, susurrando primero y gruñendo después, tan alto y ágil, tan moreno y atractivo, tan fuerte e impredecible, le recordaba a una pantera tumbada al sol. Era elegante, fino, encantador y mundano, pero también severo, arrogante, disoluto y cínico. Además no era un caballero, por mucho que le gustara desempeñar ese papel.

-Me... confunde, general -comentó Araminta, que aún tenía reparos en utilizar su nombre de pila y aumentar así la familiaridad en el trato.

-¿De qué manera?

-A decir verdad, de todas las maneras. Esta forma de hablar, sus modales, su forma de vestir, la erudición que demuestra tener... -Meneó la cabeza-. Por alguna razón me resulta difícil creer que usted pertenezca al pueblo llano de México, pese a que, según parece, está de su lado.

-Pues sí que pertenezco a él, *señorita*, se lo aseguro. Soy el hijo bastardo de un rico *hacendado*. Como también tenía hijos legítimos, yo le sobraba, igual que le sobraba *mi madre* también, de quien acabó cansándose después de haberla forzado en repetidas ocasiones. -Araminta ahogó un grito al oír la monstruosa revelación que con tanta naturalidad acababa de hacerle Rigo. El general esbozó una sonrisa burlona-. Se siente terriblemente escandalizada, ¿no es así? Tales cosas no ocurren en su mundo, ¿verdad, *señorita*? Por desgracia, en el mío son demasiado frecuentes. Adopté el nombre de la hacienda de *mi padre*. Todos los que trabajábamos en el rancho pensábamos que su casa se parecía mucho a un castillo. No, no sienta lástima por mí. Resulta muy fácil leer en sus ojos lo que piensa, ¿lo sabía? No quiero su compasión.

-¿Qué es lo que quiere entonces? -le preguntó, todavía confusa pero empezando a hacerse una idea de cómo había sido ese hombre en su juventud.

-¿Esta mañana? No más de lo que ya he recibido -le contestó enigmático-. *Muchas gracias*, no recuerdo la última vez que disfruté tanto con un desayuno. -Dicho esto, y con gran sorpresa y pesar de Araminta, se levantó. Entonces se acercó a su semental, que estaba pastando cerca de allí, y, cogiendo las riendas, subió a la silla. El caballo levantó bruscamente la cabeza y se revolvió hasta que su dueño logró controlarlo. Rigo miró a Araminta durante unos segundos con los ojos entornados para que no pudiera leer sus pensamientos-. Antes de irme, permítame que le dé un consejo de... amigo, *señorita*: A pesar de todo lo que su abuelo y los Hobart le digan, Judd Hobart no es el hombre apropiado para usted. Haría muy bien si no le alentara a que la corteje.

Y, antes de que ella pudiera responder, picó con sus espuelas de plata en los flancos del semental y desapareció.

Librodot

8

Araminta quedó perpleja y no poco enfadada al oír las crípticas palabras de despedida de Rigo. No sabía por qué habría de estar interesado en quién la cortejaba, incluso si se trataba de Judd, a quien el general odiaba. Con el hombre que ella pasara su tiempo era un asumo que no le incumbía en absoluto, pensó indignada. Además, no tenía, desde luego, derecho a entrometerse en su vida. Para su comodidad trató de restar importancia al hecho de que se hubiera sentido agradecida por su intervención en correos. Si la ayudó con Pimby, el encargado, fue para fastidiar a su abuelo, algo que decía muy poco en favor del comportamiento de Rigo, que ya de por sí resultaba censurable. Ese hombre era un revolucionario, un ladrón, tal vez incluso un asesino si los rumores eran ciertos. Araminta, sin embargo, no quería creer esto último. Que su desdichada infancia hubiera contribuido a formar su carácter era comprensible, pero, aun así, no justificaba su comportamiento. A pesar de que él había despreciado su compasión, seguía teniéndole lástima. De todas formas, ni siquiera sabía si le gustaba. Su gallardía y su magnetismo resultaban tan temibles como excitantes. Le hacían parecerse a un depredador, elegante y seductor, que, con todo su atractivo y magnificencia, podía en cualquier momento lanzarse sobre ella y atacarla. No obstante, en honor a la verdad, con ella no hizo el menor gesto amenazador. Al contrario: Araminta se había preguntado en varias ocasiones qué sensación le produciría estar entre sus brazos y ser objeto de sus besos. Sus traviesos pensamientos hicieron que se ruborizara. Sólo la había tocado en contadas ocasiones, y fue como una caricia. Con todo, no olvidaba su mala fama y el hecho de que era el enemigo de su abuelo y que, algún día, quizá se convirtiera en el suyo.

No obstante, y en contra de su voluntad, Rigo conseguía fascinarla, y el encuentro de aquella mañana no sería más que el primero de los muchos que tendrían lugar a partir de entonces. A su pesar, sentía una extraña afinidad por él, una afinidad que jamás había sentido con una persona. De repente, se dio cuenta de que tenían mucho en común, desde su amor por la literatura, la música y el arte hasta su interés por los viajes y las distintas culturas, pasando por la preocupación por asuntos más mundanos como las noticias y la política. Sobre todo ello, el general demostraba poseer grandes conocimientos, mayores incluso que los suyos. Araminta se veía incapaz de quitárselo de la cabeza. Si era honesta consigo misma, había que admitir que sus modales le parecían encantadores y su conversaci6n, cautivadora. Le hablaba de igual a igual y la desafiaba a pensar por sí misma, lo cual suponía un cambio estimulante en comparación con la manera que tenían de tratarla su abuelo y Judd, quienes no parecía que quisieran exigirle a su mente nada más complicado que elegir los platos de una carta o un vestido que le gustara. Su abuelo, consciente de su deseo de convenirse en

Librodot

periodista, le había prohibido incluso leer la prensa local afirmando, tajante, que sus contenidos no eran apropiados para una dama. Como consecuencia de ello, Araminta sólo podía echar un vistazo furtivo a los periódicos cuando su abuelo se ausentaba de la casa.

Como si de súbitas y violentas tormentas se tratara, los estallidos de violencia seguían aumentando a medida que el año avanzaba, leyó en la prensa. Animada por la involuntaria inquietud que Rigo le causaba, Araminta había empezado a informarse sobre la revolución mexicana y se había enterado de que, a pesar de la indignación que el general sentía al respecto, y por muy «inmoral» que fuera, tal y como él había dicho, nada había de ilegal en el hecho de que los estadounidenses aprovisionaran de armas a los federales y los rurales de México, que eran los representantes del legítimo gobierno del país. Sin embargo, una resolución conjunta del congreso había permitido al presidente Taft prohibir todos los demás envíos de armas a México mientras el conflicto civil continuara. Esta decisión suponía un serio revés para los revolucionarios, quienes, en consecuencia, habían comenzado a avivar sus sentimientos antiestadounidenses. Si los revolucionarios pudiesen aprovisionarse de armas estadounidenses, como los federales y los rurales hacían, se encontrarían en igualdad de condiciones con el gobierno contra el que se habían levantado. Dadas las circunstancias, la decisión no era sino un obstáculo más de los muchos que, por cualquier medio, se veían obligados a superar. Cuando su perspectiva sobre la situación se hizo más amplia, Araminta empezó a dudar de que uno de dichos medios -las incursiones por la frontera- fuese censurable. Quizá ella también se habría sentido obligada a tomar unas medidas tan drásticas, por muy equivocadas que fueran, si se hubiese sentido cruelmente oprimida y hubiese tenido que luchar por su vida;

No era justo que su abuelo, los Hobart y los demás rancheros tejanos tuviesen que sufrir sobre su propio bienestar las consecuencias de una guerra que no en la suya; pero si los rancheros al norte de la frontera vendían armas y otro tipo de aprovisionamientos a federales y rurales, resultaba comprensible que los revolucionarios consideraran legítimo convenir a su abuelo y a todos los demás en el objeto de sus ataques. Era una situación difícil para la que no había respuestas fáciles. Su abuelo, cuando ella le preguntaba al respecto, afirmaba que los negocios eran los negocios. Del conflicto civil mejicano se podían obtener beneficios, y él no estaba haciendo algo ilegal. No tenía remordimientos de conciencia en lo tocante a los aspectos morales del asunto: el aprovisionamiento de armas de un bando y no del otro; el régimen elitista y represivo que gobernaba el país; las injusticias que sufría el pueblo llano. Con anterioridad, Araminta había prestado poca atención a la guerra, o ninguna. Ahora, en cambio, cuanto más veía a Rigo, más difícil le resultaba pasar por alto la violencia que se estaba viviendo al sur de la frontera y la manera cómo los rancheros estaban contribuyendo a ella.

Araminta se sentía dividida por sentimientos contrapuestos. Los encuentros con el general eran un peligro y una equivocación, y tenían que cesar. A la larga, sólo causarían problemas. Pese a que el comportamiento de Rigo del Castillo era siempre el de un caballero, si en verdad se trataba de

un bandido y un asesino, ella se exponía a un grave peligro cada vez que lo veía. Además, no le cabía duda de que tenía un motivo oculto para buscarla, un motivo que tal vez estuviera relacionado con la animadversión que sentía hacia su abuelo y Judd. No obstante, a pesar de todo el empeño que ponía en dejarlo, le resultaba imposible resistirse a la tentación y algunas mañanas volvía hasta el arroyo en que habían compartido el desayuno, donde la mayor parte de las veces Rigo la estaba esperando. Si ella había endemoniado, también ella parecía haber echado una especie de embrujo sobre él.

-Usted no se parece en absoluto a como yo esperaba que fuera la nieta de Noble Winthrop -le dijo en cierta ocasión, endureciendo el gesto como si lo que acababa de decir le molestara. Lo que afirmó a continuación le confirmó en sus pensamientos-: No me gusta que usted sea como es.

-¡Oh! ¿Y podría decirme por qué? -le preguntó Araminta, pese a que sospechaba que ya conocía la respuesta.

Él hubiera preferido que fuese fea, estúpida, vanidosa y tonta. Entonces no habrían tenido nada en común, no hubieran sentido una singular pero inequívoca atracción mutua y el curso de sus vidas no habría empezado a torcerse como lo estaba haciendo.

-Sería más sencillo si usted no fuese diferente de las demás *gringas* de su clase que hay en Texas.

-¿Más sencillo? ¿A qué se refiere? ¿Y en qué sentido soy diferente?

-Usted me... confunde, *señorita*. Es testaruda y caprichosa, y está descontenta. Cuando algo le preocupa, le preocupa de veras. Esa es una combinación que, me temo, algún día tenga un efecto devastador sobre usted. Texas, México... no son lugares amables con sus habitantes. Las personas que aguantan son las duras y fuertes; personas que han aprendido a hacer lo que sea necesario con tal de sobrevivir.

-¿Y usted cree que yo no podré hacerlo? -preguntó ella. Le desconcertaba que fuese tan perspicaz con su carácter; parecía como si pudiera leerle los pensamientos y el corazón.

Rigo se quedó tan callado que Araminta pensó que no iba a contestarle; pero, finalmente, pasados unos segundos, lo hizo en tono más suave:

-Todo lo contrario, creo que podrá, ya que en el fondo es fuerte y valiente. Sin embargo, me temo que el proceso de aprendizaje va a resultarle doloroso, y, por no sé qué razón, esa idea... me preocupa.

Mientras hablaba, su mirada era extraña y distante. Parecía como si fuese capaz de adivinar su futuro y viera que no iba a ser feliz. Araminta sintió un escalofrío de inquietud al pensarlo. Sin embargo, cuando le rogó que le explicara a qué se refería con esas enigmáticas y perturbadoras palabras, el general se levantó y, lacónico, se despidió. Ella se sintió tan

confusa y dolida que volvió a pensar que, en realidad, se trataba de un ser despreciable. Montó en su yegua y regresó a casa, furiosa con Rigo y, sobre todo, consigo misma: aunque le pesara, se sentía atraída por él. Jamás volvería a verle, se dijo, terminante. Hacerlo supondría traicionar tanto a su abuelo y a Judd como a su propia educación. La habían educado para ser una dama, y una dama no se escabullía para acudir a una cita solitaria con un hombre de mala reputación. No entendía qué le sucedía. ¿Cómo era capaz de comportarse de una forma tan caprichosa y temeraria? ¿Cómo era posible que se despreocupara con tanta facilidad de su propia reputación y de su seguridad? Tenía que librarse del extraño embrujo que Rigo ejercía sobre ella antes de que fuera demasiado tarde.

Si su abuelo o Judd llegaran a enterarse de esos encuentros con el general, su ira no conocería límites. Esa idea la hizo estremecer. Judd tenía un temperamento tan violento y había adoptado una actitud tan posesiva con ella que sería capaz de matar a Rigo. Además, cada vez le presionaba con mayor insistencia para que se casara con él. Aunque ella misma admitía que casarse con el ahijado de su abuelo y unir los dos ranchos parecía el plan ideal, seguía reacia.

El sentido común le decía que incluso si la boda no fuese una condición para que ella heredara Sierra Alta, y su abuelo le dejara el rancho por las buenas, no sabría dirigirlo sola. Necesitaría un marido o, al menos, un capataz competente y fuerte, alguien que la respetara y creyera en ella. Y el problema no estribaba en que le faltara inteligencia ni capacidad para ocuparse de una hacienda tan grande; si fuese necesario, no le cabía duda de que aprendería y se aplicaría con diligencia al trabajo. Con todo, sabía que ningún hombre la tomaría en serio en su papel de propietaria de Sierra Alta. Le resultaría difícil, por no decir imposible, retener a los trabajadores con experiencia y ejercer además su autoridad, sobre todo teniendo en cuenta que carecía de los conocimientos prácticos necesarios para dirigir un rancho. En Sierra Alta no había ni una sola tarea, grande o pequeña, que su abuelo no hubiera realizado en el pasado. Por desgracia, no ocurría lo mismo con ella. Si tuviese que dirigir la propiedad al día siguiente, se sentiría tan perdida como un pasmarote y tendría que aprender el oficio a base de trabajo. Y con ello, se convertiría en blanco fácil para cualquier hombre sin escrúpulos que quisiera aprovecharse de ella. Su abuelo podría haber resuelto ese problema si hubiera querido ocuparse él mismo de enseñarle todo lo relativo al rancho, pero en las pocas ocasiones en las que Araminta se había atrevido a abordar este tema, él había soltado un bufido.

-Si Dios hubiese querido que las mujeres se metieran en estos asuntos, les habría dado la inteligencia necesaria, muchacha, y no sólo cuerpos que satisfagan a los hombres y tengan hijos. Así pues, ¿por qué no dejas de pensar en ponerte una camisa y un pantalón y te concentras en un vestido de novia? Judd empieza a desesperarse, pendiente como está de ti, y le comprendo muy bien. Pero, ¿qué te ocurre, Araminta? ¿Por qué andas con titubeos de colegiala coqueta que ha terminado sus estudios? Cuando yo líe el petate, no encontrarás un hombre que cuide mejor de ti y Sierra Alta que Judd.

-Es que... no lo amo, abuelo, y él tampoco me ama a mí.

-¡Amor! -escupió Noble, despectivo-. Pero, bueno, ésa es una idea de tontos y no me pareces una tonta. Déjame que te diga algo, Araminta: en cuanto se apaga el fuego que uno lleva dentro, el amor sale por la ventana antes de que se dé cuenta y, entonces, ¿qué queda? Si tienes suene, compañía, amistad, satisfacción, un pasado compartido y ambiciones comunes. Tú no odias a Judd, ¿verdad? -le preguntó de repente.

-Bueno, no, pero...

Y estarías contenta aquí, en el rancho, con él ¿no es así?

-Bueno, yo... yo supongo que sí -concedió de mala gana.

-¡Pero! ¡Maldita sea! ¿Qué te ocurre entonces, muchacha? -De pronto, entornó los ojos, suspicaz-. No será que te has encaprichado de otro hombre, ¿verdad?

-No. -Araminta meneó la cabeza, pero enseguida se ruborizó y volvió los ojos hacia otro lado, incapaz de sostener la penetrante mirada de su abuelo. Al mismo tiempo, y de forma espontánea, la imagen de Rigo acudió a su mente. El no significaba nada para ella, desde luego, ni ella para él, pensó enojada. Había algo que no comprendía, sin embargo: ¿por qué tenía que pensar ahora en él? Araminta alzó la barbilla con resolución.

-No, abuelo, no hay nadie más -aseguró con firmeza mientras le miraba a los ojos-. Lo que no entiendo es por qué tú y Judd estáis tan intranquilos, ¿a qué viene tanta prisa para que me case? Ya sé que tienes un concepto muy alto de él, pero yo... yo necesito más tiempo, abuelo.-En realidad, hace muy poco tiempo que lo conozco y no estoy... no estoy segura... -Su voz se extinguió. Araminta se mordió el labio inferior, consciente de lo infantiles y petulantes que sonaban sus palabras.

-¡Eso no es más que un montón de tonterías, maldita sea! No te hace falta estar segura. Además, aún no he conocido a una bendita mujer que tomara una decisión correcta sobre tema alguno. Estoy seguro de que Judd es el hombre adecuado para ti. De no ser así, ¿crees que lo apoyaría? Y en cuanto a lo de presionarte a que te decidas... mira, Araminta, ya no soy un chaval. No me quedan muchos años de vida. Hasta el momento no te lo había dicho porque no quería que te preocuparas, pero de un tiempo a esta parte no me siento bien. Con franqueza, sería un alivio para mí que Judd estuviera aquí para encargarse día a día del rancho. Me gustaría retirarme, disfrutar del producto de mi trabajo mientras pueda y vivir el tiempo suficiente para hacer saltar a mis nietos sobre mis rodillas. -De pronto, Noble tuvo un ataque de tos y no pudo continuar hablando. Dejó caer el bastón y, agarrándose el pecho, se encorvó.

-¡Abuelo! -Aterrorizada, Araminta corrió a su lado, le ayudó a llegar hasta la silla giratoria que había detrás del escritorio y le aflojó el cuello de la camisa-. Aguanta. Voy por un poco de agua.

-No… un vaso… de whisky -dijo él a duras penas.

Dadas las circunstancias, no creyó que el licor sentara bien a su abuelo. Sin embargo, temiendo que pudiera enfadarse y empeorara su estado con ello, corrió obediente hacia el bar que había en uno de los laterales del escritorio, cogió una botella de whisky y echó un, poco en un vaso. Volvió rápidamente a su lado y le ayudó a sostener el vaso mientras bebía. En cuanto hubo bebido, el anciano pareció recuperarse. Se echó hacia atrás con los ojos cerrados y tendió el vaso para indicarle a Araminta que se lo llenara de nuevo.

-Abuelo, ¿te encuentras bien? ¿Has sufrido un ataque como éste alguna otra vez? Quizá debería llamar a tu médico…

-No, ni hablar además, no es la primera vez que me sucede. El dolor se me pasará en un minuto. Siempre ocurre lo mismo. Estoy ya viejo, eso es todo, muchacha, y ningún médico puede curarme.

Araminta, sin embargo, no estaba tan segura de que el brusco ataque sufrido por su abuelo fuera sólo consecuencia de la edad, por lo cual cuando volvió al bar, muy a su pesar, para llenar de nuevo el vaso de whisky, en su rostro había un gesto de preocupación. Hasta ese día ni siquiera había sospechado que su abuelo tuviera problemas de salud. La idea la alarmó. A pesar de las reservas que ella guardara al respecto, había acabado por tomarle cariño a su malhumorado abuelo. Después de todo, era el único familiar que le quedaba y, aunque a su manera arisca, la había tratado con afecto. Por otra parte, a pesar de que le había dicho que heredaría Sierra Alta con la condición de que se casara, Araminta no tenía ni idea de qué sucedería con el rancho si ella seguía soltera en el momento de su muerte. Ni siquiera Judd lo sabía, razón por la cual, probablemente, no dejaba de acosarla para que aceptara. Sin embargo, estaba segura de que si no se había casado ya el día que su abuelo falleciera, no heredaría Sierra Alta. ¿Qué sería entonces de ella? Ni siquiera tenía la seguridad de que su abuelo le dejara algo de dinero, y ella no disponía de fondos propios, ni de los medios para conseguirlos. Seguía sin respuesta a la carta que había enviado a Liam O'Grady, por ello no sabía si el *Record* había aceptado su artículo y, por tamo, ignoraba si tenía alguna esperanza de regresar a Nueva York para reincorporarse a su trabajo en el periódico. Si su abuelo muriese al día siguiente, se encontraría tan desamparada como lo había estado antes de su llegada a Texas, y se vería obligada a regresar a los barrios bajos de la vida. La idea le resultaba aterradora. De pronto, la perspectiva de casarse con Judd le pareció mucho más atractiva.

Al menos, él era alguien temido y respetado, y sabía cómo manejar un rancho de grandes dimensiones. Nadie se atrevería a holgazanear con él como administrador ni a engañarle o a desafiar su autoridad en Sierra Alta. Tanto su porvenir como el de los hijos que pudiera tener estaría asegurado siendo su esposa. Frank y Elizabeth Hobart la recibirían en su familia con los brazos abiertos. Incluso Velvet, que por alguna extraña razón había mantenido con ella una actitud distante, se convertiría en una persona, si no

tan entrañable como una hermana, tan querida como la amiga que siempre había deseado tener.

Mientras la observaba a hurtadillas, con los párpados entornados, Noble tenía la casi seguridad de que Araminta estaba reflexionando sobre todo aquello. En silencio, rió satisfecho, encantado de que se le hubiera ocurrido la feliz idea de engañarla haciéndole pensar que estaba en las últimas. Así se olvidaría de sus tontas ideas románticas y de sus titubeos de *señorita* ñoña y se casaría con Judd. Si Araminta hubiese acertado a ver la expresión de su abuelo en ese momento, habría empezado a concebir sospechas al instante. Por desgracia, se encontraba en el bar, de espaldas al anciano. Cuando por fin se volvió para llevarle el segundo vaso de whisky, una conveniente mueca de dolor torció el rostro de Noble y un suave gemido salió de su garganta. Araminta no se detuvo a pensar en que la piel de su abuelo no mostraba la característica palidez de una persona enferma y en que sus labios no se habían amoratado en absoluto.

-Abuelo, ¿estás seguro de que no quieres que llame a tu médico?

-Sí, estoy seguro. Enseguida me encontraré bien, no te preocupes, ¿me oyes?

Sin embargo, aunque sus palabras expresaban confianza, hablaba con voz entrecortada, y las manos que rodeaban el vaso de whisky le temblaban. De ese modo, la inquietud que sentía Araminta, en vez de desvanecerse, quedó como una semilla de planta venenosa y allí comenzó a crecer.

9

Cuando los breves y frescos días de otoño dieron por fin paso al invierno, Araminta se dio cuenta de que la Navidad en Texas no se parecía en absoluto a la Navidad en Nueva York. En vez de los frondosos abetos decorados con antiguos y entrañables adornos victorianos y los caramelos de menta como los que se recogían en casa de su padre y en el internado, en el gran vestíbulo de Sierra Alta habían puesto un pino que, en opinión de Araminta, tenía un aspecto bastante pobre y escuálido. Noble, sin embargo, le informó que era el mejor que se podía encontrar en muchos kilómetros a la redonda, algo que, vista la vegetación de la zona, debía ser cieno. Del árbol colgaban, entre otros desconocidos adornos, varias ristras de chiles secos tan picantes que cuando se encendían las velas del árbol por la noche, le irritaban los ojos. Dos costumbres típicas del suroeste, y que Araminta recordaba con placer, eran la vistosa piñata, que aquel año tenía forma de burro y estaba colgada de una de las vigas del vestíbulo, y las luminarias, unas bolsas de papel traslúcido cargadas de arena en las cuales se ponían unas velas y se colocaban a lo largo de todo el sinuoso camino de entrada al rancho. En algunas ocasiones, cuando nadie miraba, Araminta no resistía la

Librodot

tentación y daba varios golpes de prueba a la piñata, con un largo palo que se utilizaba expresamente para romperla el día de Navidad. Sin embargo, tuvo que abstenerse de seguir haciéndolo desde el día en que Teresa, sonriendo y meneando la cabeza por sus travesuras, la sorprendió palo en ristre:

-¡Ay! Eso es precisamente lo que usted hacía cuando era pequeña, *señorita*. Y..., oh, el *patrón* se enfadó mucho en una ocasión en que, por accidente, usted rompió la piñata antes de Navidad. Le dio usted con tanta fuerza que caramelos y juguetes salieron despedidos en todas las direcciones. Como su mamá y yo estábamos en la cocina, no oímos el golpe, y usted tuvo tiempo de sobra para desenvolver los paquetes, formar un buen barullo por toda la habitación y comerse los suficientes caramelos como para ponerse muy enferma...

Al oír las palabras de Teresa, Araminta se echó a reír, a pesar de que el sentimiento de culpabilidad y el azoramiento hicieran que se ruborizara. Se había olvidado de los detalles del incidente que Teresa acababa de contarle. Ahora, sin embargo, recordaba vivamente cómo le gritó su abuelo al ver lo que había hecho. La asustó de tal manera que, asqueada como estaba ya de todos los caramelos que había comido, vomitó en el mismo vestíbulo, con lo cual su abuelo se puso fuera de sí. Fue un milagro que no sufriera un ataque de apoplejía allí mismo, pensó Araminta entre triste y divertida.

Aquel pensamiento le hizo recordar la mala salud de su abuelo, lo cual hizo que frunciera el ceño preocupada y que su buen humor desapareciera. Desde aquel primer día en el estudio, su abuelo había sufrido varios ataques similares, a pesar de lo cual, había seguido afirmando con insistencia que eran consecuencia de su avanzada edad, y se había negado tajantemente a que Araminta avisara al médico. Ella temía que si no le hacía caso y lo llamaba, su abuelo se enfurecería tanto que sufriría un ataque al corazón y se moriría. Daba miedo ver cómo enrojecía y de qué manera le palpitaba la prominente vena azul que tenía en la frente cuando se exasperaba, como si fuese a explotar. Con todo, no resultaba menos alarmante que su forma de trastabillar y agarrarse la garganta cuando sufría uno de sus violentos y repentinos accesos de tos.

Araminta deseaba fervientemente tener una persona a quien recurrir, alguien que la aconsejara sobre ese asunto. Pero no la tenía. Si hablaba con Judd, estaba seguro de que éste perdería la calma y le presionaría con mayor vehemencia para que se casara con él. Sin embargo, y aunque cada vez se sentía menos reacia a la allana, todavía no estaba preparada para convenirse en su esposa. Si la hermana de Judd, Velvet, se hubiese mostrado más amistosa, se habría convertido en una persona de confianza. Hubiera sido algo natural, dado que eran casi de la misma edad. Con todo, y pese a los intentos de Araminta, hasta el momento Velvet había mostrado poco interés en hacerse su amiga. Tampoco, por mucha afabilidad que mostraran, pensaba Araminta que pudiese hablar a Frank o Elizabeth Hobart, o siquiera al señor Gideon, acerca de su abuelo, porque si éste hubiese querido que estuvieran al corriente de sus ataques, él mismo se habría preocupado de decírselo, y seguramente ellos le hubieran pedido

Librodot

cuentas al respecto. Araminta ni siquiera consideró la posibilidad de comentarlo con los criados. Por muy amables que fueran, lo más probable era que se inquietaran y comenzaran a murmurar entre ellos, con lo que su abuelo se enteraría de que ella había estado hablando sobre sus problemas con personas que eran claramente sus inferiores. Pensó que lo mejor sería que ella misma fuese al médico y hablase con él en términos generales, con la esperanza de que comprendiera la insinuación y, por su propia voluntad, decidiera visitar al abuelo. Vería al médico ese mismo día, decidió. Judd iba a llevarla a El Paso, así que haría alguna compra de Navidad.

El camino hasta la ciudad fue de lo más apacible. Judd la entretuvo poniéndola al corriente de las últimas noticias y de lo que había hecho aquella mañana en El Chaparral. Mientras el automóvil avanzaba por el camino, a Araminta se le ocurrió que, dado lo bien que había llegado a conocerle y lo acostumbrada que estaba a él, ya podrían haberse casado. Sorprendida, se dio cuenta de que, en realidad, había acabado por depender de él e, incluso, a dar por hecho que, como aquella tarde, siempre se encontraría cerca cuando lo necesitara. Por primera vez se detuvo a pensar en cómo sería su vida si, además de perder a su abuelo, le ocurriera lo mismo con Judd. La perspectiva era desalentadora. Se hallaría sola en un mundo que no trataba a las mujeres con benevolencia, sobre todo cuando no tenían a un hombre que las protegiera. Araminta recordó su vida en Nueva York y se estremeció. A pesar de la independencia de que gozaba en la gran ciudad, si había de ser honesta consigo misma, debía admitir que no había sido feliz allí. Los días habían resultado largos y fatigosos, y estuvieron más llenos de penalidades que de alegrías. No había tenido vida social, ni pretendientes, ni había podido albergar esperanzas de casarse y ser madre. Además, ahora no parecía que tuviera ninguna posibilidad de dedicarse a la profesión que le interesaba. ¿Qué era peor, se preguntó, estar sola o depender de alguien? El problema estribaba en que ella no quería ni una cosa ni otra tenía la desfachatez y la codicia suficientes como pan quererlo todo, como para esperar que Judd se mostrara más flexible que su abuelo con respecto a sus deseos de ser periodista.

Así pues, estaba contemplando la posibilidad de casarse con Judd. Bien, ¿y por qué no? Había mucho que decir en su favor. Tal vez su abuelo tenía razón; quizá las ideas románticas no eran más que tonterías; era posible que Judd la hiciera feliz si diese tan sólo una oportunidad a la relación.

Inesperadamente, Araminta pudo afirmarse en esa idea cuando, tras bajar por la calle principal de El Paso, Judd aparcó su elegante automóvil rojo en un espacio libre. En la acera, no muy lejos de allí varios niños se burlaban, despiadados, de un niño mejicano mucho más pequeño que ellos. Cuando Judd detuvo el coche, Araminta vio que el niño, además del miedo que tenía, había recibido varios golpes y estaba llorando. Incluso mientras ella miraba, uno de los muchachos de más edad le soltó un improperio y lo tiró al suelo de un empujón.

-¡Oh, Judd, mira eso! -exclamó-. ¡Qué crueldad! ¿Por qué no se meten esos horribles golfos con alguien de su tamaño? Son unos abusones. ¿Por

qué nadie los separa? ¿Por qué nadie hace que dejen de atormentar a ese pobre niño?

Mientras hablaba, Araminta trató de abrir la portezuela del coche para acudir en ayuda del niño. Judd, sin embargo, fue más rápido. Sin preocuparse por abrirla, saltó por encima de su portezuela y, en cuestión de segundos, se abrió paso entre los niños para sacar de allí al pequeño mejicano. Claro, pensó Araminta, ¿por qué no había pensado que contaría con la intervención de Judd? ¿No había arriesgado su vida para salvar a un trabajador que se había quedado atrapado bajo una viga en llamas durante el incendio de El Chaparral? Judd era una persona con quien siempre se podría contar en un momento de crisis.

-¡Eh, niños! ¿Qué estáis haciendo? ¡Pegar a alguien más pequeño que vosotros! ¿Queréis probar conmigo? -les gritó en tono severo. Al oírle y ver lo grande que era, el muchacho más atrevido de todos se echó atrás con cautela-. No, ¿verdad? ¿Por qué no estáis en la escuela? ¡Será mejor que os vayáis todos de aquí antes de que llame a vuestros profesores o, peor aún, a un policía para que os encierre por alteración del orden público! -Los gamberros no esperaron a oír más y salieron corriendo dejando a Judd con el niño mejicano-. ¡Eh, tú! -Judd dio al niño una ligera sacudida-. ¡Deja ya de lloriquear! No querrás que un granjero venga por aquí y te confunda con una gallina, ¿verdad? Igual te hacía algo peor que arrancarte las plumas de la cola. ¿*Comprendes*? -Evidentemente, el niño le comprendió, porque dejó por fin de llorar. Judd se metió entonces la mano en el bolsillo y sacó una moneda brillante-. Mira. -Dio la moneda al niño y dijo-: Cómprate un caramelo de menta. Apuesto a que te hace sentir mejor.

-*Sí, señor. Gracias*. -Tras agarrar la moneda con una mugrienta mano, el pequeño echó a correr.

-Una monada de niño -comenté Judd mientras ayudaba a Araminta a salir del coche.

-Sí, si que lo era -reconoció ella-. Gracias por salir en su ayuda, Judd.

-Ha sido un placer. A decir verdad, me agradan los niños. Espero tener un montón de ellos algún día, y no me gustaría que me los maltratara una banda de mocosos como ésa. Estos chicos carecen de la guía más adecuada, no han tenido la suene de recibir una educación decente, de formarse como es debido y de pagar las necesidades básicas. Una mujer debe elegir al hombre con quien ha de casarse, asegurarse de que se ocupará de ella y de sus hijos, que los cuidará, y les dará lo mejor que hay en la vida. ¿Sabes a lo queme refiero?

-Sí, sí lo sé.

Araminta se quedó pensativa, por ello Judd, muy astuto, decidió guardar silencio, consciente de que había dejado bien claro lo que quería decir. En realidad deseaba tener hijos, pero sólo para demostrar su virilidad y perpetuar su nombre, puesto que en el fondo los niños le molestaban y le

desagradaba tener que preocuparse por ellos. Si se hubiese encontrado solo al entrar en El Paso aquella tarde, no habría prestado atención a lo sucedido entre los muchachos y el niño mejicano. De hecho, jamás se le hubiera pasado por la cabeza intervenir en defensa del pequeño. Sin embargo, Judd era listo y en cuanto se percaté de la indignación de Araminta por lo que ocurría en la acera, vio la oportunidad de quedar bien ante ella y no dudó en aprovecharla. Estaba claro que Araminta sentía debilidad por los niños, y no permitiría que sus hijos fueran educados por un padre incapaz que, además, no tuviera los medios económicos para mantenerlos. Judd esperaba que, de ese modo, le hubiera dado a Araminta un buen motivo para pensar y que tal vez, después de haberlo meditado bien, consintiera en casarse con él.

Araminta estaba, en efecto, pensando en lo que acababa de ver y oír. Hasta ese momento no se había imaginado a Judd como padre; sin embargo, ya le resultaba imposible no hacerlo. Supo que él tenía las mismas ideas que ella al respecto, y que haría todo lo necesario para garantizar el bienestar de los niños que tuvieran; él, como marido y padre, podría ofrecer la clase de ventajas que acababa de describir. Cada vez tenía más claro que había mucho que decir en su favor, y que, en realidad, su abuelo había elegido sabiamente. Quizá, a su manera, Judd la quisiera de veras, como decía, y el único problema fuera que, a un hombre como él, le resultaba difícil expresar ternura.

Araminta siguió dando vueltas a estos pensamientos mientras compraba los regalos de Navidad. Eligió un vistoso bastón tallado para la colección de su abuelo, tres pañuelos de lino para el señor Gideon, un bonito rebozo para Teresa y pequeños regalos para el resto de los criados. También compró algo para los Hobart. Con la esperanza de ganarse la amistad de Velvet, la distante hermana de Judd, le compró un precioso chal de seda. El regalo que tardó más tiempo en decidir fue el de Judd. Quería comprarle algo más especial de lo que había pensado, de modo que, tras vacilar largo rato ante los expositores, se inclinó por un trabajado tintero de bronce y una pluma.

Luego se acercó a la consulta del médico. Por desgracia, éste había salido; así pues, se fue sin dejar su nombre. Un vistazo a su reloj le indicó que aún tenía tiempo para pasar por correos antes de reencontrarse con Judd, quien estaba ocupándose de unos asuntos en El Paso. Con los brazos llenos de cajas y bolsas, Araminta corrió hacia su destino. Cuando por fin miró ansiosa en la casilla de correos que tenía a su nombre, dio un respingo. ¡Había un sobre dentro! Era la primera vez que su apanado de correos recibía algo. Casi no se lo creía. Por fin, Liam O'Grady le había contestado. Araminta dejó los paquetes en el suelo y, con mano temblorosa, buscó la pequeña llave en su bolso de mano, abrió la pequeña puerta de la casilla y cogió lo que había dentro.

Rasgó el sobre y sacó la carta. Cuando la desdobló, dos billetes de un dólar y un recorte de periódico cayeron al suelo. Se inclinó para recogerlos. Casi no podía contener la risa del contento que sentía. ¡Había vendido el artículo y los dibujos al Record! ¡Liam había aceptado la historia porque le había gustado, y a sus lectores también! Araminta sintió una emoción

irreprimible cuando releyó la nota que tenía en la mano. En cieno. Habían publicado su trabajo en el *Record* y, además, no lo habían incluido en la sección de mujeres. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando leyó el recorte: su artículo ocupaba columna y media y aparecía firmado con su seudónimo. A su lado se veía lo que en su opinión era el mejor dibujo al carbón que había hecho. Por la carta dedujo que Liam había adivinado su verdadera identidad, aunque no hacía alusión a ello. A pesar de que sólo había ganado dos dólares y Liam era la única persona que sabía quién se ocultaba detrás de A. K. Munroe, había logrado vender su primer artículo como periodista profesional.

Estaba tan emocionada que cuando echó a andar casi se olvidó de que había dejado los paquetes en el suelo, y sólo se acordó de recogerlos al cabo de unos segundos. Aturdida, y con la carta de Liam bien agarrada, salió de correos ardiendo en deseos de compartir la buena noticia con alguien. Sin embargo, de inmediato cayó en la cuenta de que ni siquiera se atrevía a que ese alguien fuese Judd o, al menos, no hasta que se hubieran casado y tuviera la seguridad de que la respaldaría ante su abuelo cuando hablaran del tema. Porque, claro, si ella era su esposa, ¿cómo no iba a salir él en su defensa? ¿No la apoyaría cuando intentara que Noble Winthrop comprendiera lo importante que ese asunto era para ella? ¿No le ayudaría para que siguiera dedicándose a ello con entera libertad sin que debiera preocuparse de que su abuelo se enterara y la obligara a dejarlo? Entonces, dobló la carta de Liam, los dos dólares y el recorte de periódico, metió todo en el sobre y lo guardó en el bolso.

Fue durante el camino de vuelta a Sierra Alta cuando Araminta, rebosante de alegría, comunicó a Judd que se casaría con él. Al oír sus palabras, él frenó el coche en seco y se volvió hacia ella clavando la mirada de sus ojos turquesa en los de la joven con gravedad.

-¿Lo dices en serio, Araminta?

-Sí..., sí, lo digo en serio.

-¡Pero bueno, por todos los diablos! ¡Ya era hora! -exclamó con un fiero gruñido.

La cogió entre sus brazos y le buscó los labios con los suyos. Su lengua se abrió paso entre los dientes de ella e invadió su boca hasta dejar temblorosa y sin aliento a Araminta. Esta se sintió embargada por un tumulto de emociones. Cuando finalmente la soltó, Judd la miró con una expresión de triunfo y se puso a observarla con placer. Araminta sintió un inesperado escalofrío de temor en la espalda. ¿Habría tomado la decisión correcta? Desde luego que sí. No debía dejarse llevar de nuevo por su viva imaginación, ni permitir que sus tontas e infantiles ideas románticas volvieran a apoderarse de ella. Como cualquier mujer que acababa de comprometerse, se sentía nerviosa y emocionada, eso era todo. Aun así, no pudo reprimir otro escalofrío cuando Judd, que la estaba acariciando con pausada deliberación, le ajustó el abrigo. Al fin, pisó el acelerador y el coche

se lanzó por el camino helado en dirección a los invernales nubarrones que se concentraban en el lejano horizonte.

10

Araminta había ido a despedirse. Rigo estaba tan seguro de ello como de que Araminta se proponía contraer matrimonio con su peor enemigo, Judd Hobart. Ambos habían anunciado su compromiso el día de Navidad y, en cuestión de unas horas, Rigo estaba al corriente de la noticia gracias a las numerosas fuentes de información que tenía. Desde que Araminta llegó a Texas y él se enteró de su relación con Noble Winthrop y Judd Hobart, se había preocupado de saberlo todo sobre ella: qué hacía, a dónde iba y a quién veía. Como en el transcurso de su vida había aprendido que la información era sinónimo de poder y, por tanto, le convenía saber todo acerca de sus adversarios, en un principio, había mandado que sus espías la vigilaran. Sin embargo, a medida que el tiempo transcurría, la misma Araminta se había convertido en el objeto de su interés.

¡Jamás debió permitir que ella lo encantara!, pensó Rigo enfurecido cuando vio su figura acercándose al galope hacia donde él se encontraba. La dorada melena de Araminta brillaba y lanzaba reflejos plateados bajo el pálido sol de aquella mañana invernal. Desde un principio había sido consciente de que nada bueno saldría de aquello y, a pesar de sus denodados esfuerzos por rechazar la extraña atracción que lo impulsaba hacia ella, había acabado por buscarla. Velvet, aun a sabiendas de que le estaba prohibido acercarse a él, se había lanzado en sus brazos, perversamente excitada por la mala reputación que tenía y su caliente sangre española. Si al menos Araminta hubiera sido tan arrogante, superficial y vanidosa como Velvet, a Rigo no le habría resultado tan difícil enfriar su corazón y volverse en contra de ella para así servirse de la joven y despreciarla. Pero Araminta no era ni cómo Velvet ni como cualquiera de las mujeres pertenecientes a la alta sociedad tejana, mujeres egocéntricas y farisaicas que, cuando él estaba presente, lo miraban por encima del hombro y se sujetaban las faldas por miedo a que las rozara por accidente y las mancillara. Ahí radicaba la dificultad: con Araminta no ocurría lo mismo. Era un desafío que lo cautivaba, por lo que Rigo no había sido capaz de resistir la tentación de seguir viéndola en el riachuelo donde la casualidad hizo que se encontraran la primera mañana.

En ese momento, en cambio, había ido a despedirse de él.

Se iba a casar con Judd Hobart, se dijo Rigo de nuevo. Endureció el gesto y apretó los puños con tal furia que las uñas se le clavaron en las palmas. ¿Por qué tenía que ser Araminta y no otra mujer la novia de Judd? ¿Por qué no sería Araminta de otra manera? Rigo llevaba muchos años esperando, tal vez demasiados, el momento de vengarse de su enemigo y, por

primera vez dudaba de su capacidad para llevar a cabo el plan. ¡Pero tenía que hacerlo! Durante más de diez años, aquel plan había supuesto para él algo tan importante como su corazón, su mente y su alma. Formando parte de su vida se había convertido en el aire que respiraba. Incluso había llegado a agotarlo. No llevarlo a término equivaldría a cortarse una pierna o un brazo, supondría una deslealtad a todo aquello por que había trabajado con tanto pundonor y por espacio de tanto tiempo, una traición al recuerdo que le había perseguido incesante y lo había animado en todo lo que hacía. Ese recuerdo lo sostenía. Entornó los ojos y la expresión de su rostro se volvió tan impasible como la de una máscara cuando Araminta desmontó de su yegua y se acercó hacia donde él estaba.

-General -dijo a modo de saludo. A pesar del tiempo que había transcurrido desde su primer encuentro, todavía no se había decidido a llamarle por su nombre de pila-. Tenía... tenía la confianza de encontrarle aquí esta mañana. Quería... quería verle hoy más que ningún otro día porque... porque tengo una noticia que... me temo... no le... agradará -tartamudeó Araminta hecha un manojo de nervios, sonrojándose y sin poder mirarle a los ojos.

Aquella mañana, Rigo tenía un aspecto más imponente que de costumbre, pensó Araminta consternada. Parecía como si ya estuviese enfadado de antemano por algo, y darle la noticia que la había llevado hasta allí sería como echar leña al fuego. A pesar de la extraña e insondable compenetración que habían acabado por tener, Araminta no había logrado librarse de la inquietud que le causaba su persona ni del sentimiento de culpabilidad que experimentaba por el hecho de verle. En ningún momento había olvidado que se trataba de un hombre peligroso, capaz de recurrir a la violencia. Además, no le cabía duda de que había un motivo oculto detrás del interés que mostraba por ella, un motivo que estaba relacionado con la enemistad que sentía hacia su abuelo y Judd. Aunque desde aquella primera mañana, Rigo no le había dado ningún otro consejo sobre que no se casara con Judd, Araminta no lo había olvidado, de ahí que temiera su reacción ante la noticia que le llevaba. A pesar de todo, sabía que debía ver a Rigo por última vez. Estaba convencida de que, por extraño que pareciera, tenía ese, deber con él, a pesar de que no en amigo suyo, ni tampoco su amante, sino un misterioso personaje que no pertenecía a esa época; un hombre oscuro y sin rostro que había salido de un sueño nebuloso y prohibido, desconocido y laberíntico. Tal vez a consecuencia del carácter secreto de sus citas, ella había actuado ante Rigo del Castillo como una persona diferente. No había procedido como la nieta de Noble Winthrop, ni como la belleza a quien Judd Hobart pretendía, ni siquiera como la Araminta Winthrop que veía el resto del mundo, sino como la mujer que era en el fondo. Quizá ésa fuese la verdadera razón que la había impulsado a cabalgar en más de una ocasión hasta el riachuelo que separaba Sierra Alta del rancho Casa Blanca de la misma manera que el río Grande dividía Texas y México. Esos encuentros tenían que acabar. Ya había sido bastante arriesgado acudir a ellos cuando no estaba comprometida, ahora que era la futura esposa de Judd, sabía que no debía ver a Rigo nunca más.

Librodot

-Piensa casarse con Judd Hobart -dijo él con voz queda y áspera mientras la miraba con aquellos ojos duros y brillantes como el cuarzo.

Había sido una afirmación, no una pregunta, y Araminta comprendió que Rigo estaba ya al corriente de su compromiso. Entonces notó que el corazón se le encogía de miedo y, algo que la sorprendió, de dolor, un dolor extraño, desconocido; como si hubiese recibido un golpe mortal: no había pensado que despedirse de él llegara a afligirla de tal manera. Al verle delante de ella, con su figura recortada contra el gris horizonte del amanecer, tan orgulloso, tan solo y, pese a la dureza de su expresión, tan vulnerable, le dio la impresión de que, sin saber cómo, le había hecho daño.

-Sí -susurró-. Voy a casarme con Judd.

Rigo guardó silencio durante unos segundos, como si esperase que Araminta desmintiera sus propias palabras. Ella, sin embargo, permaneció callada, por lo que Rigo continuó hablando, esta vez en un tono suave y calmado, pero al mismo tiempo frío, despectivo y cortante, que, por alguna razón, resultó mucho más amenazador a Araminta, la cual comenzó a temblar mientras se preguntaba por qué, aunque sólo por un instante, se había creído capaz de herirle. Al igual que él no significaba nada para ella, ella no significaba nada para él.

-En una ocasión, *señorita*, le dije que Judd Hobart no era hombre apropiado para usted y, sin embargo, ha decidido no tomar en consideración mi... consejo. Pensé que era más sensata.

-Quizá no haya creído que su advertencia tuviera importancia -respondió Araminta con acritud-. Después de todo, a pesar de que usted ha debido de saber desde el principio que él me cortejaba, puesto que, según se rumorea, sus espías están en todas partes y le tienen al corriente de todo lo que pasa, tanto en Texas como en México, en ningún momento ha vuelto a mencionar su nombre, general. Nunca me ha dado razones para seguir su consejo y...

-¿No lo he hecho? -la atajó él mientras se aproximaba a ella a pasos lentos, como una pantera al acoso de una presa. El *poncho* negro que llevaba ondeaba al viento y sus ágiles músculos se le marcaban bajo la piel mientras se acercaba y la observaba con mirada hipnótica, manteniéndola clavada donde estaba. Aunque no la había tocado, sólo su proximidad le resultaba inquietante. Jamás había estado tan cerca de ella-. Y si yo le diera una buena razón, ¿la disuadiría de seguir el camino que ha elegido?

-Supongo que dependería de esa «buena» razón.

-*Sí*, desde luego. Aunque no creo que a usted le gustara oírla en realidad.

-No, tal vez..., tal vez no.

Temblando por su proximidad, Araminta apartó la vista, incapaz de seguir mirando sus ojos entornados. Ardían como un par de brasas mientras la estudiaban con toda intención, turbándola de tal manera que Araminta deseó no haber ido a verle. La fijeza con la que la miraba reflejaba sus deseos con tal desnudez que Araminta no pudo más que tragar saliva. Sus intenciones resultaban tan evidentes. Ella jamás se había detenido a pensar que Rige la quisiera de aquella manera y él nunca le había dado razones para creerlo. Sin embargo, ya no sabía qué pensar. Cuando sintió su cálido aliento sobre la piel, los latidos de su corazón se aceleraron y una sosegada y voluptuosa sensación jamás experimentada empezó a extenderse desde el mismísimo centro de su ser y fue embargando su cuerpo como si de un escalofrío febril se tratara. Araminta se estremeció de miedo y excitación y le dio la sensación de que su alocado corazón subía hasta su garganta y le secaba la boca. Con gesto inconsciente, sacó la lengua y se humedeció los labios, un involuntario acto provocador que obligó al general a respirar profundamente.

De repente, el mundo de Araminta se redujo al lugar en que se encontraban, junto al riachuelo. Parecía como si la mañana se hubiese detenido de súbito, como si, augurando una próxima tormenta, el viento se hubiese calmado y el murmullo producido por la hierba de la pradera y las secas hojas de los árboles que flanqueaban las orillas del riachuelo se hubiese detenido también. Incluso el rumor de las aguas pareció guardar silencio. Araminta no podía más que concentrar sus sentidos en Rigo. Tenía la impresión de que si él la tocaba, toda ella se haría añicos como si estuviese hecha del cristal más delicado. De pronto, se sintió vulnerable y frágil como jamás se había sentido en su presencia. Ni siquiera aquella mañana en que habían coincidido por primeras vez en ese mismo lugar experimentó una sensación así: completa y desesperadamente indefensa.

Tragó saliva y dio un prudente paso atrás sujetando con firmeza la fusta que tenía en la mano derecha, como si de ese modo se protegiera contra él. La verdad era que tenía presente lo débil que era en comparación con el general y lo sola y desvalida que estaba en su presencia. Había sido una estupidez que volviera a aquel lugar y siguiera con los encuentros, pensó. Sabía la clase de hombre que era. Había oído historias acerca del general, y aunque él nunca admitió que fueran ciertas, tampoco se preocupó de desmentirlas, ni siquiera en la única ocasión en que ella tuvo el valor de preguntarle acerca de su difunta esposa.

-La gente dice que usted..., que usted mato a su mujer -dijo en aquel momento, sin atreverse a emplear la palabra «asesinó» que, no sabía el porqué, le sonaba mucho más desagradable.

-Sí, eso es lo que dicen, *señorita* -le respondió él en tono despreocupado, sin admitir ni negar que la afirmación fuera cierta.

A Araminta, sin embargo, no se le escapó el siniestro brillo de sus ojos, ni cómo se le endureció el gesto y apretó los labios, por lo que decidió no insistir. No obstante, y a pesar de todo lo que había oído acerca de él, en su fuero interno nunca le creyó capaz de cometer un asesinato a sangre fría. O

tal vez no había querido creerlo. Ahora, en cambio, la acusación la obsesionaba, al igual que la lista de crímenes que solían atribuirle. Aunque su comportamiento con ella siempre había sido el de un caballero, sabía que sólo era porque le había apetecido. Sin embargo, en ese momento le fue dado ver la violencia que siempre había pensado que el general guardaba en su interior. Araminta temía incluso pensar que descargara su ira sobre ella, porque no sabía lo que sería capaz de hacerle, solos como estaban. ¿Y si la obligaba a tenderse sobre el suelo y la violaba? Entonces acudió a su mente el recuerdo de que se había preguntado cómo serían sus besos y sus caricias y sintió asco. De todas formas, no podía negar que incluso en ese momento se sentía atraída y excitada por la fuerza salvaje que emanaba de su persona. A nadie podía culpar más que a sí misma por la apurada situación en que se hallaba. Una expresión de miedo e involuntario desafío brilló en sus verdes ojos cuando Rigo, inexorable, salvó la corta distancia que ella había puesto entre los dos.

-Araminta -dijo él con tono cálido.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre delante de ella. A pesar del miedo que sentía, un extraño temblor le recorrió la espalda al oír la palabra. Le había sonado tan dulce como si le hubiesen derramado miel en el oído. Rigo lo había dicho con la pronunciación española, «A-ra-min-ta», acentuando la penúltima sílaba y suavizando la «r», que resultaba mucho más bonita y romántica que la pronunciación inglesa, «Ae-rre-min-te», a la que estaba acostumbrada.

-Araminta -murmuró él de nuevo con voz queda y, curiosamente, apasionada-, se lo digo, lo juro, por su bien: no lo haga. No se case con Judd Hobart. No es el hombre adecuado para usted.

-Siempre me dice lo mismo, pero sigue sin darme... sigue sin darme una razón por la cual no habría de hacerlo, general -respondió ella, sin aliento, hipnotizada por sus ojos, oscuros y cálidos, y la musculosa firmeza de su gesto. Parecía como si le costase un gran esfuerzo contener la ira y el deseo, e intentara no recurrir a la violencia con ella.

Araminta tenía la misma sensación que si hubiese corrido una larga distancia y tuviera problemas para respirar. ¿Por qué estaba Rigo tan cerca de ella? Podía oler los sutiles aromas a tabaco, jabón y sándalo que desprendía su piel morena y sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Era como si tuviese brasas ardiendo en su interior, una típica característica masculina. Más que nada, temía su potente masculinidad, a pesar de que se sentía atraída por él en contra de su voluntad (o quizá precisamente por ello). Tal vez si continuase hablando, ganaría tiempo y podría escapar. Sin embargo, cuando oyó su respuesta, comprendió que no cabía que abrigara esperanzas puesto que había acabado por irritarle más de lo conveniente.

-No le conviene ser tan testaruda, *señorita*. ¿No quiere dar su brazo a torcer, verdad? Bien, entonces... aquí tiene su razón, le guste o no.

Rigo se movió con suma rapidez. Si Araminta levantó el brazo derecho para defenderse, lo hizo sólo por instinto, no porque estuviese en guardia. Empujada por el terror y cierta emoción de carácter más primitivo y misterioso, que ni comprendía ni hubiera sido capaz de definir, a punto estuvo de dar un fustazo al general en su hermoso rostro. Sin embargo, con la misma rapidez que una serpiente al morder, él alargó el brazo y cerró su mano de acero alrededor de su muñeca con tal fuerza que Araminta supo que tendría los dedos marcados al día siguiente. Desesperada, trató de zafarse, pero el general no tuvo más que tensar un poco los músculos del brazo para asegurarse de que no lo consiguiera. Aunque en sus carnosos labios se había dibujado una media sonrisa, en su mirada seguía aquella dureza irrespetuosa y violenta.

-¡Suélteme! -gritó Araminta.

Trató de arañarle con la mano que tenía libre, pero el general, sin ningún esfuerzo ni piedad, se la atenazó también. Entonces, lenta y deliberadamente, mientras ella se retorcía en un vano intento por soltarse, Rigo le puso los brazos en la espalda y la presionó contra sí de tal forma que cada vez que ella respiraba, sus temblorosos senos le rozaban el fuerte pecho. El general le inmovilizó los muslos con los suyos. Araminta sintió que la cabeza se le iba y su cuerpo se estremecía. Jamás la había abrazado un hombre con tal intimidad. Tenía una dolorosa conciencia de la proximidad del cuerpo del general, de su musculosa y dura longitud, apretándose con fuerza contra su cuerpo. Estaba segura de que él oía los furiosos latidos de su corazón. Con un gruñido, Rigo le arrebató la fusta con tal furia que el cuero quemó la blanca palma de la mano; entonces, con la punta de la correa, le acarició la mejilla. Araminta ahogó un grito y, temblorosa, apartó la cabeza, pero el general le apoyó la fusta bajo la barbilla y le obligó a mirarle.

-¡Suélteme, bruto! -gritó de nuevo entre jadeos mientras intentaba liberarse.

-¿Bruto? ¿No irá a decirme que, a pesar de mi reputación, esperaba de mí un comportamiento más digno? preguntó él en tono burlón mientras enarcaba una de sus diabólicas cejas-. ¡Qué pena haberla decepcionado, *gringuita*!

Entonces, entornando los ojos apasionadamente, Rigo la cogió sin piedad entre sus brazos y aplastó su boca contra la de ella con violencia. Araminta sintió cómo sus dientes le desgarraban la tierna carne del labio inferior. La sangre le supo agridulce y metálica al contacto con la lengua. Sin embargo, apenas notó el dolor, porque una emoción salvaje y desconocida la embargó en ese momento. Sintió como si la tierra desapareciese de repente bajo sus pies y un abismo negro e infinito la engullera. Una atávica fuerza sacudió su cuerpo. La habían besado con anterioridad, pero nunca de aquella manera. Ni por lo más remoto hubiera imaginado que un beso de Rigo fuese una experiencia tan demoledora. Había despenado unos sentimientos en su interior que ella ignoraba que existieran, unos sentimientos que, aparte de conmocionarla y asustarla, por alguna

Librodot

inexplicable razón, la habían excitado hasta el extremo de impedirle pensar. Estaba trastornada. Parecía como si, en un instante, todos sus sentidos se hubiesen disuelto de repente en el viento, dejándola sólo con un instinto primario, un instinto que, por voluntad propia se despenaba como respuesta a la viril masculinidad, a la hambrienta y cálida boca, a la sinuosa y seductora lengua que recorría el contorno de sus labios antes de obligarles a que se abrieran y cedieran a su embestida. La lengua de Rigo penetró profundamente en su boca, y buscó las zonas más secretas para invadirlas a placer. Araminta no podía sino estremecerse, sin saber si lo que sentía eran escalofríos o sacudidas febriles. Las piernas no dejaban de temblarle y si Rigo no la hubiese estado abrazando, habría acabado en el suelo. En sus brazos, Araminta tenía la sensación de ser líquida como el mercurio: sus huesos parecían disolverse en su interior, dejándola tan débil y flexible que Rigo no tenía dificultad en modelar su cuerpo con el suyo, doblándole la espalda con determinación como si quisiese partirla en dos.

Confundida y aterrada por su propia reacción, y al notar contra sus muslos la dura evidencia de que el general la deseaba, Araminta trató, con verdadero frenesí, de liberarse una vez más de él. Pero su esfuerzo resultó infructuoso. Rigo era mucho más fuerte que ella y la resistencia de la muchacha, inútil. No tenía esperanza alguna de hacerse valer: la había agarrado con seguridad y firmeza. No le costó dominarla: tiró la fusta al suelo y cogió a Araminta con fuerza por su esbelto cuello de cisne. Ella dejó de forcejear y se quedó resignada y quieta entre sus brazos. Ni siquiera podía apartar la cabeza para evitar sus exigentes y abusivos labios. Rigo empezó a quitarle las horquillas y, sin aflojar en ningún momento su presión, logró soltarle la sedosa melena, que cayó en dorada cascada sobre su espalda. Mientras tanto, la insistente lengua masculina continuaba invadiendo y saqueando su boca, dejándola aturdida y jadeante. En ese momento, Araminta emitió un gemido quedo y sus brazos, que habían quedado libres, se deslizaron por voluntad propia hasta el cuello del general para rodearlo con ellos. Presa del horror y la vergüenza, se dio cuenta de que estaba respondiendo a sus besos, complaciéndose con ellos, en sus caricias, en el bárbaro ataque que estaba infligiéndole. Rigo dejó sus labios y, hambriento, se lanzó por la mejilla y la sien y bajó por la melena y el cuello en dirección a los senos. La capa de lana había quedado abierta y Araminta notó que sus pezones se arrugaban bajo la tela del traje de montar y se endurecían hasta formar un par de botones gemelos. El siguió devorándola y calentándola huta que ella dejó de sentir el frío día invernal y tuvo la sensación de que se encontraba ante una hoguera recién encendida.

En algún recóndito lugar de su cerebro, Araminta acertó a pensar que Rigo no tardaría en tumbarla en el suelo para disponer de ella a placer, de la misma manera que la forzaba en ese momento a que le respondiera con el cuerpo, por mucho que su mente protestara ante tal invasión de su intimidad. Quería que la tierra la tragase porque, pese al miedo y la humillación que suponía el hecho de que el general se atreviera a tocarla de ese modo, impropio en un caballero, algo lleno de vida y electricidad que hasta entonces había permanecido oculto en su interior acababa de despertar y se había lanzado a correr por sus venas merced a los labios y las

manos de Rigo. Una parte oscura y traicionera de su ser ansiaba que ese algo floreciera al fin.

Sin embargo, eso no ocurrió: Rigo lanzó una maldición y la soltó tan de repente que Araminta estuvo a punto de trastabillar y caer al suelo. Cuando recuperó el equilibrio, y también un atisbo de cordura, lo miró fijamente. Se hallaba tan sorprendida como si la hubiese golpeado: estaba pálida, con los ojos abiertos de par en par, y no dejaba de jadear. Rigo la miraba a su vez. Sus ojos lanzaban llamaradas de pasión e ira y expresaban la lucha que se libraba en su interior por recuperar el control de sus emociones. El no era consciente de lo mucho que la deseaba, tampoco de cómo iban a afectarle los besos y caricias que le había robado. Observó el seductor aspecto que tenía, con la melena suelta y desarreglada y la boca entreabierta, temblorosa y magullada por las arremetidas de sus exigentes labios, y sintió un ardor tan irreprimible que lo único que pudo hacer para no acabar lo que había comenzado fue mirarla de aquella manera.

De pronto corrió hacia su semental, cogió las riendas y montó en él. El brioso caballo se encabrito y empezó a saltar y dar bufidos, pero al cabo de un momento respondió obediente a las órdenes de su dueño.

-Una vez le hice una promesa, *señorita*, y ahora la mantengo -le espetó Rigo mientras la miraba con sus ojos oscuros como si quisiese atravesarle el alma-. Se lo advierto: el día que se case con Judd Hobart, se convertirá en mi enemiga.

Hincó con fuerza las espuelas en los flancos de su caballo y se alejó al galope. Sin moverse de la ribera del riachuelo, Araminta lo vio desaparecer y fue dejándose caer de rodillas entre sollozos. Todo su cuerpo temblaba por el revuelo y los sentimientos encontrados que la embargaban. Se cubrió el rostro con las manos: el comportamiento del general la había conmocionado de tal manera que no sabía qué hacer o pensar. ¿Por qué la había besado? ¿Por qué no la había violado? Desde luego, ella hubiera sido incapaz de impedírselo. No lograba entender nada de lo sucedido. ¿La deseaba, sí o no? Si la respuesta era negativa, ¿por qué había actuado de esa manera? ¿Por qué le había aconsejado que no se casara con Judd? ¿Por qué le había advertido que el día de la boda se convertiría en su enemiga? En ningún momento había dicho que la amara o que sintiera interés por ella, ni siquiera que la deseara. Tampoco le había pedido que se casara con él. Entonces, ¿qué cabía pensar de su conducta? Lo ignoraba. Lo único que sabía era que Rigo la había besado y que ella había sentido algo jamás experimentado con Judd. Avergonzada, se dio cuenta de que, pese al miedo que tenía a que Rigo la tirara al suelo y dispusiera de ella a su antojo, una pequeña y traicionera parte de su ser había estado a punto de desear que lo hiciera.

Araminta sintió una profunda humillación al pensar en ello. De algo estaba segura: o era una perdida o se había vuelto loca, y sin duda ése era su aspecto. No podía volver a la hacienda de aquella manera. Se agachó sobre el riachuelo y tras frotarse la -cara vigorosamente con la fría agua, se miró en la cristalina superficie con ojo crítico. Por alguna razón esperaba

que se hubiera producido alguna alteración en su persona tras los salvajes besos de Rigo. Pero no había sido así. Aparte de que sus cabellos parecían una maraña de hierbajos, y que su boca estaba tan roja y exuberante como una rosa en flor, no se habían producido cambios. ¿Cómo era posible? Porque en verdad, sí los había habido y, aunque no sabía el porqué, le daba la impresión de que nunca volvería a ser la misma que antes de que Rigo la besara sentía un dolor obsesivo en su interior, un anhelo indescriptible que jamás había sentido.

Con sumo cuidado, Araminta siguió con el dedo índice el contorno de su boca de la misma manera que Rigo había hecho con la lengua. Entonces tocó el pequeño corte que le había producido con los dientes en el labio inferior. Al recordar la sensación que le había producido el contacto de la dura y rapaz boca del general sobre la suya, se le encendieron las mejillas y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Mordiéndose el labio inferior para dejar de temblar, se pasó los dedos por el enmarañado cabello y trató de arreglárselos como buenamente pudo. Luego se puso a buscar las horquillas por el suelo, pensando que aunque no las encontrase todas, con unas pocas se arreglaría. Entonces se cogió toda la melena, le dio un par de vueltas y se hizo un moño bajo. Mientras sostenía el pesado moño con una mano, con la otra se puso las horquillas que había logrado encontrar. Sintiéndose más tranquila, se enderezó y fue a coger la fusta.

Cuando contempló la ribera del riachuelo en que había compartido tantos momentos con Rigo, Araminta sintió, a su pesar, una inesperada punzada de dolor. Había comprendido que no volvería a aquel lugar: después de lo ocurrido aquella mañana, no se atrevería. Hasta el momento, le había preocupado qué harían su abuelo y Judd si se enterasen de sus encuentros con Rigo; pero no quería ni imaginar la reacción de los dos si supieran cómo la había besado aquel día. Lo matarían, pensó desolada. Bueno, gracias a Dios, nunca se enterarían; nadie se iba a enterar, porque no pensaba ver nunca más a Rigo del Castillo.

SEGUNDA PARTE

LOS LAZOS DE SEDA QUE ATAN

11

Río Grande, México, 1913

«El día que se case con Judd Hobart, se convertirá en mi enemiga.» Cada vez que oía un golpe de herradura, las palabras de Rigo retumbaban en la mente de Araminta. «El día que se case con Judd Hobart, se convertirá en mi enemiga.»

No le había creído; no había querido creerle. Nunca habría entrado en su cabeza la idea de que el general se volviera en contra suya y pasara a la acción con la intención de hacerle daño. Después de lo ocurrido aquella mañana en la ribera del riachuelo, Araminta había decidido que Rigo, aunque no se lo hubiera dicho, debía de sentir una chispa de cariño por ella, y que ésa tenía que ser la razón de que no quisiera que se casara con Judd, si bien el sentido común le decía que eso no bastaba para justificar su comportamiento. De todas formas, incluso si se hubiese atendido la advertencia, Araminta se habría casado con Judd. Era la única manera que tenía de agradecer a su anciano abuelo su consideración para con ella al darle un hogar cuando lo necesitaba con tanta desesperación; la única manera que tenía de aligerar la pesada carga que supondría ocuparse del enorme rancho de Sierra Alta; y la única manera de asegurarse su propio futuro.

Con todo, a medida que el día de la boda se acercaba, su inquietud había ido aumentando, por un lado, porque no se había podido borrar de su mente la advertencia de Rigo y, por otro, porque en cuanto le había puesto el anillo de compromiso en el dedo, Judd no dejaba de presionarla para que celebraran la noche de bodas antes del verano, que era cuando habían decidido casarse. La última vez la tiró al suelo de un cubículo de los establos de Sierra Alta y estuvo a punto de violarla mientras le murmuraba bruscamente al oído, en términos vulgares y groseros, la descripción de qué quería hacer con ella o, más bien, qué haría con ella en cuanto fuera su esposa. A Araminta le daba la impresión de que Judd sintió un cruel placer al ver cómo luchaba por liberarse de su abrazo cada vez que la besaba y sobeteaba, un placer que no era natural, pensaba ella, y que, por consiguiente, le produjo un instintivo terror. Si no hubiese sido por la inesperada aparición de uno de los trabajadores del rancho, Araminta estaba

segura de que Judd la habría tomado por la fuerza. Se sintió horrorizada y asqueada por las obscenidades que le había oído decir, por la detestable sensación que había experimentado «1 notar la boca y las manos de él sobre su cuerpo, por la repugnante idea de acostarse con aquel hombre como esposa sabiendo, como había tenido ocasión de comprobar, que la trataría con dureza y no con cariño ni delicadeza. Entonces recordó el modo como Rigo la había besado y acariciado aquella mañana ya lejana en la ribera del riachuelo. Se ruborizó de vergüenza al pensar cómo la había obligado a corresponderle, mientras una parte de ella le había deseado de veras, y entonces comparó lo que sentía con el asco y el miedo que le infundían los requerimientos de Judd. Araminta había llegado a la conclusión de que algo debía ocurrirle si se sentía de aquella manera cuando Rigo no era más que un vulgar *bandido* y, tal vez, un despiadado asesino, mientras que Judd era un caballero de casta y cuna, además del vástago de uno de los ranchos más importantes del país.

Confundida por las inexplicables emociones que había sentido, y preocupada porque su abuelo sufriera una recaída cuando, a raíz del anuncio de su compromiso, parecía haber recuperado el ánimo y la salud, Araminta decidió no decirle nada acerca de la creciente inquietud que le causaba la boda con Judd. Fuera lo que fuese lo que Rigo del Castillo había despertado en su interior, se trataba de algo tan vil e indecente como su persona. ¡El mero hecho de pensarlo la llenaba de indignación! Lo que había ocurrido entre ellos nunca debería haber tenido lugar. En realidad, no habría sucedido si ella no le hubiese animado, pero eso fue lo que hizo cuando siguió viéndole, pese a que sabía lo incorrecto que era. Se había comportado con la desvergüenza de una fresca.

Los sentimientos que tenía hacia su prometido no eran más que los temores naturales de una novia casta, se había asegurado Araminta a sí misma. Cuanto antes se casaran y acostara con él, mejor. En su condición de marido, Judd atenuaría el dolor que Rigo le había causado. De ese modo, Araminta, haciendo caso omiso a los sabios consejos de su corazón, se casó con Judd.

Sin embargo, esa noche, su noche de bodas, no se acostaría con su marido, pensó Araminta con angustia mientras el diabólico semental negro de Rigo la alejaba cada vez más de Sierra Alta. Aun así, pese a que el miedo que sentía en su interior crecía a medida que avanzaban cada kilómetro, Araminta no le pidió que la soltara. Hubiera sido inútil. El general no habría llevado a cabo el asalto a Sierra Alta y su secuestro para liberarla al cabo de unas pocas horas. Tampoco esperaba que tuviera piedad' de ella, ni se la pediría, ya que también habría resultado inútil. Todas las conversaciones mantenidas entre los dos, y que les habían llenado de satisfacción, así como toda la pasión sentida por ambos en el último encuentro habían desaparecido. Era su enemiga. Había pasado a serlo en el momento que contrajo matrimonio con Judd. Rigo había sido fiel a su palabra. Ya le había advertido cuáles serían las consecuencias que se derivarían de su acto, ¿verdad? Pero ella no le había escuchado. ¡Qué estupidez por su parte!, sabiendo con quién estaba tratando -el general nunca la engañó a ese respecto, en ninguna ocasión- y, aun así, en contra de lo que su sentido

común le aconsejaba, había creído que él se comportaría de otra manera o, mejor dicho, eso había querido creer. Cuando ya era demasiado tarde, sabía que al depositar su confianza en el general se había equivocado.

¿Qué haría con ella?, se preguntaba Araminta con temor, esforzándose por evitar la histeria que amenazaba con apoderarse de ella y temblando de sólo pensar en la respuesta que tal vez le daría. El hecho de que la hubiera raptado la noche de bodas en muy significativo, y tenía una oscura implicación a la cual Araminta no se atrevía a hacer frente.

-¿Tiene frío?

Era la primera vez que Rigo le dirigía la palabra desde que la había subido a su caballo en Sierra Alta. Sintió el aliento del general cerca de su oreja, cálido e insufriblemente seductor, y un escalofrío le recorrió la espalda. Su voz, queda y aterciopelada, tenía un leve tono socarrón, como si hubiese adivinado sus pensamientos y éstos le divirtieran. Araminta se esforzó por hacer acopio del poco valor que le quedaba y se irguió con decisión. Prefería la muerte antes que mostrarle lo asustada que estaba. Sin embargo, no pudo reprimir otro escalofrío cuando el general la rodeó con su musculoso brazo. Al notar su reacción a su abrazo de acero, Rigo se echó a reír burlón, y Araminta supo que su pequeña bravata no le había engañado.

-Entrarás en calor muy pronto, *gringuita*, te lo aseguro. -El tono ronco de su voz fue sinónimo tanto de promesa como de amenaza.

Lo que más había temido iba a hacerse realidad. Se le encogió el corazón. En el fondo reconoció que, hasta ese momento había cometido la estupidez de esperar que Rigo quisiera sólo secuestrarla para que Judd o su abuelo pagaran un buen rescate. Pero supo que abrigar esa esperanza había sido una tontería. Lo que Rigo quería de ella era más valioso que el oro, y tenía un precio que sólo ella podía pagar. Además, no suponía una garantía de que luego la pusiera en libertad, porque aunque prometiera soltarla en cuanto acabara con ella, ya no le sería posible confiar en él. Araminta no pudo evitar un estremecimiento de temor al pensar en qué le haría, en cómo la tomaría, forzándola a ponerse debajo de él mientras su boca y sus manos recorrían su cuerpo a placer. No se le había olvidado la manera como, en contra de su voluntad, la había obligado a corresponderle aquel día a la orilla del riachuelo. Tenía miedo del extraño poder que el general tenía sobre ella y de cómo su joven cuerpo la había traicionado cuando él la había tocado. Sin embargo, viendo las cosas en su justa medida, Araminta sabía que jamás podría impedirle que llevara a cabo aquello que se hubiera propuesto. Era mucho más grande y fuerte que ella. Por mucha resistencia que opusiera, no tenía la más mínima probabilidad de salir victoriosa. El general acabaría por conseguir lo que quería de ella, a menos que la rescataran o ella lograra escapar de alguna manera.

Tras galopar durante varias horas, esa esperanza fue debilitándose poco a poco hasta que acabó por desvanecerse. Ya tenían que haber llegado al Casa Blanca, el rancho de Rigo, hacía rato. Aturdida como estaba por la conmoción y la desesperanza, Araminta no se había dado cuenta de que no

la llevaba a su casa de Texas, como ella esperaba, sino más allá de la frontera, a México. Cuando por fin comprendió lo que sucedía, se sintió aterrada. Aunque estaba segura de que su abuelo y Judd ya se habrían enterado de su secuestro y habrían organizado la persecución, Rigo y sus *bandidos* no sólo les llevaban mucha delantera, sino que al otro lado del río Grande se hallarían más familiarizados con el terreno que sus perseguidores, y conocerían los escondites y las posiciones más apropiadas para organizar una defensa. Si los mismísimos *federales* y los *rurales* de México no eran capaces de localizar los escondites que utilizaban los *bandoleros* y los revolucionarios, ¿cómo pensaban hacerlo su abuelo y Judd? ¿Cómo ella, una mujer sola, esperaba escapar y sobrevivir a las arduas condiciones de la región y al largo viaje que tendría que realizar para alcanzar la libertad y sentirse segura si apenas sabía cómo sobrevivir en el campo? Además, debería enfrentarse a situaciones mucho más peligrosas que la mera lucha por la vida, situaciones que le impedirían llegar a Texas y volver a Sierra Alta.

En las escarpadas montañas e implacables desiertos de México existía la posibilidad de encontrarse con soldados violentos, fieras guerrillas, criminales asesinos, bárbaros indios yaqui y peligrosos animales salvajes. Ninguna región del país resultaba segura, sobre todo la provincia septentrional de Chihuahua, donde Rigo la llevaba. El 9 de febrero al amanecer, Félix Díaz y Manuel Mondragón, dos de los generales del depuesto presidente Porfirio Díaz, se habían levantado en la región militar de La Ciudadela contra el gobierno mejicano del presidente Francisco Madero. Este había enviado de inmediato a uno de sus generales, Victoriano Huerta, para que sofocara la rebelión. Pero Huerta se había limitado a pretender que le obedecía, puesto que, en realidad, era un traidor que estaba confabulado con los rebeldes y con el vicepresidente, Piño Suárez. Tras hacer prisionero a Madero en el Palacio Nacional, Huerta ordenó que lo mataran. Sin embargo, en cuanto Huerta se hizo con el poder, su gobierno fue recusado por los constitucionalistas, cuyo líder, Venustiano Carranza, encabezó un levantamiento general en contra de la dictadura militar. Un mes después del asesinato de Madero, los *guerrilleros* que en su momento lo convirtieron en presidente de México, volvieron a movilizarse. Uno de ellos, Francisco Pancho Villa se había infiltrado el 6 marzo con ocho hombres, que se convirtieron en el origen de la conocida División del Norte, en la sierra de Chihuahua, donde Villa reuniría partisanos y empezaría a atacar las guarniciones de los *federales*. De ese modo, la violencia y la lucha en México habían llegado a un extremo desconocido hasta ese momento.

Rigo conocía muy bien la situación y contaba con que sirviera para disuadir a Noble y Judd o para impedir que el escapara, pensó Araminta con amargura, sintiéndose más desanimada y asustada de lo que se había sentido jamás en su vida. Rigo era frío y calculador, y tan rapaz e imprevisible como un animal salvaje, por lo cual no resultaría fácil ni capturarlo ni engañarlo. Se hallaba a su merced, y sólo disponía de su propio ingenio para defenderse de él. Cuando llegó a esa conclusión fue como si le diesen un golpe de gracia a sus aturdidos sentidos y sólo gracias a un enorme esfuerzo de voluntad logró controlar el ataque de histeria que amenazaba con explotar en su interior. Tal y como había pensado en la

ribera del riachuelo, ella era la única culpable de lo que le estaba ocurriendo, se dijo, profundamente avergonzada y afligida. Había sido muy ligera de cascos al verse con Rigo de aquella manera; ninguna dama habría hecho algo así, besándole... ¿Cómo extrañarse entonces de que el general hubiera pensado que ella le pertenecía teniendo la osadía de secuestrarla? De todas formas, si tanto la deseaba, ¿por qué había esperado hasta el día de su boda para raptarla? Aquello no tenía sentido; al menos, no lo tenía si ella significaba algo para Rigo, por poco que fuera. Seguro que quería hacerle daño a propósito. Pero..., ¿por qué?

Araminta no tenía la respuesta a aquella pregunta, así pues se obligó a no pensar más. De esa manera, el terror y el cansancio que se filtraban por la mismísima médula de sus huesos fueron abotargando su mente y su cuerpo y mitigando la descarga de adrenalina, que era lo único que la sostenía y que le permitía evitar mostrarse derrotada ante quien la había capturado. Cuando las lágrimas rodaban en silencio por sus mejillas, cayó por fin agotada y apoyó la cabeza contra el hombro de Rigo. Éste rió suavemente al verla y le murmuró algo en español. Aunque su conocimiento del idioma era limitado, Araminta creyó entender que había dicho «así está mejor». Por pura arrogancia, se irguió y adoptó la posición anterior, pero se sentía sin fuerzas y, a pesar de todos los esfuerzos que realizó, fue incapaz de reunir la voluntad y la energía necesarias para continuar en aquella postura. Además, ¿importaba algo ya?, se preguntó cansada. Su destino estaba en las despiadadas manos de Rigo.

Con todo, por mucho que se estremeciera ante la exasperante imagen de la violación que acudía de forma espontánea a su cabeza, Araminta no podía evitar sentirse perversamente agradecida por el calor que irradiaba su ágil cuerpo y por la firmeza con que sus fornidos brazos la sujetaban. De no ser por ello, habría caído de la silla. Jamás había cabalgado a una velocidad tan vertiginosa durante tanto tiempo. Habituada como estaba a los lomos de su yegua, el dolor que sentía en los músculos comenzaba a resultarle inaguantable. Tenía la impresión de que su trasero estaba amoratado; seguramente lo tendría magullado y resentido durante más de una semana, pensó Araminta. Al menos, parte del frío que sentía se iba disipando gracias al calor que Rigo te daba. Si no hubiese estado tan asustada, le habría faltado poco para quedarse dormida, segura como iba entre sus brazos y arrullada por las rítmicas sacudidas del caballo. En cuanto esa idea acudió a su mente, se le cerraron los párpados. Araminta logró descabezar un desasosegado sueño, pero enseguida se despertó sobresaltada, cuando sintió el frío contacto del agua en las piernas y sus faldas empapadas. Mientras dormía, los *bandoleros* habían llegado al río Grande y estaban vadeándolo, observó Araminta. En pocos segundos se encontraría al otro lado de la frontera con México y quedaría definitivamente apresada durante el tiempo que Rigo quisiera.

Por la cabeza le pasó la fugaz idea de lanzarse a las frías y oscuras aguas. Al amparo de la noche, la corriente la arrastraría, y tal vez pudiera escapar. Morir bajo las olas que alteraban la superficie del río sería incluso preferible a aquello que la aguardaba a manos del general. Sin embargo, como si él hubiese adivinado sus pensamientos, la apretó con más fuerza

contra su pecho. Al cabo de unos segundos, el semental se encontraba en tierra firme, resoplando y sacudiéndose la capa de agua que lo cubría: las escasas posibilidades que Araminta tenía de escapar de su diabólico secuestrador se habían esfumado.

-Morir ahogado es de lo más desagradable, *gringuita* -le susurró Rigo al oído en un tono algo cortante, como si ella le hubiera molestado-. ¿Lo hubiera preferido a estar conmigo?

-Por... por supuesto -murmuró ella con voz entrecortada.

-Entonces ha sido una buena decisión, tanto para usted como para mí, que no le haya dejado llevar a cabo una idea tan poco juiciosa. -La expresión de su rostro al decir aquellas mordaces palabras era tan asesina que Araminta temió por un momento que la golpean e instintivamente se encogió de miedo.

Hasta ese momento no se le había pasado por la cabeza que entre sus temores no sólo estuviera la posibilidad de que la violara, sino también que la golpeara, torturara e, incluso, la matara. Había asesinado a su esposa, ¿cieno? Pues, entonces, ¿qué le impedía hacer lo mismo con la esposa *gringa* del enemigo a quien más odiaba? Por primera vez, Araminta pensó que no sólo estaba en juego su virtud, sino también, posiblemente, su vida. Ante esa idea, lo poco que le quedaba de valor y dominio de sí misma se desvaneció y la histeria, que había creído controlada, volvió de pronto a crecer en su interior hasta que acabó por estallar de verdad. Araminta se echó a llorar, entre gritos, mientras golpeaba a Rigo y se retorcía como un animal herido. Sus brazos parecían látigos y sus dedos, ganas afiladas con las cuales le arañaba con saña. Sintió un fiero regocijo cuando hincó las uñas en la suave piel del general y le dejó una sangrienta marca en la mejilla izquierda.

-*¡Dios mío!* -gritó él, tratando de sujetarla-. ¡Pero si en el fondo es una gata salvaje! No sabe usted bien lo que voy a disfrutar domándola.

El semental, inquieto por la lucha que se libraba sobre sus lomos, había empezado a hacer cabriolas y lanzar nerviosos bufidos. Araminta, con el estorbo de sus largas y empapadas faldas, no acertaba a dar patadas a Rigo, sino que golpeaba al caballo con los talones, de modo que éste comenzó a caracolear hasta que se encabritó de tal forma que Rigo se vio forzado a dirigir su atención a la montura. Tirando con fuerza de las riendas, logró dominar al inquieto animal, tras lo cual, agarró a Araminta y descabalgó con gran habilidad. Entretanto, ella, para su satisfacción, se las arregló y le propinó un par de duros golpes en la cabeza y en el pecho, aunque, pese a sus esfuerzos, no logró zafarse de él y al tocar el suelo perdió el equilibrio y dio un traspiés. Rigo, consciente de que estaba histérica, la soltó y, al mismo tiempo, le pegó un par de bofetadas, de tal modo que Araminta dio unos pasos hacia atrás y acabó en el suelo cuan larga era. Aturdida por los bofetones y sin aliento a causa de la caída, permaneció quieta, entre temblores y sollozos, sin intención de reanudar la batalla. Rigo se acercó a ella, la cogió en sus brazos y la meció con suavidad mientras le susurraba unas palabras en español.

Los *bandoleros* habían formado con sus caballos un círculo protector alrededor de la pareja. Al cabo de unos segundos, el general dio una orden en *pelado*, un difícil dialecto mezcla de español e indio, y uno de los bandidos desmontó y se acercó a ellos con una botella llena de un líquido transparente. Rigo cogió la botella, sacó el corcho con los dientes y la aproximó a los labios de Araminta. Ésta sintió el fuerte olor que salía de la botella y se dio cuenta de que no contenía agua, por lo que apartó el rostro negándose a beber. Pero el general no estaba dispuesto a permitirlo. La agarró con fuerza por el cabello, hizo que echara la cabeza hacia atrás y la obligó a beber del gollete. Araminta sintió que el fuerte licor le quemaba la garganta y empezó a toser. ¡Mezcal! ¡Le había dado mezcal! No le cupo la menor duda. Por un momento temió que el alcohol le revolviera el estómago. Cerró los ojos y trató de contener las náuseas. Por fin, notó que el extraño calor de la bebida invadía su cuerpo y que, de hecho, empezaba a sentirse mejor. Abrió los ojos.

Rigo estaba agachado a su lado, sujetándola con un brazo. Su hermoso rostro, iluminado por la luz plateada que la luna despedía a raudales reflejaba una mezcla de rabia, preocupación y algo más que Araminta fue incapaz de definir, pero que, inexplicablemente, aceleró los latidos de su corazón. Jadeante, trató de apartar la mirada, pero los insondables ojos de cuarzo del general la tenían hipnotizada. Por mucho que lo intentara, le resultaba imposible hurtar los ojos a la mirada de Rigo. Éste, al ver su rostro pálido con expresión asustada, se sintió casi conmovido por la piedad. La larga melena rubia de Araminta, dorada como los desiertos de México, caía sobre su cuerpo como una maraña de cintas de seda. Sus llorosos ojos brillaban como los sahuaros y expresaban una mezcla de odio y miedo que, de alguna manera, le resultó dolorosa. Pero en ese momento, un leve brillo en la marfileña mano izquierda de Araminta atrajo su atención y cuando vio que se trataba de un aro de oro con diamantes incrustados, endureció el gesto. Era la esposa de Judd Hobart, su mayor enemigo. Rigo tenía buenos motivos para no olvidarse de ello. Jamás. Lentamente, se acarició los profundos arañazos que Araminta le había hecho en el rostro durante su frenético ataque.

-Si hubiese sido un hombre el que me hubiera hecho estas marcas, no habría vivido para contarlo. -Aunque el tono de sus palabras había sido neutro, Araminta comprendió muy bien lo que quería decir. El general iba a exigir una compensación por los arañazos. Lo que añadió a continuación la confirmó en su idea-: Pero con usted, *gringuita*, me vengaré de otra manera. -Dicho esto, la devoró descaradamente con la mirada, dejando claro el significado de sus palabras.

Araminta se estremeció cuando el general tendió la mano para apartarle un mechón del rostro y tocarle la mejilla, que todavía estaba roja por el bofetón. Sentía haberla golpeado, pero no se le había ocurrido otra manera de hacer que entrara en razón. Ahora estaba tranquila, pensó, y aunque se había puesto a temblar cuando la había acariciado, no había hecho ademán de reanudar la pelea. Se alegró: no deseaba que padeciera más de lo necesario, aunque era inevitable que al final tuviera que hacerle daño. Si

Librodot

Araminta no hubiese sido la persona que él necesitaba. Si hubiese existido otra forma... Pero ninguna otra le servía. Apretó los labios en un explícito gesto cuando el anillo de casada brilló otra vez. ¡Cómo deseaba arrancárselo del dedo! El general, no obstante, se contuvo: era el recuerdo, constante y cruel, de la razón que le había llevado a secuestrarla. No debía olvidarse de ello. No podía permitirse el lujo de apiadarse de ella y dejar que su determinación flaqueara. Aunque en ese momento estaba conmocionada, asustada y silenciosa, Araminta recuperaría la presencia de ánimo y la compostura tarde o temprano. Era una mujer inteligente, ingeniosa y valiente, por lo que intentaría escapar, volvería a plantarle cara y tal vez tratara de matarle incluso. No podía darle la oportunidad de que llevan a cabo eso.

Dio otro grito en *pelado* y uno de los bandidos cortó un trozo de cuerda del rollo que llevaba colgado en la silla de montar y se lo dio. Antes de que Araminta se diese cuenta de sus intenciones, él le agarró las muñecas y se las ató con firmeza, mientras ella lo miraba como un animal herido, con sus brillantes ojos verdes llenos de miedo y odio. Aun así, no protestó, ni siquiera cuando la levantó en el aire y la llevó hasta el caballo. Descorazonada, se dio cuenta de que el descanso había llegado a su fin y que los bandidos estaban montando a su vez: toda vía no era el momento de preparar el campamento para pasar la noche. Cogiéndola con fuerza por la cintura, Rigo la alzó hasta la silla de montar, saltó detrás de ella y la rodeó con un brazo para tenerla bien agarrada contra sí, tal y como la llevaba antes. Al cabo de un segundo, estaban de nuevo en marcha.

A Araminta le daba la impresión de que aquello nunca acabaría. Seguían cabalgando, aunque con mayor lentitud que antes. A ella, en cambio, le resultaba igual de insufrible, puesto que le dolían todos los huesos. Se sentía tan aturdida y agotada que aunque surgiera la oportunidad de escapar, estaba segura de que no podría aprovecharla, porque sólo sería capaz de correr unos pocos metros antes de que Rigo le diera alcance. Sin embargo, lo peor era pensar que, aparte de estar demasiado conmocionada y dolorida como para hacerle frente cuando se detuvieran para acampar, nada le importaba ya. Si el plan del general había sido dejarla sin fuerzas para que no ofreciera resistencia, lo había logrado por completo. Todo lo que esperaba era que si realmente tenía intención de violarla, acabara lo más deprisa posible. Y si, además, después la mataba, al menos se vería libre de la desgracia y la ignominia.

Tenía un frío de muerte. Habían vadeado varios ríos y estaba empapada; aunque Rigo la había envuelto en un *poncho* para que entrara en calor, seguía temblando y los dientes le castañeteaban. Si no hubiese sido por el calor que irradiaba el cuerpo del general, se habría quedado helada. El aire se iba volviendo cada vez más frío y cortante a medida que ascendían, entre riscos y peñascos, por unos estrechos escalones y senderos que más bien parecían caminos de cabras montesas.

Aunque en un principio había maldecido la oscuridad, que impedía observar la dirección que llevaban y fijarse en cualquier señal que le sería de utilidad en el caso de que se las arreglan para escapar, ahora la agradecía, porque le impedía ver la distancia a que se hallaban del fondo desde los empinados riscos por los cuales los *bandoleros* cabalgaban. De vez en cuando, al paso de los caballos, se desprendían unas cuantas piedras del camino y se precipitaban al vacío. Araminta sentía que el corazón le daba un vuelco cuando oía el lejano chapoteo que producían al caer en los arroyos que a veces corrían por el fondo de la sima. Sin embargo, los peligrosos senderos no frenaban a Rigo ni a los *bandoleros*, que continuaban, inexorables, y se detenían sólo para rellenar las cantimploras, comer tiras de carne seca y dar de beber a los caballos. No tenía idea de la distancia que llevaban recorrida, ni del lugar en que se encontraban, ni siquiera de si su abuelo y Judd se encontraban cerca de ellos, como parecía indicar el vertiginoso paso que Rigo había impuesto a su partida de bandidos. De todas formas, también era posible que estuviesen cabalgando a ese ritmo para adentrarse todo lo posible en México y sentirse así más seguros.

Por fin, Rigo se detuvo en un lugar donde el sendero se ensanchaba hasta convenirse en algo parecido a un semicírculo. Su límite convexo era una depresión de poca profundidad en la enorme pared de roca que se levantaba sobre ellos, formando una repisa de piedra que servía de alero protector. Las rocas que había a ambos lados sólo permitían el paso en fila india, lo que dificultaba las emboscadas. A lo largo de la pared más lejana corría un arroyo de agua fresca. Gracias al reflejo plateado de la luz de la luna sobre el agua, incluso Araminta, que se acababa de despenar por la brusca detención, vio que el pequeño refugio en un lugar ideal para acampar. Sin embargo, aunque había estado haciendo votos para que el fatigoso viaje llegara pronto a su fin, no pudo reprimir un estremecimiento al pensar qué le sucedería en aquel lugar. Rigo desmontó y la ayudó a bajar. Si hubiese sido más fuerte, quizá se habría dejado llevar por el impulso de escapar, pero estaba tan entumecida y débil que en cuanto puso los pies en el suelo, las rodillas se le doblaron y, si el general no la hubiese sujetado, se habría derrumbado allí mismo. Soltando una maldición en español, él la cogió en brazos como si no pesara más que una muñeca de trapo y, en un par de zancadas, se metió bajo la repisa de piedra, donde la dejó sentada en el suelo .y con la espalda apoyada contra la pared. Entonces, sin mediar palabra, él dio media vuelta para ocuparse de su caballo.

Araminta observó que los otros bandidos hacían lo mismo. Una vez hubieron desensillado a los animales los llevaron a abrevar, los frotaron vigorosamente con unas mantas al tiempo que los apacentaban. Hasta que no acabaron su diligente tarea con los caballos, los *bandoleros* no extendieron sus mantas en el suelo, que estaba duro por el sol, y comenzaron a abrir las cantimploras y botellas de *mezcal y pulque* y a prepararse los platos de tortillas, frijoles fríos y las inevitables tiras de carne seca.

Araminta tiritaba. Su ropa seguía mojada y el viento que soplaba por el cañón era helado. Deseaba fervientemente hallarse junto al calor de una hoguera, aunque suponía que no encenderían ninguna. Incluso en aquel

pequeño refugio, Rigo, tan alerta y vigilante como un ave rapaz, no se arriesgaría a que las llamas fuesen vistas en el negro cielo nocturno. Incluso en esos momentos de cansancio, parecía estar en guardia, aguzando el oído, escuchando todos y cada uno de los sonidos que el viento de la noche transportaba: el distante rugido del puma, el triste lamento de algún pájaro solitario, el susurrante correteo de algún pequeño animal por entre los arbustos que bordeaban el arroyo. Sus ojos castaños vigilaban el terreno de manera constante y sin pasar nada por alto.

Era realmente un animal, pensó Araminta. No le había visto desde la última vez que se encontraron en la ¿ibera del riachuelo que separaba el rancho Sierra Alta del Casa Blanca y nada recordaba en él al elegante y aristocrático hacendado con quien había pasado tantas mañanas ociosas. Ya no le resultaba tan difícil dar crédito a los terribles rumores que había oído: su mala reputación era merecida. A la luz de la luna, su felina cara hispana parecía haber sido esculpida en piedra: dura, impasible y despiadada. Los poderosos músculos que le resaltaban por todo el cuerpo eran los de un hombre que había llevado una vida difícil y peligrosa, teniendo que recurrir a su ingenio y a su instinto para sobrevivir. ¿Cómo había acabado siendo así?, se preguntó. Era el hijo bastardo de un Grande que nada le había dado, ni siquiera el apellido. ¿Era ésa la razón de que hubiera pasado sin ningún esfuerzo del papel de hacendado al de violento bandido, revelando así el lado oculto y letal que, en un principio, ella sólo había adivinado y del cual se había apartado atemorizada? Araminta no podía fingir más que no existía, y sobre todo cuando la tenía presente y sabía lo que acaso significara para ella.

Cuando Rigo se acercó hasta donde estaba y se acuclilló a su lado, Araminta se echó a temblar, pero no de frío esta vez. El llevaba una cantimplora al hombro, y una botella de mezcal y dos platos de hojalata llenos de frijoles, tortillas y carne seca en las manos. Lo dejó todo en el suelo, cogió el cuchillo que llevaba a la cintura y con un rápido y certero movimiento, cortó la cuerda que la mantenía maniatada. Araminta ahogó un grito de dolor cuando la circulación de la sangre, que la ajustada cuerda había detenido, se activé y llegó a sus manos. Para mejorarla, Rigo le cogió las muñecas y empezó a frotarlas vigorosamente, mientras fruncía el ceño por las marcas que las cuerdas le habían dejado. Luego le dio uno de los platos y le indicó que comiera. Sin embargo, y pese a que tenía hambre, cuando Araminta vio el aspecto tan poco apetitoso que tenía la comida (una masa de alubias frías, una *tortilla* reseca y una tira de carne rancia), se le revolvió el estómago. Sin decir ni una palabra, meneó la cabeza y rechazó el plato.

-¿Qué ocurre, *señora*? -Los blancos dientes de Rigo brillaron a la luz de la luna en contraste con su piel morena. Se rió quedo en son de burla-. La comida no es lo bastante buena para usted, ¿verdad? -continuó-. No está acostumbrada a ella. Mis hombres, en cambio, se la comen con buen apetito. Saben que son afortunados por ello, ¿entiende?, y que hay mucha gente pobre en México que no tiene la suerte de comer in siquiera esa cantidad. -La sonrisa irónica que tenía desapareció de pronto de sus labios y su voz adquirió un tono más duro-. Usted va a comerse lo que se le ofrece,

¿*comprende*? De lo contrario, ¡juro que se lo haré tragar a la fuerza! Se lo advierto: no permitiré que se muera de hambre. Oh, no, *gringuita*. No escapará de mí con tanta facilidad, se lo prometo.

Araminta tragó saliva y recordó la advertencia de Rigo acerca de que el día que se casara se convertiría en enemiga suya, y había cumplido la promesa, por lo que, de mala sana, aceptó el plato de latón que él había vuelto a acercarte. Le creía muy capaz de obligarla a comer así pues, cogió el tenedor y, haciendo un esfuerzo, se llevó a la boca un poco de la masa de alubias y luego otro poco. Tras tragárselas todas como pudo, partió la *tortilla* y se la comió junto con la carne. En cuanto se tomó la escasa comida notó sorprendida que empezaba a sentirse mucho mejor. Rigo le pasó entonces la cantimplora y aprovechó para beber él de la botella de mezcal. Entonces se dio cuenta de que, a pesar del *poncho*, Araminta seguía temblando de frío, por lo que insistió en que bebiera un par de tragos de mezcal, para que entrara en calor. Araminta recordó que antes la había obligado a tragarse la fuerte bebida, de modo que no se atrevió a protestar. Sin embargo, en contra de lo que esperaba, su obediencia no tranquilizó en modo alguno al general en lo tocante a su seguridad, por cuanto una vez acabada la comida, volvió a cogerle las muñecas y se las ató, aunque más flojas que la primera vez, algo que ella agradeció. Hecho esto, la puso en pie y la empujó hacia el lugar donde había extendido las mantas.

-No -gimió ella con voz entrecortada. A pesar de la confusión y el agotamiento que sentía, ahora estaba obligada a oponer resistencia-. No, por favor. Oh, por favor, no.

Sin embargo, él hizo caso omiso a sus ruegos. Sin cejar en sus intentos por soltarse, Araminta miró a su alrededor enloquecida, como si esperase que alguno de los bandidos acudiera en su ayuda. Pero con la excepción del solitario *bandolero* que Rigo había apostado de guardia sobre las rocas de entrada al refugio, el resto de los forajidos estaba dormido ya sobre sus mantas. Consciente de cuál era su deber, el centinela permaneció de espaldas a Araminta y se guardó de atender sus gritos de súplica.

-No la ayudará, Araminta, aunque grite -le dijo Rigo al oído con una voz queda e insidiosa y pronunciando su nombre melodiosamente-. Ninguno de ellos la oirá. Al igual que la de su abuelo en Sierra Alta, mi palabra es ley entre mis hombres. Mi autoridad es suprema, como tendrá tiempo de comprobar.

«Como tendrá tiempo de comprobar.» Las palabras del general resonaron amenazadoras en su mente: eso significaba que la iba a retener apresada cuanto quisiera. Hasta ese momento había calculado que permanecería oculta unos días. Sin embargo, tal vez Rigo tuviera la intención de no soltarla durante semanas o meses. Incluso era posible que nunca la dejara libre, pensó espantada. Quizá, cuando acabara lo que tenía pensado hacer con ella, cuando se hubiese cansado de ella, empezara a compartirla con sus hombres, la vendiera como prostituta a un burdel o, ya que estaban en México, a algún sitio peor. ¿No había oído decir en una ocasión a Judd y alguno de sus hombres que la esclavitud era una práctica

común al sur de la frontera, sobre todo entre los bandidos y los indios? ¿No les había oído decir siempre que los *comancheros* que comerciaban con mejicanos, comanches, apaches y otras tribus indias ganaban hasta cincuenta pesos por cada mujer blanca que introducían y vendían en México? ¿No era cieno que en las ciudades fronterizas sobre todo, una prostituta mejicana podía ser vendida por sólo dos dólares estadounidenses o incluso menos? De hecho, Judd y sus amigotes hacían con frecuencia un juego de palabras con Ciudad Juárez y la llamaban «Ciudad Guárrez».

Jamás le había parecido Rigo tan alto, ágil, musculoso y amenazador como en ese momento. Parecía capaz de cualquier cosa. Araminta empezó a pensar en los temores que acechaban a las mujeres en lo más hondo de su ser y las historias sobre atrocidades que había oído murmurar por ahí. Como si fuesen unas odiosas serpientes listas para el ataque, ahora se cernían sobre ella con toda su crudeza para aterrorizarla. Llevada por el miedo, redobló sus esfuerzos por escapar. Pero tenía las manos atadas, y estaba rendida y algo bebida por el mezcal. Además, aunque no hubiese sido así, Rigo era demasiado fuerte como para que ella le plantase cara. Sin esfuerzo, la tiró sobre las mantas. Araminta, conmocionada, sintió el peso del cuerpo del general sobre el suyo. Mientras la inmovilizaba con una de sus fornidas piernas, le sujetó las muñecas por encima de la cabeza y le tapó la boca con la otra mano para amortiguar sus gemidos de terror.

-¡*Silencio*! -le ordenó al oído con una voz queda y cortante-. ¡Cállese, *bruja*! Si no se calla, lo mismo me entrara ganas de cortarle la lengua.

No le haría una cosa tan horrible, de eso estaba segura, pensó Araminta con el corazón desbocado por la amenaza. No lo haría. Pero no lo sabía, de modo que por muy destrozados que estuvieran sus nervios y por muchos deseos de gritar que tuviese, hizo un esfuerzo por permanecer quieta, desdichadamente consciente de lo inútil que era oponer resistencia y de lo desvalida que se encontraba ante él. Podría hacer con ella o, mejor dicho, podría hacerle lo que le viniera en gana, y ella sería incapaz de impedirlo. Las lágrimas afloraron entre sus pestañas mientras trataba de prepararse para lo que se le venía encima.

-Menos, mal que aprende así de rápido, *gringuita* -murmuró Rigo. Sus oscuros ojos brillaban a la luz de la luna y su cálido aliento le acariciaba el rostro-, porque no aguanto la histeria y, además, tengo pensado algo mucho más interesante para su lengua.

Dicho eso, deslizó la mano de los labios a la garganta y antes de que pudiera decir nada, se lanzó sobre su boca para apoderarse de ella en un gesto salvaje. En cuanto Araminta trató de resistirse, cerrando los labios para impedirle el paso y moviendo la cabeza para zafarse del ataque, Rigo, tal como había hecho aquella mañana, ya tan lejana, en la ribera del riachuelo, apretó los dedos en torno a su cuello a modo de silenciosa advertencia. ¡Pero ella prefería que la ahogara a someterse, animal!, pensó con una temeraria indiferencia a su precaria posición. Sin embargo, cuando ya se sentía mareada y apenas podía respirar por la implacable presión en su garganta, se vio obligada a acceder a sus requerimientos: relajó los labios

y abrió la boca para que él pudiera entrar a placer y la invadiera con su cálida lengua. Rigo se apoderó de ella, regodeándose, explorándola, lanzando su lengua en busca de los lugares más secretos de la oscura y dulce cavidad. Por fin ella cedía a sus avances por voluntad propia y le permitía probar el vino y el néctar que guardaba en su interior.

Araminta sintió que la sangre le subía a la cabeza y comenzaba a latir con violencia, dejándola aturdida y quitándole la fuerza para resistirse a esos labios que la devoraban con avidez. Rigo seguía agarrándole las muñecas con una mano; con la otra, en cambio, ya le había quitado el *poncho* y recorría su tembloroso cuerpo, le cogía los senos por encima del brocado de su traje de bodas, frotándole con el pulgar los duros pezones y haciéndoles resaltar bajo la tela. Las lágrimas empezaron a bañarle las mejillas cuando la mano del general comenzó a acariciarle los senos, rozando las erectas puntas en un movimiento lento y circular tal que parecían lanzar descargas eléctricas por todo su cuerpo. Araminta empezó a jadear: aquello era mucho peor de lo que ella había esperado.

Había pensado que la trataría con crueldad, con mayor perversión incluso que la que Judd había llegado a insinuar en sus burdas tentativas. Rigo, en cambio, parecía saber por instinto la manera de que reaccionan por muy poco dispuesta que estuviera a ello. No podía evitar un estremecimiento cuando él la besaba, la acariciaba, metía la lengua entre sus labios y la enroscaba en la suya, cuando sus dedos acariciaban sus pezones... Entonces comenzó a deslizarle la mano por el vientre y entre los muslos, y puso la boca sobre sus pezones, que empezó a lamerle y a jugar con ellos por, encima del corpiño hasta que se los dejó como un par de brasas ardiendo. Aunque se mordía el labio inferior, fue incapaz de reprimir el intenso gemido animal que salió de su garganta y que Rigo recibió en su boca mientras la apretaba con más fuerza. En pocos segundos estaría levantándole las faldas para tomarla a placer, pensó aterrada. Con una terrible e insidiosa premeditación que le revolvió el estómago e hizo que se sintiera avergonzada, pensó que en lo más hondo y secreto de su ser ardía un doloroso fuego que reclamaba ser apagado por él, su secuestrador, su atormentador.

Cuál no sería su sorpresa cuando en vez de forzarla como esperaba, la cogió entre sus brazos y la apoyó cariñosamente contra su pecho.

-Duérmase, Araminta. Salimos al amanecer -susurró, mientras le acariciaba el cabello con ternura y besaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas. La calidez de su cuerpo fue envolviéndola poco a poco y, finalmente, cediendo a la deliciosa sensación y al inevitable agotamiento, Araminta se quedó dormida entre sus brazos como una niña.

12

Araminta tuvo la sensación de que acababa de cerrar los ojos cuando Rigo la sacudió sin miramientos para despertarla. En un primer momento se sintió confusa y desorientada, incapaz de reconocer el lugar en que se encontraba y el hombre que estaba inclinado sobre ella, de modo que comenzó a forcejear frenética con él entre gritos de terror. Sin embargo, al igual que había sucedido la noche anterior, Rigo no tuvo dificultad para dominarla, tapándole la boca con la mano para que dejan de chillar. Cuando Araminta se dio cuenta de quién era, sintió un inexplicable alivio y se relajó: aunque Rigo la había secuestrado y la mantenía prisionera, al menos era una persona familiar, algo que ella, pese a todo, agradecía, puesto que podría haber corrido una suene mucho peor. Haber caído tal vez en manos de una persona desconocida o de toda una banda de *bandoleros* o *guerrilleros* extraños.

Hasta ese momento, por lo menos, a pesar de que la había obligado a ceder a sus requerimientos, Rigo no había permitido que ninguno de los otros forajidos la tocara, los cuales, además, sólo le habían mostrado un gran respeto. Rara vez la miraban o le dirigían la palabra, y cuando lo hacían eran de lo más respetuosos, siempre la llamaban señora. Si sentían lástima por ella o si cualquiera de ellos quería ayudarla a escapar, lo ocultaban muy bien, de modo que Araminta no se atrevía a abordarla en busca de apoyo, consciente de que, si se equivocaba, Rigo se enteraría enseguida de su intento de soborno.

-¡Levántese! -le ordenó con sequedad cuando le retiro la mano de la boca.

Araminta, que todavía estaba adormilada y tenía el cuerpo dolorido por el agotador viaje realizado hacía pocas horas y el duro suelo sobre el que había dormido, no se movió, de suene que el general farfullo una maldición en español, agarró la cuerda con la que estaba atada y tiró de ella sin contemplaciones. A pesar del dolor, Araminta se puso de pie apoyando los brazos contra la pared para no perder el equilibrio.

-¡Cuando doy una orden, espero que se me obedezca y rápido! ¿*Comprende*?

Asintió con la cabeza sin abrir la boca. ¿Cómo era posible que estuviera pasándole todo aquello?, se preguntaba una y otra vez. No podía ser algo real, sino una pesadilla de la que no lograba despertarse. El día anterior, a esa misma hora, se encontraba en su dormitorio de Sierra Alta probándose el traje de bodas para hacerle los últimos arreglos y preparándose, pese a la falta de entusiasmo que sentía, para convenirse, esa misma mañana, en la esposa de Judd. ¡Qué lejana le parecía la ceremonia! Como un sueño. Y lo enfurecido que debía de estar Judd por haberse quedado sin noche de bodas, pensando que su esposa se encontraría en los brazos de su enemigo.

Aunque Rigo todavía no le había arrebatado su virginidad, Araminta no se hacía ilusiones sobre las verdaderas intenciones que tuviera con respecto

a ella. Sólo era cuestión de tiempo que las llevara a cabo, pensó consternada. Aun en el caso de que no lo hiciera, nadie, a la vista de su atractivo, su caliente sangre española, su innegable masculinidad y su mala fama, le creería inocente de haberla llevado a la cama. Era indudable que muchas personas considerarían cualquier acusación de violación que ella formulara como una negación del hecho de que se hubiera acostado con él de buena gana. Ya no importaba lo que le ocurriera después del rapto, su reputación estaba irremediablemente mancillada. Todas las personas que contaban algo en Texas habían acudido a la boda, así pues, con toda seguridad, el secuestro se había convertido ya en un escándalo a escala estatal. Incluso si se las arreglase para regresar a casa, nunca le sería posible levantar la cabeza de nuevo. La gente decente la evitaría, de eso no le cabía la menor duda, y Judd..., era probable que se divorciara de ella, de modo que el casamiento y todo lo que ella habría sufrido como consecuencia de ese acto no valdrían en absoluto.

A duras penas, Araminta ahogó los sollozos que amenazaban con surgir de su garganta. ¡No pensaba llorar! Los ojos le escocían mucho: los tenía tan hinchados y enrojecidos por las lágrimas y la falta de sueño que le daba la impresión de que los había tenido en todo momento cerrados y llenos de arena. Sus músculos estaban tan entumecidos y tensos como una cuerda de guitarra, y los huesos crujían a modo de protesta cada vez que se movía. Al ver la lentitud con que reaccionaba, Rigo, que tuvo un inesperado sentimiento de culpa por haberla secuestrado y tratado con tan poca delicadeza, estuvo a punto de arrepentirse. Ella no era culpable del horrendo crimen que él trataba de desagraviar mediante una venganza igual de monstruosa. Aun así, la había raptado y tenía la intención de exigir aquello que por derecho pertenecía al marido. Rigo sabía que había dado motivos a la joven para que le odiara, y que aún le daría más antes de que todo llegara a su fin. Por ello, aunque estaba decidido a que nada le apartara de su objetivo, cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más amable.

-Se le pasará el dolor en cuanto se mueva y entre en calor, *gringuita*. -Le quitó la cuerda con que le había atado las manos y tras frotarle las muñecas como la otra vez, le entregó un hatillo de ropa limpia-. Quiero que se ponga esto. Hoy va hacer mucho calor y el..., el traje de bodas... -Hizo un gesto de amargura al decir esas palabras, y el corsé le resultarán asfixiantes. Como no quiero que se desmaye sobre el caballo, espero por supuesto que me haga el favor de quitarse los dos.

-¿Está..., insinúa que... quiere que... que me desnude? ¿Aquí...? ¿Ahora...?

-*Sí*, ¿no es eso lo que le acabo de decir? -Temeroso de que flaqueara la determinación que lo impulsaba a llevar a cabo su plan, Rigo se esforzó y dio un tono de mofa a sus palabras, esbozó una sonrisa burlona y la devoró con mirada procaz.

Esa parte, al menos, era fácil. Si se hubiese tratado de otra mujer, habría tenido que fingir que la deseaba. Pero con Araminta la situación era diferente. Lo que sentía por ella inundaba todo su ser y le obligaba a pensar

Librodot

de manera constante en su persona y en el hecho de que era su prisionera: podía disponer de ella en el momento que él quisiera. ¡Era tan bella!, pensó. El brocado oro champán de su traje de novia mostraba muy levemente la amelonada forma de sus lozanos senos. El ajustado corpiño que llevaba, adornado con una cinta de encaje dorado que le colgaba desde un hombro hasta las rodillas, le ceñía una cintura tan cimbreña que él podría rodearla con las dos manos; las enormes faldas del traje cubrían sus esbeltas caderas, las firmes y redondeadas nalgas, y las largas y seductoras piernas, las cuales hacían que pareciera más alta de lo que era en realidad. El tono cremoso de su piel se había vuelto dorado como la arena del desierto al contacto con el sol y sus angulosos pómulos brillaban cautivadores teñidos de un color melocotón que recordaba al del amanecer. Bajo el fino arco de sus cejas, se abrían aquellos enormes ojos verdes, que refulgían como esmeraldas a la luz de la mañana, ribeteados por espesas pestañas. La delicada forma respingona de su nariz contrastaba con unos generosos labios rosas que pedían, involuntarios, ser objeto de ávidos besos de un hombre. La larga y sedosa melena rubia caía como una cascada sobre su espalda y le daba el aspecto de una salvaje y seductora gitana dorada.

A Rigo, acostumbrado a las mujeres morenas de México, Araminta le parecía el epítome de una cultura y una sociedad que despreciaba con demasiada frecuencia su piel bronceada y su sangre hispana. Ella lo seducía y cautivaba, y el hecho de que fuese tan inteligente e interesante como bella la hacía irresistible. Nunca había conocido una mujer como ella y jamás conocería a otra. Si quería ser honesto consigo mismo, debía admitir que su deseo de venganza contra Judd Hobart no había sido la única razón que lo había llevado a secuestrarla. La deseaba, siempre la había deseado, desde el momento en que la vio en el vestíbulo del hotel de El Paso y le pareció tan frágil y bonita como una rosa entre espinas.

Mientras esperaba con expectación que se desnudara, Rigo pensó que el hecho de ver cómo se quitaba la ropa no le parecía nada desagradable. La idea de contemplarla desnuda y vulnerable delante de él encendió de repente la pasión entre sus piernas. Con frecuencia había tratado de imaginarse el aspecto que tendría sin ropa, debajo de él, con la caben echada hacia atrás, la rubia melena suelta y su generosa boca entreabierta. Se trataba de una imagen muy parecida al recuerdo que tenía de la pasada noche, cuando la había tenido bajo su manta y la había besado y acariciado para luego contenerse y no violarla allí mismo. Rigo respiró hondo. El corazón empezó a latirle con redoblada velocidad y un repentino estremecimiento le recorrió el cuerpo, haciendo que se sintiera como un semental en celo.

¿Qué extraño poder tenía Araminta sobre él? Había conocido muchas mujeres en el transcurso de los años; tantas, que había acabado hastiándose de ellas. Sólo en una ocasión había sentido lo mismo que en ese momento. Que Araminta también le produjera ese efecto lo confundía e inquietaba. ¡La haría suya y así acabaría de una vez con ese asunto!, pensó lleno de ira. Nada se lo impedía, excepto la promesa que se había hecho a sí mismo de que se lo tomaría con calma e intentaría que ella acabara deseándole como él la deseaba. De ese modo, el dolor que ella tuviera que sufrir a sus manos no sería sólo amargo, sino también dulce. Eso era todo lo

que podía concederle y lo que, de hecho, le concedería, aunque no se había preguntado a sí mismo por qué era tan importante para él que así fuese. De todas formas, antes de que eso ocurriera, le enseñaría el tipo de lecciones que un hombre daba a una mujer y ella las aprendería bien aprendidas.

Al ver a Rigo, Araminta se alarmó, pues acababa de observar en las insondables profundidades de sus ojos castaños que ardía en deseos de poseerla. Enrojeció como la grana de miedo, ira y vergüenza. Entonces comprendió lo que el general esperaba de ella: quería que se desnudara no sólo delante de él, sino delante de todos sus hombres. Sin embargo, cuando miró a su alrededor, enloquecida, vio que se encontraban completamente solos en el refugio en que habían acampado. Los *bandoleros* habían desaparecido. Se habían marchado tan en silencio que ni siquiera los había oído. Araminta empezó a sentir pánico.

Tal vez Rigo quisiera acabar lo que había comenzado la noche anterior. Quizá sólo hubiese sido un ápice de decencia lo que había impedido que la tomara en presencia de sus hombres. Ahora, en cambio, no tenía motivos para entretenerse. Araminta sabía que nada le impedía que alcanzara su objetivo. Resistirse sería inútil, como ya había comprobado la noche anterior, y huir, un disparate. Estaba tan cansada y dolorida que no lograría dar más de dos pasos antes de que él la detuviera. El caballo del general, aunque se encontraba lejos, y ella se lo habría robado sin remordimientos, seguía atado, lo cual hacía que no pudiera utilizarlo para escapar.

Rigo la miraba con los ojos brillantes a la pálida luz del amanecer mientras esbozaba una sonrisa socarrona. Araminta sintió verdaderas ganas de hacerle daño. Estaba claro que la idea de verla desnudándose en su presencia le estaba causando un malévolo placer. Pues bien, no lo haría. ¡No lo haría!

-Me parece que le he dado una orden, Araminta. ¿Por qué se entretiene? ¿Acaso quiere que le quite la ropa a la fuerza? Nada me haría disfrutar más, se lo aseguro, porque le confieso que verla vestida con su traje de novia me desagrada.

El general empezó a acercarse a ella poco a poco. Parecía que tenía intención de arrancarle el traje. Presa del pánico, Araminta dio un paso atrás, irguiéndose con decisión y apretando contra el pecho el hatillo de ropa como si aquello le sirviese de protección, por muy pequeño e insignificante que fuera.

-Puedo..., puedo cambiarme sin..., sin su ayuda -tartamudeó fríamente al ver con indignación que Rigo seguía con su burlona sonrisa.

-Entonces, empiece..., ahora mismo -le ordenó en tono suave.

Furiosa porque se veía incapaz de enfrentarse a él, Araminta tragó saliva, le dio la espalda y dejó el hatillo en el suelo. Entonces, temblorosa, se quitó con gestos lentos el *poncho* que Rigo le había dado la noche anterior y lo dejó caer, tras lo cual intentó desabrocharse la larga hilera de botones que

tenía la espalda del traje. Al cabo de un segundo, Rigo estaba detrás de ella, acariciándole suavemente los temblorosos hombros y apartando la larga melena rubia que te cubría la espalda para apartarla hacia su hombro derecho y dejar los botones al descubierto.

-Como no dispone de una doncella, permítame... -susurró él.

Desabotonó el vestido con suma habilidad, como si tuviese una gran práctica desnudando mujeres. Era probable que la tuviera, pensó Araminta con una extraña punzada de dolor al recordar a la mujer desconocida que el general había besado y abrazado en el hotel de El Paso. La ardiente sangre de sus antepasados corría con fuerza por sus venas y su virilidad era tan potente que resultaba tangible. No le cabía duda de que había muchas mujeres en su pasado, mujeres que él había tomado y desechado con la misma facilidad con que ella sería desechada en cuanto acabara. Iba a ser el causante de su perdición, algo que carecía de importancia para él, pero que para ella significaba todo, pensó con amargura. Un violento odio se adueñó de ella y, aun así, su corazón no dejó de acelerar los latidos cuando las mangas del traje de bodas se deslizaron por sus hombros. Araminta se apretó el corpiño contra el pecho para evitar que el traje se cayera del todo. Entonces, el general le bajó las tirillas de la camisola dejándole los hombros completamente desnudos. Araminta sintió su cálido aliento en la piel cuando él acercó la cabeza lentamente con intención de besarle el sensible punto en el que se unen el cuello y el hombro. La agarró con fuerza por los brazos para inmovilizarla y la besó, lanzando la lengua sobre su piel para recrearse con avidez sobre ella. Araminta notó como si un salvaje relámpago la hubiese atravesado y una descarga eléctrica recorriera todo su cuerpo.

Su respiración se hizo trabajosa. Se sentía turbada y llena de una extraña e inexplicable excitación que le resultaba más estremecedora que el miedo que elle infundía. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué su traicionero cuerpo respondía con tanta facilidad cuando el hombre que la había secuestrado y la tenía prisionera lo tocaba? ¿Por qué Judd, su prometido, nunca le había provocado ese tipo de sensaciones? Araminta ignoraba las respuestas a esas preguntas y, aun así, no pudo evitar un suave gemido cuando poco después, sin dejar de besarle el cuello y los hombros, Rigo introdujo con lentitud sus manos por la abertura del traje de novia y las metió por debajo de la camisola de algodón para rodear los generosos y lozanos senos, que le sobresalían por el corsé, al tiempo que la apretaba contra su musculoso cuerpo y le hacía sentir la dura evidencia de su deseo contra los muslos. Entonces, él movió las manos y empezó a acariciarle los senos con roces posesivos y, a pesar de sus recelos, no tardaron en aumentar de tamaño y endurecerse. Luego pasó a acariciarle los pezones con el pulgar, y se le pusieron tiesos como pequeños capullos, logrando que lucharan contra la tela que los apretaba.

Araminta soltó un quejido lastimero y se retorció intentando separarse de él, pero Rigo no se lo permitió y siguió besándola y acariciándola. Con una mano le fue desatando con habilidad las largas cintas del corsé, se lo quitó y dejó al descubierto su esbelta cintura. Tiró la prenda al suelo y, sin soltarla, la obligó con suavidad a que se diera la vuelta y lo mirase a los ojos.

Ella, sin embargo, roja y temblorosa por la emoción, apartó la mirada y se apretó el corpiño contra el pecho, como si fuese a protegerla de él. Rigo, riéndose con una risa de lo más seductora, le separó los dedos de la tela y le quitó de los brazos las mangas caídas, y el traje de novia cayó al suelo, rodeando los pies de Araminta. Antes de que lograra cubrirse los brazos, él se los cogió y se los inmovilizó detrás de la espalda. Rigo respiró hondo al verla delante de él, en ropa interior. Con ojos brillantes, la miró ávidamente de arriba a abajo, regodeándose en los senos, que, ocultos por la camisola, subían y bajaban como si lucharan por salir, y en los provocadores pezones, que se adivinaban más oscuros y duros bajo el translúcido algodón que los aprisionaba. Poco a poco, comenzó a desabrochar uno por uno los pequeños botones de la camisola.

-No, por favor... no -susurró Araminta, con la voz ahogada por- los sollozos y los ojos arrasados de lágrimas. De nuevo, trató de soltarse, asustada y avergonzada de que, por su culpa, se sintiera como se sentía. Pero él la tenía bien cogida, los brazos sujetos detrás de la espalda. Nada podía hacer para detenerle. Cerró los ojos y, llorando con más fuerza, ocultó el rostro sobre uno de sus hombros-. Oh, no, por favor, no...

El no prestó atención a sus protestas y siguió desabrochándole con destreza los botones. Cuando se soltó el último, le abrió la camisola y se la deslizó por los brazos, dejándola desnuda de cintura para arriba y con los senos descubiertos ante sus ávidos ojos. Araminta empezó a temblar entre sus brazos y se mordió el labio inferior para no gritar. Sus pezones se fueron arrugando y poniendo aún más duros al sentir el frío viento del amanecer y las manos de Rigo, que primero los rozaba entre los dedos y luego los frotaba con las palmas en un movimiento circular, provocándole cálidas oleadas de placer por todo el cuerpo. De forma involuntaria, Araminta gimió otra vez y Rigo, al darse cuenta, la cogió por la barbilla e hizo que volviera el rostro, que ya estaba empapado de lágrimas. Empujándole el mentón hacia arriba, la besó sin contemplaciones, notando el sabor salado de sus lágrimas e hizo que separase los labios para irrumpir el placer en su boca. Entonces volvió a los senos: cogió, tironeó con suavidad y frotó los pezones con el pulgar y el índice, aumentando de ese modo la intensidad de las atormentadoras sensaciones que le provocaba con sus besos y caricias.

La hambrienta boca del general abandonó los labios de Araminta y se lanzó con deleite por el camino de su garganta hacia el canal que formaban los golosos senos. Cogió uno de ellos entre los labios y tiró de él, colocándoselo de tal forma que aquéllos, codiciosos, pudieron apresarlo, como si tuviera la intención de devorarlo. Oleadas de calor se extendieron por todo su cuerpo cuando Rigo chupó con fuerza el pequeño capullo del pezón y empezó a mordisquearlo y a lamerlo. Después se lanzó con fervor sobre el otro para provocarlo de igual forma. Araminta notó que una dulce humedad se escurría entre sus muslos, un calor como de ascua candente que ansiaba convenirse en llama con el deseo de aplacarlo, forcejeó entre los brazos del general. Sin embargo, al igual que había ocurrido la noche anterior, el alivio tendría que esperar. Rigo profirió una maldición en español, la soltó con brusquedad y, en un violento arrebato estrujó la

camisola con los dedos y se la subió, cubriendo su desnudez... Había endurecido el gesto y lanzaba llamaradas por los ojos.

Sobresaltada, Araminta recuperó la sensatez y estalló en un llanto espasmódico, desconcertada por el sensual juego del gato y el ratón en que Rigo se había embarcado con ella. ¿Por qué no se dejaba de miramientos y la violaba de una vez?, se preguntó llena de turbación. Tenía la impresión de que aquello habría sido más fácil de sobrellevar que las eróticas acometidas que él infligía a sus sentidos. Se cubrió los senos con los brazos y se volvió de espaldas, profundamente avergonzada de su semidesnudez y de la falta de control con que había respondido al ataque del general.

-¡Vístase! -gritó él con aspereza-. ¡Vístase *pronto*, antes de que cambie de opinión y la tome aquí y ahora!

-¿Por qué... por qué no lo hace y acaba de una vez? -preguntó ella con nada de prudencia entre sollozos, mientras, obedeciendo su orden, se inclinaba para recoger el hatillo de ropa que él le había dado antes y, con dedos temblorosos, empezaba a- desatarlo.

-Porque... porque eso sería demasiado fácil.

-No... no lo entiendo. ¿A qué se refiere?

-Un cuerpo es algo barato, Araminta. Un hombre puede comprarlo por el precio de una botella de vino de mala calidad.

-¿O tomar uno a la fuerza? -gimió con desdén. Cuando deshizo el hatillo, descubrió que aquellas prendas eran suyas. Su sorpresa y su enfado fueron mayúsculos. Sin lugar a dudas las habrían robado de su dormitorio los dos forajidos que irrumpieron en su habitación la noche de su boda y la persiguieron por el pasillo y las escaleras de la hacienda de su abuelo antes de que Rigo apareciera sobre su semental para llevársela consigo.

-O tomar una a la fuerza, *sí* -asintió él con voz queda.

Su mirada se había vuelto distante, como si de pronto se sintiera acosado por algo, por algún recuerdo que no debía de ser precisamente agradable, pensó ella con curiosidad, puesto que sus hermosos rasgos se torcieron para formar una mueca triste, angustiada. Pero cuando él volvió a hablar, pensó que se había equivocado, seguramente habría sido un juego de luces causado por el sol del amanecer o por su imaginación. En vez de hacer referencia a lo que había ensombrecido su mirada, Rigo le hizo una advertencia:

-Sin embargo, poseer la mente y el corazón de una mujer..., bueno, ésa es una cuestión muy distinta... Pero eso será lo que conseguiré de usted, Araminta, cuando la haga mía.

-¡Usted está loco! -gritó ella, más asustada y confundida que nunca. El general estaba hablando de cosas que eran fruto del amor y, aun así, en

ningún momento había mencionado la posibilidad de que la amara, o de que fuese amado por ella. No le importaría ella mucho si había permitido que se casara con Judd, pensó-. ¿Cómo es posible que piense usted en llegar a poseer mi mente o mi corazón? Lo odio, y lo desprecio. ¡Jamás sentiré por usted otra cosa que no sea asco, general! ¡Ni ahora ni nunca!

-Entonces seguirá siendo mi prisionera durante mucho tiempo, *señora* -le aseguró él, mirándola con severidad y determinación-. Le prometo que no la dejaré libre hasta que no haya traicionado a Judd por completo.

-¡Traicionado! -repitió Araminta aterrada mientras cogía una arrugada blusa color crema del montón de ropa que tenía a sus pies-. ¡En serio, usted está loco de remate! ¡Ningún esposo en su sano juicio consideraría el rapto y la violación de su mujer como una traición, general!

-¿Violación?-Rigo arqueó una de sus diabólicas cejas en señal de sorpresa. Su voz tenía un tono burlón y desdeñoso que la enfureció-. Claro, eso es lo que usted teme, ¿verdad, *gringuita*? Pero no debería preocuparse por ello; le prometo que cuando la tome, y esté segura de que acabaré haciéndolo, usted me aceptará por voluntad propia. ¡Esa será la copa de la venganza que daré de beber a su marido, una copa que le sabrá amarga como ninguna!

-¿Venganza? ¿Es ése el motivo que le ha llevado a rebajarse hasta el extremo de raptar a una mujer indefensa que no tiene la culpa de la enemistad que haya entre usted y su marido? ¿Esa es la razón que le ha inducido a utilizarme como peón en su perversa conjura contra Judd? -La voz de Araminta adquirió un tono de venenoso desprecio-. ¡Entonces le diré que ha fracasado en su propósito, general, porque se engaña si piensa que algún día llegue a acceder a sus deseos por voluntad propia jamás lo haré! ¡Aunque me ponga un cuchillo en la garganta y me amenace con matarme jamás me someteré! ¡Prefiero morir a acostarme con usted! ¡Cerdo! ¡Usted es un sucio cerdo!

Rigo respiró profundamente y la atravesó con la mirada. Araminta sabía que le había enfurecido de veras con los insultos que acababa de escupirle al rostro. El general estrujó la camisola que todavía tenía agarrada hasta que los nudillos se le pusieron blancos, ante lo cual, ella, temiendo haber ido demasiado lejos, dio un respingo y saltó hacia atrás con la blusa apretada contra el pecho para cubrirse los desnudos senos.

-Habla con demasiado descaro si tenemos en cuenta que se halla a mi merced, *señora*. Tiene suene de que no la abofetee por esos insultos. Pagará por ellos en otra ocasión, se lo aseguro. Venga, vístase y dése prisa. Ya nos hemos entretenido bastante aquí.

-Necesito mi camisola -insistió ella.

-Yo, en cambio, prefiero que no la lleve. -Rigo sonrió con aire socarrón. El brillo que despedían sus ojos mientras la devoraba con la mirada tenía un

significado muy claro: el general quería que les separara el menor número de cosas posible.

-¡Es usted un... un cerdo! -le espetó sin preocuparse de que la castigara por su insolencia.

Araminta se volvió otra vez de espaldas a él, se puso la blusa y trató de abrocharse los pequeños botones. Pero debido a los nervios que le producía el hecho de que estuviera mirándola y el miedo que sentía ante la posibilidad de que perdiera la paciencia y quisiera ayudarla, acabó haciéndolo con una extraordinaria torpeza. Al final, cuando sólo habla logrado abrocharse la mitad de los botones, se dio por vencida y se hizo un nudo con los dos extremos de la blusa. Nunca había llevado una blusa sin camisola y corsé, de modo que no tardó en darse cuenta de cómo la seda se deslizaba sensualmente por su piel, se le adhería al cuerpo y se ajustaba a la forma de sus senos. Cada vez que se movía, la tela le acariciaba los pezones de manera que éstos se ponían rígidos y abultaban la superficie de la blusa. La sensación que aquello le producía era, al mismo tiempo, pecaminosa y electrizante, dicotomía que la inquietaba.

Sin darle más vueltas, Araminta se quitó a toda prisa la camisola, pero no pudo evitar sonrojarse como la grana en cuanto pensó que Rigo la estaba viendo vestida con sólo la blusa, las enaguas, las medias y los zapatos. De todas formas, ¿qué importaba ya?, se preguntó a sí misma con amargura. Ya la había desnudado de cintura para arriba y la había besado y tocado como ningún otro hombre lo había hecho jamás... El corazón se le aceleró de repente al recordar la sensación que le había producido el contacto de su boca y sus manos sobre los pechos, la manera que se le habían endurecido los pezones cuando él los lamió. No tenía derecho a tocarla de aquel modo, pensó con desesperación. Entonces, comenzó a temblar de miedo, y también una terrible y pérfida excitación: se lo haría de nuevo cuando y como quisiera, y ella no lo podría evitar.

Se quitó los zapatos, malhumorada, y se puso a toda prisa la larga falda-pantalón y la chaquetilla de corte español con encajes de su elegante traje de montar. Luego se enfundo las botas de cuero y dio gracias porque los *bandoleros* que habían desvalijado su armario y su cómoda también se hubieran llevado un sombrero de copa plana y ala ancha para protegerse del sol. Asimismo, se habían preocupado de coger el cepillo y el peine de plata, con los que no tardó en deshacer los innumerables nudos que tenía en el cabello. Cuando hubo acabado, se recogió la larga melena en una sola trenza que aseguró con una de las finas correas del hatillo. Se puso el sombrero y se volvió hacia Rigo, que la miró con gesto de aprobación.

-Estoy seguro de que se hallará mucho más cómoda con esta ropa, *gringuita* -comentó.

Recogió enaguas, zapatos, corsé y camisola, y envolvió todo ello en el traje de novia. Cogió otra correa e hizo un nuevo hatillo con todas las prendas, que colocó detrás de su silla de montar con la manta enrollada. De ese modo, la leve esperanza que Araminta abrigaba se desvaneció. Rigo no

era tan descuidado como para abandonar la ropa en aquel lugar y dar una pista a su abuelo y Judd. Debería haber pensado que un hombre como él, que había planeado el secuestro con tal meticulosidad que incluso había robado el traje de montar, el peine y el cepillo de su víctima, no pasaría por alto algo tan obvio. Rigo tampoco se olvidó de atarle las muñecas antes de subirla a su caballo y dejarla sentada a horcajadas sobre la silla.

Cuando el general se sentó detrás de ella y le pasó un brazo alrededor de la cintura, Araminta notó que la blusa se le pegaba, frotándole y excitándole los desprotegidos pezones. Temblorosa, trató de sentarse erguida, pero Rigo, con risa suave, hizo más ceñido el abrazo y metió la mano por debajo de la chaquetilla para acariciarle los senos con toda impunidad. Se trataba de un castigo por su pequeña rebelión, pensó Araminta. Rigo espoleo el caballo y dio un leve silbido. Debía de ser algún tipo de señal, porque a los pocos segundas tres *bandoleros* aparecieron por detrás, donde seguramente habrían estado apostados para vigilar el camino del norte. Entonces pudo ver al resto de los bandidos cabalgando precavidos en fila india por el tortuoso y estrecho camino hacia el sur. Había llegado el momento de reanudar el arduo viaje.

Avanzaron sin cesar durante todo el día y parte de la noche, o quizá más, y, como habían hecho la primera vez, al día siguiente volvieron a ponerse en camino con el amanecer. De ese modo, las jornadas transcurrieron y se convirtieron en semanas, de tal forma que Araminta perdió la cuenta del tiempo y tuvo la sensación de que siempre había sido la prisionera de Rigo. Empezaba a pensar que su abuelo y Judd habían renunciado a su búsqueda y la habían abandonado, y que la única vida que conocería a partir de ese momento sería la de prisionera del general. Como era joven, animosa, y quería vivir, fue adaptándose poco a poco al salvaje páramo mexicano; a los áridos y duros desiertos que se extendían hasta los confines de la tierra; a las altas y escarpadas montañas que rompían de repente el paisaje; a las largas horas a caballo bajo un sol inmisericorde, y a las heladoras noches, cuando el cortante viento huracanado que bajaba de las frías alturas gemía sin cesar por entre los peñascos, los riscos y los cañones y sobre los interminables valles y altiplanos del desierto.

Pronto se olvidó de lo que significaba estar seca y sentir el acogedor calor de una casa y se fue acostumbrando a permanecer mojada después de vadear un río, a achicharrarse cuando cabalgaban al sol y a sentir el congelador frío del viento de la noche. Ya no se acordaba de la última vez que no dolían todos los músculos del cuerpo o que no se había sentido tan agotada que se quedara dormida como se quedaba ahora, apenas acostarse sobre una áspera manta extendida en un suelo duro como el adobe. No sólo había perdido la cuenta del tiempo, sino también el sentido de la orientación. Ya ni siquiera sabía dónde se encontraba. A veces, tenía la sensación de que habían estado viajando en círculos; otras habría jurado que no se habían desviado del suroeste en ningún momento y que seguían en dirección de un misterioso destino que sólo Rigo conocía.

De vez en cuando, varios *bandoleros* formaban grupos de dos o tres personas y desaparecían en distintas direcciones como si quisiesen despistar

a un posible perseguidor. Araminta se hallaba completamente despistada y pensaba que su abuelo y Judd, si seguían buscándola, estarían en la misma situación. Seguramente, haría ya tiempo que Rigo y los suyos habrían desbaratado cualquier tipo de persecución. Aun así, no cesaban de dejar pistas falsas: volvían sobre sus pasos, cabalgaban sobre rocas y por el lecho de los ríos, borraban huellas y evitaban hogueras por la noche.

Con el transcurso del tiempo, Araminta acabó sintiendo repugnancia por la carne seca, aunque no le quedaba más remedio que comérsela, consciente de que no había nada más que llevarse a la boca hasta bien avanzada la noche, cuando Rigo decidía acampar. Con frecuencia, antes de retirarse a descansar, se quedaba quieto con los ojos clavados en los altiplanos y los valles iluminados por la luz de la luna. Aguzaba el oído y escuchaba con atención los sonidos de la noche, respirando profundamente para oler los perfumes que transportaba el viento. Los bandidos solían bromear diciendo que era capaz de oler el rastro de un puma a dos kilómetros de distancia. Araminta se dio cuenta de que, a pesar de las risas, siempre le respetaban y hacían caso cuando, merced a un sexto sentido, presentía un peligro. Parecía como si su misterioso instinto les hubiera salvado la vida en más de una ocasión.

Dos veces les pidió, en buen tono pero con firmeza, que guardaran silencio. Entonces pudieron oír el lejano ruido de hombres y caballos: *federales o rurales*, indios yaqui o alguien peligroso. Por esa razón, aunque hubieran podido ser su abuelo y Judd, Araminta no se atrevió a gritar, no sólo porque no sabía quiénes caerían en ese caso sobre ella y los forajidos, sino porque Rigo le tapaba la boca con la mano y llevaba a cabo su amenaza de ponerle el cuchillo en el cuello para que se mantuviera callada. Prefería cortarle el cuello, pensó desesperada, a permitirle que pusiera a sus hombres en peligro. Los *bandoleros* le eran incondicionales, mientras que ella, no.

Profundamente consternada por la frívola y desvergonzada reacción que había tenido a la diabólica forma del general de vengarse, trataba de resistirse a él cada vez que había ocasión, temerosa de que, en caso contrario, acaban, como era intención de Rigo, irremediablemente a su merced. Jamás en su vida -ni siquiera en Nueva York- se había sentido tan desvalida. Dependía de él para todo: la comida, la ropa, su seguridad, su bienestar e incluso su propia vida. De ese modo, aunque con frecuencia se decía a sí misma que lo odiaba, con el transcurso de las semanas acabó dándose cuenta de que, en ocasiones, se olvidaba de que estaba secuestrada y, de forma misteriosa pero inexorable, se sentía atraída hacia su protector. Tan incomprensible le parecía la irreprimible pasión que el general despertaba en su cuerpo como la extraña respuesta que provocaba en su mente. Araminta no sabía que estaba sufriendo lo que décadas más tarde, sería conocido como «síndrome de Estocolmo», típico entre las personas secuestradas y que, en su caso, se veía reforzado por la insondable pero inequívoca fascinación que sintió por él mucho antes del rapto. Lo único que sabía en que, sin darse cuenta, se había acostumbrado a él, lo había aceptado y -que Dios la ayudara -había acabado por anhelar sus manos y se alegraba cuando la tocaba: le ataba y desataba la cuerda, le frotaba

vigorosamente las muñecas, la subía o bajaba de la silla, la sujetaba y acariciaba, mientras cabalgaban por el interminable desierto o cuando se acostaba junto a ella sobre la manta y él reanudaba sus despiadados y seductores juegos sobre su cuerpo y sus sentidos.

Era algo indecente… lo que elle hacía con las manos y la boca, se repetía Araminta una y otra ve; como queriendo convencerse de lo que decía. La besaba como si tuviese la intención de seguir besándola siempre, como si quisiera apoderarse de lo más profundo de su cuerpo y luego devolvérselo. La lengua del general le dibujaba primero el contorno de los labios para luego separarlos y entrar con entera libertad entre ellos; entonces se sumergía en los lugares más misteriosos de su boca e, implacable, se apoderaba de ellos, recreándose en los dulces secretos de las zonas más húmedas. Entretanto, le desabrochaba uno a uno los botones de su blusa de seda, deshacía el nudo con que ella seguía uniendo los extremos le resultaba más fácil y cómodo de esa manera-, y la abría para dejar al aire sus senos desnudos, que se lanzaba a acariciar y a chupar como si fuese su amante o su marido y tuviera todo el derecho a hacerlo. Entonces se desabrochaba su propia camisa y la atraía hacia su pecho desnudo, así apoyaba su cabeza contra el oscuro vello que lo cubría. Cuando ella lo tocaba con las palmas de las manos o con las sensibles puntas de sus pezones, le daba la impresión de que era terciopelo oscuro, y notaba el latido de su corazón junto al de ella, una sensación que le parecía tan entrañable que se sentía embargada por un confuso anhelo. A veces, la obligaba a que pusiera la boca sobre su pecho y se lo besara, salado como estaba por el sudor que el sol hacía aflorar a su piel y que el viento del desierto había secado. Su sabor a tierra era tan embriagador como el vino fresco de verano. Parecía como si él fuese la representación de los elementos, pensaba Araminta: fiero, inmisericorde, abatiendo sus modestas defensas con la misma seguridad y violencia con que las cascadas se precipitaban desde los picos nevados de las montañas para transformar y configurar la tierra.

Años más tarde, cada vez que recordara los agridulces e interminables días de aquel verano en México, no sería capaz de verlos con claridad, sino difusos, como si se reflejaran en un espejo borroso y oscuro. Aquellos días -y noches- pareció vivirlos en un perpetuo estado de aturdimiento, semejante a un sueño del cual fuera incapaz de despertar y que, al final, como algo inevitable, quisiera mantener. Una y otra vez se dijo a sí misma, y a Rigo también, que lo odiaba, y en su fuero interno era cierto, sobre todo porque había conseguido que no le odian en absoluto; que, en realidad, una parte de ella, horrible y engañosa, lo amara, lo hubiera amado siempre, y estuviera destinada de manen ineludible a someterse a él tal como era su intención. Rigo había despertado la pasión de su joven y traicionero cuerpo, le había abierto el apetito y luego, con cruel deliberación, se había negado a satisfacer el hambre hasta el punto en que, en ocasiones, ella llegaba a creer que se volvería loca como consecuencia de aquel dulce y salvaje tormento. Durante las largas noches de duermevela, él se metía con ella debajo de las mantas y la engañaba y seducía de tal modo que Araminta acababa rogándole que la tomara y sacian su angustioso anhelo. Otras noches, febriles y vibrantes, cuando ya llevaba tiempo dormida, él la despertaba y excitaba mediante brutales e insistentes besos; mientras sus manos

recorrían su cuerpo con apasionada urgencia, la aplastaba contra el duro suelo con todo su peso y la torturaba de nuevo con aquello que se negaba con determinación a darle.

Ella no sabía cómo Rigo era capaz de ahogar su deseo; ni siquiera conseguía imaginarse cuánto le costaría frenarse cuando lo que en verdad deseaba era tomarla. Sin embargo, fiel a su palabra, no lo hacía; y, lo que era peor, Araminta sabía que no lo haría hasta que ella se lo pidiera, hasta que le suplicara que poseyera su cuerpo y su alma y, de este modo, traicionara a Judd, su marido, a quien nunca había amado ni deseado y cuyo rostro a veces apenas podía recordar. Aun así, ella en su esposa. Bajo el entoldado blanco que habían instalado en el jardín de Sierra Alta para la ocasión, ella había jurado amarle, honrarle y respetarle, y si lo único que tenía para darle era su fidelidad, debía cumplir al menos ese deber para con él. Ella ignoraba qué había hecho Judd para ganarse la enemistad de Rigo, una enemistad tan profunda y obsesiva que lo había arrastrado a cometer las fechorías que estaba llevando a cabo con ella. Era algo que Rigo se negaba a decirle, y silenciaba cualquier pregunta con sus labios y manos a la espera de que le dijera lo que más deseaba oír, las palabras de rendición que ella rehusaba pronunciar. El silencio de Araminta los dejaba doloridos e insatisfechos, e impulsaba a Rigo a tomarse más libertades con su cuerpo, incrementando así el deseo y la vergüenza de la joven.

Aletargada por el deseo y la falta de sueño, Araminta fue desentendiéndose cada vez más de todo excepto de Rigo. No pasaba un instante sin que fuera dolorosa y apasionadamente consciente de su presencia y de la avidez con que la miraba siempre, con aquella extraña, ansiosa y obsesiva expresión que tenía en sus ojos de cuarzo, una expresión que la desconcertaba, porque ningún hombre la había mirado de esa manera. Sin embargo, cuando él se daba cuenta de que ella lo observaba, entornaba los párpados para ocultar la mirada, y entonces Araminta no podía leerle los pensamientos. Llena de una extraña aflicción, se decía que si comprendiera el significado de aquella expresión, de alguna manera, todo cambiaría entre ellos. Entonces, como si supiese lo que estaba pensando, Rigo la devoraba con la mirada y ella se sonrojaba, previendo, con el corazón desbocado, lo que ocurriría más tarde cuando se encontrara entre sus brazos. Sin embargo, cuando veía que cambiaba de expresión y sonreía sardónico, Araminta se moría de ganas de borrarle aquella mueca de la boca a bofetadas y volvía a convencerse de que lo odiaba a muerte y de que se odiaba aún más a sí misma por haber sido una estúpida al creer que Rigo era mejor de lo que parecía.

Librodot

13

Velvet Hobart jamás se había sentido tan asustada en toda su vida. Lo que había comenzado siendo una peligrosa aventura se había convertido de repente en una pesadilla mortal cuando, la noche de la boda de Judd, el general Rigo del Castillo había atacado Sierra Afta y se había llevado a Araminta, la mujer de su hermano. Velvet se echaba a temblar cada vez que pensaba en ello, porque si Judd llegara a enterarse de todo lo que ella había hecho, la mataría: salía a escondidas del Chaparra! para ir a reunirse con su amante, Rigo, el cual, gracias a su tonta boca -que él había devorado a placer-, había conseguido casi toda la información de que disponía sobre los ranchos de Texas que él y sus hombres se dedicaban a desvalijar; y, lo que era más grave, sin darse cuenta le había revelado cada detalle acerca de la boda que tendría lugar en Sierra Alta; así, le había sido posible decidir con exactitud cuándo, cómo y dónde atacar.

Velvet ignoraba que Rigo tuviera planeado raptar a Araminta, y aunque tenía miedo de que se descubriera la relación que había mantenido con él, lo que más le molestaba era el hecho de que Araminta hubiera sido la víctima del secuestro. Y eso que no se había hecho ilusiones respecto a él. Desde luego, con respecto al matrimonio, siempre había sido un candidato inaceptable, siendo un bastardo y un bandido, perteneciente además a una clase social muy inferior a la suya. Nunca había pasado de ser más que un excitante desafío, una emoción prohibida, alguien con quien se había divertido para romper la rutina diaria. Al igual que su hermano, Velvet disfrutaba probando los aspectos más turbulentos de la vida y le molestaba que Judd gozara de una serie de libertades de las cuales ella, como mujer, se veía privada. Si se lo proponía, era tan capaz de administrar el Chaparral como Judd y, a pesar de ello, ¿iba a corresponderle alguna parte del rancho? No. Judd se quedaría con todo. Si quería conseguir algo en la vida, tendría que pedírselo a un marido. Mientras tanto, Velvet no dejaba de indignarse por las restricciones que la sociedad y la familia le imponían.

Rigo no había sido su primer amante. Hacía bastante tiempo que había perdido la virginidad con Cole Parker, el mejor amigo de Judd, un patán rico pero egoísta con quien planeaba casarse. Rigo, en comparación, había sido un amante de una extraordinaria habilidad, a pesar de que siempre la trataba con una despreocupación y displicencia desconocidas para ella, acostumbrada como estaba a que los hombres se arrastraran a sus pies. Sin embargo, últimamente, Rigo había empezado a perder interés, Velvet tenía que reconocerlo. Cada vez pasaba menos tiempo con ella y cuando acudía a una cita, mostraba más interés en los amores de Judd y Araminta que en ella. Y ya sabía el porqué: estaba planeando el secuestro de Araminta.

Librodot

Velvet se estremeció al recordar la furia con que su hermano había reaccionado aquella noche, cuando se enteró del propósito que llevaban los bandidos al atacar Sierra Alta. Habría sido capaz de cometer un asesinato. La idea de que Judd se enterara del papel que ella, sin saberlo, había desempeñado en aquella debacle la aterrorizaba. Nunca olvidaría lo ocurrido hacía año y medio, cuando, de forma accidental, ella dejó cojo al caballo favorito de Judd al obligarte a saltar un obstáculo demasiado alto. Cuando la vio con el caballo herido, Judd se enfureció, la agarró cruelmente por el cuello y empezó a golpearle la cabeza contra la puerta de la cuadra con tal fuerza que no la mató de verdadero milagro. Velvet estaba segura de que lo único que evitó que la ahogara o le abriera el cráneo fue la intervención de varios trabajadores del rancho, que acabaron llevándoselo de allí a la fuerza.

Conmocionada y furiosa por el ataque de Judd, decidió vengarse corriendo una aventura con su peor enemigo, Rigo del Castillo, sin dejar en ningún momento el compromiso con su mejor amigo, Cole. Se había estado riendo de Judd en secreto, regodeándose con la idea de lo horrorizado que se sentiría si se enterase de que su hermana había puesto los cuernos a su mejor amigo.

La noche del incendio en el Chaparral, Velvet había empezado ya a sospechar que el interés que Rigo sentía por ella no dependía tanto de sus encantos como de toda la información que le proporcionaba. Hasta ese momento, ni siquiera había caído en la cuenta de que, con su información, lo ayudaba a llevar a cabo las incursiones en los ranchos de Texas; esa noche, en cambio, supo con toda certeza que Rigo la había estado utilizando y, por esa razón, lamentaba amargamente haberse lanzado en sus brazos como lo había hecho.

Jamás hubiera imaginado que el hecho de vengarse de su hermano diera como resultado el secuestro de su cuñada. Por ello, y aunque en su fuero interno creía que le estaba bien empleado, Velvet tenía verdadero miedo de que se descubriera la verdad. Si Judd era capaz de mostrarse tan violento por un caballo, ¿qué no haría por su esposa?

Aprovechando la sombra de su sombrero para protegerse los ojos del sol, Judd aguzó la vista para abarcar el paisaje que se extendía ante él, Noble Winthrop y los hombres que le acompañaban. Pensó en la inutilidad de todo aquello. La búsqueda que habían emprendido era un verdadero desatino. Hacía días que habían perdido el rastro y no tenían posibilidades de encontrarlo de nuevo. Gracias a los cielos, se dijo.

Cuanto más se adentraban en México, más peligroso se hacía el avance y más posibilidades tenían de que los *bandoleros*, los revolucionarios o, incluso, los *federales* o los *rurales* acabaran con ellos. Los guerrilleros federales, conocidos como los colorados por la costumbre que tenían de cabalgar con una bandera roja y porque sus manos estaban manchadas de sangre eran de una crueldad espectacular. A las órdenes del general Pascual Orozco -un traidor a la revolución-, se habían dedicado a recorrer el norte de

México y habían incendiado, saqueado y desvalijado los lugares donde vivía la gente pobre. Se decía que de los cuatro mil habitantes de una ciudad, sólo cinco habían sobrevivido al paso de los colorados; y que en Chihuahua habían cortado las plantas de los pies a un hombre y le habían obligado a caminar un par de kilómetros por el desierto hasta que murió. Cuando el general Francisco *Pancho* Villa y su ejército, que crecía a ojos vista, capturaban a un *colorado*, lo mataban.

Los servicios de ferrocarril y telégrafos de todo México estaban interrumpidos. Al norte, en Sonora, Chihuahua, Coahuila y Durango, los revolucionarios -muchos de los cuales actuaban sin la autorización de la División del Norte- no sólo estaban apoderándose de las *haciendas* de los mejicanos ricos, sino que también se hacían con las de estadounidenses pudientes que se habían ido estableciendo en México en el transcurso de los años. Al sur, los zapatistas seguían dominando la situación: avanzaban en dirección a la capital y hacían que las tropas gubernamentales se dividieran para así intentar resistir los continuos ataques que se estaban produciendo en los dos frentes. En la frontera, los estadounidenses habían sido advertidos de que si se atrevían a entrar en el país, serían detenidos y llevados al paredón. Los inspectores de aduanas paraban y registraban a los refugiados que cruzaban la frontera en dirección a Estados Unidos para asegurarse de que no introducían mercancías de contrabando; por otro lado, los soldados estadounidenses al mando del coronel John Pershing se dedicaban a capturar a los desertores y los soldados que se retiraban de México y los conducían como si fuesen ganado hasta Fort Bliss, en Texas, para encarcelarlos en una prisión militar.

Desde el asesinato del presidente Madero, los sentimientos contra Estados Unidos habían crecido a pasos agigantados en México, debido en buena medida a la participación de Henry Lane Wilson, el embajador estadounidense en México, en el *Pacto de la Embajada*[1], un acuerdo entre Huerta, Díaz y Wilson para derrocar al gobierno mejicano y hacerse con el poder. Wilson negaría más tarde su participación en la trama, y hablaría de sus acusadores llamándoles «mejicanos inmaduros» y «emotiva raza latina», con lo cual las tensas relaciones entre Estados Unidos y México no harían más que empeorar.

Las canciones estadounidenses se oían por todas partes. Pocos días antes, Judd había tenido ocasión de oír cantar un par de ellas a unos peones que trabajaban en el campo:

Los gringos son todos tontos.
Nunca han estado en Sonora,
y cuando quieren decir: Diez reales,
dicen dólar y un cuarto.

Y

Yo tengo una pistola

[1] The Embassy Pact.

con cachas de marfil
para matar todos los gringos
que vienen por ferrocarril.

Era el colmo de la estupidez, pensó Judd, irritado e inquieto, que Noble hubiera insistido en cruzar el río Grande. Una vez se habían dado cuenta hacia dónde se dirigía Rigo del Castillo, deberían de haber regresado a Sierra Alta. Allí habrían esperado tranquilamente la petición de rescate, y luego habrían ido a El Paso para ofrecer una recompensa a quien encontrara a Araminta sana y salva, y contratar a varios mercenarios que se ocuparan de rescatarla; aunque Judd no esperaba que esas acciones, si es que se llevaban a cabo, dieran fruto.

Noble, en cambio, se había empeñado en cruzar el río después de ordenar a la mitad de sus hombres que se dirigieran a un cercano pueblo fronterizo, consiguieran provisiones para un largo viaje y se reunieran luego con ellos. Por suerte, ese arrogante y astuto cerdo, Rigo del Castillo, había cruzado la frontera por un punto en que las patrullas de ambos lados se encontraban bastante desperdigadas. Además, era probable que estuvieran durmiendo bajo los efectos del exceso de *pulque o sotol*, pensó Judd con asco.

Por mucho que el rapto de Araminta la noche de su boda le hubiera enfurecido y deshonrado, desde el primer momento había opinado que aquella persecución suponía una total pérdida de tiempo. Desde luego, era una verdadera desgracia lo que le había ocurrido a Araminta, consideró Judd con una repentina punzada de pesar por su desaparición, y por el hecho de que le hubieran impedido quitarle la virginidad. Tarde o temprano, Rigo del Castillo tendría que pagar por ello. Sin embargo, en cuanto a Araminta... bueno, tras toda la degradación que sin lugar a dudas sufriría a manos de Del Castillo y los forajidos que lo seguían, Judd no se imaginaba que nadie esperara que la recibiera con los brazos abiertos cuando volviera. ¿Qué hombre querría a una mujer de quien hubiera dado buena cuenta una panda de sucios bandidos mejicanos antes, además, de que él la hubiera tomado? No, eso era más de lo que cualquier hombre soportaría, sobre todo si era rico y tenía prestigio social, pensó Judd con acritud.

Sin embargo, cuando había intentado hablar sobre ello a Noble, el anciano se había vuelto hacia él, rojo de ira, y lo había mirado enloquecido, como si estuviese a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

-¡Cierra tu maldita bocaza ahora mismo, Judd! -le había escupido-. ¡Y no la vuelvas a abrir! Los dos sabemos el porqué ese hijo de puta ha secuestrado a mi nieta. ¡Y también sabemos que la culpa es tuya! Por eso, ¡y que Dios te ayude si no lo haces!, vas a rescatarla y permanecerás a su lado, haga lo que haga ese cerdo; porque, en caso contrario, te lo advierto: aconsejará a Araminta que se divorcie de ti y luego arrastrará tu nombre por el barro para que los tribunales de justicia sepan a qué atenerse contigo. No volverás a pisar Sierra Alta. Puede que seas mi ahijado y que tu padre sea mi mejor amigo, pero me ocuparé de que antes de mi muerte, tú y el Chaparral estáis hundidos en la miseria, ¡te lo juro! ¿Me has oído, muchacho?

-Con toda claridad... señor -había balbuceado Judd, enfurecido.

¿Cómo se había atrevido Noble a hablarle así? No tenía derecho, ninguno en absoluto. Y que insistiera en que debía mantener la cabeza bien alta, haciendo ver que esa cuadrilla de asquerosos *bandidos* mejicanos no había levantado las faldas a su esposa y la había violado de todas las sórdidas maneras posibles..., bueno, eso era más de lo que él era capaz de aguantar... ¡Y no lo aguantaría! ¡No estaba dispuesto a dejar que los cuernos se le vieran para que todos los potrillos de alto copete que había en Texas se mofaran e hicieran chistes sobre él a sus espaldas! Antes que permitir algo así, prefería ver a Araminta muerta.

Se volvió sobre su silla para mirar a Noble y comprobó, con un cierto grado de maligna satisfacción, que el viaje había hecho mella en el anciano. Noble ya no era tan joven, y los interminables días que había pasado sobre la silla de montar habían agravado su gota, afectándole de tal manera que por la noche necesitaba la ayuda de dos trabajadores para bajarse del caballo y sentarse en el suelo. Su arrugado y bronceado rostro se había convertido en una pálida máscara marcada por el dolor. Judd no creía que Noble, por muy testarudo que fuese, tuviera las condiciones físicas adecuadas para seguir discutiendo con él sobre la posibilidad de regresar a casa, como tampoco creía que, si surgiera la ocasión, los trabajadores del rancho se quedaran callados y se negaran a respaldarle cuando insistiera en que debían regresar a Texas. El viaje se había vuelto demasiado peligroso y ya se habían adentrado lo suficiente en México como para no sentirse seguros.

-Hemos perdido el rastro, Noble -le dijo lisa y llanamente con una mirada inexpresiva-, y no tenemos esperanzas de reencontrarlo. Del Castillo y sus hombres han borrado sus huellas demasiado bien. Los *bandoleros* han empezado a separarse, por lo que ya nos es imposible elegir un camino con seguridad. No podríamos seguir ni siquiera encontrando una señal, pero tampoco la hay.

-Araminta va montada en el mismo caballo que Del Castillo; lo sabemos por las huellas de las herraduras... protestó Noble con voz débil, como si incluso él hubiese caído en la cuenta de que tenían pocas esperanzas de rescatar a su theta.

Judd frunció el ceño y meneó la cabeza.

-Ni siquiera estamos seguros de eso ya. He de admitir que ese hijo de puta es muy listo. Tal vez haya cambiado de caballo con dos de sus hombres, con la intención de confundirnos, y les haya dicho que vayan montados juntos. O quizá no. Es más, usted lo sabe, Noble. Ha de aceptarlo: no conseguiremos rescatar a Araminta de esta manera. Las provisiones empiezan a escasear. Corremos el peligro de que los federales, los rurales o los revolucionarios nos preparen una emboscada en cualquier momento y nos ejecuten. Hemos de dar la vuelta. Tenemos que volver a casa.

Al final, a la vista de las malhumoradas expresiones de los trabajadores, la irrefutable lógica de Judd y el creciente dolor físico que sentía, Noble se vio obligado a dar la razón a su ahijado, aunque le mortificaba el fracaso obtenido en la búsqueda de su nieta y tener la necesidad dé admitir que Del Castillo lo había derrotado. Cuando pensaba en lo que Araminta debía de estar sufriendo, el miedo y la furia se adueñaban de él, puesto que no cabía esperar que Del Castillo se comportara como un caballero y ella volviera a casa tan virgen como cuando se la había llevado.

Noble comprendió que el sueño que abrigaba de fundar una dinastía merced a su theta y su ahijado se le estaba escurriendo, como la arena en un reloj, por entre los dedos. Judd no quería que Araminta volviera, al menos no en esos momentos; el joven tenía demasiado orgullo para aceptar a una esposa mancillada en su cama. Le daba igual si Araminta lograba sobrevivir. Si algo le ocurriera, Judd no levantaría un solo dedo para rescatar a la joven. Por tanto, de él dependía conseguir que su theta fuese liberada sana y salva. A pesar de que no le agradara el tener que desconfiar de su ahijado, Noble se dio cuenta de que, a partir de entonces, tendría que guardarse de él. Judd no sólo carecía de escrúpulos, sino que además era muy impulsivo y dejaba que el genio prevaleciera sobre el sentido común.

Por si aquellas preocupaciones no fueran suficientes para él, entre la conmoción por el rapto de su nieta y el arduo viaje que había emprendido para rescatarla, Noble había empezado a sufrir de verdad la clase de súbitos y angustiosos dolores de pecho que había fingido con anterioridad para presionar a su theta con el propósito de conseguir que se casara. El anciano temía, por mucho que hubiese tratado de ocultarlo, que la tensión nerviosa experimentada recientemente hubiera empezado a afectarle y que su corazón, como consecuencia de ello, estuviera resintiéndose.

-Muy bien, Judd -gruñó al fin-. Por esta vez lo haremos a tu manera. Volvamos a casa.

A duras penas, su ahijado logró reprimir la sonrisa que amenazaba con dibujarse en sus labios. Había ganado la batalla. Le hubiera encantado continuar insistiendo en el tema y seguir enfureciendo a Noble. Tal vez de ese modo llegara al extremo de hacer que cambiara de nuevo el testamento antes de estirar la pata, algo que no le convenía en absoluto. Durante los últimos días, Judd se había dado cuenta de que Noble había dejado de servirle de ayuda para convenirse en un lastre. Si el viejo muriese, Judd no sólo heredaría Sierra Alta, sino que le sería posible deshacerse de su deshonrada esposa sin problemas. Todo lo que debería hacer para alcanzar ambos objetivos era esperar la hora propicia y, cuando llegara, librarse de su decrépito padrino. Faltaba mucho camino para llegar a casa y tenían que cruzar una tierra hostil. Cualquier cosa era posible; una tragedia incluso. Bueno, hasta el pobre Noble podía perder la vida.

14

Cuantas más cosas veía en México, mejor comprendía Araminta la razón de que los campesinos hubieran organizado una revuelta contra el gobierno dictatorial; los pudientes *hacendados*, ocupando las tierras más ricas que había al alcance de la vista, habían dejado a los peones unos terrenos tan duros e inhóspitos que incluso tras meses de trabajo apenas conseguían lo suficiente para dar de comer a sus hambrientas familias. Tanto los poblados mejicanos como los indios en que Rigo y los *bandoleros* hacían un alto para aprovisionarse no pasaban de ser un puñado de casas de adobe, a punto de venirse abajo, a lo largo de una seca, polvorienta y poco transitada carretera. El solitario pozo que había en el centro de la plaza de cada poblado tenía una cantidad de agua tan exigua que a veces resultaba insuficiente para dar de beber a todos los habitantes, y nunca llegaba para regar los pobres campos que se secaban al calor del implacable sol que caía sobre la región. Todo lo que crecía en ella los elementos lo maltrataban; incluso los árboles y arbustos autóctonos estaban esmirriados y maltrechos por la brutal acción del viento y la arena, que barrían todo lo que encontraban a su paso.

Sólo en las ondulantes vertientes de las colinas, en los enormes riscos y los solitarios peñascos -donde los pinos y los árboles de hoja caduca comenzaban a ser más gruesos-, y más allá, en las colosales montañas que se recortaban oblicuas contra un cielo azulísimo, se sentía alivio del interminable calor, el árido viento, el infinito monte bajo, la seca hierba de la pradera y las extensas dunas del desierto. Sin embargo, en los rocosos cerros no había espacio para cultivar, aunque en alguna ocasión Araminta vio unas cuantas ovejas o cabras. Estas estaban tan consumidas como las pocas reses, los cerdos y las gallinas que se veían en los poblados, animales tan hambrientos como sus dueños y cuya carne resultaba dura y fibrosa cuando los mataban, aunque no por ello dejaban de ser un festín para unas personas que no tenían nada mejor para comer. Araminta jamás había visto pobreza y desesperación semejantes, y, peor aún, tal miedo.

Estaba en todas partes: en los arrugados y curtidos rostros de los ancianos, quienes aún se acordaban de Benito Juárez y de «la otra guerra» contra el emperador Maximiliano; y en los oscuros y solemnes ojos de los niños, que guardaban silencio cuando los forajidos llegaban. No había más que unos pocos jóvenes. La mayoría de los varones había muerto o desaparecido luchando para un bando o para el otro. Las jóvenes estaban escondidas por miedo a que las descubrieran y violaran precisamente aquellos que, de una forma u otra, se habían llevado a los varones. Los famélicos perros, incluso, en vez de ladrar cuando veían a un extraño, gemían y desaparecían con el rabo entre las patas. Sólo los pollos cacareaban a los que llegaban, aleteando con furia antes de apartarse apresuradamente del camino que iban a pisar las herraduras.

Rigo y los bandidos irrumpían en aquellos poblados aislados y silenciosos sin tener una conciencia tan clara como Araminta de la

Librodot

aterradora estampa que ofrecían, armados hasta los dientes -rifles, carabinas, escopetas, pistolas, machetes y cuchillos- y con las cananas en bandolera llenas de proyectiles cruzándoles el pecho. Ella misma era un emblema del terror, montada como iba en el semental negro de Rigo, con su dorada melena brillando al sol. Resultaba evidente por sus muñecas, que el general mantenía atadas cuando viajaban como medida de precaución para que no escapara, que era su prisionera. Nadie, sin embargo, dio un solo paso para preguntar sobre ella, y mucho menos para ayudarla a escapar. Lo que sí hacían, en cambio, era mirarla con frialdad por las rendijas y los agujeros de las contraventanas de madera. Sólo muy de vez en cuando, un destello de curiosidad aparecía en sus oscuros ojos. El estado de conmoción civil del país era tal que ni siquiera la captura de una *gringa* era motivo de comentarios. Araminta no tenía duda de que supondrían que provenía de una de las vastas fincas estadounidenses que los revolucionarios habían tomado y que la habían apresado a causa de algún crimen que había cometido o porque los forajidos deseaban divertirse. Después de todo, ¿no era ésa la suene que las pobres mujeres mejicanas e indias corrían todos los días? ¿No era ésa la razón por la cual debían esconderse de los suyos en sus propios poblados?

A diferencia de muchos hombres que llegaban a los poblados, Rigo, al menos, pagaba lo que cogía, no en oro, ya que habría levantado sospechas si llegaran a descubrirlo en poder de los habitantes del pueblo, sino en sencillos *reales y centavos*, cuya posesión era posible explicar con más facilidad. Allá donde fuera, lo conocían no sólo por su aspecto sino por su reputación. En más de una ocasión, Araminta pudo ver que los habitantes de los pueblos reaccionaban con respeto, y una pizca de miedo que ocultaban de inmediato, en cuanto se enteraban de su rango y nombre: general Del Castillo; con frecuencia oyó que lo llamaban «el salvaje», razón suficiente, acaso, para que los habitantes de - los poblados hiciesen caso omiso al hecho de que la llevara apresada. Con todo, y pese a que no tenía muchas probabilidades de escapar, se alegraba cada vez que Rigo decidía entrar en un poblado, porque significaba que podría bañarse en condiciones y lavar su traje de montar mientras se ponía la ropa que alguna campesina le prestaba. A veces, incluso se quedaban varios días en un poblado y tenía ocasión de descansar del viaje.

Más que cualquier otra cosa de la dura vida que tenía que soportar ahora, lo que Araminta odiaba era el constante incordio que suponía la rojiza arena, que se le metía entre el cabello, le manchaba la piel y se pegaba a su ropa. En ocasiones tenía la sensación de que jamás volvería a estar limpia, y le entraban ganas de sumergir todo el cuerpo en una vieja bañera de madera llena de agua caliente. El hecho de que Rigo la observara y tocara constantemente había dejado de tener importancia para ella. Apenas le hacía frente ya, acostumbrada como estaba a la expresión de sus ojos y al contacto de su boca y sus manos sobre su cuerpo, provocándola y excitándola en contra de su voluntad, para dejarla luego furiosa e insatisfecha. En algún oscuro recoveco de su mente había aceptado el hecho de que no tenía manera de escapar de su lado; que, tarde o temprano, el general acabaría destruyendo los últimos vestigios de resistencia que ella le opusiera y se entregaría a él. Sólo su corazón, ansiando una palabra de ternura o de

cariño, lanzaba todavía algún grito de protesta cuando él la cogía entre sus brazos por la noche para enseñarle las lecciones que quería que aprendiera. Aun así, Araminta sabía que, en cierto modo, ella se alegraría cuando al fin la tomase y acabara la tortura que suponía el juego en el que se había embarcado con ella.

Al menos entonces todo habría acabado y Rigo le permitiría irse, aunque no sabía a dónde. Durante el inesperado viaje había tenido tiempo para pensar, y había llegado a la conclusión de que Judd ya no la querría, si es que la había querido en alguna ocasión. No la amaba, y tenía demasiado orgullo para aceptar a una esposa mancillada por otro hombre. Si se había preocupado de salir en su busca, haría tiempo que se habría cansado, regresando a casa para darla por desaparecida o, incluso, por muerta. En realidad, Judd no la necesitaba ya e, indudablemente, lo que más le convenía en que estuviera enterrada. Así se ahorraría la vergüenza de tener una esposa mancillada y, como había cumplido los deseos de su padrino casándose con ella, sabría con certeza que heredaría Sierra Alta. No, incluso si Rigo la soltase, no volvería con su marido, era la triste conclusión de Araminta. Debía huir a algún lugar donde nada se supiera de ella ni de la escandalosa historia del rapto. No sabía a dónde iría, ni tampoco cómo subsistiría, por lo que en vez de pensar en su incierto futuro, trataba, de concentrarse en sobrevivir hasta que el momento llegara.

Durante los primeros días de secuestro, pensaba que moriría. De hecho, una parte de ella quiso morir. Una mujer blanca decente en su situación se habría suicidado en vez de sufrir tal humillación. En cambio, la parte de su ser que era más fuerte que la otra, que deseaba morir, había hecho que llegara a la conclusión de que seguiría viviendo pasara lo que pasara. Esa parte de su ser era como una fuente interior de fuerza y convicción a la cual acudía para hacer acopio de valor. Parecía como si Araminta hubiese existido antes del secuestro y otra mujer hubiera ocupado su lugar.

A veces, cuando se detenían en algún pueblo, y tenía la oportunidad de mirarse en un agrietado y sucio espejo, tardaba en reconocer a la mujer que veía enfrente y en darse cuenta de que era su propio reflejo. La severa vida que llevaba, comiendo en el camino y acampando al aire libre, había hecho que perdiera peso. La delgadez de su rostro hacía resaltar sus grandes ojos verdes y sus angulosos pómulos, y daba a sus seductores rasgos un aspecto telúrico pero sobrenatural, semejante al de una gitana salvaje. Aquella mujer vivaz y juguetona, de larga y dorada melena al aire, ardientes ojos turquesas y exuberantes y provocadores labios no podía ser ella, pensaba como si estuviese en un sueño. Entonces se daba cuenta de que Rigo se encontraba detrás de ella, al acecho, formando una oscura forma en el espejo, con el típico brillo en sus ojos y una sosegada sonrisa de triunfo en los labios. El general deslizaba los brazos alrededor de su cuerpo y le agarraba los senos, posesivo, al tiempo que apretaba con sus labios ese punto sensible en que el cuello y hombro se unían. Araminta comprendía en esos momentos que aquella mujer no era fruto de su imaginación: era ella misma, su verdadero ser. No sólo estaba cautiva, sino también inexplicable e inequívocamente esclavizada por el hombre que la tenía apresada entre los brazos.

Librodot

Aunque la había secuestrado y la había tratado como ningún caballero lo hubiera hecho, en ocasiones, Araminta veía destellos del hombre con quien había conversado en la ribera del riachuelo, veces en que cerraba los ojos y se dejaba llevar por el sonido de su dulce y seductora voz, e imaginaba que estaba de nuevo en casa y se había escapado al despuntar el alba para encontrarse con él. Resultaba curioso que el dolor que sentía en esas ocasiones fuese tal que la dejara al borde de las lágrimas, y que la extraña proximidad que compartían resultara tan insoportable corno para que llegase a desear que, brusco como era, le diera un trato menos amable, de modo que para ella fuese más sencillo odiarle y desafiarle.

Araminta estuvo a punto de perder la determinación que le permitía mantenerle a raya el día que se acercó a ella y le dio un cuaderno de dibujo, un diario y unos lápices.

-Quiero que dibuje y escriba sobre lo que vea, Araminta. Yo me encargaré de enviar las historias, firmadas con su apodo, A. K. Munroe, a Liam O'Grady del *Record* de Nueva York. Ah, le sorprende que esté al tanto de la reciente publicación de su artículo en ese periódico. ¿Acaso no sabe, *gringuita*, que me preocupo de enterarme hasta lo más mínimo sobre usted?

Por supuesto, ella sabía que Rigo y sus hombres habían estado espiándola, porque, de lo contrario, él no habría podido planear el secuestro con tanta meticulosidad. Sin embargo creía haber logrado mantener oculto el secreto de la venta de su primer artículo, y de los siguientes durante los últimos meses. El hecho de que, a pesar de que tuviese sus razones para ello, Rigo quisiera que continuara con su carrera profesional contrastaba con la opinión de su abuelo y Judd acerca del lugar que le correspondía como mujer. Araminta fue rápidamente llenando el cuaderno de -dibujos de Rigo, los *bandoleros*, los poblados y sus habitantes indios y mejicanos, al tiempo que detallaba en el diario la historia de la revolución mejicana desde una óptica personal y cercana, sin dedicarse tanto a la guerra como a las personas que combatían en ella.

En «Vuelta a lo mismo» relataba la conmovedora historia de un anciano que, tras haber luchado en su juventud por la libertad, a favor de Benito Juárez y en contra del emperador Maximiliano, ahora veía cómo su país era devastado por una nueva guerra en nombre de la libertad. «Una casa dividida» era la trágica historia de una madre con dos hijos, uno de los federales y otro villista, que ignoraban si llegarían a encontrarse enfrentados en el campo de batalla y se verían obligados a matarse el uno al otro; la madre se encontraba en una situación desgarradora, entre dos hijos a los que quería por igual. En «La libertad, ¿a qué precio?» contaba la vida de un niño huérfano llamado Miguelito. Los *colorados* habían matado a su padre y se habían llevado a su madre para que les sirviera de prostituta. « ¡A las armas!» era un impresionante artículo sobre Rigo y los hombres -«los perros de la guerra»- que lo seguían.

Araminta no preguntaba a Rigo qué opinaba sobre los artículos y los dibujos que los acompañaban, y él tampoco se ofrecía a decírselo. Los

examinaba en silencio, con rostro impasible, y luego los doblaba para enviarlos, pensaba ella, al Record. Con todo, el silencioso escrutinio de Rigo jamás la indujo a escribir otra cosa que no fuera lo que veía, a retorcer el sentido de sus palabras o a suavizar los dibujos cuando las descripciones que hacía de él o los revolucionarios en ellos resultaban duras y poco halagadoras. Cuando Rigo los veía, no los censuraba ni le exigía que los corrigiese para que saliera un retrato más favorable de él o sus aliados.

A causa de la conmoción que imperaba en México, Araminta no sabía si Liam O'Grady recibía sus historias y dibujos y menos aún si los publicaba. Pese a todo, escribía y dibujaba casi con fervor, como si una fuerza desconocida la impulsara a captar dos temas: Rigo y la revolución mejicana, de la misma manera que la habían apresado a ella. Parecía como si de aquella manera llegara a entender a ambos, puesto que además había dibujos que no le enseñaba, y que hacía cuando estaba segura de que él no la observaba. Eran imágenes de Rigo, autorretratos y dibujos de los dos juntos que cuando los examinaba con mayor detenimiento le mostraban aspectos de su relación que ella no deseaba ver. En ellos aparecían los dos montados en el semental de Rigo, librando una batalla al ajedrez a la caída de la tarde o sentados a la luz de la hoguera cuando él le enseñaba a tocar en una guitarra que había comprado a un campesino. Había un retrato inquietante en especial en que ella estaba reflejada en un espejo mientras él la abrazaba por atrás. Parecían unos amantes que hubieran sido retratados en un momento de descuido, pensó Araminta cuando 'vio el dibujo más tarde. AA notar cómo se le aceleraba el pulso, lo metió rápidamente debajo de todos los demás. Era demasiado personal, demasiado explícito; tenía que destruirlo. Sin embargo, por alguna inexplicable razón, no tuvo el valor necesario para hacerlo.

Tras incontables semanas de camino, llegaron por fin a lo que Araminta adivinó instintivamente que sería el destino de Rigo: el escondite de los bandidos. Cuando lo vio, se le encogió el corazón: acababa de darse cuenta que, por increíble que pareciera, hasta ese momento había abrigado la esperanza de huir. De este lugar, sin embargo, no había forma de escapar, ni aunque hubiera tenido un lugar adonde ir.

Se habían puesto en camino con la primera luz del amanecer y habían abandonado las inevitables lonas de monte bajo para dirigirse hacia los altos riscos color ocre que se erigían al suroeste contra un cielo turquesa. Entonces empezaron a ascender por un sendero tan estrecho y escarpado que Araminta pensó que ni siquiera una cabra montesa sería capaz de coronario. Sin embargo no cogieron por otro camino, sino que siguieron a pie, indicando el sendero a los caballos donde fuera necesario y rodeados por altísimas paredes de roca que los separaban del resto del mundo. De pronto, el sinuoso sendero de piedra dio paso a un anchísimo cañón escondido en el mismo corazón de los riscos y por el que corría un arroyo flanqueado por unos pocos árboles y arbustos. En las gradas naturales que formaban las paredes del cañón había varios chamizos de adobe a los que se accedía por unos caminillos rocosos. En un extremo se veía un corral, y en él varios caballos de primera calidad encerrados, y otro estrecho y serpenteante sendero que se perdía entre los riscos. Incluso Araminta se dio cuenta de lo

fácil que resultaría defender aquel lugar: un solo hombre, apostado en cualquiera de los extremos del cañón, repelería cualquier ataque.

Cuando vieron llegar a los *bandoleros*, varios hombres, mujeres y niños salieron a la carrera a recibirlos. Todos los hombres, algunos de los cuales se veía que eran viejos amigos, prorrumpieron en exclamaciones de bienvenida y empezaron a darse palmadas en la espalda los unos a los otros. Los maridos, esposas y amantes se abrazaban y besaban abiertamente; los niños chillaban encantados y reían cuando sus padres los alzaban en el aire y se los ponían sobre los hombros; los jóvenes brincaba a su lado y algunos, llenos de orgullo, llevaban hasta el corral los caballos de los forajidos que se los habían confiado. Cuando vio reunirse a las familias, Araminta sintió una repentina punzada de dolor y una mezcla de melancolía y soledad por ser una espectadora y no tener opción alguna a participar en el alegre acontecimiento. Aquella era la primera vez desde que había entrado en México como prisionera de Rigo que presenciaba una manifestación de la típica alegría y efusividad de la gente del país, y se sintió atraída por ella.

Cuando la bajó del caballo, en vez de llevarla hasta donde se encontraban los demás, Rigo la condujo al interior de los chamizos de adobe que había en la primera grada de las paredes del cañón, no muy lejos del arroyo. Araminta vio entonces lo tosca y pequeña que era la construcción. Constaba de un ambiente común que servía de cocina, comedor y sala de estar y de un dormitorio situado en la parte de atrás, separado de la primera habitación por una basta cortina que en aquel momento se hallaba descorrida. Los muebles eran sencillos y primitivos, y estaban hechos de madera sin desbastar. En la zona que hacía de comedor había una gran tabla que hacía las funciones de mesa con un banco a cada lado; la correspondiente a la sala de estar constaba de un sofá, dos sillas, una mecedora y dos mesas de pequeño tamaño. En el dormitorio había una cama y una mesilla de noche; un tocador con una palangana y una jarra encima sobre el que colgaba un espejo; y, en una de las esquinas, una silla. La zona de cocina tenía un modesto hogar para cocinar, y en la de estar había una chimenea que calentaba toda la casa. El suelo de adobe aparecía cubierto de varias alfombras mexicanas e indias. Las diminutas ventanas estaban tapadas por cortinas bastas y tenían unas contraventanas de madera por el exterior que podían cerrarse desde dentro para proteger la casa de los elementos y de las balas. Aunque quien la ocupaba era el general Del Castillo, el chamizo no era más lujoso que las otras construcciones que Araminta había podido ver afuera.

A pesar de todo, eso era mejor que acampar al aire libre y dormir sobre el duro suelo, pensó. Entonces, de repente, se estremeció: seguramente tendría que compartir ese chamizo con Rigo: la primera vez que estaría a solas con él; los otros *bandoleros* no estarían ya durmiendo a pocos metros de distancia disuadiéndole, tal vez, de llevar a término los ataques seudoamatorios que lanzaba sobre su cuerpo y sus sentidos. La solitaria cama adquirió en su mente un aspecto profundamente significativo y amenazador. ¿Quién oiría sus gritos de terror o, peor aún, de entrega? ¿Durante cuánto tiempo sería capaz de continuar engañándose, diciéndose a sí misma que no lo amaba cuando en el fondo de su corazón una parte de su

ser lo amaba con pasión? ¿Cuándo reconocería que sólo un cieno sentido del orgullo y un profundo, aunque todavía no reconocido, afán por recibir algo más había evitado hasta ese momento que capitulara?

Araminta se mordió el labio inferior para detener el súbito temblor y extendió en silencio los brazos atados por las muñecas al ver que Rigo sacaba el cuchillo de su cinturón con la intención de cortar la cuerda que le impedía mover las manos con libertad. El afilado acero rajó el cáñamo y ella, con un movimiento reflejo, comenzó a frotarse las muñecas para restaurar la circulación mientras él guardaba el cuchillo en la vaina.

-Le alegrará saber que ya no será necesario atarla de nuevo -dijo él con una voz cálida y dulce que parecía almíbar en sus oídos. Pausadamente le devoró el cuerpo con la mirada y clavé entonces la mirada de sus ojos castaños en los suyos con una determinación hipnótica-. No hay manera de que escape de este lugar, Araminta.

Aquellas suaves palabras, con su doble significado, parecieron quedarse suspendidas en el cargado aire que los separaba. Araminta abrió sus grandes ojos verdes y palideció. Entonces, sus mejillas comenzaron poco a poco a ruborizarse. Incapaz de sostenerle la mirada, apartó los ojos parpadeando ostensiblemente, como si sus espesas y largas pestañas fueran un par de mariposas que trataran de cubrir con un velo su semblante y ocultarle sus pensamientos, tan curiosamente hábil como era leyéndolos.

-Como supongo que querrá bañarse -dijo-, encargaré que le traigan todo lo necesario.

Rigo la dejó para volver al poco rato acompañado por un par de fornidos hombres que acarreaban una vieja bañera de madera parecida a las que había visto en los poblados que había atravesado. Rigo le entregó ropa limpia, una toalla áspera, un paño para lavarse y un pedazo de jabón basto, que puso sobre la mesa del comedor. Tras dejar la bañera en el suelo de la cocina, uno de los hombres se puso a encender el fuego del hogar, mientras el otro acarreaba varios cubos de agua del arroyo y los vaciaba en dos calderas de hierro forjado para calentarla. Luego, cuando se hubo asegurado de que Araminta tenía todo lo que necesitaba y le hubo dicho que volvería más tarde, Rigo y los dos hombres la dejaron sola.

En cuanto desaparecieron, observó con mayor detenimiento el lugar en que se encontraba. Pensó que Rigo, de algún modo, debía de haber anunciado su llegada: la cocina estaba aprovisionada con alimentos frescos, y las sábanas de la cama, aunque desgastadas y remendadas, habían sido lavadas recientemente y desprendían el agradable olor del sol del verano a cuyo calor se habían secado. En las alforjas de Rigo encontró su cepillo, que se llevó a la cocina; el agua había empezado a hervir. Cogió un trapo, retiró las dos calderas del fuego y vertió el contenido en la bañera, al que añadió el agua fría que quedaba en los cubos para conseguir una temperatura agradable. Cerró la puerta, corrió del todo las cortinas de las ventanas y se metió poco a poco en la bañera, lanzando un suspiro de placer conforme el agua, que humeaba levemente, la iba cubriendo. Recreándose en la

maravillosa sensación que suponía sumergir su cuerpo en el agua y aliviar el cansancio de sus músculos con el calor, Araminta se enjabonó con placidez y se frotó concienzudamente con el paño, tras lo cual se lavó el cabello y se lo aclaró. Sólo las crecientes sombras que la difusa luz del sol proyectaba sobre el suelo a través de las delgadas cortinas, avisándole de que se acercaba el atardecer, le llevó, muy a su pesar, a salir de la bañera.

Se puso la ropa de campesina -la amplia y escotada blusa de mangas cortas con vuelo clásica mejicana y una falda larga y fruncida- que Rigo había dejado allí para ella; luego lavó su traje de montar, que colgó en unos ganchos que encontró en la pared para que se secara. Hecho esto, cogió el cepillo y empezó a desenredarse el pelo. Había acabado de arreglarse justo a tiempo, pensó con el corazón acelerado, pues vio que la puerta se abría poco a poco y en su hueco aparecía la alta figura de Rigo perfilada por el sol.

El también debía de haberse bañado, puesto que estaba desnudo de cintura para arriba y su musculoso y bronceado torso, cubierto por un hermoso vello de tono castaño, relucía por el agua. Durante las últimas semanas, viviendo como un nómada, no había tenido ocasión de cortarse el cabello y Araminta vio lo mucho que le había crecido: lo llevaba peinado hacia atrás y los abundantes y negros rizos caían sobre sus hombros como si fuesen las relucientes crines de un caballo. Parecía un salvaje, pensó, «el salvaje», como de hecho lo llamaban, fiero, montaraz e indiscutiblemente guapo. Andando descalzo por la casa, parecía un felino. Entró en el dormitorio y Araminta oyó el ruido que hacía al colgar la cartuchera, el sombrero y las otras prendas que llevaba en las manos, y el sordo golpe de las botas al tirarlas a un rincón de la habitación.

Segundos después volvió a aparecer vestido sólo con el pantalón negro. Dejó la cigarrera de oro sobre la mesa del comedor y se acercó en silencio a los estantes de la cocina, de allí cogió una botella de vino y un tazón. Se sentó entonces en el banco que estaba situado de cara a ella, descorchó la botella y vertió su rojizo contenido en la taza; abrió la cigarrera, sacó un puro, lo encendió, y tras darle una chupada y soltar una nube de humo, se puso a hablar.

-Prepáreme algo, *niña* -susurró con arrogancia, mientras una sonrisa plácida y burlona se dibujaba en sus labios y sus ojos soltaban destellos de cuarzo-. Tengo hambre.

Araminta odiaba que la mirara de aquel modo, detestaba que, por su culpa, empezara a temblar, una extraña inquietud la invadiera y se le debilitaran tanto las rodillas que parecía que fuera a caer al suelo allí mismo. Y el hecho de que la llamara *niña*, en español y en un contexto en que sonaba como un término cariñoso dirigido a una amante o una querida. Por un momento, deseó con verdadero fervor hacerle daño, pero sabía por experiencia que no le valdría de nada y que, con una risa queda, la agarraría, le inmovilizaría los brazos detrás de la espalda y empezaría a besarla y a tocarla hasta que, en contra de su voluntad, ella acabara fundiéndose en su musculoso cuerpo. Por ello, se levantó sin decir palabra y se dispuso a preparar la cena, consciente de que si bien hasta aquel

momento no había sido así, a partir de entonces aquella tarea le correspondería a ella, como si de hecho fuera su amante, su querida, o incluso su esposa, pensó. No pudo evitar preguntarse cómo sería su vida si, efectivamente, estuviese casada con él y ella fuese la única persona que le esperara cuando volviera a casa.

Aunque Araminta lo ignoraba, al pedirle que cocinara para él, Rigo había albergado la esperanza y tenido la deliberada intención de alentar en su mente precisamente esa clase de ideas, y aunque en un nivel profundo, subconsciente, él mismo tenía presente el motivo que le había impulsado a hacerlo, tampoco le interesaba mucho pensar en ello con detenimiento. Lo único que sabía mientras la veía trajinar a la luz del atardecer era que unos sentimientos, que hacía tiempo creía muertos y que ella había ido despenando desde la noche del secuestro, iban cobrando cada vez más fuerza en su interior. A pesar de que seguía sin saber el porqué, comenzaba a darse cuenta de que deseaba que estuviera con él de aquel modo, en su casa, en su cocina, en su cama. La amaba de la misma manera que había amado a su difunta esposa, Marisol, tras cuya muerte nunca había deseado que ninguna otra mujer lo acompañara.

Rigo sabía que nada le impedía tenerla como él quisiera, de la misma forma que desde el primer momento supo que con un solo beso le habría bastado para vengarse de Judd, que incluso el secuestro habría bastado, ya que nadie, y Judd menos que nadie, la habría tenido por virgen cuando volviera. Sin embargo, aquello no le satisfacía, reconoció, porque vengarse de su enemigo le sabía a poco.

Araminta no era consciente de los oscuros pensamientos que ocupaban la mente del general en tanto la miraba con aire meditabundo mientras seguía fumándose el puro y bebiéndose el vino en silencio. Ella no deseaba saberlo: tenía la corazonada de que se enteraría muy pronto y, ante esa perspectiva, se sentía atenazada a un mismo tiempo por el miedo y por una extraña y turbadora excitación. El sol se ocultó rápidamente mientras preparaba la sencilla cena que iban a tomar. Mientras llevaba los platos a la mesa y Rigo encendía las lámparas de aceite, se dio cuenta de que, de pronto, el viento era más frío y empezaba a levantar las cortinas hacia el interior de la casa como si se avecinara una tormenta. El lejano resplandor de un relámpago en el cielo del atardecer le confirmó en su sospecha.

-¿Cierro... cierro las contraventanas? -preguntó.

-No -respondió él en voz baja y seca.

Araminta, que había acabado por conocer el tornadizo carácter de Rigo, observó que había endurecido el gesto y que la agitación iba aumentando en su interior con la misma rapidez con que la tormenta se acercaba al cañón. Pese al vino que había bebido, estaba tenso y agazapado como una pantera dispuesta a saltar, pensó cuando se sentó enfrente de él, hecha un manojo de nervios. Rigo se sirvió más vino en la taza y sirvió otra para ella. Araminta bebió un buen trago, pensando que tal vez de ese modo se calmara un poco. Era la primera vez desde que la había secuestrado que se encontraban

Librodot

realmente solos. No podía apartar esa idea de su mente. ¿Lo pensaría él también?, se preguntó. ¿Era ésa la razón por la cual estaba tan inquieto como un animal enjaulado? Desde la noche en que había subido por la escalera de Sierra Alta montado en su semental para llevársela, habían estado cabalgando hacia un tumultuoso destino. ¿Averiguaría aquella noche en qué consistía?

Cenaron en silencio a la luz de las lámparas de aceite y del fuego del hogar. Cuando terminaron, mientras Araminta limpiaba la mesa y ponía los platos a remojo, Rigo llevó una segunda botella de vino y las tazas a la zona de estar, echó leña en la chimenea y la encendió para acabar con el frío que aquella noche traía el ventarrón de las altas cimas de las montañas. Cogió entonces una delgada rama de la hoguera y la acercó al extremo de otro alargado cigarro puro, chupó con fuerza y se acostó sobre la alfombra que había delante de la chimenea, apoyándose en un codo.

-*Venga aquí*-dijo con tono suave.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, Araminta se acercó. Si intentaba huir, no le costaría nada cogerla, además, ¿quién oiría sus gritos? Los demás habitantes del cañón estarían bien cómodos, guarecidos en sus chamizos de la furia de la tormenta que se cernía sobre ellos. Si por casualidad alguien llegara a oírla, ¿quién se atrevería a invadir los dominios del general Del Castillo, el salvaje? Sin embargo, aparte de darle la taza de vino, no la tocó, sino que, para sorpresa de la joven, se quedó tumbado donde estaba, fumando y bebiendo sin decir nada mientras escuchaban el gemido del viento que silbaba por el cañón como si de un estremecedor lamento se tratara.

-Quiero hablarle de Marisol -dijo Rigo con voz queda pasado un rato, mientras torcía la boca en una mueca de angustia. Al verle y sin dejar de preguntarse quién era Marisol, Araminta sintió una profunda compasión y tuvo el extraño deseo de tender la mano y apartarle el cabello del rostro. Sin embargo, al no saber cómo interpretaría su gesto, se contuvo-. Marisol -repitió él con voz trémula-, mi esposa.

Araminta se sobresalió. El corazón había empezado a latirle a gran velocidad: aquello no lo esperaba. Por fin sabría la verdad sobre la muerte de su esposa: iba a saber si realmente la había asesinado tal y como la gente decía o si era inocente del crimen. Quizá también le dijera por qué la había raptado y por qué quería vengarse de Judd.

-Es una larga historia -continuó, mirando con fijeza las llamas de la chimenea y con una expresión distante, como si se hubiese perdido en el recuerdo de otra época y otro lugar y se hubiera olvidado de su presencia. Sin embargo, cuando volvió a hablar, ella supo que no era así-; pero quiero que entienda todo muy bien, Araminta... tenemos tiempo de sobras.

15

Había nacido al sur de la frontera, en un poblado cercano a ésta que ni siquiera tenía nombre, pero que sus habitantes llamaban Yermavilla. Al igual que su lugar de nacimiento, él no tenía nombre, aunque su madre lo llamaba Rigo y, a la edad de quince años, cuando ya era lo bastante mayor para ser considerado un hombre, se dio a sí mismo el apellido de Del Castillo, porque, según él, a un castillo se parecía la imponente hacienda del hombre que lo había engendrado.

Fue concebido un día en que su padre, el mimado y joven heredero de un rico *hacendado*, entró a caballo en Yermavilla, acompañado de un grupo formado por los primogénitos, jóvenes y malcriados como él, de varias fincas mejicanas, para divertirse un poco y plantar su avena silvestre. Les daba igual que las mujeres a quienes los jóvenes *caballeros* «honraban» se mostraran reacias o pertenecieran a otros hombres: los que ostentaban el poder en aquella región las sacaban a rastras de sus chamizos de adobe y las violaban, y nadie levantaba un dedo ni decía una palabra para defenderlas. Tal en la vida en México, y tal fue la suene de la joven y bella madre de Rigo: proporcionar varias horas de diversión a un hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba la muchacha y a la cual sólo conocía de vista. Era el hijo de su dueño y señor, y le había visto cabalgando por los campos de trigo, lechugas silvestres y frijoles, que eran las principales plantaciones de una provincia cuya tierra daba para poco más. Aquel joven fue el que penetró en su casa y en su madre. Después de hacerlo, apenas tardó en olvidarse de ella.

Pero su madre lo recordaría el resto de sus días.

Nueve meses más tarde, la semilla no deseada que había plantado en su vientre dio fruto: un hijo nacido del dolor y la amargura. Al igual que su madre, él odiaba a su padre, ignorante por completo de su existencia, pero que, cuando se enteró de ella por casualidad, no le dio la menor importancia. Rigo no tardó en enterarse de que tenía otros hijos, legítimos y de alta cuna, por lo cual no le interesaba ni le hacía falta un hijo como él: el lugar que le correspondía en el mundo estaba al lado mismo del infierno, y él no debía olvidarlo.

Y olvidarlo no lo olvidó, pero como lo había aprendido por las malas, nunca llegó a aceptarlo. En su fuero interno odiaba al antiguo sistema feudal que había dividido a la sociedad de su país en dos clases: la rica y la pobre; una sociedad que no permitía pasar de la inferior a la superior a menos que uno se convirtiera en general o en *bandido*, condiciones que con frecuencia solían ser exactamente lo mismo. Conforme transcurrían los años y Rigo iba haciéndose mayor e iba ganando en altura y fortaleza, aquella dura lección resultaba cada vez más difícil de asimilar e iba arraigando con mayor fuerza en su interior. Descubrió lo que suponía que lo azotaran con una fusta o le golpearan con la hoja de un machete de plano cuando hacía

Librodot

algo que desagradaba a los *hacendados*; o que le aterrorizaran los salvajes y temerarios hijos de los magnates del ganado de Texas cuando bajaban del norte para hacer estragos en los poblados fronterizos.

Durante una de aquellas incursiones ocurrió algo que cambiaría la vida de Rigo para siempre.

Aquel trascendental verano había contraído matrimonio con una muchacha llamada Marisol, y todos coincidían en afirmar que era la joven más bella de Yermavilla. Además, él se había unido a una banda de *renegados* y proscritos con la determinación de salir de la penuria en que México lo estaba sumiendo. En una ocasión en que se hallaba ausente robando ganado y caballos al otro lado de la frontera con el fin de venderlos luego en su país, un grupo de aburridos jóvenes *gringos* procedentes de Texas, todos ellos futuros herederos de los ranchos de sus padres y, por tanto, sin problemas en la vida, se acercó a Yermavilla. Tras terminar con el alcohol de la cantina, se dedicaron a recorrer el pueblo intimidando y aterrorizando a sus habitantes; y acabaron por secuestrar y violar a la mujer de Rigo. Como el propósito de éste era también robar caballos y reses al sur de la frontera para venderlos luego en Texas, la correría de los *gringos* se prolongó varios días, durante los cuales tomaron a la esposa de Rigo por turnos en repetidas ocasiones, y de las formas más viles que pudieron imaginar. Cuando acabaron de divertirse con ella, le dieron unas cuantas monedas y la abandonaron, entonces se vio obligada a regresar al poblado a pie. Marisol, débil por las heridas y casi loca de dolor y pena, lo consiguió, con la única obsesión de que debía volver a casa en busca de ayuda.

Como en un pequeño poblado como Yermavilla no existen los secretos, todo el mundo se enteró de su deshonra. No era la primera vez que algo tan terrible sucedía a una de las jóvenes del pueblo, y tampoco sería la última. Sin embargo, el peso de la humillación resultó insoportable a Marisol, y más aún cuando descubrió que uno de los *gringos* que la habían violado la había dejado embarazada de un niño mestizo. Le aterraba la idea de que Rigo, a quien amaba con pasión, se vería obligado a soportar el resto de sus días no sólo el estigma de su mujer mancillada, sino también la presencia de un niño que él no había engendrado, o, lo que era lo mismo, el constante recuerdo de su ignominia. En un desesperado intento por librarse de la evidencia de su deshonra, Mansol se tomó un preparado de hierbas que expulsaría de su vientre al niño no deseado. Sin embargo, la combinación de la venenosa mezcla y e1 consiguiente abono resultaron excesivos para ella. Cuando hubo acabado su incursión y Rigo volvió a casa, se la encontró agonizando en la cama que habían compartido como recién casados.

Marisol vivió el tiempo suficiente para contarle a duras penas la trágica historia y decirle los nombres de quienes la habían violado. Antes de morir en sus brazos, también le dijo el nombre de la persona que había dirigido el grupo y la había tratado con mayor brutalidad: Judd Hobart. Conmocionado por el dolor y poseído por la ira y el odio, pasó el resto de la noche preparándola para el entierro, la lavó y la vistió con sus prendas más bonitas, y al amanecer, llevó el cuerpo a la iglesia del poblado y lo dejó con ternura sobre el altar; allí juró que se vengaría por el cruel secuestro, la

brutal deshonra y la agónica muerte que su esposa había sufrido. Rigo había tenido siempre un carácter vivo y despiadado que era legendario en Yermavilla, así como lo eran su habilidad con los puños y la cada vez mayor destreza que demostraba con el cuchillo y la pistola. Ajenos al hecho de que Marisol se había quitado la vida (Rigo lo mantuvo en secreto para que pudiera ser enterrada en lugar sagrado), los habitantes del pueblo, inquietos, llegaron a la conclusión de que él había matado a su mujer en un ataque de celos, rabia y vergüenza por su deshonra.

Que su propia gente pensara de él que era un asesino no lo supo hasta pasado un tiempo, porque se marchó de Yermavilla para unirse a los *renegados* y proscritos con quienes habría de quedase durante los siguientes cinco años. Consumido por un ardiente deseo de venganza, no tardó en convenirse en el *bandolero* más audaz, atrevido y peligroso de su banda, por lo que al cabo de poco tiempo se convertiría en su jefe. Con los nombres que Marisol le había dado grabados en la memoria de forma indeleble, comenzó a lanzar ataques sistemáticos sobre los ranchos tejanos que había a lo largo de la frontera y a robarles caballos y reses. Antes de irse, siempre dejaba un carta relatando la historia del horrendo crimen que Judd Hobart y sus compañeros habían cometido y jurando que se vengaría de todos ellos.

A su lista de adversarios añadió el nombre de Noble Winthrop, el padrino de Judd, cuando aquél demostró que, junto a los Hobart, era lo bastante poderoso como para echar tierra sobre el escándalo del que Judd era responsable. Entretanto, con el dinero que había acumulado con la venta del ganado robado, Rigo comenzó a amasar su fortuna y, decidido a no ser un *bandido* toda su vida, lo utilizó para viajar por el mundo y cultivarse. Finalmente, se compró un rancho en México y otro en Texas, estableciéndose al mismo nivel que los *hacendados* y los magnates del ganado texanos. Cuando la revolución estalló en México, ya había acumulado la cantidad de dinero suficiente para poder suministrar armas y otros aprovisionamientos a los rebeldes del otro lado de la frontera. Además aprovechó su inteligencia y la sobrada experiencia que tenía como *bandolero* para dirigir a su banda, que no había llegado a disolver, en diversas batallas de guerrilla, lo cual, a la postre, le valdría el título de general.

Mientras tanto, urdía planes e intrigas y su vida giraba en torno al día que Judd Hobart contrajera matrimonio.

-Sólo tenía dieciséis años, Marisol, mi dulce y bella esposa -afirmó Rigo en un tono de fiereza y amargura contenidas que lo decía todo-, y Judd y sus amigos la asesinaron. Son tan responsables de su muerte como si ellos mismos le hubiesen dado el veneno. Ella lo suponía todo para mí, mientras que para ellos nada significaba, sólo era una muchacha mejicana más a quien raptar, maltratar y olvidar.

Araminta, sentada a su lado sobre la alfombra, no dijo nada. Las lágrimas que corrían silenciosas por sus mejillas se lo impedían. La historia que Rigo acababa de contarle le permitía entender tantas cosas...; de hecho,

todo; así como las cicatrices que él tenía en la piel y en el alma. Y aquello le rompía el corazón: lo que Rigo había sentido, la pérdida que había sufrido. No le extrañaba que odiara a Judd y que hubiera jurado vengarse de él. Y tenía razón, su marido era un monstruo, pensó, y tembló al recordar que también ella había sido atacada por Judd en los establos de Sierra Afta y que mientras trataba de violarla le había descrito los vulgares detalles de todo lo que tenía intención de hacer con ella en cuanto fuera su esposa y la llevara a la cama. Aunque se había sentido escandalizada y aterrada, no encontró la manera de evitar el matrimonio e intentó tranquilizarse pensando que Judd no sería peor que cualquier otro hombre. Ahora sabía que estaba equivocada. Desde su secuestro en Sierra Alta, Rigo y sus hombres habían tenido miles de oportunidades para tratarla con la misma crueldad que Judd y sus amigotes habían empleado con Marisol. En cambio, Rigo no había permitido que se acercaran a ella y, pese a las libertades que se había tomado (y si era sincera consigo misma, tenía que admitir que habían sido más propias de un amante que perversas, sádicas o degradantes), siempre se había contenido, incapaz de llevar a cabo con ella el crimen que tanto a su madre como a su esposa habían infligido.

Incluso si hubiese sido capaz de hablar, Araminta no hubiera sabido qué decir; no tenía palabras para consolarle, y carecía de poder para compensarle de todos aquellos años de privaciones y brutalidad y por las adversidades y la aflicción sufridas. ¿Cómo era posible que se hubiera comportado de forma tan caritativa con ella?, se preguntó. Araminta no creía que ella hubiera mostrado tanta generosidad y compasión si se hubiese encontrado en su lugar. Más bien, habría puesto todo su empeño en pagar en la misma moneda, ojo por ojo, diente por diente; sin que le importara a quién hiriera con ello.

Lejos de ser ella quien proporcionara consuelo fue Rigo quien se lo dio a ella. La cogió entre sus brazos y comenzó a besarle las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

-Silencio, *cállate, niña* -susurró mientras la abrazaba dulcemente y la mecía como si fuese una niña a quien alguien hubiera hecho daño-. Todo ocurrió hace mucho tiempo. Yo no quería hacerte sufrir.

Le conmovió que Araminta lloran por él. Era algo que no se esperaba. Durante un rato se limitó a tenerla entre sus brazos besándola y acariciándola en silencio, apartándole el cabello del rostro y acariciando con ternura las sedosas manos, mientras ella sollozaba, temblando por la fuerza de sus emociones, con el rostro hundido en su pecho desnudo. Qué fuerte y musculoso era, pensó vagamente; qué anchos y fornidos tenía los hombros en comparación con sus pequeñas y blancas manos; eran lo bastante fuertes como para soportar la pesada carga de su propia aflicción añadiendo el dolor que ella sentía por él. Poco a poco, sin embargo, conforme iba tranquilizándola con el suave deje español de su voz, su dulce boca y sus manos, ella fue cobrando mayor conciencia de su presencia, no sólo como manantial de fuerza y consuelo, sino también como hombre.

Araminta notaba sobre su piel el cálido aliento de Rigo, una mezcla agradable de olor a vino y a tabaco, y el movimiento de su pecho cuando respiraba. Entonces oyó los constantes y arrulladores latidos de su corazón. Ese sonido la tranquilizó -de la misma manera que tranquiliza a un niño en el vientre de su madre-, le daba seguridad, la envolvía, acogiéndola y protegiéndola. El viento, que parecía haberse calmado, había empezado de repente a soplar con violencia, golpeando las contraventanas, levantando las cortinas y silbando en el interior del chamizo de adobe; las llamas de las lámparas de aceite y de los dos fuegos se pusieron a temblar erráticamente y a proyectar extrañas sombras danzantes sobre las paredes. Con aquel aviso, la tormenta que había estado bramando y rugiendo durante las últimas horas estalló de pronto con toda su violencia sobre el cañón. Un feroz rayo descargó tan cerca de la casa en la que se encontraban acompañado por un trueno tan ensordecedor que Araminta se estremeció y se agarró con fuerza a Rigo. Entonces, una tumultuosa tromba de agua empezó a caer del pesado conjunto de nubes negras que se había amasado en el cielo de la noche. Las cortinas que cubrían las ventanas empezaron a levantarse y restallar como las velas de un barco a merced del ululante viento, y cada vez que una fría ráfaga soplaba, una avalancha de lluvia entraba por ellas, golpeando en el suelo de adobe con la misma fuerza con que caía sobre el techo del chamizo.

En aquel momento, Araminta y Rigo parecían estar solos en el cañón, solos en el mundo, arrastrados por la tormenta a un lugar primigenio, de una oscuridad infinita, al que jamás llegaba la luz del día y en el que sólo se tenían el uno al otro. Sin previo aviso, mientras el firmamento se abría para arrojar sus contenidos, Araminta sintió que una delirante ola de sensaciones atravesaba su interior con la misma fuerza con que corría el torrente de agua en que se había convertido el arroyo del cañón. Primero tenía un ataque febril y luego se estremecía con un escalofrío. La sensación le recorrió todo el cuerpo. Sentía que hasta la punta de los dedos le cosquilleaba, como si el rayo que había rasgado los cielos la hubiese abrasado, desatando en su interior algo tan salvaje y atávico como la tormenta. En su cabeza no cabía el futuro, ni siquiera el día siguiente, sino el aquí y el ahora: templó las manos y los dedos, y tendiéndolos, cogió a Rigo por la cabeza. Tenía la suya levantada hacia él, mostrando su cuello de cisne y componiendo un gesto inmemorial de sumisión; sus senos subían y bajaban al ritmo de su sofocada respiración y sus verdes ojos, entornados, brillaban a la luz del fuego y de las lámparas de gas, semejaban dos esmeraldas sin tallar en el contraste con el oscuro terciopelo de sus pestañas. Con los labios trémulos, como si de una rosa abierta sobre su cara dorada se tratara, profirió un suave gemido de súplica y entrega. Lo amaba; era innegable. Había logrado que se enamorara de él y luego la había rechazado. Ahora, sin embargo, no se mostraría tan cruel, de eso estaba segura.

-*Por favor* -rogó ella con voz queda.

Al oír sus palabras, Rigo, que tenía los dedos ocultos en su melena, le cogió de golpe la cabeza y, olvidándose de la delicadeza, la atenazó despiadado. Era su cautiva. Todo él era fuerza y poder. No le costaría ningún esfuerzo aplastarle el cráneo, pensó vagamente Araminta mientras miraba aquellos fieros ojos, que ardían como brasas a la luz de las lámparas y las

llamas de la chimenea y prendían en ella, encendiendo hasta su alma. Parecía, arrodillado como estaba, un dios pagano de bronce o un diablo, dispuesto a conquistarla como fuera y a tomarla, cuerpo y alma, para arrastrarla al oscuro y retorcido laberinto de sus infernales tinieblas. Bajo las palmas de las manos notaba los músculos de su rostro, endureciéndose; su aliento, de repente intenso y apresurado, era cálido sobre ella. Entre los dos pasaba una corriente tan cargada como la tormenta eléctrica que arreciaba con virulencia en el exterior.

Entonces, con un gemido, Rigo cayó ávido sobre ella, y se apoderó de su boca, posesivo, con determinación, exigente, abriéndose camino entre sus dientes con la lengua, ejerciendo en ella un prodigioso encantamiento, que le quitó el aliento y le arrebató el juicio.

Araminta recibió la acometida con todo su ser; se entregó con arrobo al súbito despertar de algo salvaje y bárbaro que surgía en su interior como consecuencia del apasionado beso, algo que hasta ese momento no había sido más que una semilla apenas alimentada que ahora, convertida en capullo, al recibir algo más que mero sustento, se abría de forma explosiva para convenirse en una arrebatadora y misteriosa flor. Gimiendo, se aferró ardientemente a él por miedo a que la tumultuosa tormenta que competía con ellos en locura y fiereza se la llevara en volandas y la hiciera desaparecer en el olvido. Su corazón se había disparado a mayor velocidad que el viento y latía en su pecho con más fuerza que el golpeteo de la lluvia; su sangre sonaba torrencial en sus oídos, igual que un arroyo crecido, entonando una canción tan antigua como el origen de los tiempos. Estaba muda, ciega a todo excepto al hombre que la apretaba de forma demencial contra sí, como si quisiera no sólo doblarla, sino también romperla, de forma que nunca llegara a conocer a nadie más que a él.

La besó una y otra vez, con atrevida insistencia, invadiendo su boca, como si le supiese a poco, como si siempre fuera a saberle a poco y tuviera la intención de seguir besándola hasta el fin del tiempo. La tenía cogida en la alfombra, echados sobre el duro suelo de adobe, y la abrazaba febril, al lado de la chimenea, de manera que ella sentía la estremecedora calidez de su cuerpo contra el suyo, la fuerza de aquellos muslos que la aprisionaban. Entonces notó contra la falda la dura evidencia de su deseo, y el dolor, intenso y abrasador, que, como respuesta, estallaba sin previo aviso en el secreto centro de su propio ser. Era un tormento casi inaguantable. Empezó a besarle frenética, envolviendo su lengua con la de él, entregándose, a él y a su inevitable destino, consciente de que era mucho más fuerte que ella. Al igual que el viento, que irresponsable lanzaba la lluvia de aquí para allá, salpicándolo todo, sintió que sus inhibiciones desaparecían sin el menor escrúpulo por los confines de la tierra y que su capacidad de razonamiento se desvanecía para diluirse en la nada. Sólo era capaz de sentir. Se agarró a él con fuerza y comenzaron a retorcerse y dar vueltas sobre la alfombra con una feroz, avasalladora hambre y necesidad mutua. Ella le clavaba las uñas en la espalda, y él le recorría el cuerpo con las manos, tirando de su ropa, rompiéndola y casi arrancándosela hasta dejarla desnuda debajo de su cuerpo, con su cremosa piel pálida refulgiendo a la bailarina y difusa luz del fuego.

Rigo respiró hondo al verla: era mucho más bella de lo que jamás se hubiera podido imaginar. La idea de que en un momento seda suya, sólo suya, suya para siempre, le llenó de una incontenible y sorprendente alegría. Aunque era su cautiva, él también tenía que ser suyo, pensó maravillado. Durante todos aquellos largos y vacíos años nunca había pensado que volvería a encontrar lo que con tanta crueldad le habían arrebatado cuando era un joven enamorado. Sin embargo, cuando menos lo esperaba, ahí lo tenía, en forma de mujer además, Araminta, que de pronto se había convertido en algo tan necesario para él como el aire que respiraba, tan vital como la tormenta que llenaba de electricidad la noche. Jamás se vería libre del encantamiento que Araminta ejercía involuntariamente sobre él. Porque nunca querría sacudirse las ataduras, más dulces que la miel, más agradables que el rico vino tinto fresco del verano e igual de embriagadoras. Parecía como si hubiese pasado toda su dura vida cabalgando en su búsqueda. Araminta. *Hado*. Destino. Era innegable. No podía negárselo a sí mismo. Ni a ella.

Al presentir que había posado la mirada de sus castaños ojos sobre ella, Araminta abrió los suyos de par en par, sobresaltada y curiosa, ebria de pasión y algo asustada. Ningún hombre la había mirado como Rigo la miraba en ese momento. En sus ojos vio la ardiente promesa de que iba a poseerla íntima, completamente, y de que seda suya de forma irrevocable el resto de sus días. La idea le cortó la respiración: aunque se le había ofrecido, no sabía qué esperar de él, ni siquiera ahora. Jamás hubiera soñado que lo que pasara entre ellos supusiera un furor semejante, una locura que la consumiría, la avasallaría, derribando todas sus defensas, desprotegiéndola y haciendo que se sintiera tan vulnerable en su presencia que incluso corazón, mente y alma acabaran poniéndose a su disposición. Y eso era lo que iba a ocurrir él dispondría de todo ello de la misma manen que iba a disponer de su cuerpo. Mientras ella lo miraba, Rigo había comenzado a desabrocharse la hebilla del cinturón para quitarse los pantalones. Araminta supo que la espera había llegado a su fin y que aquella noche conocería el verdadero alcance de su feminidad, y de la virilidad de él. Se estremeció con ese pensamiento y se sintió frágil e indefensa. ¿Le haría mucho daño cuando llegara el momento? ¿Le importaría hacérselo?

Al notar su repentino temor, Rigo se inclinó para besarla de nuevo profundamente, con fervor, robándole el aliento y acallando cualquier protesta que pudiera haber emitido. Se quitó los pantalones y se puso sobre ella, abrasándola hasta los huesos con su calor, derritiéndola, convirtiéndola en mercurio con sus abrazos, como si fuese el sofocante sol del desierto. Araminta sintió que se quedaba sin huesos. Su cuerpo era una masa blanda, y él lo moldearía y transformaría como quisiera. Y eso fue lo que hizo cuando paseó sus manos codiciosas por todo su cuerpo, descendiendo para probar la ambrosía de su cuello y de sus hinchados senos, coronados por unos pezones tiesos y oscuros, como el llameante atardecer que había enfurecido al cielo y anunciado la llegada de la imponente tormenta. Cuando se los rodeó con los dientes y los lamió, ella profirió un gemido de placer: olas de exquisito arrobo la embargaron, tan dulces y sinuosas como si fuesen largos zarcillos de dondiegos blancos que caracolearan en su interior,

envolviéndola y hechizándola, hasta cubrirle el cuello y los senos con sus hojas. Rigo le cogió la melena y los rodeó con ella juntándolos e inhalando con fuerza la fragancia del abrasador sol del desierto que emanaba de ella. Los mechones de cabello caían sobre su cuerpo, rizándose y brillando como si fuesen oro líquido con el fulgor escarlata de las llamas que los iluminaba.

La embriagaba. Destellos de luz, semejantes a lejanas estrellas, explotaban en su mente y la dejaban conmocionada. Se agarró a él con frenesí. La tierra había empezado a dar vueltas bajo sus pies a una velocidad vertiginosa, parecía a punto de desvanecerse y de dejarla caer..., caer en un negro y huracanado remolino. Deslizó las manos por aquella piel de bronce, avanzó por su espalda, palpando la ondulación de sus poderosos músculos y sintiendo la fina capa de sudor que lo cubría. Como ella, estaba empapado de transpiración, y de las gotas de lluvia que entraban por las ventanas y que hacían que sus cuerpos, el uno oscuro, pálido el otro, resplandecieran y resbalaran entre ellos. Rigo se movía entre sus muslos, conmocionándola y provocándola con su duro y grueso sexo; seguramente la partiría en dos. Qué más daba: aunque lo único que le hiciera fuese daño, aquello bastaría para satisfacerles a los dos. Estaba haciendo una especie de justicia salvaje con su marido. Le estaba traicionando con cada parte de su ser, a él, el monstruo con el cual hubiera tenido que acostarse si Rigo no se la hubiese llevado con él, ahorrándole así el trato que Marisol había sufrido.

Araminta estaba agradecida a Rigo por eso..., y por mucho más. Entre jadeos, le descubría al tiempo que ella descubría también; le besaba y tocaba allá donde llegara, probaba la sal que había en su piel morena con la lengua y los labios, exploraba con las manos todos los huecos y ángulos de su musculoso cuerpo. Tenía la sensación de que la infernal tormenta que arreciaba en el exterior la había alcanzado y estaba arrastrándola hasta un lugar primitivo que no se hallaba en el cielo, ni tampoco en el infierno, sino en medio, en un lugar lleno de sueños, de humo y oscuridad, de caleidoscópicos torbellinos de colores que bailaban del mismo modo que las campanas a merced del viento o que sonaban como la música que tenía en el cerebro, salvaje como el *flamenco*, como si los furiosos latidos de su corazón fueran en realidad los chasquidos de las castañuelas y el desesperado retumbar de la tormenta su melodía.

Al igual que el sediento desierto, anhelando instintivamente la humedad regeneradora, se abría para recibir la lluvia, Araminta se abrió a Rigo cuando él le separó las rodillas y las piernas y comenzó a tocarle el lugar que, durante las pasadas noches, se había atrevido a invadir con rápidos y ligeros toques que sólo habían conseguido aumentar, en vez de aliviar, el tormento que la estaba infligiendo. Ahora, en cambio, cuando su mano encontró, cómodamente anidado en la mata de sus rizos dorados, el oscuro y secreto origen de su deseo, Rigo comenzó a acariciarle pausadamente los melifluos y generosos labios exteriores, que se abrieron con avidez por voluntad propia, entonces, sus lentos y sinuosos dedos se deslizaron hasta llegar al dulce corazón de sus pétalos bermejos, por los que goteaba su néctar; los retiró, extendiendo al almibarado elixir, con el único fin de introducirlos de nuevo, una y otra vez. Con la lengua, el general imitaba dentro de su boca los dulces y atormentadores movimientos de su mano y

los tocamientos de su pulgar sobre la pulsante fuente de su placer, lo que aumentó su deseo como si afilara un cuchillo. Araminta jadeaba y lanzaba gemidos mientras se retorcía febril envuelta por su ágil y musculoso cuerpo. Pero ni siquiera aquello bastaba para satisfacerla, para aliviar el terrible y ardiente dolor que él había encendido y atizado en su interior. Ella quería..., quería...

-*¿Me quieres?* -le susurró Rigo al oído con una voz pastosa, ronca y urgente. Le había abandonado la boca y, como si fuera un hierro de marcar, se había lanzado sobre su sien entre ardorosos jadeos-. *Dime, niña, ¿me quieres?*

-*Sí, te quiero* -murmuró ella-. *Te quiero*, Rigo.

Al oír aquella respuesta y que pronunciaba, por fin, su nombre, hendió, rápida, profunda y certeramente, la dura e inquieta hoja de su virilidad en su ardiente funda, penetrando hasta el fondo y produciéndole, por un angustioso momento, un dolor taladrante, sinónimo del dominio definitivo, de la invasión y la conquista más rotundas. Hasta aquel momento, ella no había alcanzado a comprender que su incursión llegaría a ser tan absoluta como total su entrega. Al sentir la afilada punzada de su irrupción y el corte de su frágil y recatada defensa, se puso rígida con un convulsivo movimiento involuntario y arqueó la espalda y la cadera salvaje e incontroladamente, ayudándole, sin dame cuenta, a ahondar en la penetración y a reanudar su ataque. Rigo la levantó en el aire y la atrajo con fuerza contra sí. Araminta soltó primero un gemido y luego un grito de sumisión que él acalló con su triunfante boca. Unido a ella, acostumbrándola a la palpitación de su deseo en su interior, llenándola hasta rebosar, apoyó poco a poco la espalda de la joven sobre la alfombra y tras retirarse un poco, arremetió de nuevo con fuerza hacia dentro. Tensando el cuerpo con una irrefrenable pasión, aceleró las acometidas febril, ciegamente, moviéndose en su interior, atravesándola una y otra vez con la cabeza escondida en el suave hueco de su hombro, las manos bajo su cadera, levantándola para facilitar firmes embestidas, su piel morena diluyéndose en la de ella, mientras la tormenta arreciaba y las llamas de la chimenea los envolvían con un fulgor carmesí, fundiéndoles para el resto de sus días.

Tan fragante como la lluvia un perfume dulce y almizclado emanaba de su primera unión, mientras el dolor que Araminta había experimentado en un primer momento se desvanecía con cada una de las audaces y poderosas acometidas de su virilidad y se trocaba en placer, aumentando hasta tal extremo que al fin, abandonándose a su merced, tal como él lo estaba a la de ella, se agarró a su cuerpo en un abrazo desesperado, buscando, tratando de alcanzar algo misterioso, desconocido que, si no lograba encontrar, supondría su fin. Entonces, un viento huracanado la arrastró y la lanzó de cabeza por un oscuro laberinto de cañones y una interminable sucesión de altiplanos sobre los que se extendía un inmenso cielo turquesa coronado por un sol descomunal, atávico y abrasador, que resplandecía con una extraordinaria fuerza. Al final, el sol explotó inexorable con una violencia imponente y provocó una interminable espiral de deslumbrantes conflagraciones que bañó la tierra con una luz utópica, brillante como un

espejismo y ardiente como el fuego del desierto, y los glorificó, consumiéndoles y, lentamente, reduciéndoles a cenizas hasta que sólo quedaron la quietud y el silencio más absolutos.

En la calma que siguió a la pasión, Rigo permaneció abrazado a Araminta, con una calidez protectora y posesiva a un tiempo, mientras le acariciaba la cabeza, sintiendo el impacto de sus lágrimas de cristal contra su pecho. Ahora la conocía tal y como él se conocía a sí mismo, hasta lo más hondo, sin necesidad de explicaciones. Ella era joven, y estaba asustada y maravillada por lo que acababa de ocurrir entre ellos. Había recibido llena de curiosidad la belleza salvaje de lo que habían hecho y temía sus repercusiones, el miedo y los remordimientos la atenazaban, sin que alcanzara a comprender que, mediante la respuesta que había dado a sus requerimientos, había despenado en él un deseo que rayaba en la obsesión. Había conocido infinidad de mujeres, pero ninguna como ella. Lo que Araminta pensaba que acababa de terminar entre los dos, él sabía que no había hecho sino comenzar: el hambre que sentía por ella sólo había sido azuzada. Nunca se cansaría de ella, por muchas que fueran las veces que la toman. Como jamás le había sucedido con otra mujer, él le había dado todo lo que tenía y recibido todo lo que podía, de igual forma que ella le había entregado su ser al completo y aceptado lo que él le ofrecía. Araminta representaba lo que él había deseado siempre en una mujer: era un sueño hecho realidad, la mitad que le completaba, la compañera de su inquieto cuerpo y su anhelante alma.

-*Silencio. Cállate, niña* -susurró con dulzura, como había hecho antes al consolarla-. No hay razón para que llores.

-¿No la hay, Rigo? -preguntó ella con voz trémula. Estaba asustada y avergonzada. ¿Qué había hecho? Se había acostado con él, se había entregado por voluntad propia a un hombre que no era su marido, un hombre que se había servido de ella para su venganza y que ya no la necesitaba-. Tus deseos se han cumplido. Has obtenido tu satisfacción. Ahora ya puedes devolverme a Texas, devolverme a mi..., a mi marido.

Rigo la cogió por la barbilla con ternura y la obligó a que lo mirara, para interrogarla con los ojos, como si quisiera sonsacarle los secretos más íntimos que guardaba en su mente y en su alma.

-¿Araminta, realmente deseas que te devuelva a Judd Hobart?

-Esa es tu intención, ¿verdad? -le respondió esquiva, sin atreverse a creer lo contrario y sin permitir que la pequeña semilla de esperanza que acababa de ser plantada en su interior arraigara y creciera.

-Lo era hasta esta noche -asintió él en tono sosegado-, pero ya no, *querida*, ¡ahora, no! Aunque tenga que guardarte prisionera el resto de mi vida, jamás te devolveré a tu marido *gringo*. Ahora eres mía, Araminta. ¡Mía! afirmó con furia, como si saborease la palabra en la boca-. Nunca permitiré que te vayas. ¡*Bruja*! Me has hechizado con tu melena de ángel, tu rostro de

gitana rubia y tu fuego encantador. *¡Te amo! Te quiero, mi corazón, mi vida, mi alma...*

Hasta ese momento, Araminta no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba oír aquellas palabras, lo mucho que le amaba a su vez, que le había amado siempre, desde el día en el que le había visto en el hotel de El Paso. ¿Por qué, si no, había seguido reuniéndose con él en la ribera del riachuelo? ¿Por qué había respondido a las libertades que se había tomado con ella mientras la tenía prisionera? ¿Por qué se había entregado a él esa noche, deseando aliviar el dolor que había visto en él y, en un perverso afán de compensación, castigarse a sí misma por la cruel tortura que Marisol había sufrido a manos de Judd?

-Rigo, oh, Rigo, yo también te quiero -exclamó, agarrándose con fuerza a él, como si quisiera asegurarse de que era real y ahora le pertenecía.

Sus lágrimas de tristeza se convirtieron en dulces lágrimas de alegría. Rigo enredó otra vez las manos en su melena y le buscó los labios, empujándola sobre el duro suelo de adobe para cubrirla con su cuerpo desnudo y empezar moverse de nuevo, inexorable, urgente. Mientras, en el exterior, la tormenta ahogaba su último suspiro y el arroyo se transformaba suavemente en un lago de mercurio bajo los plateados rayos de la luna.

TERCERA PARTE

LOS VILLISTAS

16

Chihuahua, México, 1913

Al principio, cuando despertó, Araminta no sabía dónde se encontraba, habituada como estaba a dormir sobre una manta en el caliente y duro suelo del desierto. Como de costumbre, Rigo se hallaba a su lado, con una pierna extendida sobre las suyas, un brazo alrededor de su cuerpo y una de sus manos rodeándole un seno. Aquella mañana, en cambio, estaban los dos desnudos. Al verlo, Araminta recordó de inmediato lo ocurrido la pasada noche y se dio cuenta de que se hallaba en la cama donde Rigo la había llevado después de hacerle el amor de nuevo sobre la alfombra delante de la chimenea. Mientras observaba su guapo y moreno rostro, tan sosegado cuando dormía, Araminta se preguntó cómo habría llegado a odiarle y a enfrentarse a él. Sabía que le había llevado a resistirse un temor no reconocido a enamorarse de un hombre que jamás se preocuparía de ella y para quien sólo sería la esposa *gringa* de su enemigo. Le maravillaba que Rigo la aman, y que a ella no le cupiera en el pecho todo lo que sentía por él.

Como si presintiese la mirada de Araminta, Rigo se despertó y, tras abrir los ojos adormilado, la atrajo hacia sí para besarla y acariciarla con placidez, mostrando su experiencia acumulada y su júbilo al recorrer cada línea y curva de su cuerpo. Era como su primera esposa, y él no cabía en sí de gozo por haberla encontrado. La expresión de su rostro, iluminado por el rosa dorado del amanecer que entraba a raudales por la ventana abierta del dormitorio, hacía que pareciera más joven de lo que era en realidad. Su semblante se había suavizado al saber que allí, al menos, no necesitaba mantenerse en guardia. Con Araminta no tenía que ser un hombre distinto a como era en realidad, porque ella conocía sus temores y manías como ser humano y, a pesar de ello, lo amaba. Jamás debería haber consentido su boda con Judd, pensó lleno de celos, maldiciéndose en silencio y maldiciendo su venganza, si bien ésta había resultado ser mucho más satisfactoria de lo que jamás hubiera imaginado. De todas formas, el hecho de que fuese la esposa de otro hombre tenía poca importancia, porque él la había poseído -algo que, por otro lado, ningún hombre podría ya hacer- y quien ahora la deleitaba y excitaba con sus manos, labios y lengua, tal y como ella hacía con él. Araminta enredé los dedos en el negro cabello para

Librodot

apretarle con más fuerza mientras él bebía con avidez el dulce vino del capullo de su boca y se alimentaba de sus senos, lirios blancos en flor con pétalos rosa en el corazón. Plantó Rigo su rostro en el valle que había entre las floridas lomas, y jaloné con eróticos besos el sinuoso sendero que le condujo por el firme aunque tembloroso vientre hasta donde se ocultaba la suculenta fruta, las hinchadas bayas y su zumo, dulce al paladar, cuando lo probé con su melosa lengua,- y suave al contacto de sus dedos de terciopelo. Todo lo que había recorrido llevado por la furia cegadora de la pasión, lo exploraba ahora con parsimonia, regodeándose con arrobo en la calidez líquida que se escurría por su cuerpo. Su intimidad se excitaba cuando la abrazaba, cuando se entrelazaba en su cuerpo, cuando su piel morena se fundía en el cálido aliento de ella, que se aceleraba por el movimiento errante de manos y labios. -

Con los pulgares, Araminta recorrió el oscuro arco de las cejas, los cincelados huesos en sus facciones españolas y la sensual curva de la boca hasta que él volvió a reclamarla, buscando con la lengua el contorno de sus labios antes de obligarles a separarse y a mostrarle su exuberancia escarlata. Con la misma sensible fragilidad del aleteo de una mariposa, se posaron los besos de Araminta sobre las abundantes pestañas, la generosa y seductora boca y la brillante melena de ébano de Rigo. Puso entonces las manos y los labios sobre sus hombros y los deslizó por su sedoso pecho y su amplia espalda, lamiendo la sal de su piel mientras seguía la esbelta línea de los músculos, que se sucedían como olas de mercurio hasta romper en la curva de sus firmes nalgas. Envolviendo todo su cuerpo, la melena de hada de Araminta urdía su dulce encantamiento y tejía un levísimo velo en el cual Rigo iba quedando atrapado conforme besaba las madejas doradas y olía profundamente su perfume a sol. El notaba entonces la fragancia de la satinada piel de Araminta, suave y arrebolada al contacto con la suya. Advirtiéndole su impaciencia, comenzó a lanzar fuego por los ojos cuando ella rozó y al punto apresé el inquieto vértice de su virilidad, incitándolo y acariciándolo con deliberación hasta que él no pudo mis, la cubrió con su peso y la oprimió contra la cama.

Como si de una paloma se tratase, se quedó debajo de él, y abrió sus blancas alas, las desplegó de par en par ante la suave aunque insistente presión de sus manos, ante sus silenciosos requerimientos. El, mediante una larga, lenta y dura acometida, hundió su sexo profundamente en la meliflua madurez de ella, partiéndola y esparciendo el húmedo y cálido néctar; como si se encontraran en un perezoso sueño de verano, los dos se fundieron en un solo ser. Una y otra vez, el dulce y traicionero dardo inyecté con furia su seductor veneno de serpiente, inundando todo su lánguido ser y nublando su mente hasta que ella se vio obligada a arquearse ciegamente ante sus arremetidas, aceptándolas, acogiéndolas. Un río cristalino la arrastró entonces hasta un lugar tan paradisíaco como el mismísimo jardín del Edén, iluminado por una llama atemporal, gloriosa. Ella sintió su calor abrasador mientras él gemía y gritaba. Por fin, con un espasmo que estremeció hasta el último músculo de su cuerpo, se desbordó dentro de ella.

Librodot

Luego, arropada por sus brazos, confortándose en la cálida llama de su unión, Araminta quería llorar de alegría y del agridulce dolor con que él había llenado su corazón. La noche anterior, Rigo le había dicho que, antes de la revolución, los campesinos se habían visto obligados a hacer el amor en silencio por miedo a que sus amos y señores los oyeran y les azotaran, puesto que su cicatería llegaba hasta la intimidad y el placer.

-¡*Te amo*! -susurró con vehemencia, como si aquellas palabras pudieran borrar los recuerdos que Rigo tenía de antes de la guerra, cuando no era más que un perro, y mantener alejados el presente y el futuro, en los que sería un perro de la guerra-. *Te amo*.

La acalló y respondió con sus besos. *Te quiero.* Para él, con su sangre española, aquellas palabras expresaban lo mismo, su deseo y sus sentimientos; eran términos inseparables que gracias a su idioma podía fundir en una sola frase. Con aquello bastaba. Araminta no necesitaba más, no de un hombre que aun sabiendo tanto de técnicas amatorias, sin embargo, había conocido tan poco amor. Sus cicatrices eran más profundas que las físicas, cicatrices que tardarían toda su vida en desaparecer. Ella lo entendía, tal y como él había supuesto. Un hombre como él no abriría el corazón y el alma a una mujer que los desprecian, del mismo modo que una mujer como ella no recibiría a un hombre que no la amara, algo que él también había supuesto.

Aunque sólo permaneció menos de un mes en él, Araminta jamás olvidaría el chamizo de adobe del cañón en que Rigo la había amado por vez primera y donde el tiempo se había detenido por un instante. Aquel lugar en que habían vivido como marido y mujer, como si hubiesen acabado de contraer matrimonio, conociéndose el uno al otro y haciendo el amor durante horas sin fin. Sin embargo, la inevitable rueda del tiempo comenzó a girar y el mundo, México y la revolución entraron otra vez en sus vidas en la forma de un mensaje de Francisco *Pancho* Villa, el comandante de la División del Norte. Un hombre que perdía el tiempo entre los riscos, entreteniéndose con una *gringa*, mientras los otros *guerrilleros* luchaban por la libertad, era, en opinión de muchos hombres, un traidor que merecía ser fusilado. El comunicado de Villa estaba claro: no se toleraría ni la traición ni la deserción. Los oficiales que no siguieran las órdenes serían ejecutados, y Rigo no supondría una excepción a esa regla.

A Araminta se le encogió el corazón cuando se enteró de la noticia. Estaba segura de que la dejaría en el cañón o la enviaría a su rancho de México, Casa Grande, donde se encontraría sola hasta su regreso. Sin embargo, Rigo le dijo que iría con él a reunirse con los villistas, puesto que muchas mujeres acompañaban a los maridos y los novios a la batalla. Eligió una blanca yegua árabe de pura sangre del corral que había en el extremo del cañón. Con ella cabalgaría a su lado. ¡Qué diferente sería ese viaje del anterior!

Durante las siguientes semanas, gracias a los mensajes que fue mandando a sus subalternos, la banda que lideraba Rigo pasó de ser un puñado de hombres a contar con más de quinientos bandidos. Araminta tenía que utilizar la imaginación para adivinar cómo lograban los *guerrilleros* encontrarles, puesto que la banda seguía su avance con movimientos rápidos y furtivos, tal y como habían hecho hasta entonces. El avance se fue haciendo cada vez más lento y precario a medida que los nuevos hombres, que llegaban con cañones, carros de aprovisionamiento y caballos para las tropas rebeldes, engrosaban sus filas. Araminta reconoció las marcas de varios ranchos tejanos, como la S barra A de Sierra Alta y la C del Chaparral, y comprendió que casi todos los caballos habían sido robados, incautados, durante las rápidas y sigilosas incursiones que Rigo había realizado a lo largo de la frontera.

Por primera vez después de muchos días, Araminta pensó en su abuelo y Judd. A esas alturas debían de pensar que no seguía con vida. El hecho de que nunca hubieran recibido una petición de rescate, y que ella no hubiera regresado, sólo podía tener una explicación: había muerto, y si ése no era el caso, más le valdría que lo fuera. Nunca aceptarían que Rigo y ella se hubieran enamorado. Ni se lo creerían, aunque alguien les ofreciese una prueba de ello. De todas formas, eso no ocurriría, porque ella no pensaba volver a Texas, no podía hacerlo, jamás volvería con Judd, y menos ahora, que era la mujer de Rigo en todo excepto el nombre. No le importaba si la daban por muerta. Era mejor de ese modo. Judd, sin lugar a dudas, estaría contento de pensarlo así, y de no disponer de pruebas que le convencieran de lo contrario. Y si su abuelo no lo estaba, seguramente preferiría verla en la tumba que en los brazos de Rigo.

Antes, cuando había cabalgado atada delante de él en su negro semental -*Rayo* era su nombre-, no había tenido ocasión de hacer nada, presa como estaba. Cada vez que se habían detenido para dejar descansar a los caballos o montar el campamento para pasar la noche, ella se había quedado sentada en silencio bajo la atenta mirada de los vigilantes. Ahora, en cambio, Rigo la había enseñado todo sobre los caballos: los desensillaba, limpiaba, alimentaba y l daba de beber; ya sabía encender una hoguera para cocinar, desenrollaba, montaba y aseguraba la tienda que habían comprado, y extendía las mantas que habrían de compartir por la noche. Aunque al principio tardaba casi dos horas en hacer todas esas tareas, pese a que, por lo general, alguno de los hombres de Rigo le ayudaba, no tardó en realizarlo todo en la mitad de ese tiempo. Así, tampoco tardó mucho en ponerse fuerte gracias al duro trabajo, y cuando llegó el día en que fue capaz de ensillar su yegua sin realizar el menor esfuerzo, Araminta se echó a reír recordando que antes ni siquiera podía arrastrar la silla de montar por el suelo. Como el ejército de Rigo no dejaba de aumentar, llegó el momento en que sobraban los soldados que podían ocuparse de dichas tareas y atender al general y a su mujer, por lo que el ayuda de campo de Rigo, un joven llamado *Chico* Morales, asignó a varios hombres el trabajo más pesado.

Las mujeres que seguían al creciente ejército enseñaron a Araminta a reconocer qué plantas y tubérculos eran comestibles. Para suplir las carencias de sus sencillas comidas, ella y las mujeres se dedicaban a recoger

Librodot

bayas silvestres, hierbas y verduras y a arrancar raíces de la dura tierra, de las cuales aprovechaban la parte de las hojas para alimentar a los caballos. A veces secaban lo que recogían o lo ponían en conserva para consumirlo más adelante, porque los poblados eran escasos; las distancias que los separaban, grandes, y los alimentos frescos poco frecuentes. Ni desperdicios, ni necesidades: ése era el lema de los campesinos rebeldes, una lección que habían aprendido a la perfección. También la enseñaron a reconocer las plantas medicinales que servían para hacer curas. Con una, por ejemplo, hizo una pasta que la protegía de los efectos del abrasador sol y el árido viento de México y evitaba así que la piel se le secara y agrietara. Asimismo aprendió a distinguir las plantas venenosas: un simple corte con un cuchillo mojado en la savia de una de ellas mataba en el acto; la comida o bebida condimentada con el polvo que se obtenía al estrujar las hojas o las bayas secas de otra causaba una muerte lenta y agónica. El mismo Rigo le mostró el cacto del *peyote*, cuyos frutos y zumos provocaban vómitos y alucinaciones, y eran utilizados en cienos rituales indios para mostrar el camino al mundo del espíritu.

Temeroso de que, a pesar de todas las precauciones, Araminta cayera prisionera de los *federales*, los *rurales*, los *colorados*, los indios yanquis o de algo peor, Rigo la enseñó a defenderse con un cuchillo; a moverse y fintar; a escurrirse como un rayo, tirarse al suelo, girar sobre sí misma, y estar de nuevo en pie en cuestión de segundos; y a apuñalar a un adversario en el corazón o cortarle el cuello de tal forma que la horripilante acción fuera definitiva. Además le dio un cuchillo que, como la mayoría de las mujeres que acompañaban a los forajidos, Araminta escondió bajo sus faldas en una funda de cuero sujeta al muslo; y le enseñó a sacarlo en un abrir y cerrar de ojos. En realidad aunque se trataba de un truco propio de gitanas y prostitutas, quizá algún día le salvara la vida en un país salvaje, desgarrado por la guerra como México. Cuando Araminta menos se lo esperaba, Rigo aparecía a su lado de repente, de suene que acabó educando el oído para percatarse incluso del leve murmullo de una hoja. Ella misma se ocupó de aprender a arrastrarse boca abajo por el suelo como una serpiente avanzando apoyada en los codos y sin producir el menor nido.

Rigo seguía llevando su juego de ajedrez en las alforjas; así pues, por la noche continuaron con las partidas que habían comenzado cuando ella era su prisionera y trataba de demostrarle su superioridad. Sin embargo, nunca había sido capaz de derrotarle, y ahora tampoco parecía que fuera a lograrlo. El ajedrez era un juego que exigía sólo inteligencia y en el cual no había ni un elemento en que interviniera el azar que no fuera el talento y el ingenio del adversario. Rigo, además, era un contrincante con demasiada experiencia militar como para que pudiera ganarle. Cuando todavía era su prisionera, Araminta había comprobado lo hábil y taimado que era, y se había acostumbrado a oírle decir en voz queda «jaque», y, poco después, «jaque mate». En más de una ocasión, como si la persona que tenía delante fuese una niña que estuviera aprendiendo a jugar, le había dicho «jaque a la reina», mientras la miraba fijamente a los ojos dándole a entender claramente «tenga cuidado, *gringuita*, porque, al final, la tomaré como ahora tomo la reina». Entonces no hubiera ni soñado que en su entrega fuese a

haber tal disponibilidad y ternura, ni que Rigo llegara a quererla tanto, correspondiendo de ese modo a su amor en toda su medida.

Rigo también siguió enseñándole a tocar la guitarra. De camino al cañón escondido entre los riscos, había comprado el instrumento a un campesino y, por la noche, una ve se había asegurado de que habían acampado en un lugar lo bastante recogido como para que no les oyeran, la había tocado suavemente, interpretando música española de una gran belleza: baladas tristes, valses lentos, animados *fandangos*, primitivos *jarabes* y salvajes melodías *flamencas*. Cuando vio que la música cautivaba a Araminta, y tal vez para divertirse, decidió enseñarle a tocar. Como era mejor que estar sentada con las manos atadas, sufriendo las raspaduras de la cuerda en las muñecas y el corte de la circulación de la sangre, ella había accedido a aprender. Ahora era lo bastante hábil ya como para tocar algunas melodías sencillas, aunque nada parecido a las complicadas armonías que Rigo interpretaba con el instrumento. En las noches que tocaba, siempre había quien lo acompañaba con un instrumento, y los hombres y mujeres de su ejército cantaban y bailaban con una desinhibición desenfrenada y telúrica que resultaba regocijante y estremecedora para quienes la veía. El viento acompañaba el rasgueo de las guitarras, el cascabeleo de las panderetas, el golpeteo de las castañuelas, el tintineo de las espuelas y el sordo taconeo de las botas sobre el duro suelo. Los espectadores que rodeaban la hoguera del campamento daban palmas al ritmo de la música y jaleaban a los bailarines, por lo que éstos, al oírles, aceleraban sus movimientos.

Una noche, varias mujeres que se habían hecho amiga de Araminta la invitaron a que se acercara al corro para enseñarle los complicados pasos de baile. Meneando la cabeza con timidez, trató de retirarse, pero cuando alguien exclamó *« ¡La gringa! ¡La gringa!»* y otras personas lo secundaron, Araminta comenzó a bailar lentamente, imitando al resto de las mujeres. Al cabo de unos segundos, cuando ya tenía más confianza, y animada como estaba por el vino que había bebido durante la cena, se dejó llevar por la música. Los sensuales movimientos le salían de forma natural; no necesitaba pensarlos ni echaba en falta la experiencia. Cerró los ojos y dejó que el ritmo, insistente y juguetón, se apoderase de ella y llenara todo su ser. Ondulaba el cuerpo con sinuosos movimientos mientras balanceaba las caderas. Con la elegancia de un cisne, alzó un brazo y al tiempo que chasqueaba los dedos y daba taconazos con sus *guarachas*, levantó provocadora una parte de su falda de campesina para mostrar por un fugaz instante el muslo. La multitud profirió un grito en señal de aprobación, animándola a que siguiera, mientras los demás bailarines iban, uno a uno, apartándose para observar mejor a la bella joven estadounidense, la *gringa*, quien, de no ser por su dorada melena y sus ojos esmeralda, podría haber sido una de sus salvajes gitanas. Araminta no era consciente de que estaba bailando sola. La sangre le palpitaba en las sienes. Se hallaba a merced del compás de la música; bailaba para Rigo, su amante, sólo para él, le imploraba con los brazos, le provocaba, con la cabeza echada hacia atrás, el cabello suelto flotando a su alrededor, los ojos cerrados, los labios entreabiertos, esbozando una sonrisa seductora. Gotas de sudor perlaban su cuerpo, brillando sobre la piel a la luz de la luna y de la hoguera mientras

ella seguía dando vueltas y más vueltas y sus faldas revoloteaban alrededor de sus piernas. Los entusiastas gritos de *« ¡Olé!»* y *« ¡La gringa!»* resonaban en sus oídos cuando, cogiéndola por la cintura, Rigo la levantó y cubriendo sus labios con su hambrienta boca, rompió el corro formado por sus hombres, que gritaron con fuerza: *« ¡Arri-ba! ¡arriba, general!»*, para desaparecer en la oscuridad.

Al llegar a la tienda, la echó sobre las mantas y, sin más prolegómenos, la tomó con fuerza.

Araminta no hacía más que pensar en lo diferente que era Texas en comparación a México, donde la gente la admiraba y respetaba por ser la mujer de Rigo y a nadie le preocupaba que no fuera su esposa; y donde se hacía caso omiso a las convenciones y se comprendía y aceptaba que el amor y la vida eran de ese modo. *La gringa*, la llamaban, *la mujer del general, la mujer del salvaje*. Los dos últimos apelativos les obligaban a aceptar el primero, pensaba ella, sin darse cuenta de que ella se había ido ganando todos los días, y de un sinfín de maneras, su aprecio y cariño.

Cuando les hablaba en español, les encantaba con su acento. Al principio hacía muchos gestos y cometía errores, pero poco a poco fue adquiriendo una mayor fluidez. Al menos, *la gringa* trataba de hablar su idioma, se decían los unos a los otros, y no esperaba de ellos que hablaran el suyo. Nunca les gritaba en inglés como si estuvieran sordos y los chillidos les facilitaran la comprensión de un idioma que no conocían. Trabajaba tanto o más que las otras mujeres, y nunca exigía un trato de favor por ser la mujer del general, la mujer del *salvaje*. Vestida con sencillas ropas de campesina, que ya nunca se quitaba, paseaba por entre los soldados cuando habían dispuesto el campamento por la noche, y se dirigía con timidez a unos y otros, tratando de recordar los nombres de todos, incluso de las mujeres y los niños. Por muy cansada y preocupada que estuviera, siempre tenía una sonrisa pan ellos y disponía de tiempo para reírse de un chiste, para contar una historia a un grupo de niños o para limpiar y vendar una inoportuna herida. Aunque le doliera la cabeza, se quedaba buena parte de la tarde delante del fuego, preparando *menudo, frijoles y tortillas*, sirviendo la exigua pero sabrosa comida en los platos de hojalata y asegurándose de que todos los estómagos hambrientos tuvieran su ración antes de sentarse al lado de Rigo con los platos que les correspondían. Sólo comían cuando los demás se habían alimentado, ya que, según afirmaba Rigo, el deber de un general era velar por el bienestar de sus hombres antes que por el suyo. Casi todas las noches, las velas iluminaban la tienda del general casi hasta el amanecen Rigo y los oficiales de mayor graduación hacían planes mientras Araminta apuntaba los acontecimientos en su diario y completaba los dibujos que había bosquejado con anterioridad para sus artículos sobre la revolución mejicana.

Gracias a Rigo y su vasta red de informadores, se enteró de que Liam O'Grady no sólo había publicado sus anteriores artículos, sino que los había utilizado como titulares organizando con ellos como una serie con el título «Desde el frente», bajo el cual siempre añadía «de nuestro corresponsal en México, A. K. Munroe». Aunque con la excepción de los políticos, muy poca

gente en Estados Unidos había prestado atención a lo que estaba sucediendo al sur de la frontera, los primeros artículos de Araminta sobre el tema habían despertado interés gracias al trabajo que había realizado con anterioridad sobre el oeste. Como muchas mujeres, sobre todo, se habían sentido conmovidas por «La libertad, ¿a qué precio?», la historia del huérfano Miguelito, cuando apareció « ¡A las armas!», el tema de la guerra había captado ya la atención de un buen número de lectores. Estos tenían las referencias necesarias para leer la historia sobre la revolución que Araminta había escrito y tomaban partido. Según la información que Rigo había recibido, el polémico artículo había dado lugar a acalorados debates en muchos de los clubes de la ciudad de Nueva York, en cuyos salones, llenos de humo, los hombres discutían sobre el hecho de que el presidente Wilson continuara con la política de prohibir la venta de armas a los rebeldes, que había sido promovida por el anterior presidente, Taft. Por esa razón, Rigo quería que siguiera escribiendo artículos; a ella, desde luego, le encantaba obedecerle. Tal vez, a su manera, le fuese dado recompensar a ese país que, de forma inesperada, tanto le estaba dando a ella, aunque, de todas formas, si de todo ello sólo ganase a Rigo, habría conseguido mucho mis de lo que hubiera imaginado cuando cruzó el río Grande con él.

17

Muy a su pesar, Judd no había encontrado una buena oportunidad durante todo el camino de regreso a Texas para asegurarse de que Noble terminara el viaje en una caja de madera de pino. Por mucho que intentó hacerle creer que el hecho de que hubiera condenado a Araminta, insinuando que no deseaba su vuelta y que más le valdría estar muerta, había sido una aberración fruto del disgusto y del miedo que había sentido por su vida, Noble no se dejó engañar en absoluto. Aunque fingió aceptar la explicación de Judd, el anciano no bajó la guardia en ningún momento por miedo a que intentara matarle. Judd sabía que si cometía un error, las consecuencias sobre su plan de heredar Sierra Alta y librarse de su mancillada esposa serían desastrosas, aunque, de todas formas, tampoco abrigaba ya muchas dudas de que siguiera con vida.

Ese hijo de puta de Del Castillo había tenido tiempo más que de sobras para enviar una nota exigiendo el pago de un rescate exorbitante. Por muy sucio cerdo que fuera, era capaz de escribir, como lo demostraban las cartas dejadas por él en el Chaparral tras las incursiones que había realizado para robar reses y caballos. Aunque no estaban firmadas, Judd no había tardado en descubrir al autor. Se trataba del marido de aquella puta batata mejicana que él y sus amigos se habían llevado de Yermavilla un lejano y fatídico verano con el propósito de entretenerse durante una correría en busca de reses al sur de la frontera. Al principio, Marisol (que era así como se

Librodot

llamaba, aunque él y sus compañeros le habían puesto *Virgen María*, no porque lo fuera, sino porque siempre estaba de rodillas, bien debido a que tenía que atender sus requerimientos, bien porque estuviera rezando como todos los buenos católicos) había chillado, gritado y peleado como una gata montesa. Sin embargo, Judd sabía que había terminado por querer aquello, por desearlo con locura, tal como ocurría con todas la mujeres en cuanto un hombre les quitaba los escrúpulos de la cabeza y les abría las piernas, un hombre que conociera todas las maneras de embestirlas habidas y por haber. Pese a todos los rumores en el sentido contrario, rumores que, sin lugar a dudas, habría difundido Del Castillo para salvaguardar su honor y su orgullo de español, Judd pensaba que su enemigo debía de ser un verdadero ñoño en la cama, y si no lo era, ese estúpido cerdo podía haber enseñado a su esposa unos cuantos trucos, así no se habría mostrado tan condenadamente cabezota, tonta e ignorante antes de que él y sus amigos la despabilaran En realidad, le habían hecho un verdadero favor, enseñándole lo que una mujer debía hacer para que un hombre diera su dinero por bien gastado, sobre todo si se trataba de una puta mejicana de sangre caliente como ella, que tal vez se habría encamado ya por un par de chavos con todos los sucios cerdos entre río Grande y Zacatecas en un intento por satisfacer aquello que su marido no había sabido darle.

Era una verdadera lástima, pensó Judd con acritud, que no hubiera tenido la ocasión de dar a su esposa algunas de las lecciones que la *Virgen María* había recibido. Habría derretido su fachada de hielo y encendido el fuego que llevaba dentro; entonces se habría olvidado de esa actitud fría y altanera de mírame y no me toques y no habría tardado ni un segundo en abrir la boca y las piernas cada vez que él se lo ordenase. Bueno, qué se le iba a hacer, eso no tenía remedio. Seguramente, esa furcia arrogante estaría ya fiambre en su tumba, porque si se había empeñado en hacerle esperar a él, a su novio, hasta la condenada noche de bodas para encamarse, sin duda habría preferido suicidarse a someterse a una pandilla de sucios *bandoleros* mejicanos. Y si no lo había hecho, era probable que los bandidos la hubieran liquidado en cuanto se hubieran cansado de ella. Esa era la única razón que explicaría por qué Del Castillo no les había enviado una nota de rescate a él o a Noble, ni había mandado a Araminta, desvirgada y mancillada, de regreso a Sierra Alta.

Realmente no tenía por qué preocuparse, se dijo por enésima vez intentando tranquilizarse, de los carteles que Noble, apenas llegado al rancho, había encargado imprimir y distribuir por todo el estado de Texas, e incluso por el norte de México. En ellos ofrecía una recompensa de cinco mil dólares por el rescate de Araminta sana y salva o por cualquier pista que sirviera para localizarla. La banda de mercenarios profesionales que Noble había contratado tampoco tenía que convenirse en un motivo de inquietud para él. Ese *bandido* llamado *Pancho* Villa estaba causando un verdadero alboroto en Chihuahua y, a la vista de lo exacerbados que estaban los sentimientos antiestadounidenses en México en aquel momento, ningún sucio cerdo con un mínimo de dignidad dudaría en disparar a cuatro pistoleros *gringos* que hubieran cometido la estupidez de aventurarse más allá del río Grande en busca de una *gringa* que probablemente estaría muerta.

Tras seguir el curso del río Conchos a lo largo de casi todo su recorrido, Rigo y sus tropas se sumaron en Ciudad Jiménez a los tres mil soldados rebeldes que constituían el grueso de los villistas. Allí pudo ver Araminta al comandante, Francisco *Pancho* Villa, el célebre bandido y líder revolucionario. Su verdadero nombre era Doroteo Arango. En un hombre alto, al igual que muchos hombres del norte de México, aunque no tan elegante y ágil como Rigo. Tenía los brazos largos, el cuerpo fornido y espigado y las piernas cortas de los indios con quienes los españoles, y más tarde, los mejicanos, se habían ido casando en el transcurso de los años. Sus ojos rasgados guardaban ese leve aire oriental propio de sus antepasados indígenas. Tenía el cabello cono, con entradas, y negro como su largo y tupido bigote. Su aspecto, duro e inflexible, respondía con toda fidelidad a la descripción que Araminta había oído: su sonrisa -sonreía con frecuencia- rara vez hallaba reflejo en sus oscuros e inexpresivos ojos, que siempre aparecían atentos y vigilantes, como si enmascarasen un enorme instinto animal, una astucia innata y una inteligencia en estado puro.

Al igual que Rigo y muchos otros que estaban dejando su huella en la revolución mexicana, Villa había sido un proscrito antes de la guerra y, tal como Rigo había hecho, poco tiempo después de que estallara la contienda se había presentado en El Paso para ponerse a sí mismo, sus conocimientos, su experiencia y su dinero a disposición de los revolucionarios. La gente afirmaba que tras veinte años como *bandolero*, Villa tenía que haber acumulado una verdadera fortuna bajo el colchón. Sin embargo, al oír la historia, Rigo se había echado a reír y había contado a Araminta que la «fortuna» de Villa ascendía en realidad a 363 pesos, la mayor parte de los cuales estaba tan desgastada que parecía plata pulida.

Para los campesinos mejicanos, el revolucionario en el equivalente a una versión moderna de Robin Hood. Se decía que en tiempos de hambruna, había alimentado regiones enteras y se había preocupado de asegurar el bienestar de los habitantes de varios poblados que los *federales* habían desahuciado por completo aplicando la injusta ley de terrenos promulgada por el presidente Díaz. Con todo, Araminta pensaba para sí, que había el mismo número de probabilidades de que Villa se hubiera gastado su fortuna en whisky y mujeres. A ella le parecía escandaloso, pero lo cieno era que entre los peones de México era una práctica común tener más de una mujer. Villa tenía dos, una sencilla campesina que vivía en El Paso, y que había estado con él durante todos los años que había sido *bandido*, y una esbelta joven que cuidaba de su casa de Chihuahua. Pese a todo, Araminta tenía que admitir la genialidad de Villa en el campo de batalla: él en el responsable de que en México hubiera comenzado a practicarse la guerra de guerrillas, que había resultado ser de gran utilidad para los revolucionarios.

Tal vez el hecho de que empleara tácticas más propias de un *bandido* que de un soldado se debiera, por un lado, a que, al ser hijo de peona, no había ido nunca a la escuela y, por tanto, nada sabía sobre los habituales y aceptados métodos de hacer la guerra, y, por otro, a que antes de la

revolución había llevado la vida de un forajido durante veintidós años. Cuando sólo era un muchacho de dieciséis, ya se había convertido en un criminal. En aquel entonces se dedicaba a repartir leche por las calles de Chihuahua. Un día, para vengarse por la violación de su hermana, según él mismo afirmaría más tarde, Villa asesinó al funcionario del Gobierno que lo había hecho. Aquel crimen no habría prolongado durante mucho tiempo su condición de proscrito, ya que en México los asesinatos, sobre todo los causados por la oscura y apasionada furia latina, eran sucesos habituales y aceptados. Lo que acabaría poniendo precio a la cabeza de Villa sería el hecho de que se dedicara a robar ganado a los ricos *hacendados*, los poderosos gobernantes de las tierras del país.

Para los oprimidos campesinos de México, sus hazañas no tardaron en convenirse en leyendas y su nombre en, sinónimo de rebelión contra el gobierno. Al final, todos los asesinatos y crímenes ocurridos en el norte del país le eran atribuidos y, conforme se extendía su fama, se escribían poemas y canciones sobre él que contribuían a aumentar su prestigio. Aunque no se trataba de una persona instruida, poseía astucia e inteligencia innatas. Había aprendido a sobrevivir desconfiando de todo el mundo, incluso de sus compañeros más fieles, a quienes había abandonado en muchas ocasiones cuando ya habían acampado para que no supieran dónde se encontraba. Todavía tenía la costumbre de levantarse de improviso cuando su ejército estaba preparado para pasar la noche, ponerse el *sarape* e irse solo a algún lugar desconocido o acercarse a los centinelas que él mismo había apostado para asegurarse de que seguían en sus lugares y no bajaban la guardia. Luego, por la mañana, reaparecía por la dirección contraria que había tomado al irse. Mientras no pudiera llevarlos a la práctica, no ponía a nadie al corriente de sus planes, ni siquiera a las personas con quienes tenía mayor confianza, los oficiales de rango superior de su ejército como Rigo. De esa manera evitaba que los derrotaran y capturaran.

En un principio fue capitán del ejército del presidente Madero y acompañó al general Victoriano Huerta cuando éste recibió órdenes de trasladarse al norte para combatir al general traidor Pascual Orozco. Villa se encargó de la guarnición de Hidalgo del Parral y, a pesar de contar con menos fuerzas, gracias a la superioridad de su táctica, logró una victoria decisiva sobre Orozco, realizando así la parte más peligrosa de la campaña, mientras que Huerta y sus veteranas tropas permanecían al amparo de la artillería. Luego, con la afirmación de que le había mandado un telegrama con órdenes a Hidalgo del Parral -telegrama que Villa sostenía no haber recibido-, Huerta lo acusó de insubordinación y lo citó en Ciudad Jiménez para juzgarle en consejo de guerra. Tras sólo un cuarto de hora de juicio, Villa fue condenado a la pena de muerte. Luego, el mismísimo presidente Madero revocó la orden y Villa fue encarcelado en Santiago Tlatelolco, por lo que tendría motivos de sobra para odiar a Huerta y para sentirse encantado de sumarse a la lucha contra él en cuanto el general asesinara a Madero y tomara las riendas del gobierno.

Villa empleó su tiempo en la cárcel aprendiendo a leer y escribir de forma autodidacta. Ni siquiera tenía fluidez en su propio idioma. Sólo hablaba *pelado*, el tosco español de los peones que Rigo utilizaba cuando se

dirigía a sus hombres, como Araminta había tenido ocasión de oír. Aunque Villa dio la impresión de aceptar su destino, en realidad estaba urdiendo un plan para recuperar su libertad. Finalmente, con la ayuda de Carlos Jáuregui, un joven secretario del tribunal militar, logró escapar de la penitenciaría de Santiago Tlatelolco y volvió a El Paso, donde reanudó su amistad con Rigo. Los dos hombres habían vivido varias aventuras juntos en su época de bandidos, unidos por el pasado común, la astucia innata y el ardiente deseo de mejorar la suene de los campesinos mejicanos que ambos tenían. Cuando Villa decidió regresar a México para apoyar a los revolucionarios, trazó su primer plan con la ayuda, entre otros, de Rigo, y aunque los dos hombres habían tenido fe en que se llevaría a la práctica, ninguno de los dos soñó jamás que conseguirían la victoria con tal rotundidad y rapidez.

Los dos buscaron reclutas en las montañas cercanas a San Andrés; la fama de Villa era tal que en el plazo de un mes ya se les habían unido tres mil hombres, a los cuales habría que sumar las tropas de Rigo. De ese modo formaron un destacamento guerrillero especial que se dedicaba al contrabando de armas, municiones, caballos, ganado y otras provisiones por la frontera. Al cabo de dos meses, el ejército de Villa, integrado sobre todo por revolucionarios campesinos sin preparación militar, logró que los *federales* salieran huyendo de toda la provincia de Chihuahua en dirección a la capital.

La retirada se debió en especial a que la estructura de tropa, el comportamiento y el despliegue de los *federales* eran muy rígidos. Consciente de que su propio ejército estaba constituido por peones cuyo conocimiento de las normas y regulaciones militares era incluso inferior al suyo, Villa no daba importancia al hecho de que los saludos y las formalidades no fueran algo habitual entre él y sus oficiales. Carente de preparación matemática, ni siquiera sabía hacer las operaciones trigonométricas necesarias para calcular las trayectorias de las balas de cañón o la proporción de aciertos y desaciertos tras realizar cien disparos. Tampoco se paraba a pensar en que, para ser eficaces, la infantería, la caballería y la artillería debían colocarse en posiciones diferentes, de tal suene que las teorías sobre los mejores métodos para hacer la guerra no le suponían estorbo.

De hecho, recibió un folleto del general Hugh L. Scott, el comandante de Fort Bliss, en el cual se detallaban las normas de la guerra adoptadas por la conferencia de La Haya y, confuso, invirtió varias horas en leerlo. Al terminarlo, llegó a la conclusión de que la guerra no era un juego; así pues, ¿qué sentido tenía hacer normas al respecto? Sobre todo le desconcertó la normativa en contra de las balas de plomo; al fin y al cabo, dijo, funcionaban, ¿no? Por otro lado, si él y otro hombre se enzarzasen en una pelea en una cantina, ¿tendrían que sacar el folleto del bolsillo y leerse las normas de conducta sobre esa determinada situación? Al pensar en ello, Villa se desternillaba de risa. Luego, durante una temporada, se lo pasó estupendamente acosando a sus oficiales con la excusa del folleto, preguntándoles k sabían qué debían hacer en tal o cual circunstancia; cuando éstos se veían incapaces de responder correctamente, Villa meneaba

la cabeza con fingida consternación, ya que en realidad la situación le divertía muchísimo.

En un aspecto, sin embargo, se encontraba Villa muy por delante de las personas que habían redactado las normas sobre lo que era humano o no lo era en la guerra, si es que ha llegado a haber jamás algo semejante a una guerra humana: el hospital de campo que organizó era espectacular. Constaba de cuarenta barracones, todos ellos con el interior esmaltado, llenos de mesas de operaciones y provistos de los instrumentos quirúrgicos más modernos. Más de sesenta médicos y enfermeras trabajaban en ellos, ocupándose de los heridos que, procedentes del frente, llegaban en tren a los hospitales base que él había levantado en Ciudad Jiménez e Hidalgo del Parral. Con posterioridad, cuando comenzara el avance hacia el sur, construiría otro en Chihuahua.

Ahora el ejército marchaba sobre Torreón, población situada a la orilla del río Nazas, en el corazón del país, y por ello de vital importancia desde el punto de vista de la estrategia militar. Quien se apoderara de Torreón dividiría el país y avanzaría sobre la capital. Con la ayuda de los zapatistas, que atacaban por el sur, los revolucionarios acorralarían al gobierno dictatorial, y entonces los constitucionalistas, quienes, al igual que Villa, apoyaban la causa de don Venustiano Carranza, el gobernador de Coahuila, y su *Plan de Guadalupe*, podrían hacerse con el poder. Ya había quien proponía a Villa como presidente de México. Este, al oír dicha proposición, se limitaba a menear la cabeza, diciendo que él era un luchador, no un hombre de estado, y que no tenía la preparación necesaria para ser presidente. Villa mostraba una lealtad inexplicable, terca e incondicional a Carranza, a quien siempre se refería con un respetuoso «mi jefe», pese a que se trataba de un aristócrata, un Grande que, aunque reformista, evitaba hacer cualquier mención a la posibilidad de devolver la tierra de México a los campesinos.

Al ver a Rigo que se acercaba, Villa se adelantó para besarle y abrazarle al estilo español, como compañero, luchador por la libertad y antiguo *compadre* que era.

-Rigo, *amigo mío, ¿cómo estás?* Por fin has decidido honrarnos con tu presencia, *compadre*. Ya iba siendo hora, aunque viendo la causa del retraso, lo comprendo. -El forajido examinó a Araminta con mirada atrevida, la mirada de un hombre que sabía apreciar las mujeres y la belleza-. Así que ésta es la *gringa* acerca de la cual tanto he oído hablar. No me extraña que hayas decidido quedártela, amigo mío, después de habérsela robado a su esposo, ¿no? *¡Ay, caramba, general!* Conquistar el corazón de semejante mujer..., así se demuestra lo que vale un *hombre*, ¿verdad?

-Si mi general.

Los dos hombres hablaban en *pelado*, por lo que Araminta no los entendía. Aun así, no le hacía falta un traductor para saber que Villa la consideraba una mujer atractiva y había dado su aprobación a Rigo. Era indudable que eso se debía tanto a su belleza como a la controversia que

habían suscitado los populares artículos que había escrito sobre la revolución, dedujo ella sin equivocarse, alegrándose de que, tal como parecía, su trabajo fuera del agrado de Villa. De lo contrario, era probable que no hubiese tolerado su presencia en el campamento y habría ordenado a Rigo que la mandara a su hacienda mejicana o, peor aún, que la enviara a Texas con Judd, puesto que Villa no sentía mucha simpatía por los *gringos*. En su opinión, deberían preocuparse de sus propios asuntos en vez de entrometerse en lo que sucedía al sur de la frontera.

Cuando los dos hombres hubieron terminado de hablar, Rigo llevó a Araminta a través del vasto, tumultuoso y confuso campamento, que se alargaba hasta las vías del ferrocarril, las arterias, por así decirlo, de la revolución. Estas partían de la frontera de México, en Ciudad Juárez, y bidiseccionaban todo el país, atravesando el sur hasta llegar a la capital, Ciudad de México, y enlazando todos los lugares que quedaban en medio. Por esa razón, era de vital importancia que todos los generales mejicanos tuvieran un superintendente de ferrocarriles, cuyo trabajo consistía en defender y supervisar todos los aspectos relacionados con los trenes que transportaban hombres, hospitales, armas, municiones y aprovisionamientos de los que se nutría la guerra. Villa había delegado ese trascendental cometido nada menos que en su consejero de mayor confianza y mejor amigo, Mayor Fierro, a quien quería como a un hijo, y cuyos crímenes, por muy terribles que fueran, siempre perdonaba. Sus delitos eran, de hecho, tan horripilantes que habían llegado a valerle el sobrenombre de Carnicero entre todos los soldados del ejército revolucionario, algo que, curiosamente, Villa pasaba por alto, cuando luego no dudaba en ejecutar a cualquier otro rebelde culpable de asesinatos gratuitos.

Fierro era un hombre alto y bien parecido a quien todos, excepto Villa, temían. Cuando pasaron por su lado, Rigo dijo a Araminta que aquel hombre estaba loco y que no había nadie en todo el ejército revolucionario, ni tal vez en todo México, que le ganara en una pelea o en una carrera de caballos. Después de una batalla, mataba, literalmente, a cientos de prisioneros con su propio revólver y sólo se detenía el tiempo justo para recargar.

-Trata de no cruzarte en su camino, *querida* -la advirtió Rigo-, porque si te desease, no dudaría en violarte, aunque seas mi mujer. Villa también le perdonaría algo así y lo protegería como de costumbre.

Araminta se echó a temblar ante esa idea y se alegró de que, gracias a su rango y fortuna, Rigo tuviera su propio vagón, un impresionante coche de estilo Pullman pintado en un tono bermellón oscuro que, no sabía - cómo, había conseguido que le transportaran desde El Paso a Ciudad Jiménez y que era a donde le estaba llevando en aquel momento. Tras subir los dos escalones que daban al balconcillo que el vagón tenía en uno de los extremos, Rigo sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura. La pesada puerta se abrió hacia el interior y él la invitó a pasar. Una vez dentro, Araminta se detuvo, envuelta por la relativa oscuridad, acostumbrándose al sofocante calor que hacía en el interior, mientras él se acercaba a las dos ventanillas que había a ambos lados del vagón, cubiertas con unas pesadas

Librodot

cortinas de terciopelo verde con flecos y borlas de oro. Las descorrió y las sujetó con unas cintas trenzadas de satén dorado. El sol entró a raudales en el vagón. Luego abrió las ventanillas una por una para que el aire fresco disipara el húmedo calor.

El vagón estaba lujosamente equipado, observó Araminta conforme lo iba examinando. El salón en que se encontraba tenía las paredes adornadas con paneles de roble de un tono oscuro y brillante y los muebles, que también eran de roble, tapizados con brocados y terciopelos de intensos colores que recordaban al desierto: rosado, oro, turquesa y verde. El suelo estaba cubierto con una alfombra de felpa de un tono parecido al del sahuaro. Al fondo de la habitación había una pequeña despensa, un bar y una cocina, detrás de la cual se veía una puerta giratoria con un cristal biselado que daba a un cono y estrecho pasillo. Al entrar en él había una puerta corredera en uno de los lados. Cuando Rigo la abrió, lo que Araminta había creído que sería un armario resultó ser un cuarto de baño acondicionado con objetos de roble y porcelana y con brillantes grifos de latón. ¡Agua corriente! En ese momento le pareció que había pasado toda una eternidad desde la última vez que había podido disfrutar de tales lujos. Se moría de ganas de llenar la bañera y meterse en ella. Al fondo del pasillo, detrás de otra puerta giratoria de roble sólido, estaba el dormitorio, que era tan lujoso como el resto del vagón. El mobiliario consistía en una silla, una coqueta de roble, una cómoda y dos mesillas de noche, entre las cuales había una primorosa cama de latón cubierta con un pesado edredón de satén turquesa sobre el que le amontonaban un sinfín de cojines del color del desierto. En la habitación había una segunda puerta para entrar y salir del vagón.

Desde luego, Araminta había imaginado ya que Rigo era tan rico como su abuelo y Judd. Sin embargo, aquélla era la primera vez que veía una verdadera prueba de ello y no pudo evitar comparar el vagón con el tosco chamizo de adobe que habían considerado su hogar hacía poco y maravillarse una vez más ante la facilidad con que Rigo era capaz de pasar de un mundo a otro. Al recordar el modesto furgoncillo rojo en que siempre viajaba *Pancho* Villa, Araminta se dio cuenta, con un repentino golpe de perspicacia, que tal vez fuese esa misma habilidad para ir más allá de las clases lo que convertía al general Del Castillo en una persona tan valiosa para Villa.

Este sabía muy poco, o casi nada, acerca de los *hacendados*, las personas que tenían el poder sobre la tierra, «los españoles... como ellos llamaba. Sólo los odiaba y, con notables excepciones, prefería verlos al otro lado de las fronteras mejicanas. Desde los tiempos de los conquistadores, habían estado subyugando y esclavizando a los indios. Por las venas de los peones corría, además de la de otras tribus, la sangre de los grandes imperios maya y azteca, los cuales habían rivalizado en grandeza con los egipcios, pero habían sido derrotados por los españoles, con lo cual perdieron su avanzada cultura y los conocimientos que habían acumulado, y se habían refugiado, al igual que sus maravillosas pirámides, en las interminables selvas de México. Ese era el patrimonio de los campesinos, tan rico como el de los españoles, y tal vez Villa quisiera instintivamente

Librodot

recuperar al menos parte de él. Quizá aquello explicara por qué, con gran astucia, reconocía que para conseguir que la revolución triunfase, sería necesaria tanto la participación de hombres como Rigo como la de hombres como él. Era probable que también explicase su decidida lealtad a Carranza: posiblemente comprendía de forma intuitiva que no sólo era la tierra lo que merecía la pena arrebatar a los grandes, sino también la belleza, la armonía y la elegancia, cosas que apenas poseían los peones.

Cuanto más conocía de aquel país, ese México salvaje que se estaba apoderando de su corazón de igual manera que lo había hecho Rigo, mejor comprendía Araminta las razones que animaban a los cabecillas de la rebelión y al hombre a quien amaba. Sólo cuando se encontraba entre sus brazos, pensaba ella, Rigo lograba olvidarse de todo aquello, aunque fuera por un momento, y disfrutar de la paz interior que solía rehuirle. Todo eso y mucho más era lo que ella le daba cuando se abría a él y le acogía en lo más profundo de su ser. Y se sentía contenta de que fuera así.

-¿Te gusta? -La voz de Rigo, queda y melodiosa, irrumpió en su mente, sacándola del ensimismamiento. Al oír la pregunta, Araminta se sonrojó intensamente. ¡Menudo diablo estaba hecho, de veras, para leerle el pensamiento y hacerle semejante pregunta! ¿Que si le gustaba? Espontáneamente, acudió a su cabeza la imagen de Rigo sobre ella, recorriendo su cuerpo con la boca, la lengua y las manos, moviéndose con urgencia, haciendo lo que quería con ella. Se puso roja como la grana-. ¿Te gusta? -repitió él, indicando con el tono la perplejidad que le causaba que ella no le respondiera. Entonces, cuando observó que tenía los ojos bajos, las mejillas encendidas y se mordisqueaba el vulnerable labio inferior, su voz adquirió un tono plácido, burlón y divertido-. ¿Araminta?

De pronto se dio cuenta de que Rigo se había referido al vagón de ferrocarril, no a su forma de hacer el amor, y de que había sido su involuntaria mirada a la cama de latón que dominaba el dormitorio lo que le había delatado. Tendió su mano de acero, la cogió por la muñeca y la atrapó en el círculo de sus poderosos brazos. Deslizó las manos con sensual lentitud por su espalda, atrayendo hacia sí sus caderas de modo que pudiera sentir cómo el duro calor del deseo había empezado a abrasarle de repente la entrepierna. La de Araminta, a su vez, reaccionó dolorosa, dulce e incontrolada al contacto. Rigo clavó sus castaños ojos, semiocultos entre las pestañas pero brillando apasionados como brasas, en los suyos, que lo miraban a su vez, verdes y temblorosos, para dar su consentimiento. La boca del general estaba a sólo unos centímetros de la suya y su aliento, cálido y excitante, le acariciaba el rostro.

-¿Te gusta, sí o no? -preguntó por tercera vez con toda la intención. Su voz sonaba ronca y pastosa como cuando le hacía el amor, por lo que Araminta supo que en esa ocasión no se estaba refiriendo al vagón-. Contéstame, *querida* -le exigió suavemente, dándole una pequeña sacudida-. La verdad..., quiero que me digas la verdad. ¿Te gusta?

-Sí... -susurró ella en tono de impotencia-. *Sí*

Durante un momento que pareció durar una eternidad, Rigo la miró con atención, fijándose en el desarreglo de su dorada melena, que caía a su alrededor, mojada por el sudor, y salvaje como la de una bruja en sus ojos esmeralda, que le recordaban a los plácidos lagos que a veces se encuentran en las sombreadas profundidades de los cañones; en el contraste que hacían sus sonrosadas mejillas con sus largas y espesas pestañas cuando cerraba los ojos para librarse de su escrutinio; en su nariz, respingona, tan finamente dibujada, temblorosa por la creciente agitación; en sus trémulos labios entreabiertos, el superior suavemente curvado como el arco de un cupido y perlado de sudor, el inferior, grueso y generoso; en la esbelta concavidad de su garganta, que latía leve pero insistente; en la turgencia de sus senos, que subían y bajaban, asomándose por el escote de la holgada blusa que llevaba y destacando, redondos y lozanos, bajo la tela de algodón. Incapaz de contenerse, la cogió por la cascada de la melena con una fuerza casi salvaje y le obligó a volver el rostro para besar su boca posesivamente, con la seguridad de saber que ése era su derecho y que no cabía esperar una negativa.

Atrapada, Araminta aceptó el ataque temblorosa y consciente de su vulnerabilidad, pero respondiendo con ardiente pasión con sus besos, acogiendo la invasión, degustando cada una de las espirales que Rigo dibujaba con su lengua mientras conquistaba y saqueaba su boca, buscando en su interior los lugares ocultos y explorando todas y cada una de las partes de la oscura y húmeda cavidad. Mientras Rigo continuaba asaltándole los sentidos del placer, Araminta notaba que su cabeza daba vueltas y su vientre se estremecía. Sabía por las dulces y atormentadas experiencias pasadas que aquello no era sino el preludio de lo que estaba por llegar, una exquisita melodía de apertura que se interpretaba pulsando las cuerdas de su cuerpo y su corazón. La sangre cantaba en sus oídos una canción tan antigua como el tiempo. El corazón retumbaba en su pecho, tocando un redoble conocido por todas las mujeres que hayan amado a un hombre alguna vez. Entre sus brazos, sentía el contagioso compás de un ritmo que habían compuesto entre los dos, tan salvaje, bello- y pagano como un cántico cabalístico, tan embriagador como el sueño producido por una droga, un remolino de tortuosas imágenes llenas de vivos colores.

Sin dejar de besarla, Rigo le obligó con lentitud a doblar la cintura hacia atrás, mientras ella se cogía con fuerza de su cuello, como si temiese caer pero al mismo tiempo deseara precipitarse de buena gana en la insondable y negra sima que se abría debajo de ella para tragarla con la fuerza de un torbellino. Araminta sabía que sus rodillas estaban tan débiles que en pocos segundos acabarían por fallarle. Rigo también lo sabía, de manera que, cogiéndola por debajo de las piernas con el otro brazo, la levantó con la misma facilidad con que levantaría a una niña. Pero Araminta no era una niña. Era una mujer ardiendo de deseo por él y por lo que sólo él podía darle.

En dos largas y poderosas zancadas, Rigo alcanzó la cama, se puso de rodillas sobre el suave colchón de plumas y la dejó caer. Entonces, se deslizó encima de - ella con todo su peso, apretándola contra el grueso edredón. En contraste con el color turquesa del satén, sus rubios cabellos parecían rayos

Librodot

de sol sobre el inmenso cielo del desierto, brillantes como una cascada de oro que se escurría desordenadamente por entre los dedos del general para caer sobre el montón de cojines que la rodeaba como si de un abanico español se tratara. Esa melena le encantaba, parecía seda sobre su piel y tenía un color tan característico que, incluso desde lejos, le permitía distinguir entre todas las mujeres que seguían al ejército de villistas a la mujer que le pertenecía. Y que le pertenecía a él solo. *La mujer del general; la mujer del salvaje*. Así la llamaba su gente y así la llamarían siempre, porque nunca la dejaría. ¡Nunca! Mataría a cualquier hombre que tratara de arrebatársela. Era suya. ¡*Suya*!

-Araminta... -susurró al lado mismo de su garganta-. Araminta. -Su voz sonaba tan ronca e intensa que ella sintió un profundo estremecimiento y profirió un gemido, tanto por el miedo como por la excitación que le producían la fiereza y la profundidad del deseo y el amor que Rigo sentía por ella. El estaba obsesionado. Le embargaba una incontenible y primitiva necesidad masculina de conquista, dominio y completa posesión, una necesidad que ella temía, pese a que le alegraba el poder que tenía como mujer para hacer que se sintiera de aquel modo; la habilidad para cautivarlo, rodearlo y cerrarle todas las salidas, para mantenerle prisionero de la misma manera que él le había hecho a ella-. *Ángel mío... gitana... bruja...*

Araminta significaba todas aquellas cosas para él y mucho más, pensó Rigo mientras se apoderaba otra vez de sus labios y su lengua trazaba con audacia y deleite el contorno en forma de capullo de sus labios. Entonces, le capturó con los dientes el labio inferior y empezó a mordisquearlo dulcemente, regodeándose en la expresión de inaguantable anhelo que el bello rostro evidenciaba.

Araminta temblaba entre sus brazos. Le daba miedo que ejerciera ese tremendo poder sobre ella, que tuviera esa certeza de su dominio, la besan y acariciara tan íntimamente, la conociera hasta lo más profundo de su ser, hasta su mismísima alma, de modo que incluso si quisiese protestar, no le valdría de nada. Ahora era del todo suya y de tal forma, que le bastaba con mirarla para que se derritiera en su interior, se le disolvieran todos los huesos y sus intimidades se volvieran fuego líquido. Eso era lo que le estaba ocurriendo en ese mismo momento: ardía, de deseo por que la tomar; por que la llenara hasta desbordarla y apagara la dolorosa llama de necesidad que sentía.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Rigo arremetió contra sus suaves labios con acometidas más severas; endureció la boca, se volvió más exigente, aplastó, arañó el labio inferior con los dientes de forma que Araminta probó su propia sangre y notó el agridulce sabor. Pero le daba igual. Estaba tan ensimismada por las sensaciones que le provocaba que, en vez de pensar, lo único que se veía capaz de hacer era sentir, mientras él seguía besándola una y otra vez, como si quisiese quitarle toda la fuerza que pudiera tener en el cuerpo y dejarla débil e indefensa ante él. Moviendo la lengua como un látigo, recorrió el camino entre su boca y sus sienes lacerándola, abrasándola, dejando marcas que más bien parecían heridas

abiertas. Su melena recibió entonces una lluvia de ardorosos besos. Rigo, perdidas las manos en la maraña de rizos, ocultó el rostro en su cabello y le mordisqueé el lóbulo de la oreja y se la lamió, lo que provocó en ella una estremecedora descarga que le atravesó el cuerpo desde el cuello hasta el secreto y candente centro de su ser. Araminta hizo un movimiento involuntario en un intento de encajar sus acometidas, pero lo único que consiguió fue rozar su sexo con el de él y provocar una nueva descarga por todo su cuerpo.

-*¡Jesús! ¡Cómo te quiero!* -le espeté Rigo al oído. A continuación, siguió soltando un torrente de palabras en español, como si, poseído por la pasión, se hubiese olvidado de hablar inglés o acaso su idioma fuera mucho más expresivo que el de Araminta para comunicarle sus sentimientos-. *Me quiero perder dentro de ti, estar dentro de ti, chingarte, enamorarte, una y otra vez. En tus brazos me olvido de todo excepto de ti..., de la guerra, los federales, los villistas, tu marido..., de todo excepto de mi venganza, mi dulce venganza, más dulce de lo que hubiera soñado jamás, porque eres mía, sólo mía, mía, siempre lo serás, querida. Nunca te soltará, no..., nunca. Contigo, me siento completo, mi corazón, mi alma...*

Aunque Araminta no entendía todas las palabras, intuía su significado. El siguió besándola hasta dejarle los labios hinchados y doloridos y el cuerpo tan sensibilizado que el más leve toque resultaba impactante, como si se encendiera un reguero de pólvora que recorriese toda su piel. El había empezado a acariciarle los hombros con suaves y sensuales movimientos, cuando de pronto, en señal de advertencia, se le ensombreció la mirada y apreté las manos que deslizó entonces por sus brazos y le bajaron las mangas de la camisa hasta las muñecas, aprisionando los brazos y apretujando la prenda alrededor de su esbelta cintura. Libres de su prisión, los senos saltaron alegres, voluntariosos, mostrándose en todo su esplendor a los ávidos ojos, la codiciosa boca y los ágiles dedos. Aceptando su invitación, agarró los dos senos, juntándolos para abarcarlos mejor con la boca. Se lanzó primero sobre uno y después sobre el otro, envolviéndolos con los labios y jugueteando con ellos hasta lograr que los rosados pezones se convirtieran en un par de tiesas y duras puntas. Con cada provocación, los pezones temblaban sobresaltados, lanzando oleadas de arrobo por todo su cuerpo. Araminta gemía de placer, disfrutando de la dulce sensación, ansiando tener más.

Cuando por fin logró liberar sus brazos cautivos, alzó las manos a los poderosos hombros de Rigo para arrancarle la chaquetilla. Temblorosa, intentó quitarle la camisa y cuando trataba de desabrocharle con torpeza los botones, Rigo decidió complicarle la labor y le cogió las manos, y besó las palmas antes de buscar de nuevo la boca, deslizarse por su cuello y recalar en sus senos. Así nunca lograría desabrocharle los botones, pensó Araminta frenética, medio loca de deseo por sentir su pecho desnudo contra el de él, esa fina capa de vello castaño que parecía seda al contacto con sus senos. Arañó la parte de piel que la camisa dejaba entrever, agarró los bordes y tiró con fuerza de ellos, lanzando los botones en todas las direcciones. Sin siquiera inmutarse, siguieron quitándose la ropa que aún les quedaba puesta.

Desnudos y jadeantes, se unieron en un solo cuerpo, dando vueltas y tumbos sobre la cama, retorciéndose y forcejeando el uno contra el otro hasta que el duro e inquieto sexo de Rigo encontró lo que estaba buscando en ella y la penetró tan súbita, violenta y profundamente que Araminta quedó sin resuello. Trató de respirar hondo, pero sólo pudo hacerlo de forma entrecortada, hipando, profiriendo gemidos quedos. Entonces le oyó suspirar, lanzar un quejido de placer por estar dentro de ella. Sus acometidas les estaban llevando a un paroxismo febril. Entraba y salía con deliberación, provocador, sin parar. Mientras la devoraba, Araminta notaba la calidez de su aliento sobre su cuello y sus senos, cuyos pezones chupaba con la lengua sin llegar a saciarse. Frenética, se arqueó bajo él, permitiéndole que se moviera con más fuerza, en espiral, y ganara más profundidad que antes. Entonces sintió que le faltaba aliento; se agarró a él con lascivia, apretando las piernas con fuerza en tomo a las suyas, arañándole la morena piel de la espalda. Estaba a punto de alcanzar la culminación y de entregarse a ella con una intensidad pareja a la suya.

Un tumultuoso diluvio de euforia estalló sobre ellos, los envolvió y los inundó por dentro. Exquisitas olas de deleite se encresparon sensuales en su interior, cada una de ella más alta y fuerte que la anterior, ganando tal velocidad y violencia que terminaron por romper y fundirse en una enorme masa de inaguantables sensaciones que se llevó en volandas todo lo que tenía por delante. Juntos, él y ella, se precipitaron a la deriva, arrastrados por la arremolinada cresta, tratando desesperadamente de mantenerse sobre ella. De improviso, la ola alcanzó su punto culminante, y estalló en forma de espuma blanca sobre misteriosas y doradas arenas, despidiéndoles del líquido elemento al tiempo que perdía fuerza y comenzaba a retirarse con suavidad hasta que acabó por desaparecer.

Cuando todo hubo terminado, Araminta permaneció quieta y en silencio entre los brazos de Rigo, arropada por su duro y musculoso pecho, a la espera de que el vagón dejara de girar y su corazón recuperase su ritmo normal. El sudor de Rigo brillaba sobre su piel, mezclándose con el suyo, y el dulce y almizclado olor de su unión lo impregnaba todo. Lo habían hecho como animales, pensó algo escandalizada. No conocía otra frase para describirlo. ¡Y ella había disfrutado de principio a fin! Al darse cuenta de ese detalle se ruborizó; pero cuando observó la expresión de triunfo y satisfacción que Rigo tenía en sus adormilados ojos, se puso roja como la grana. ¿No iría a ser tan arrogante y audaz como para preguntarle una vez más si...?

-Ganas no me faltan, *querida*, te lo prometo -dijo él arrastrando las palabras sin ningún pudor, como si hubiese adivinado lo que ella estaba pensando-. Aunque, no creo que tenga sentido cuando sé perfectamente cuál es la respuesta. Ah, si te digo esto, te pones más roja todavía. En tu país, un caballero -pronunció la palabra en un leve tono burlón- no habla de esta clase de cosas con una dama, ¿*verdad*? Y una dama no habla de ellas con nadie. ¡*Ay, caramba*! Qué tontos son los *gringos*. Nunca llegaré a entenderlos. No se trata de algo de lo que debas avergonzarte, Araminta... Lo que hemos hecho... es lo más normal entre un hombre y una mujer. En

Librodot

México, es una cosa que entendemos muy bien. Aquí, el amor es vida. En realidad lo es todo, y, además, precisamente algo que los *hacendados* no se pueden quedar. Y nadie se va a quedar contigo. Mataré a cualquier hombre que se atreva a tocarte, incluso a tu marido, Judd Hobart, sobre todo a él. ¿Entiendes lo que quiero decirte, *querida*?

-Sí... sí -murmuró ella temblando ante la idea de que Rigo pudiera matar a alguien, aunque ese alguien fuese Judd. Se daba cuenta de que se había entregado a él por completo, no sólo como amante, sino como posesión suya. Incluso si no se hubiese enamorado de él, no habría dejado de mantenerla cautiva una vez hubiera cedido a sus requerimientos.

-Aun así, hay algo que te inquieta, *niña, ¿no es cierto?*

-Sí... no..., es decir... Lo que ocurre es que, a veces, me haces sentir tan... tan vulnerable..., tan indefensa ante ti, Rigo...

-Porque lo eres -afirmó suavemente. Con un destello en la mirada, la puso boca arriba sobre la cama, se colocó encima de ella y le agarró las muñecas con fuerza-. ¿Ves lo débil y frágil que eres en comparación conmigo? ¿Ves con qué facilidad puedo hacerte prisionera? -Bajó la cabeza y sin prisa, le lamió y mordió los senos, dejándoselos duros, tiesos y arrebolados por el deseo. Cuando se irguió, en sus labios se dibujaba una sonrisa insolente-. Con qué rapidez reacciona tu cuerpo cuando lo toco... Así es como quiero que te sientas. -Su semblante se endureció de repente y Araminta supo se disponía a hablar en serio-. Y así es como haré que sientas siempre, porque, si no lo hago, sé que acabarías insatisfecha y me perderías el respeto. Y sin respeto, no hay amor. Esto es algo que, en el fondo, ya sabes, Araminta. Una mujer fuerte como tú necesita un hombre aún más fuerte a su lado, y si no lo tiene, lo busca en otra parte. En una ocasión, cuando era joven, me comporté como un imprudente, dejé indefenso lo que era mío para convertirme en *bandido* y acabé pagando por ello. Ahora he crecido, tengo más experiencia y me he convenido en un hombre muy celoso. Lo que es mío, lo mantengo cerca de mí, bien protegido pan que nadie pueda arrebatármelo. Lo que tome de ti, *querida*, te lo devolveré colmado, porque te amo, y sólo por esa razón, aunque hay muchas más, sería incapaz de hacerte daño a propósito*. ¡Te quiero, niña! Dime... dime.* ¿Qué más puedo decirte?

-Nada -susurró ella-. Nada en absoluto.

Entonces, por propia iniciativa, Araminta lo acercó hacia sí, y Rigo le hizo el amor con una ternura que hasta ese momento nunca había mostrado, besándole los párpados y la boca con delicadeza mientras entraba en ella poco a poco. Se quedaron tumbados, unidos, pecho contra pecho, con los muslos engarzados, tan cerca que ella no sabía dónde acababa su cuerpo y empezaba el de Rigo. Parecían una sola persona; no había espacio entre ellos ni lugar en sus corazones y mentes para nadie más. Jamás lo habría. Al igual que el viento que soplaba por los desiertos cañones, sus cuerpos daban vueltas -y vueltas sin cesar, y labios, lenguas y manos se

entrelazaban, mientras en el exterior, sobre el lejano horizonte, el implacable sol comenzaba su lento descenso por el brillante e infinito cielo turquesa.

18

Rigo la había dejado embarazada. Araminta estaba convencida de ello, aunque todavía no se lo había dicho por miedo a que le contestara que, por el bien de su futuro hijo y del suyo propio, abandonara el frente y fuera a Casa Grande, la finca que tenía en México. Jamás haría que regresara a Texas, ni siquiera a Casa Blanca, el rancho que él tenía allí. Según parecía, su abuelo, al menos, no creía que estuviera muerta. De acuerdo con las últimas noticias que les habían llegado a través de la red de espías e informadores de Rigo, Noble Winthrop había hecho imprimir y luego distribuir por todo el estado de Texas y el norte de México carteles según los cuales ofrecía una recompensa de cinco mil dólares a quien encontrase sana y salva a su nieta o tuviera alguna pista que condujera a su localización y posterior rescate. Además había contratado a cinco mercenarios profesionales que, en opinión de Rigo, estaban buscándola en aquel mismo momento por alguna parte de México.

Los matones de su abuelo tardarían bastante tiempo en hallar su rastro, debido, sobre todo, a que el ejército de Villa estaba en marcha y Rigo había encargado a un puñado de sus mejores soldados que buscaran a los *gringos* con el firme propósito de poner fin a su desafortunada búsqueda. Esa era la principal razón que le había llevado a dar órdenes especiales para que su vagón privado fuera transportado de El Paso a Ciudad Jiménez así como preguntar a Araminta si le gustaba, por cuanto desde el momento que había cruzado el umbral de la puerta, se había visto confinada en aquellas tres habitaciones como obediencia a las estrictas órdenes que Rigo le había dado sobre que ni siquiera se asomara al exterior si él no se encontraba a su lado. Para asegurarse de que lo hacía, él había apostado dos guardianes fuera del vagón, uno en cada balconcillo, para impedir que ella saliera por cualquiera de las dos puertas. Además, los guardianes estaban colocados de tal modo que cada uno vigilaba uno de los lados del coche, por lo que Araminta no podía huir por ninguna de las ventanillas. Rigo tampoco había pasado por alto la posibilidad de que tomara confianza con cualquiera de los guardianes y acabara engatusándole para que la dejara salir. Excepto por la noche, cuando él estaba con ella y no era necesario que hubiese alguien de servicio, aparecían dos rostros nuevos cada cuatro horas para relevar a los *bandoleros* en la tarea de vigilarla. De esa manera, ella no sabría cómo persuadirles si decidiese dar un paseo contraviniendo las órdenes de Rigo. Por otro lado, ninguno de ellos lo habría permitido, pensó Araminta algo ofendida, puesto que, como había tenido ocasión de comprobar, temían tanto enfurecer a Rigo como al Carnicero, Mayor Fierro. El, al menos, por la

razón que fuera, no la molestaba, circunstancia por la cual podía sentirse agradecida.

Aunque le irritaba el obligado confinamiento que estaba sufriendo, e incluso había llegado a maldecir a Rigo por ello tras un día especialmente largo y aburrido, Araminta comprendía la insistencia que él mostraba al pedirle que obedeciera sus órdenes y, aunque de mala gana, las aceptaba con respeto. Para sobrellevar el tedio, se había impuesto a sí misma una rutina, que seguía con bastante regularidad. De ese modo, siempre tenía algo que hacer con su tiempo.

Todas las mañanas, después de que Rigo le hiciera el amor, Araminta se levantaba y preparaba el desayuno, mientras él leía los periódicos (si los había) y todos los informes y mensajes que hubieran mandado sus hombres o Villa. Una vez acabado el desayuno, Rigo se bañaba, se vestía y abandonaba el vagón. Cuando ella terminaba de arreglarse, llevaba el diario, el cuaderno y los lápices a la mesa y se ponía a trabajar, escribiendo y dibujando hasta la hora de la siesta, que en cuando almorzaba, sola o en compañía de Rigo, si éste lograba robar unas pocas horas de sus obligaciones.

Tras el almuerzo, Araminta se quitaba toda la ropa, excepto la interior, y tomaba una larga siesta en el dormitorio para evitar la hora más calurosa del día. A veces, Rigo se quedaba can ella y volvía a hacerle el amor. En esas ocasiones, iba de la habitación al salón o al cuarto de baño para coger una botella de vino para apagar la sed o una toalla mojada con que refrescarse. Ella lo observaba mientras se movía, admirando su estilizado, musculoso y fornido torso, no sin antes haberse tapado, recatada, con la sábana, algo que a él le divertía una barbaridad. Entonces, si no tenía prisa, la miraba, con un atrevido y diabólico destello en los ojos, esbozaba una sonrisa de insolencia y la despojaba de la sábana para lanzarse sobre ella y hacerle cosquillas, hasta que la joven, retorciéndose de risa y deseo, pedía piedad... y algo más.

Cuando se levantaba de la siesta, Araminta concluía el trabajo del día y lo dejaba preparado para que Rigo lo examinara a su regreso, algo que hacía sin falta, por muy tarde o cansado que llegara. Cenaban juntos si él no había cenado ya con Villa y los demás oficiales o, lo que era más habitual, con las tropas. En el caso de que no fuese demasiado tarde, jugaban al ajedrez o tocaban la guitarra y luego se iban a la cama, donde hacían el amor una vez más antes de quedarse dormidos. Si el «apetito» que Rigo demostraba tener era el normal en un hombre, concluyó Araminta, las muchachas de la Escuela Femenina de la señorita Standish, de la zona alta de Nueva York, no sabían lo que decían cuando comentaban entre susurros que una esposa no tenía que «molestarse» con su marido más que una vez a la semana, y eso con el único y obligado fin de engendrar un hijo.

Su rutina sólo se veía interrumpida cuando Rigo la sacaba del vagón para que lo acompañara a algún lugar o cuando la visitaba alguna de las amigas que había hecho entre las mujeres. A menos que Rigo estuviera presente, no se permitía, como en natural, la entrada a ningún hombre. De

Librodot

vez en cuando, la llevaba al *reñidero*, donde incluso Villa tenía sus gallos, a los cuales animaba con gran entusiasmo. Cuando caía la tarde, Villa y sus *amigos* solían buscar algún garito, dado que, aunque el comandante no fumaba ni bebía, era un gran aficionado a jugar al *faraón*. A veces, por la mañana, Villa despachaba urgentemente a un mensajero para que buscara a Luis León, el famoso torero, y llamaba él mismo a un matadero con el propósito de conseguir un toro bravo. Entonces todos se acercaban al corral de adobe más próximo, donde un grupo de *gauchos* habían separado ya un toro de la manada y le habían cortado parte de los peligrosísimos y afilados cuernos. Villa, León y otros atrevidos hombres, entre los que solía encontrarse Rigo, cogían los capotes de *matador* y salían al ruedo. Mientras que León, el único profesional, toreaba con prudencia, demostrando su pericia, Villa se enfrentaba al toro con tal temeridad que Araminta, que miraba desde la barrera, terminaba por pensar que estaba tan loco como Fierro. Cuando el toro, bufando y con la testa baja, embestía a Villa por detrás y lo arrastraba, literalmente, por todo el ruedo, él se revolvía y lo cogía por los cuernos en un intento de obligarle a doblar la cabeza. Entonces, los demás bajaban a la arena y agarraban el recalcitrante toro por el rabo para llevárselo. Aunque todos los hombres, Rigo incluido, consideraban aquello un gran depone, a Araminta le parecía una verdadera locura y le maravillaba que nadie resultara muerto. Empezaba a pensar que todos aquellos salvajes y atrevidos latinos, todos ellos sin acepción, estaban locos de remate.

A Villa también le encantaba bailar. De hecho, cuando el ejército había empezado a marchar sobre Torreón, había decidido detenerse en Ciudad Camargo para oficiar como testigo en la boda de un viejo amigo. Según se rumoreaba, había estado bailando sin parar durante dos días enteros, reincorporándose al frente sin haberse echado ni un momento en la cama, algo que, sin duda, explicaba en parte la indulgencia que había mostrado ante la tardía llegada de Rigo.

Por otro lado, Araminta también había observado que el comportamiento del cabecilla de la revolución en el campo de batalla era igual de heterodoxo. Hasta el momento, todos los ejércitos mejicanos habían preferido mantenerse cerca de las líneas de ferrocarril y de los trenes de aprovisionamiento en vez de aventurarse lejos de su base de operaciones. Villa fue el primero que pensó en abandonar temporalmente a las mujeres y llevar a cabo los ataques a marchas forzadas con la caballería. Eso era lo que había hecho en Gómez Palacio, justo al lado de Torreón, donde había sembrado el pánico en el enemigo al abandonar la base de operaciones y conducir a todo su ejército al campo de batalla. Como resultado, Gómez Palacio había sido tomada con gran rapidez y poco tiempo después, en septiembre, caía Torreón. No obstante, Villa apenas tuvo tiempo para celebrar la victoria, porque para entonces ya se sabía que el general Pascual Orozco, su viejo enemigo, había partido de México capital con su enorme ejército y se dirigía al norte, en dirección a Torreón. Cuando Villa vio acercarse aquella amenaza, tuvo que batirse en retirada. Sin embargo, no lo haría en silencio, puesto que, casi un mes más tarde, se detendría unos mil kilómetros más al norte por el ferrocarril para atacar la capital del estado de Chihuahua.

Librodot

Araminta sabía con toda certeza que estaba embarazada de Rigo. Le había faltado la menstruación en tres ocasiones y notaba que su cuerpo empezaba a cambiar para acomodarse al niño que crecía en su seno. Todavía no se lo había dicho a Rigo, aunque sabía que no debería tardar en hacerlo, puesto que él conocía su cuerpo demasiado bien como para no fijarse en la leve hinchazón de los senos, el ligero oscurecimiento de los pezones y el pequeño abombamiento que su vientre había experimentado. Aunque tenía que mirarse con detenimiento en el espejo del dormitorio para captar esos fenómenos, un hombre que mantenía una relación tan íntima con ella, que estaba tan acostumbrado a cogerle posesivamente los senos y a deslizar poco a poco la mano por el vientre y entre los muslos, se daría cuenta pronto de lo que estaba sucediendo.

Aunque todavía no había sufrido náuseas matutinas, sí empezaba a sentir un profundo cansancio, de ahí que las siestas se alargaran y su trabajo se resintiera. No creía, de todos modos, que Rigo sospechara en este último caso: al fin y al cabo, ella era una escritora lenta y cuidadosa y a veces tardaba días, o incluso semanas, en terminar un artículo y en dar por acabados los dibujos que lo acompañaban. Además, él nunca le metía prisa. Por vez primera, Araminta se alegró de viajar en un vagón y no a caballo, ya que podía tumbarse y descansar cuando fuera necesario, adormecida por el traqueteo del tren de Villa cada vez que reanudaban el viaje de regreso al norte y la brisa fresca se introducía por las ventanillas del dormitorio a medida que ganaban velocidad.

Durante cinco largos días, los villistas asaltaron Chihuahua sin éxito, de modo que Orozco pensaría que su sueño de derrotar a su viejo enemigo estada a punto de hacerse realidad, y Araminta imaginó la conmoción que habría supuesto para él enterarse una mañana al despenar de que Villa le había ganado la partida una vez más, rodeando la ciudad en sigilo y atacándola por la noche al amparo de la oscuridad. Como no tenía bastantes vagones para transportar sus crecientes tropas -los rebeldes sumaban ya casi cuatro mil soldados-, Villa se apoderó en Terrazas, aprovechando el factor sorpresa, de un tren de mercancías que había enviado en dirección sur el general Castro, el comandante federal de Ciudad Juárez. Entonces, al darse cuenta de que todavía no disponía de la cantidad de vagones suficiente, Villa tuvo la osadía de enviar un telegrama a Castro informándole que la locomotora de su tren se había averiado en Moctezuma y pidiéndole una nueva y cinco vagones más. Villa había firmado el cable como si fuese el coronel encargado del mercancías federal que él mismo había robado, por lo que Castro, sin sospechar nada, envió de inmediato un nuevo tren, ante lo cual, el comandante en jefe de los rebeldes, Villa, decidió mandar un nuevo telegrama, en esta ocasión con la noticia de que los telegramas habían sido interceptados entre Chihuahua y el lugar en que se encontraba el tren en aquel momento. Como los villistas estaban avanzando hacia el sur a gran velocidad, le preguntaba qué debía hacer. Castro volvió a tragar el anzuelo y contestó que el coronel debía regresar a Ciudad Juárez enseguida. Villa se lanzó sobre la desprevenida ciudad fronteriza mandando con la mayor insolencia telegramas engañosos durante todo el camino. Cuando por fin se enteró de la llegada de Villa, y de la astucia y atrevimiento con que éste le había burlado, Castro se escabulló de Ciudad Juárez sin siquiera

comunicárselo a la guarnición. Tras una rápida y decisiva batalla, Villa se apoderó de la ciudad sin tener la necesidad de hacer apenas un disparo.

Fue en Ciudad Juárez, tan próxima a la frontera y, por tanto, a El Paso, donde, sin previo aviso, tuvo lugar el primer intento de arrebatar a Araminta de las manos de Rigo. Ya era noviembre, llevaba seis meses ausente del rancho Sierra Alta, y durante ese tiempo no se había puesto en contacto con su abuelo en ningún momento. Consciente de que antes de su boda ya se encontraba mal de salud, y acosada por unos sentimientos de culpa cada vez mayores por lo preocupado que debía de estar pensando en ella, suplicó a Rigo que le permitiera mandarle un telegrama al menos para hacerle saber que se encontraba viva y en buen estado.

-Por favor, Rigo, te lo ruego encarecidamente; no me niegues este favor, sobre todo porque es lo primero que te pido. Se trata de un anciano, y aunque me presioné para que me casara con Judd, estoy segura de que en el fondo me quiere, y de que todo lo que hizo fue pensando que era lo mejor para mí.

-Eso es algo que no me puedo creer, niña; aunque, claro, si tenemos en cuenta que es el padrino de Judd Hobart y, por ello, cabe suponer que sentirá cierta clase de afecto por él, es muy posible que tu abuelo cerrara a conciencia los ojos a su cruel y malvada naturaleza. De acuerdo, pues. Como, por lo visto, significa tanto para ti y nada malo puede salir de ello (al fin y al cabo, mañana por la mañana partimos en dirección a Tierra Blanca), te lo permito, pero sólo por esta vez, querida. Lo que es mío es mío, y no permitiré que ningún hombre, ni siquiera tu abuelo, se lo lleve.

En consecuencia, Rigo la acompañó a la oficina de telégrafos de la estación, donde Araminta dicté el cable al telegrafista de servicio y le pidió que lo enviara. El telegrama no fue tan largo como ella hubiera deseado, porque, con gesto severo e implacable, Rigo censuré despiadadamente la mayor parte y sólo respetó el mensaje más breve: «Abuelo, por favor, no te preocupes por mí. Estoy viva y me encuentro bien;» Aunque, a pesar de sus protestas, añadió: «Pero sólo seguiré así si retiras la recompensa y los hombres que has contratado para rescatarme abandonan la búsqueda. Araminta.»

-Eso es cruel e innecesario -insistió ella, mordiéndose el labio inferior para detener el temblor que le había producido ver la faceta del duro e inflexible *bandolero* Rigo. Su espíritu independiente, que el cautiverio había sofocado y el amor dulcificado, comenzó a despertar en señal de protesta.

-No, no lo es -replicó él en un tono severo-. Tu abuelo debe saber que no puede abrigar esperanzas de volverte a ver y que te ha perdido irremediablemente, ¡para siempre! Es un verdadero detalle de mi parte hacia ti, te lo aseguro, permitirle que sepa que te encuentras con vida. No tengo el menor aprecio a Noble Winthrop, ni él a mí.

-Por lo menos, de esta manera sabrás con certeza que por fin has alcanzado tu objetivo de vengarte de Judd -le indicó Araminta con frialdad,

Librodot

impulsada a seguir provocándolo por el odio que sentía hacia esa parte de su carácter-, porque, claro está, mi abuelo le hablará de mí.

-Puedes estar segura de que ésa es la única razón por la que accedo a tu ruego, *querida* -le espeté Rigo con idéntica frialdad. Su mirada tenía la misma dureza que cuando la había tenido cautiva.

-¡Oh! -exclamó tan sorprendida como si le hubiese dado una bofetada. Todo el amor que sentía el uno por el otro parecía haberse reducido a una ilusión, y Rigo se convirtió a sus ojos en un arrogante seductor que la había sometido con arrumacos-. No me mires de esa manera, como si te perteneciera. ¿O acaso crees que cuando me tocaste perdí la voluntad y el juicio?

-No, no lo creo. -Lentamente, con deliberación, la miró de arriba a abajo antes de clavarle los ojos una vez más en el rostro, que lo tenía rojo de ira y humillación-. Lo sé, *gringuita*. -Había pronunciado la última palabra con desdén y con una sonrisa sardónica en los labios.

Araminta se puso tan furiosa que antes de que Rigo se diese cuenta de cuáles eran sus intenciones, salió disparada de la oficina de telégrafos, dejándole plantado y dando un portazo con tal furia que a punto estuvo de romper el cristal.

-¡Araminta! -gritó él, saliendo detrás de ella rabioso y consciente de que había ido demasiado lejos. No sólo sentía unos terribles remordimientos, sino también una repentina y profunda punzada de miedo de que anduviera sola por las calles de Ciudad Juárez, que hervían de soldados rebeldes, la mayoría de los cuales no pertenecía a sus tropas-. ¡Araminta!

Ella oyó que la llamaba, miró hacia atrás y vio que la seguía, apartando a codazos a todo el que se cruzaba en su camino y con el rostro desfigurado por una mueca de ira asesina. Araminta se sintió aterrada, y entonces pensó que si acaso desataba sobre ella toda la fuerza y furia de su oscuro temperamento latino, quizá llegara a golpearla por haberse atrevido a discutir con él y a desafiarle. La idea la llenó de pánico, por lo que levantándose las faldas, echó a correr enloquecida huyendo de él. No sabía muy bien a dónde se dirigía; sólo tenía la vaga idea de llegar al vagón y encerrarse en el dormitorio hasta que a Rigo le pasara el enfado. Sin embargo, ella no había estado en Ciudad Juárez con anterioridad, por lo que, asustada y confusa como estaba, no logró acordarse del camino que había tomado para llegar hasta la oficina de telégrafos. Hacia cualquier punto que miraba, sólo veía sinuosas vías y largos trenes que no acertaba a reconocer. El hecho de que los villistas estuvieran preparándose para abandonar la ciudad y marchar sobre Tierra Blanca tenía sumido el lugar en un verdadero caos. Había soldados rebeldes por todas partes: unos, cargando los vagones-mercancía de armas, municiones y demás pertrechos que Villa, Rigo y otros experimentados *bandoleros* habían transportado de contrabando desde El Paso; otros, embarcando los inquietos caballos, que no hacían más que soltar bufidos y relinchos.

Araminta dio un suspiro de alivio cuando al fin dio con el pequeño y rojo furgón de Villa. Pensando que al menos le serviría de refugio durante un rato y que, con toda seguridad, Villa la defendería ante Rigo, aunque sólo fuera porque el comandante de los villistas sabía que los artículos que ella escribía y el Record publicaba estaban contribuyendo a que la opinión pública se volviera en contra de la prohibición del presidente Wilson de vender armas a los revolucionarios, echó a correr ciegamente en dirección al furgón, pero de tal manera que ni siquiera vio el caballo que se abalanzaba sobre ella. El jinete en Ernesto Urbino, uno de sus antiguos guardas, a quien Rigo había destituido de su puesto porque no le había gustado la manera cómo la miraba. Urbino había estado vigilándola a la espera de que surgiera la ocasión de raptarla. Cuando se inclinó para cogerla y echarla boca abajo sobre la silla delante de él, Araminta soltó un agudo chillido de terror. El grito, fuerte y estridente, atravesó el corazón de Rigo como un cuchillo. Se la estaban llevando. Y ella poco o nada podía hacer pan salvarse, echada como iba sobre la silla, con el alto pomo español hincándosele en el estómago y golpeando con la cabeza el estribo derecho de Urbino sin que le fuera posible remediarlo.

-¡Tú, soldado! ¡Desmonta *ya mismo*! -ordenó de repente Rigo al hombre a caballo que había más cerca-. ¡*Pronto! ¡Ándale, Ándale!* -gritó. Medio enloquecido, se hizo con las riendas del caballo y casi derribando de la silla al pobre y desconcertado soldado, se montó en él.

-*Sí, sí, general* -balbució el joven, preguntándose qué habría hecho para convenirse en el blanco de la famosa ira del salvaje. Entonces vio con alivio que su ira se dirigía contra otro desafortunado. Rigo hincó las espuelas despiadadamente en los ijares del caballo y se lanzó a galope tendido en pos de Urbino, cabalgando con furia por las estrechas y zigzagueantes calles de Ciudad Juárez entre los gritos e insultos de la gente, que se quitaba apresuradamente de en medio para no ser arrollado primero por el soldado y luego por el general.

Al cabo de pocos minutos; Urbino había dejado ya atrás la ciudad. Rigo lo seguía muy de cerca, con la certeza de que el soldado se dirigía hacia la frontera. Araminta estaría perdida si Urbino lograba cruzar el río Grande y entrar en Texas; una vez allí se la entregaría a su abuelo, Noble Winthrop o, lo que era peor, a su marido, Judd Hobart, a cambio de la recompensa de cinco mil dólares que habían ofrecido a quien la rescatara sana y salva. Rigo prefería morir a permitir que aquello ocurriera. Tiró en seco de las riendas, y sacó el rifle de la funda que el joven soldado tenía en la silla, se lo apoyó contra el hombro y tras apuntar cuidadosamente por el punto de mira, apretó el gatillo y disparó. La bala salió a toda velocidad para ir a alojarse certeramente en el blanco, la parte alta del cuarto trasero izquierdo del caballo. Soltando un gañido atroz, el caballo se encabritó, y tambaleándose, dio varios pasos hacia adelante antes de doblar las patas pesadamente, despedir a Araminta y Urbino de la silla y rodar por el suelo. Sin dejar de relinchar, comenzó a dar coces a diestro y siniestro, enloquecido de dolor, hasta que por fin, respirando con dificultad, fue disminuyendo la violencia de las sacudidas y acabó por pararse.

Urbino, al darse cuenta de que su caballo había recibido un disparo, había saltado de la silla antes de que el animal lo tirase al suelo, por lo que no tardó en ponerse de pie. Araminta, en cambio, se quedó tumbada donde había ido a parar, aturdida y profiriendo gemidos de dolor. La cabeza le daba vueltas y apenas le llegaba el aire a los pulmones. Conmocionada por la postura que llevaba en la atroz cabalgata y la posterior caída del caballo, no tenía una idea muy clara, ni siquiera conciencia, de las heridas que habría sufrido. En algún oscuro rincón de su confusa mente hacía desesperados ruegos por que no se hubiese malogrado el niño que estaba gestando en su vientre. Entonces sintió la dolorosa presión de la mano de Urbino, que la cogía por la muñeca y la levantaba del suelo sin contemplaciones. Pero la rabia pudo más que el miedo. Una niebla roja se formó delante de sus ojos mientras un horrendo tumulto atronaba sus oídos. Parecía que iba a perder el control por completo. Como si su cuerpo se hubiese desentendido de lo poco de cordura que aún le quedaba, se puso tan furiosa como un perro rabioso y se lanzó enloquecida sobre Urbino, animada por el violento y ciego instinto maternal de proteger al hijo que llevaba en su interior.

Estaba tan histérica que ni siquiera notó los fuertes bofetones que Urbino le propinó, primero en una mejilla y después en la otra, y que la dejaron medio atontada. Cuando, de forma imprecisa, vio que el soldado sacaba una pistola del cinturón, volvió a atacarle con furia, provista de la anormal fuerza que le daba la locura que se había apoderado de ella. Urbino, desconcertado, perdió el equilibrio y se cayó, arrastrando a Araminta con él; pero en el momento en que, entre forcejeos, rodaban por el duro suelo, ella se agarró al revolver y, sin querer, él apretó el gatillo. Cuando finalmente, en un cruel empellón, Urbino la echó a un lado, se encontró con que acababa de convenirse en el adversario de un atacante mucho más peligroso: tras desmontar de su jadeante caballo y lanzarse hacia él, Rigo le dio un puntapié que lanzó el revolver fuera de su alcance.

Con los rápidos y astutos reflejos de un animal, Urbino se puso de pie y sacó el gran cuchillo que llevaba en la cintura. Con idéntica rapidez, Rigo sacó de una de sus botas un machete de doble punta. La hoja que había en cada extremo del mango de hueso brilló como la plata a la luz del sol cuando, con un golpe de muñeca, se pasó el cuchillo por entre los dedos antes de cambiarlo de mano y cogerlo firmemente con la izquierda. Esta técnica, conocida como «cambio fronterizo», advertía al contrincante de lo violento y peligroso que era el hombre a quien se había atrevido a contrariar.

-¿Así es como demuestras la lealtad a tu comandante, Urbino? -dijo Rigo con un gruñido, el semblante ensombrecido por sus intenciones asesinas-. ¿Robándole la mujer?

-Cinco mil dólares *gringos* cortan muchos vínculos de fidelidad, *general*. -Aunque el tono de su respuesta había sido burlón, la engañosa sonrisa que curvaba sus labios no se reflejaba en sus negros ojos.

-Y este cuchillo -repuso Rigo alzando su diabólica arma- ha cortado muchos cuellos, Urbino. Reza tus oraciones y prepárate a morir, *amigo*.

Pese al sol que resplandecía en lo alto, las hojas de los cuchillos parecieron brillar con un frío fuego propio cuando ambos hombres comenzaron a dar vueltas el uno en torno al otro. Levemente inclinados a fin de protegerse el pecho y el estómago del arma de su adversario, y con los brazos abiertos como para mantener el equilibrio, los dos hombres semejaban bailarines con botas. Ofuscada, mientras trataba de levantarse del suelo, Araminta pensó que parecían la macabra parodia de un ballet que había visto hacía tiempo. Dibujando ágilmente arcos a su alrededor, las hojas rasgaban una y otra vez el aire, haciendo un sonido agudo y susurrante, como el que se produce al lanzar el lazo o las *boleadoras*. El feo rostro de Urbino estaba bañado en sudor, y era normal que así fuera, se dijo, porque Rigo semejaba un diablo; daba vueltas y quiebros al terrible cuchillo con la rapidez de un rayo; se lo pasaba de una mano a otra repetidas veces y hacía dudar a su contrincante sobre si lo atacaría con la derecha o con la izquierda. Araminta le había visto practicando aquellos movimientos en varias ocasiones, aunque nunca a tal velocidad. La facilidad que demostraba en el floreo resultaba increíble. Parecía como si el arma fuera a salir volando de sus dedos y, sin embargo, siempre llegaba a su destino.

Urbino endureció el gesto presa del miedo. El juego del gato y el ratón en que se habían metido le sacaba de sus casillas. Estaba impaciente por ir al grano, ya que no queda perder el valor definitivamente. Deseaba que la codicia que lo había llevado a buscar el dinero de la recompensa no hubiera sido más fuerte que el miedo que le inspiraba el *salvaje*. Ojalá no hubiera tenido la osadía de raptar a la *gringa*, la preciosa mujer rubia del general. Pero resultaba que su obsesión por ella rayaba en la locura, y lo que un *hombre loco y macho* como él era capaz de hacer… No sólo había perdido la fortuna en dólares *gringos* de la recompensa, sino que ahora podía perder incluso su propia vida. Tenía que moverse con rapidez, antes de que fuera demasiado tarde y aquel desquiciado se echara sobre él.

Pasándose la lengua por los resecos labios, Urbino se abalanzó sobre Rigo dirigiendo el cuchillo al estómago, pero el *salvaje*, con la agilidad de una pantera, saltó hacia atrás pivotando con una flexión de los pies cuando Urbino pasó a su lado; desequilibrado por su propio impulso, le hizo un largo corte en un costado. La sangré empezó a manar de la herida y a gotear de la hoja que la había hecho. Urbino se llevó la mano al costado y comprobó que, en efecto, le había herido. La visión de la sangre en sus dedos le enfureció, por lo que, sin ninguna prudencia, arremetió una vez más contra Rigo y éste, también una vez más, le dejó una sangrienta marca en la carne. De ese modo, Rigo fue haciéndole cortes, hasta que llegó un momento en que el abdomen y el pecho de su adversario parecían una red de sangre que empapaba la camisa de campesino que llevaba bajo el aspa formada por sus dos cananas en bandolera.

Araminta se las había arreglado para ponerse en pie. La cabeza y el estómago le dolían a causa de los golpes que se había dado contra la silla de montar y el estribo de Urbino; tenía magullada la muñeca que él le había agarrado y se resentía de las brutales bofetadas que le había propinado en las mejillas. Con manos temblorosas se arregló como pudo los jirones de su maltrecha camisa y rogó por que Rigo acabara venciendo en la lucha. Su

satánico cuchillo estaba de nuevo en alto, refulgiendo como un espejo a la luz del sol, y entonces, de pronto, cayó sobre la garganta de Urbino y le tajó la yugular. La sangre se desparramó, cálida, húmeda y pegajosa, por el brazo y la ropa de Rigo mientras un horrible gorgoteo salía de los labios del *bandolero*, el cual tras caer lentamente sobre sus rodillas, se desplomó de bruces en el suelo, sin vida.

Durante unos instantes, Rigo permaneció quieto, jadeante, manteniendo el cuchillo en alto mientras la sangre le resbalaba por el mango, hasta el brazo. Luego se arrodilló y, con movimientos rápidos, limpió el arma en la espalda de la camisa de Urbino y la metió en su bota de cuero negra. Entonces se levantó y se acercó a grandes zancadas a donde se encontraba Araminta la tomó entre sus brazos y comenzó a acariciarle la cabeza con movimientos muy suaves, mientras ella, temblorosa, se apoyaba contra su pecho y sollozaba en silencio.

-¿Te encuentras bien, *querida*? ¿Te encuentras bien? Déjame ver.

Ella en vez de mirarle, meneó la cabeza y siguió callada, por lo que Rigo la cogió por la barbilla y le obligó a levantar la cabeza. Al ver su rostro marcado por las heridas, que empezaban a hincharse, empezó a proferir virulentas maldiciones en español.

-¡Sangre de Cristo! ¡Qué bastardo! ¡Qué hijo de puta! ¡Maldito sea! ¡Que se lo lleve el diablo! ¡Espero que su miserable alma se pudra en el infierno! -Entonces su voz adquirió un tono más suave-: *Ay, pobre niña. Lo siento, lo siento. Está bien, está bien. Ya ha muerto.* -Con ternura, besó las lágrimas que rodaban por las mejillas y siguió abrazándola hasta que ella dejó de temblar. Rigo deslizó lentamente la mano por su cuerpo y la apoyó en el vientre-. El niño..., ¿está bien?

-¿Ya sabes... lo del niño? -balbució Araminta, medio temerosa de que se hubiese enfadado con ella porque no le había dicho nada al respecto. Sin embargo, cuando alzó los ojos y vio cómo la miraba, observó que sus ojos castaños estaban iluminados por una llama dulce y pensativa, una llama con la cual expresaba el deseo, la admiración y el respeto que sentía porque aquello también lo hubieran hecho entre los dos.

-¿Acaso creías que no me iba a enterar, *querida*? Yo..., ¿quién conoce tu cuerpo mejor que yo? He pasado muchas noches a tu lado, y, mientras, esperaba que me lo dijeras, que compartieras conmigo la feliz noticia. ¿Por qué lo has mantenido en secreto? ¿No será que a pesar de palabras de amor asegurándome que me quieres, una parte de ti me odia todavía? ¿Tal vez no..., bien, no deseas tener un hijo mío, Araminta? ¿Sientes vergüenza, *gringuita*, de que vaya a ser un pequeño mestizo? ¿Un hijo ilegítimo, un bastardo como yo?

Araminta observó que, de pronto, su mirada se ensombrecía y supo cuánto le dolía pensar aquello.

-¡Oh, no! Rigo, jamás he pensado algo tan horrible, ¿me oyes? ¡Claro que te quiero! ¡Por supuesto que deseo tener un hijo tuyo! ¡Nuestro hijo! ¿Cómo has sido capaz de pensar que no lo deseo? Lo que ocurre es que tengo... miedo de que..., de que me mandes a Casa Grande.

-¿Casa Grande? ¿Eso era lo que pensabas? *¡Ay, caramba!* -Esbozó una melancólica sonrisa y meneó la cabeza-. Pero, tontuela, ¿por qué, en el nombre de Dios, querría yo hacer una cosa así? Debido a que lucho a favor de la revolución, los *federales* ocuparon Casa Grande hace meses, y, según mis informes, la están utilizando como base de operaciones. Si no fuese por Casa Blanca, me temo que sería más pobre que cualquiera de los habitantes de México.

-Oh. -Había dicho la palabra con timidez, en un tono de sorpresa y vergüenza-. No..., no lo sabía. Lo siento.

-Sí, me temo que lo sería, *niña*. Bueno, confieso que tenía la intención de darte una paliza por huir de la oficina de telégrafos... -Al oír aquello, Araminta abrió los ojos de par en par y palideció. Se había olvidado por completo de la pelea. Pero Rigo no acabó la frase, sino que, con el ceño fruncido, continuó-: Sólo estaba bromeando, *querida*, aunque ahora me entran verdaderas ganas de sacudirte una buena por haber pensado que llegaría a hacerlo. Y más aun, estando encinta. Tal vez yo sea muchas cosas, y muchas de ellas resulten bastante desagradables, pero no soy tan bruto como para llegar a esos extremos. ¡Dios mío! ¿Cómo has llegado a pensar siquiera que yo sería capaz de una cosa así? Jamás he sentido tanto miedo como cuando he visto que Urbino se alejaba llevándote con él. ¿Entiendes ahora por qué no has de cometer la estupidez de escaparte de mí? Da igual lo enfadada o lo asustada que estés. No creo que haya llegado nunca a darte verdaderos motivos para que me tengas miedo, y debes saber que lo único que me llevaría a dártelos sería si me fueses infiel. Y por lo que respecta al telegrama que quieres enviar a tu abuelo... bueno, ¿entiendes ahora por qué he añadido esas frases? Hago estas cosas por tu propio bien, para protegerte. Por eso te vigilo con tanto cuidado, Araminta. Urbino no es el único hombre de México al que le podría tentar la idea de hacerse con una fortuna en dólares *gringos*. Y a no ser que en secreto ardas en deseos de regresar con Judd Hobart, tendrás que obedecerme en cuanto a esto, si no por tu propio bien, al menos por el del niño. Tal vez sólo la gracia de Dios haya impedido que lo perdamos.

-Sí, lo sé -respondió ella con tristeza, debidamente escarmentada y arrepentida. En el fondo sabía que sólo su propia estupidez había permitido que Urbino la secuestrara.

-Bueno, vamos. Se está haciendo tarde y debemos regresar al campamento.

Dicho esto, Rigo se acercó al cuerpo de Urbino y, sin inmutarse, dispersó los ratoneros que ya habían descendido sobre él. Se acuclillé a su lado y le cogió las armas y la munición que llevaba: para los villistas eran tan preciosas como el oro. Una vez le hubo quitado todos los objetos de

Librodot

valor, Rigo centré su atención en el caballo, que seguía tumbado en el suelo sin hacer ruido. Aunque le había dejado aturdido y le dolía, la herida que había sufrido no era mortal, por lo que en cuanto hubo conseguido que se pusiera en pie, le cogió las riendas y las até al pomo de su silla. Luego subió a Araminta al caballo del que se había apropiado y se sentó detrás de ella, tras lo cual emprendieron en silencio el camino de regreso a Ciudad Juárez.

19

-Está viva todavía, y durante todo este tiempo él la ha tenido en su poder -dijo en voz alta Noble Winthrop, que se encontraba solo en su despacho mirando con atención el telegrama que había sobre su escritorio.

«Abuelo, por favor, no te preocupes por mí. Estoy viva y me encuentro bien.»

A Noble no le cupo la menor duda, ni en el corazón ni en la cabeza, de que sólo Araminta podía haber enviado el telegrama. Del Castillo no se habría preocupado de hacerlo. «Pero sólo seguiré así si retiras la recompensa y los hombres que has contratado para rescatarme abandonan la búsqueda.» Sí, en esa parte del telegrama Noble distinguía, en cambio, la mano de Del Castillo. Mientras por un lado el telegrama suponía un motivo de tranquilidad para el abuelo de Araminta, por otro, lo inquietaba profundamente. ¿Por qué no decía: «Olvídate de la recompensa y llama a tus hombres de lo contrario mataré a tu theta?» Con eso habría sido suficiente. Sin embargo, las palabras puestas en el telegrama eran las de un hombre que se preocupaba por Araminta, al menos hasta el punto de permitirle que tranquilizara a un anciano, que le mandara unas palabras de confianza para que supiera que estaba viva y... se encontraba bien. ¿Y por qué no simplemente: Estoy viva? Estoy viva, abuelo, pero preferiría estar muerta, por lo que debes hacerte a la idea de que en realidad lo estoy. Por favor, no te preocupes por mí. Estoy bien. Estoy perfectamente, abuelo, y aunque, en efecto, Rigo del Castillo se ha convertido en mi amante, se preocupa tanto por mí que me mantiene siempre a su lado y me ha permitido que te mande este telegrama para calmarte. La vida que llevo en México no es tan terrible como pudiera parecer. Es mejor que estar muerta, abuelo, y no es peor que ser la esposa de Judd Hobart. Esa es la razón por la que no me he quitado la vida. Pero sólo seguiré así si retiras la recompensa y los hombres que has contratado para rescatarme abandonan la búsqueda. Viejo, tengo a su nieta en mis manos, y como me da muchas satisfacciones, no tengo la intención de deshacerme de ella por el momento. Mientras tanto, lo mismo puedo ser amable con ella como no serlo. Depende de usted, viejo, usted decide.

Así interpretaba Noble Winthrop el contenido del telegrama que su nieta le había enviado. Se lo había enviado a él, no a su esposo, lo cual también significaba algo...

Marido mío, no te amo. Nunca te he amado. Me casé contigo sólo para satisfacer los deseos de mi abuelo. Ahora, aunque sigo viva, entiendo 'que para ti estoy muerta.

Enemigo mío, tu esposa me pertenece. Ya hemos arreglado las cuentas. Ahora ya lo sabes. Se acabó: ya no queda nada entre nosotros.

Depende de usted, viejo. Usted decide.

El telegrama había salido de Ciudad Juárez, justo al otro lado de la frontera, tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Araminta había desaparecido, se había esfumado, se le había escurrido de las manos, tal vez para siempre, puesto que sólo una semana después de haber tomado la ciudad, el ejército de Villa había salido de Ciudad Juárez y había caído sobre los *federales* en Tierra Blanca para matarlos con saña. Sí, retiraría la recompensa, desde luego que lo haría. Sin embargo, lo de llamar a los mercenarios era un asunto muy distinto. Ni siquiera sabía dónde se encontraban los cuatro pistoleros profesionales que había contratado para que rescataran a su theta. Les había pagado la mitad del dinero por adelantado, diez mil dólares, dos mil quinientos para cada uno, y ellos se habían pertrechado y habían cruzado la frontera. Aunque eran conscientes de que la tarea encomendada no les resultaría nada sencilla, sabían que si encontraban a Del Castillo, también encontrarían a Araminta, si todavía seguía con vida. ¿Por qué no habían pensado Noble y Judd, tal como se les había ocurrido a ellos, que el mejor lugar para buscar a un general era en medio de un ejército? ¿Podían cuatro *gringos*, aunque fueran mercenarios, abrigar la esperanza de recuperar a Araminta de las manos de cuatro mil mejicanos? La misión no era imposible, le habían informado los pistoleros, aunque sí muy difícil. Deberían tener mucha paciencia y esperar el momento propicio. De todas formas harían su trabajo. Esa era la última noticia que había tenido de ellos. Había tomado las armas y desatado los «perros de la guerra», y ya no tenía forma de hacerlos regresar. «Usted decide.» «No, ahora sólo el destino decidirá», pensó Noble.

Un mes después de apoderarse de Ciudad Juárez, los villistas tomaron Chihuahua y obligaron a las tropas *federales* que quedaban en la ciudad a las órdenes del general Salvador Mercado, a que huyeran al pueblo fronterizo de Ojinaga, desde donde aquél tenía pensado cruzar la frontera y llegar a Presidio, Texas, ya que los revolucionarios habían cortado todos los caminos hacia el sur. En todas las calles de Chihuahua, los soldados rebeldes y los ciudadanos celebraban la victoria que los villistas habían obtenido en toda la provincia. Parecía como si la ciudad al completo fuera una fiesta. Era la mejor Navidad que pasaban desde el comienzo de la revolución. La División del Norte y el general en jefe Villa eran los victoriosos: los *federales*, denotados por completo, habían sido expulsados con cajas destempladas.

Librodot

Aquélla era, por tanto, la oportunidad que estaban esperando los mercenarios profesionales que Noble Winthrop había contratado pan rescatar a Araminta. Cuando por fin llegara el momento, el rescate les resultaría tan sencillo que apenas se lo creerían.

En aquel entonces estaba de moda en Chihuahua un garito llamado El Cosmopolita. Su dueño, un tal Jacob la Touche, apodado el *Turco*, era un hombre obeso y torpe que había llegado a Chihuahua veinticinco años atrás, descalzo y con un oso bailarín como medio de vida. De eso había ascendido hasta hacerse multimillonario y convenirse en el dueño de una importantísima casa de juegos, la mencionada El Cosmopolita. También era suya una espléndida mansión que había en el paseo de Bolívar. Recibía el nombre de El Palacio de las Lágrimas, porque había sido construido con las ganancias del garito, en el cual se habían arruinado muchas familias de Chihuahua.

Sin embargo, la gran victoria de Villa supondría la derrota de el Turco: al ver su nombre escrito en las paredes, decidió que su vida era lo más importante y tomó la prudente decisión de seguir a Mercado y retirarse a Ojinaga. En cuanto Villa entró en Chihuahua, confiscó tanto El Cosmopolita como El Palacio de las Lágrimas. La mansión se la dio a uno de sus generales como regalo de Navidad y el garito se lo quedó para sí. El Cosmopolita fue el lugar que eligió para celebrar la victoria sobre los *federales*, llevándose alegremente consigo a varios oficiales, entre los cuales se encontraba Rigo, para jugar a la ruleta y al póquer.

-No tardaré mucho, *querida* -prometió a Araminta cuando se preparaba para salir del vagón-. La ruleta está amañada y, por alguna misteriosa razón, los mejicanos jugamos al póquer sin sietes, ochos y nueves, así el juego resulta menos interesante que si se utiliza una baraja americana. Cuando vuelva, traeré algo para cenar del restaurante chino, si es que ese viejo mongol de Chee Lee ha cocinado algo que merezca la pena comer. Mientras tanto, descansa. Sé lo difícil que ha sido este último mes para ti. -Cuando fue a besarla, su mirada se oscureció de repente con una sombra de preocupación.

Estaba ya en el quinto mes de embarazo, y aunque le daba la impresión de que lucía más bella que nunca, estaba muy pálida y habían aparecido sombras amoratadas bajos sus ojos a consecuencia de los agotadores viajes. Todo aquello recordó a Rigo el aspecto que tenía la primera vez que la había visto, en el hotel de El Paso. A pesar del holgado camisón de campesina que llevaba, se podía ver, leve aunque claramente, la hinchazón que el niño causaba en su vientre y, cuando la suave luz de la lámpara la iluminó, Rigo pensó que se parecía a una *madonna*, y su corazón rebosó de amor.

-Estoy muy cansada -dijo Araminta, que lanzó un hondo suspiro y cerró los ojos por un momento-. Creo que me acostaré y te esperaré leyendo. Pásatelo bien, Rigo. Si me quedo dormida, despiértame cuando vuelvas. Quiero que me cuentes todo lo relacionado con las fiestas y cómo ha celebrado Villa la victoria, para que yo lo incluya en el artículo que estoy

escribiendo ahora. Pero, sobre todo, quiero que me digas si has ganado o perdido al póquer.

Rigo estuvo a punto de cambiar de opinión y quedarse con ella, pero Araminta lo disuadió de su idea diciéndole que sería un insulto para Villa que uno de sus generales más importantes no acudiera a la fiesta. Cuando salió, oyó que hablaba con los revolucionarios que estaban de servicio, montaba en su semental, que su ayuda de campo, *Chico* Morales le había llevado, y se alejaba hacia El Cosmopolita. Estaba realmente agotada, por lo que tras leer unas pocas hojas de los periódicos, se quedó tan profundamente dormida que no se enteró de que alguien golpeaba a los centinelas apostados alrededor del vagón y abría la puerta de su dormitorio. De todos modos, de nada le hubiera servido oír cómo silenciaban a los centinelas los mercenarios e invadían sus dominios, porque llevaban un pañuelo empapado en cloroformo para hacer que callara si se ponía a gritar y llamaba la atención de los villistas.

-¡Cristo! -exclamó uno de los pistoleros en voz baja cuando la vio. Estaba echada en la cama, durmiendo pacíficamente, con el cabello suelto a su alrededor, brillando como oro liquido a la luz de la lámpara, su clara piel teñida por el luminoso tono de nácar y las rosas mientras sus senos subían y bajaban con suavidad bajo el ligero camisón de algodón-. Pero ¿te has fijado? No me extraña que Del Castillo haya decidido no pedir el rescate y se la quiera quedar.

-Desde luego -asintió el otro hombre que había entrado en el dormitorio al tiempo que se inclinaba sobre ella y le ponía el pañuelo sobre la boca y la nariz. Sin un movimiento, Araminta respiró el cloroformo y se sumió en un sueño todavía más profundo-. Mira por ahí, Cheyenne. A ver si encuentras un chal o algo para que la abriguemos del viento... ¡Qué hijo de puta! -exclamó en voz baja cuando le quitó la sábana con que se había tapado-. ¡Está embarazada! Estupendo. Justo lo que nos hacía falta.

-Desde luego, se trata de una complicación; pero, maldita sea, Grant, ¿qué esperabas? Del Castillo la tenía raptada. Seguramente ha estado con ella dale que te pego desde el primer día. Toma. Ponle este poncho por encima, cógela y salgamos de aquí en este instante.

Fuera, dos hombres, Kiefer y Hondo, los esperaban en un carro. Grant y Cheyenne pusieron a Araminta en la parte trasera, la taparon y se sentaron junto a ella, bajándose mucho los sombreros para que les ocultaran el rostro. Se abrigaron con unos *sarape*s y se apoyaron contra la parte trasera del asiento con los ojos bien abiertos por si surgía cualquier problema. Hondo chasqueó la lengua y los caballos iniciaron la marcha. De ese modo, produciendo un leve traqueteo con las ruedas, el carro abandonó lentamente Chihuahua para perderse en la noche.

Durante el largo camino hasta la frontera, los pistoleros se comportaron con cortesía en todo momento. Le daban el tratamiento de señora Hobart,

con gran disgusto por parte suya y no la molestaron de ninguna manera, exceptuando el hecho de que se negaran a liberarla, por mucho que ella les explicara que no sólo no se encontraba en peligro con Rigo, sino que, en realidad, deseaba volver a su lado enseguida. Ellos se disculpaban, pero no daban el brazo a torcer y cerraban los oídos a sus ruegos. La única manera que tenían de conseguir el resto del dinero era llevando a término la misión que les había sido encomendada.

Acurrucada en la parte trasera del mismo carro en que salieron de Chihuahua, arropada con el *poncho* de Rigo y cubriéndose el cabello con un viejo *rebozo*, Araminta no dejaba de implorarles, pero nada conseguía. Estaba sumida en la desesperación. Pronto llegarían a la frontera, cruz trían el río Grande, entrarían en Texas y…

Oh, ¿por qué había encargado su abuelo a aquellos hombres que la buscaran? Esos mercenarios estarían dispuestos a hacer cualquier cosa por dinero. Sólo la trataban con cortesía porque querían cobrar su recompensa; pero, en otras circunstancias, habrían mostrado la misma disponibilidad para matarla. Había pensado en escapar al menos una docena de veces; todavía llevaba el cuchillo sujeto al muslo y si lograba huir y llegar a algún poblado, el nombre de Rigo la protegería, pensó Araminta. Sabía bastante español como para decir: *«Soy la mujer del salvaje.»* Seguramente, nadie se atrevería a ponerle una mano encima al oír aquello. Aun así, con la carga que suponía el niño que llevaba en el vientre, no llegaría muy lejos; además, hasta ese momento, los pistoleros la habían vigilado muy de cerca y no le habían dado ocasión de intentarlo. De todos modos, como no se decidiera pronto, perdería sin remedio toda posibilidad de hacerlo.

Ojalá pudiera robar el carro. Si sólo la vigilara Hondo, le golpearía la cabeza con el mango del cuchillo, lo tiraría del asiento de un empujón, y ocuparía su sitio. El problema era que los otros tres hombres, Cheyenne, Kiefer y Grant, iban a caballo y la alcanzarían con facilidad. Desesperada, echó un vistazo a las grandes faldas del cañón que les flanqueaba. En cuanto dejaran atrás aquellos riscos, de nada valdría escapar, puesto que no hallaría lugar en que esconderse. Al menos, si lograse subir a las rocas, los pistoleros tendrían que abandonar sus caballos para perseguirla, y tal vez le fuese factible rodear las rocas y hacerse con uno de ellos.

Era un plan tan desesperado como estúpido, pensó Araminta, pero no se le ocurría nada mejor. Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada para llevarlo a cabo, Cheyenne decidió hacer un alto, diciendo que ya era hora de que descansaran y abrevaran los caballos. Rigo no se había detenido tantas veces durante el viaje que había seguido al secuestro, aunque también era cieno que en aquel entonces ella no estaba embarazada, ni se cansaba con tanta facilidad ni se veía obligada a hacer sus necesidades con tanta frecuencia. Tras abrir el portón del carro, Cheyenne la ayudó a bajar y la acompañó unos metros hasta un grupo de rocas y pedruscos donde gozaría de una relativa intimidad. Sin decir palabra, se sirvió de él para mirar mientras tanto el escarpado tajo del cañón preguntándose si podría, antes de que Cheyenne se diera cuenta de lo que se proponía, escabullirse

por un estrecho sendero que, según parecía, ascendía por la ladera hasta desaparecer entre los riscos. Estaba claro: tenía que intentarlo.

Fue inútil. El sendero era demasiado escarpado y estaba cubierto por una capa de piedras que se desprendían cada vez que buscaba un apoyo firme. En un intento por levantarse, Araminta perdió el *rebozo* y, poco después, resbaló por la pendiente, yendo a caer en los brazos de Cheyenne; éste la dejó en el suelo con firmeza. Lentamente, le dio la vuelta, sin dejar de agarrarla en ningún momento.

-Lo que-ha hecho ha sido una estupidez, señora Hoban. -El pistolero mostraba en su rostro, que tenía cubierto por una corta barba rubia, una mueca de enfado-. Podría haberse hecho daño; incluso haberse caído y lastimado a su hijo, y eso es algo que no puedo permitir. Su abuelo ha ofrecido la recompensa a cambio de su regreso sana y salva. Le agradecería que no intentara de nuevo algo parecido.

-¡Y yo te agradecería que quitaras las manos de encima a mi esposa! -exclamó de pronto alguien con una voz dura y fría que los sobresaltó.

«"Mi esposa." No "mi mujer".»

¡Dios mío! ¡Era Judd! Araminta se estremeció cuando se volvió y sus ojos le confirmaron lo que había pensado. Aquello no era verdad, no estaba ocurriendo, se dijo, era imposible. Tenía que tratarse de una horrible pesadilla en que el monstruo más horrible de todos, Judd, su marido, aparecía montando su caballo favorito a pocos metros de donde ella se encontraba. Araminta empezó a temblar violentamente, pensando en qué había hecho con Marisol y en la crueldad de que era capaz, una crueldad que aunque sólo intuida en un principio, también le había inspirado un miedo instintivo. El hecho de comprender su alcance no disminuía el horror que le producía, sino que, por el contrario, lo aumentaba. Ya no era ninguna ingenua. En México se le habían abierto los ojos al mundo, por lo que ahora veía las profundas arrugas que la disipación había trazado en su rostro; la vulgaridad de éste, a pesar de sus bellos rasgos, mostraba, la hinchazón de sus sanguinolentos ojos; la incipiente papada que se le estaba formando por los excesos con la comida y la bebida, la mueca de brutalidad de sus labios... A Araminta no le entraba en la cabeza cómo había sido capaz de casarse con aquel hombre por mucho que hubiera estado pensando en el bien de su abuelo.

Judd entornó sus azules ojos y le lanzó una mirada fría como una piedra. Tenía la misma sensación que si le hubiesen propinado un buen golpe en la entrepierna y lo hubiesen dejado doblado. ¡Cielos! Qué hermosa era, mucho más de lo que recordaba, una dama de hielo a quien había que fundir para que ardiera con el fuego puro que guardaba en su interior. Nunca la había visto con el cabello suelto, ni se había dado cuenta de lo largo que lo tenía: le caía hasta la cintura y, a la luz del sol, parecía una catarata de oro líquido. En lo más hondo de aquellos ojos que parecían esmeraldas resplandecía el ardiente y sensual saber de una esposa que acababa de despenar al mundo. Su exuberante boca reclamaba los

Librodot

hambrientos y duros besos de un hombre... Y se los habían dado, vaya si se los habían dado, observó Judd al bajar la mirada: ¡Del Castillo le había hinchado la tripa con un bastardo mestizo! No era de extrañar que ese asqueroso cerdo no hubiera pedido un rescate ni la hubiera devuelto. La había dejado preñada y, por el aspecto de su preñez, no había tardado mucho en lograrlo. Por otro lado, el hecho de que la hubiese retenido significaba que estaba seguro de que el bastardo era suyo y, por lo tanto, que no la había compartido, se la había quedado para él solo. Bien, eso cambiaría muy pronta, en cuanto él pusiera las manos sobre ella. La había ensuciado demasiado para que pudiera desempeñar el papel de esposa, pero a elle bastaba con que hiciera el de ramera antes de acabar con ella.

-Ya os podéis ir, tú y tus compañeros -dijo a Cheyenne-. Habéis hecho vuestro trabajo. Se acabó. Aquí tienes el dinero. -Judd cogió un par de alforjas del pomo de su silla de montar y las tiró al suelo. Aunque odiaba desprenderse de su contenido, no quería verse enredado en una pelea con aquellos mercenarios. Además, el que tenía delante daba la impresión de que intentaba incluso salir en defensa de Araminta-. Cógelo y vete.

-¡No! ¡Por favor! -le rogó ella, cogiéndole del brazo con ademán suplicante-. Por favor, no me deje aquí sola con él.

-Es su marido, señora Hobart, le guste o no -afirmó el pistolero tajante. Se apartó de ella con determinación, cogió las alforjas y se las echó sobre el hombro-. Y como él ha dicho, se acabó, hemos hecho nuestro trabajo, sólo nuestro trabajo, valga lo que valga. -Entonces, con una expresión de estoicismo, echó a andar, sin mirar atrás, hacia donde sus compañeros se encontraban. Segundos después habían montado en sus caballos y se alejaban del cañón, indiferentes al hecho de haber acabado con su vida.

Judd se bajó tranquilamente de la silla y empezó a acercarse a ella; encontraba un perverso placer en ver cómo Araminta abría los ojos de miedo, se ponía pálida y retrocedía ante su avance hasta que su espalda chocó contra una enorme roca. No tenía escapatoria. Estaba prisionera como un animal acorralado en una trampa. Judd la agarró con brutalidad y la apretó tanto contra sí, que ella sintió el duro bulto que tenía en los pantalones. La cogió del cabello y tiró de él hacia atrás con fuerza como si quisiese partirle el cuello. Todavía la deseaba, y la odiaba por ello, y también por haber tenido el descaro de sobrevivir y darle a otro hombre lo que sólo pertenecía a él, a su marido. Tenía la intención de hacer que pagara por todo eso. Araminta lo vio en su mirada cuando, por un prolongado y tenso momento, la miró con lascivia, envolviéndola con su sucio aliento a whisky. Entonces, con el horror y el asco más absolutos, Araminta notó que deslizaba la mano por su vientre.

-¿Te gustó? -preguntó él en tono burlón.

« ¿Te gusta?»

«Sí.»

Al acudir a su mente el recuerdo de todo aquello que había compartido con Rigo, cerró los ojos con fuerza para apartarlo, de forma que su marido no lo mancillara. Por entre los párpados habían empezado a brotar las lagrimas, que le resbalaban por las sienes y se perdían entre su cabello. Haciendo acopio de valor, logró detenerlas. Entonces, Judd, al ver que no le respondía, la zarandeó con verdadera crueldad.

-¡Contéstame, condenada golfa! ¡Puta mejicana! ¡Contéstame, maldita sea, o te juro que te retorceré este orgulloso cuello que tienes! ¿Te gustó?

Araminta se dio cuenta de lo que esperaba de ella: quería que se acobardara, que se arrastrara a sus pies; su afán era que le pidiera compasión, que le diera una respuesta negativa a su pregunta. Por consiguiente, irguió la espalda con aire resuelto, decidida a no hacer ninguna de aquellas cosas.

-Sí -respondió con tranquilidad y firmeza extrañas, sintiendo en la boca el dulce sabor de la venganza de Rigo-. La respuesta es sí. Además, ni siquiera necesitó forzarme. -Entonces Judd le propinó un fortísimo puñetazo en la boca, que le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas al suelo. La cabeza comenzó a darle vueltas, le había hecho un corte en el labio por el cual le salía la sangre a borbotones. A pesar de ello, alzó los ojos y, a través de su enmarañado cabello, le lanzó tal mirada de odio que, por un instante él sintió una punzada de inquietud-. Rigo te matará por esto -dijo ella con voz queda y segura. Al oírla, Judd lanzó una risa nerviosa. La típica bravata de los cobardes, pensó Araminta con desprecio.

-¡O tal vez lo mate yo, igual que he matado a tu abuelo, puta! Sí, sí que lo he matado justo antes de venir aquí afirmó con jactancia, sumiendo a Araminta en la estupefacción y la angustia. Sus palabras tenían el inequívoco tono de ser ciertas-. ¿Sabes una cosa? Realmente creo que ese viejo estúpido estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Quería aconsejarte que te divorciaras de mí y arrastraras mi nombre por el barro para que los tribunales supieran a qué atenerse conmigo; quería desheredarme y quitarme Sierra Alta... Noble sabía que yo no deseaba que volvieras, ¿te enteras?, por lo menos, no como mi esposa. Y aun así, no quiso olvidarse del asunto. Nooo. El tenía que poner el maldito anuncio de la recompensa y contratar a esos puñeteros mercenarios. Era Noble quien se suponía que tenía que estar hoy aquí, no yo. Pero, ¿sabes?, había empezado a sospechar de mí. Estaba convencido de que yo tenía mucho que ganar si me deshacía de ti y de él, de modo que ya no se fiaba de mí. Tanto es así, que ni siquiera se preocupó de comunicarme que estabas viva y que los mercenarios te habían encontrado y volvían a casa contigo. Si esta mañana no hubiese pasado por el rancho, no me habría enterado de que había recibido un telegrama citándole aquí. Por suene, Teresa estaba tan contenta con la noticia que me lo ha soltado todo, sin el menor recelo, suponiendo que yo también me alegraría de saberlo. Incluso ha tenido la gentileza de enseñarme el telegrama. ¡Esa vaca estúpida...! Al hacerlo, ha firmado la sentencia de muerte de Noble. He salido en su busca de inmediato. No ha supuesto ningún problema para mí que me llevara bastante delantera, con lo enfermo y viejo que estaba. Le he alcanzado enseguida, y cuando ha intentado

asustarme con su bastón, se lo he quitado y le he dado con él en la cabeza. ¡Ufff! Tendrías que haber visto a ese viejo tonto. Se ha caído del caballo como un toro desnucado. Tal vez ni se haya enterado de dónde le ha llegado el golpe. Luego he cogido las alforjas y reanudado la marcha. Ahora es carne de los ratoneros, de eso puedes estar segura, como también lo será ese hijo de puta de Del Castillo si reúne el suficiente valor para venir por aquí con esa cara de cerdo asqueroso que tiene. Bueno, ya estoy cansado de tanto hablar... esposa -dijo con tono de mofa, devorándola con los ojos. A Araminta se le puso la piel de gallina. Tenía ganas de vomitar. ¡Estaba loco, loco de remate!-. Creo que ya va siendo hora de que celebremos nuestra noche de bodas, ¿no te parece? -Entonces, Judd le cogió el cuello del poncho con ambas manos, obligándola con brutalidad a erguirse, y se lo rasgó. Enloquecido por la lujuria, observó con repugnante avidez el fino y casi transparente camisón que acababa de aparecer ante sus ojos. Araminta deseaba morir: sabía que no tenía esperanzas de salvarse aunque se resistiera. Como si le hubiese leído el pensamiento, Judd se mofó de ella-: Y mientras cabalgo sobre ti, ve haciéndote a la idea, puta barata, de que en cuanto acabe, pienso mataros, a ti y a esa abominación que con tu consentimiento te ha escupido en la tripa el *bastardo* de Del Castillo.

-¿Sabes una cosa, *amigo*? Me temo que eso no será así.

Araminta sintió que el corazón le daba un vuelco. La estupefacción y la incredulidad, unidas a una incontenible alegría, se adueñaron de ella cuando oyó aquel acento español, aquel tono burlón, esa voz, melodiosa y queda que sería capaz de reconocer en cualquier parte. De un tirón, se libró de Judd.

-¡Rigo! -gritó.

Entonces, una nube pareció envolver a los dos hombres. Todo el odio contenido que habían ido acumulando el uno por el otro durante diez años se desató con toda su furia. Rigo se abalanzó sobre Judd y ambos cayeron al suelo, donde formaron una atroz maraña de brazos y piernas, mientras se revolcaban y golpeaban con verdadero odio una y otra vez, llevados por un afán asesino. La tremenda y casi jubilosa ferocidad que mostraban resultaba aterradora, y, aun así, Araminta sentía una morbosa atracción por ella y era incapaz de apartar la mirada. Aunque todavía temía que Rigo fuera un espejismo del desierto, en el fondo de su corazón sabía que él iría por ella, que la buscaría donde quiera que estuviese, incluso si para ello hubiera tenido que bajar al mismo centro de la tierra y entrar en el infierno. Le estaba golpeando sin la menor piedad. Ya le había dejado un ojo morado y la nariz chorreando sangre. Judd respondió entonces con contundencia dándole un puñetazo.

Con un movimiento rápido, se llevó la mano a la pistolera y sacó su revolver; pero Rigo, que reaccionó a tiempo, le agarró la muñeca y le golpeó la mano contra el suelo una y otra vez hasta que Judd se vio obligado a soltar el arma, que salió despedida fuera de su alcance. Enloquecidos, los dos hombres se apartaron el uno del otro y se pusieron en pie de un salto. Sus rostros estaban cubiertos de cortes, magulladuras y sangre. Retorciendo

sus fuertes y viriles cuerpos, se pusieron a forcejear una vez más; se devolvían los golpes, gruñían y jadeaban, estremeciéndose por el dolor. Un ruido alto y seco anunció que uno le había roto una costilla al otro. Judd hizo una mueca y se encorvó para protegerse el punto vulnerable. Con una sonrisa diabólica, el general arremetió contra su adversario, y le propinó sin la menor compasión una lluvia de puñetazos en el rostro y en el estómago; dándole por último un contundente gancho en la barbilla que le dejó tumbado. Al ver que su enemigo se lanzaba sobre él, Judd levantó los pies y le acertó de pleno en la entrepierna, de modo que Rigo salió despedido hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo. De nuevo, los dos hombres se encontraban en el suelo, esta vez agarrándose del cuello y estrangulándose el uno al otro. En un intento desesperado por respirar y desembarazarse de Rigo, Judd apretó con furia la mano contra su rostro aplastándole la nariz, mientras Rigo le golpeaba la cabeza contra el suelo. Entonces, Judd recurrió a un truco sucio: estiró el brazo, cogió un puñado de tierra y se lo arrojó a los ojos para cegarle. Acto seguido, rodó por el suelo y tras asir el revólver, se puso en pie como buenamente pudo, alzó el arma y apuntó a Rigo al corazón.

-¡No! ¡No! ¡No te lo permitiré! -gritó Araminta entre sollozos, lanzándose sobre Judd y arañándole la cara como una gata salvaje. Ella cogió por la cintura y, apretándola con violencia contra sí, le apoyó el cañón del revolver sobre la sien.

-Reza tus oraciones, puta -dijo con un gruñido al tiempo que amartillaba el percutor. Araminta abrió los ojos de par en par, presa del terror y la impotencia, y miró a Rigo, quien, aterrado, la miraba a su vez en un desesperado, silencioso y emotivo intento por comunicarle todo aquello que, por falta de tiempo, no podía expresar con palabras. Entonces, Araminta oyó una terrible y ensordecedora explosión y se sumió en un negro y compasivo abismo.

Librodot

EPILOGO

LOS AMANTES

SE ENCUENTRAN

Y LOS CORAZONES SE UNEN

20

Chihuahua, México, 1914

-Tenía que disparar. Si no, la habría matado tal como ha intentado matarme a mí. Noble bajó con lentitud el rifle que tenía en las manos y miró con fijeza el grotesco cuerpo de su ahijado, Judd, hecho un ovillo en el suelo. La voz de Noble tenía un dejo de extrañeza, como si todavía fuese incapaz de creer que Judd le había atacado. Le había dado un brutal golpe en la cabeza con su bastón de Malaca, y, al ver que se desplomaba en su caballo y caía al suelo, se había alejado al galope dándole por muerto-. ¡No hay que dejar las cosas a medio hacer, muchacho! dijo de pronto en voz tan alta que, por un instante, Rigo pensó que el viejo *gringo* se dirigía a él.

Levantó rápidamente la vista y sus oscuros ojos brillaron como las hojas de su machete. Estaba arrodillado en el suelo, abrazando con infinita ternura contra su pecho a Araminta, que permanecía inconsciente.

-¿No es cierto? ¿No te lo decía yo siempre, Judd? No dejes las cosas a medio hacer, muchacho. Si me hubieses hecho caso, ninguno de nosotros se encontraría aquí ahora.

A Noble no le parecía justo que Judd estuviera muerto y Rigo siguiera vivo. ¡Todavía vivo! ¡El condenado! ¡*Bandido* de los demonios! La idea tenía tanta fuerza que, por un momento, Noble estuvo tentado de disparar contra él. Con un movimiento convulsivo, sus manos se cerraron en torno a la culata del rifle, deseosas de apretar el gatillo. Pero entonces observó algo que hacía mucho tiempo que no veía. Se quedó mirando, y mientras lo hacía, ¡maldito viejo tonto!, unas incontenibles lágrimas arrasaron sus ojos. Sin siquiera darse cuenta de lo que hacía, metió lentamente el rifle en la funda.

Su hijo, Preston, y su nuera, Katherine, solían mirarse de aquella manera, igual que Rigo y Araminta se estaban mirando, ahora que ella había abierto los ojos por fin. Estaban ajenos a todo excepto a sí mismos; sus rostros eran la viva expresión del amor y el anhelo, y la emoción que los embargaba era tal que las palabras resultaban innecesarias. Araminta abrazaba a Rigo por el cuello, y éste la besaba con fuerza. Ella se aferraba a

Librodot

su cuerpo y respondía a sus besos sin el menor recato, mientras, maldición, las lágrimas caían en silencio por sus mejillas. Rigo se las enjugó con los labios y empezó a murmurarle algo en ese incomprensible idioma suyo. Sin embargo, Araminta pareció entenderle y prestó atención a todas y cada una de las palabras que le decía, con expresión de amor en la mirada y la mano apoyada con ternura sobre su mejilla. El se la cogió y se la puso en el vientre, donde crecía el hijo que ambos habían engendrado.

Un hijo. Al comprender lo que aquel gesto significaba, Noble cerró los ojos con fuerza y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. De repente, se había dado cuenta de una dolorosa e insospechada verdad: era un anciano vacío y amargado, que se había quedado solo, y que había apartado a su propio hijo, a su único hijo, de su vida. Desde lo más hondo de su corazón, envidió a Rigo, que podía poner la mano sobre el vientre de Araminta, y su semilla había engendrado la vida que se desarrollaba en el interior.

«Ah, joven, joven, eres mucho más sabio que yo. También yo, en una ocasión, supe lo que significa ser joven y estar enamorado... Hace tanto tiempo de aquello, tantos años, que ya casi lo había olvidado...»

Noble sintió una terrible e inesperada angustia al darse cuenta de lo que había perdido, de lo que con tanta imprudencia había desperdiciado... Ya no le quedaba nada, ni siquiera Araminta y el hijo que llevaba en su vientre, un hijo que, en un principio, debería haber sido fruto de su matrimonio con Judd Hobart y había acaba- do siéndolo de su amor por Rigo del Castillo. Que él, Noble Winthrop, viviera para ver cómo se mezclaba la sangre de sus enemigos con la suya... ¿O acaso no era su propia sangre la que corría por las venas de Araminta y por las del hijo que iba a dar a ese guapo y apasionado español, a ese orgulloso y fuerte semental, cuyos oscuros ojos eran la expresión de un verdadero caudal de conocimientos y sabiduría?

« ¡Oh, anciano orgulloso y cabezota! ¡Qué no darías por tener una nueva oportunidad!», pensó Noble, maldiciéndose por la ceguera que había demostrado hasta aquel momento, cuando ya era demasiado tarde. Se le rompía el corazón... La cabeza empezó a darle vueltas y, poco a poco, se derrumbó del caballo.

-¡Abuelo! ¡Abuelo! -gritó Araminta, poniéndose en pie de un salto y corriendo a su lado. Cuando se agachó para incorporarle y soltarle el cuello de la camisa, su rostro mostraba un gesto de preocupación-. ¿Se trata otra vez de tu dolor en el pecho?

«No, mi dolor de corazón...»

-Oh, Rigo. -Araminta se volvió hacia él con una expresión de angustia en la mirada, sin dejar de abrazar a su abuelo-. Ayúdame a levantarlo y ve en busca de un medico. Creo que se está muriendo.

Sin embargo, en vez de hacer lo que ella le había pedido, Rigo se acuclilló a su lado y se quedó observando fija y desapasionadamente al anciano con los ojos entornados.

-Bueno, si ése es el caso, debo decir, viejo *gringo*, que estoy sorprendido -comento con tono burlón.

Al oírle, Noble abrió de pronto los ojos de par en par y lo miró con fiereza. Pero bueno, ¿cómo se atrevía ese descarado joven mejicano a mofarse de él?, se preguntó Noble, furioso.

-A lo que me refiero -continuó Rigo- es a que debe de ser una verdadera decepción para un hombre, grande y fuerte como usted, sobrevivir a un golpe en el cráneo, que sin duda habría hecho tambalear al toro más grande; y, ¡caramba!, conseguir llegar hasta aquí a caballo para rescatar a su nieta para después caer muerto en el desierto, en Chihuahua, al sur de la frontera. Pues bien, estoy sorprendido, eso es todo. Si estuviese en su pellejo, viejo *gringo*, yo trataría de morir en mi país, en mi cama, y haría todo lo posible por seguir adelante, por vivir y ver a mis biznietos. -Rigo se encogió de hombros con indiferencia-. Pero claro, qué puedo saber yo, un pobre campesino mejicano, sobre todo esto, ¿eh? Eso es lo que yo haría, viejo *gringo*, si estuviese en su pellejo.

Un tenso silencio siguió a sus palabras, aunque Rigo no pareció darse cuenta de ello.

-¿Sabes, Araminta, *querida*? -prosiguió con toda naturalidad, como si acabara de pensar lo que iba a decir-. Creo que voy a vender Casa Blanca. Ahora que los *federales* se han ido de una vez por todas de Chihuahua, puedo reclamar mis terrenos en la región de forma que nuestro hijo nazca en Casa Grande.

-Araminta, ayúdame a levantarme -gruñó Noble de repente apretando los dientes. Al oír el insidioso desafío que le habían lanzado, había descubierto con extrañeza que el mareo y el dolor que había sentido en el pecho empezaban a remitir. ¡Demostraría a ese arrogante *bandido*, a ese insolente forajido, la entereza que Noble Winthrop tenía!

Sin embargo, era un hombre muy grande y Araminta no era lo bastante fuerte como para ponerle en pie. Durante un buen minuto, Noble se quedó mirando la bronceada mano que se tendía delante de él, la mano que en el último momento había apartado intrépidamente el revolver que apuntaba a la sien de Araminta, en el preciso instante en que Noble disparaba sobre Judd. De esa forma, el tiro que éste había pegado al recibir el impacto de la bala de Noble había salido desviado, de tal suene que Araminta y su hijo se habían salvado.

-Bien, ¿ha decidido ya si hoy prefiere morir o vivir? Depende de usted, viejo *gringo*. Usted decide.

«Usted decide.» En aquellas dos palabras estribaba la segunda oportunidad, la oportunidad de no cometer los mismos errores del pasado; la oportunidad de hacerlo bien esta vez.

-Hoy... hoy voy a vivir, joven -dijo el anciano mientras cogía la mano que se tendía ante él.

La joven permaneció en silencio, con la cabeza algo inclinada, escuchando atentamente la dulce canción de amor española que alguien interpretaba pulsando con energía las cuerdas de su corazón.